

ADAM NEVILL



LA CASA
DE LAS
SOMBRAS

minotauro

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Lema	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	
28	
29	
30	
31	
32	

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

El último trabajo de Catherine terminó mal. El acoso corporativo en una de las principales cadenas de televisión hizo que la despidieran y la obligaran a abandonar Londres, pero estaba decidida a recuperar su vida. Un nuevo trabajo y algunos terapeutas más tarde, las cosas pintan mejor. Especialmente cuando se le presenta un proyecto desafiante: catalogar el alijo salvajemente excéntrico de muñecas y títeres antiguos del difunto M. H. Mason.

Lo más raro de todo es que podrá examinar sus elaboradas exhibiciones de animales disecados y disfrazados, que representan escenas sangrientas de la Gran Guerra. Catherine no puede creerse su suerte cuando la anciana sobrina de Mason la invita a quedarse en Red House, donde mantiene la colección hasta que su sobrina la expone al oscuro mensaje de detrás del "Arte" de su tío.

Catherine intenta concentrarse en el trabajo, pero las visiones de Mason comienzan a generar sombras oscuras de su propio pasado. Sombras que esperaba que la terapia finalmente hubiera borrado. Pronto, las barreras entre la realidad, la cordura y la memoria comienzan a fusionarse y algunas verdades parecen demasiado terribles para ser reales...

LA CASA DE LAS SOMBRAS

ADAM NEVILL

minotauro

Para James Marriott

1972-2012

El primer editor que llevó una de mis novelas a la imprenta, un fiel lector de mis primeros borradores, un compañero devoto de lo extraño y un gran amigo durante quince años. ¿Con quién voy a cambiar de sitio ahora los oscuros muebles de mi mente? Te echo mucho de menos, amigo mío, y siempre lo haré.

Con la fusión y la interacción de identidades entre él y su hermosa casa tal vez estuviera preparando un fantasma del futuro; lo que no se le había ocurrido pensar era que en el pasado ya podrían haberse dado una fusión y una unión similares.

OLIVER ONIONS

The Beckoning Fair One

Catherine llegó a la Casa Roja como en un sueño. Bajó del coche cuando los setos invadieron la superficie polvorienta del camino y continuó a pie a través de un túnel de espinos y avellanos hasta que atisbó el tejado inclinado, las chimeneas de ladrillo rojizo y los florones de los pináculos sobre sus afilados pilares.

Un aire cálido, impropio del otoño, recorría las praderas en torno a ella y se posaba como un gas perfumado en el suelo agrietado bajo sus pies. Somnolienta y apenas consciente del murmullo de las flores amarillas silvestres y la hierba estival que le alcanzaba la cintura y se agitaba en los campos, sintió un ramalazo de nostalgia de un pasado que no estaba segura de que le perteneciera, y se imaginó a sí misma atravesando el umbral a otra época.

Cuando cruzó los muros de ladrillo de aparejo inglés del jardín, invadidos por la hiedra hasta una puerta negra, se vio sorprendida por una oleada de sentimientos románticos, tan intensos que se sintió mareada. Entonces la casa se reveló en toda su extensión y le exigió toda la atención.

La primera impresión que le produjo fue la de un edificio encolerizado por su inoportuna visita, encabritado al descubrirla entre los postes de la puerta. Dos chimeneas, una por ala, semejaban dos brazos levantados hacia arriba y que arañaban el cielo. Los tejados de pizarra galesa rematados con crestas de hierro parecían erizados por la ira.

Todas las líneas del edificio apuntaban a las nubes. Dos gabletes con vértices agudos y los arcos de todas las ventanas imploraban al cielo, como si la enorme casa fuera una pequeña catedral indignada por su exilio campestre en Herefordshire. Y a pesar de haber pasado un siglo de ruralización, rodeada por campos abandonados, sus ladrillos de Accrington conservaban el intenso color rojo.

Pero si se observaba detenidamente, daba la impresión de que sus numerosas ventanas, desde las de los portales altos y rectangulares de las tres primeras plantas hasta las abuhardilladas y estrechas del último piso, fueran una colección de ojos en el rostro de la casa que dirigían su mirada más allá de Catherine.

Ajenos a su presencia, los innumerables ojos contemplaban algo que solo ellos podían ver y que se encontraba encima y a la espalda de Catherine. Alrededor de las ventanas, construidas con dinteles de piedra policromados, se había instalado una expresión de atención en algo lejano, algo aún más imponente que el propio edificio. Algo que los ojos de la casa llevaban mucho tiempo vigilando y también temiendo. De modo que quizá lo que Catherine percibió como un silencio preñado de ira de la Casa Roja fuera en realidad una manifestación de terror.

Además no se trataba de un edificio de estilo autóctono. En su construcción se habían empleado pocos materiales locales. La casa fue construida por alguien muy rico, capaz de importar materiales del extranjero y de traer a un arquitecto profesional para erigir en piedra un sueño, probablemente a imagen y semejanza de algún lugar admirado de la Europa continental, quizá de la Bélgica flamenca. Casi con absoluta certeza, el edificio era de estilo neogótico, surgido durante la larga regencia de la reina Victoria.

A juzgar por la distancia entre la Casa Roja y el pueblo más cercano, Magbar Wood, separados por tres kilómetros de colinas y una insólita extensión de pradera, Catherine supuso que la propiedad debió de pertenecer a un importante terrateniente al que favorecieron las últimas actas de cercamiento. Un hombre con inclinación al aislamiento.

Catherine había atravesado Magbar Wood en coche para llegar a la Casa Roja, y ahora se preguntaba si las achaparradas casas adosadas del pueblo habrían estado ocupadas en el pasado por los campesinos de quienquiera que construyera aquella insólita casa. Pero resultaba extraño que el pueblo no se hubiera expandido hasta las lindes de los terrenos de la Casa Roja y que los campos de alrededor permanecieran abandonados. En sus viajes a residencias campestres para tasaciones y subastas apenas encontraba ya praderas salvajes. Magbar Wood presumía de al menos trescientas hectáreas de prados salvajes que rodeaban el pueblo y a la casa como si formaran un ancho foso.

Aún le resultaba más difícil aceptar que nunca hubiera tenido conocimiento de la casa. Catherine se sentía como una experimentada excursionista recorriendo por primera vez una montaña en Lake District. La casa constituía un espectáculo tan extraordinario que deberían haber existido señalizaciones que orientaran a los visitantes o, por lo menos, un acceso adecuado para el público general.

Catherine examinó la superficie que se extendía bajo sus pies. Ni siquiera se le podía llamar camino; apenas era un sendero de barro y piedras desmenuzadas. Parecía como si la Casa Roja y la familia Mason hubieran querido evitar que las encontraran.

Los terrenos también habían conocido tiempos mejores. A los pies de la fachada de la Casa Roja, el jardín diseñado por un paisajista había sucumbido a las ortigas, la hierba y las flores espinosas de la pradera, con los matorrales atrapados entre la sombra de la casa y los muros del jardín.

Catherine se enfiló rápidamente hacia el porche mientras un grupo de moscas gordas y negras revoloteó con insistencia a su alrededor, tratando de posarse en sus manos y muñecas. No tardó en detenerse y tomar aire. Ya había recorrido la mitad del camino que conducía a la puerta principal de la casa cuando en una de las ventanas en forma de cruz del primer piso apareció una cara apretada contra la esquina inferior del cristal, a la izquierda del parteluz vertical. Una manita se movió como saludándola o como preparándose para dar un golpecito en el vidrio. Era eso o que la figura estaba agarrándose al travesaño horizontal para alzarse.

Catherine se planteó devolver el saludo, pero la figura desapareció antes de que ella tuviera tiempo siquiera de levantar el brazo.

No estaba al tanto de que vivieran niños en la casa. De acuerdo con las instrucciones que había recibido, solo habitaban en ella Edith Mason, la única heredera de M. H. Mason que seguía viva, y el ama de llaves que la recibiría. Pero la carita y la mano que la había saludado brevemente debían de pertenecer a un niño de piel pálida y con algún tipo de sombrero en la cabeza.

Catherine no podía asegurar el sexo del crío, pero lo que había advertido de refilón era una amplia sonrisa de entusiasmo en el rostro, como si le divertiera observarla caminar entre los hierbajos del jardín delantero.

Catherine concentró la mirada en la pequeña ventana y luego la desvió hacia la puerta, como esperando oír el ruido sordo de unos piecitos descendiendo la escalera interior de la casa (el niño corriendo hasta la puerta principal para recibirla). Pero al otro lado de la ventana no percibió más movimiento, ni nadie acudió a recibirla.

De modo que continuó hacia el porche, que parecía más propio de una iglesia que de una vivienda particular, hasta que el oscuro tejado de madera de roble envejecida se combó sobre ella como una gran capucha.

Una de las enormes hojas de la puerta principal, que constaba de seis paneles, cuatro de madera y dos de vidrio tintado en la parte superior, estaba abierta, como retándola a entrar sin llamar. Y Catherine vio por el hueco un vestíbulo que permanecía en penumbra, un lugar erigido con paredes de color burdeos y sombras, como una garganta, que parecía adentrarse hasta el infinito.

Volvió la mirada atrás, hacia el jardín abandonado, e imaginó que los dientes de león y las flores del cuco giraban aterradas sus cabezas tambaleantes para observarla, para lanzarle vocecitas de advertencia. Catherine se levantó las gafas de sol y se las acomodó en el pelo. Por un instante se planteó volver al coche.

«El camino que acaba de recorrer ya existía mucho antes de que se construyera esta casa.» La voz crispada procedía de lo más profundo del edificio. Era una voz femenina que perdió intensidad, como si hablara para sí, y Catherine creyó oír: «Nadie se imaginaría lo que vendría por él.»

Una semana antes...

Todas aquellas caras diminutas miraban hacia la puerta de la habitación. Una miríada de ojos de cristal observaron su entrada.

—Dios mío.

Ni la enorme cantidad de muñecas, ni siquiera su estudiada colocación, amedrentó tanto a Catherine como la sensación de intranquilidad que le producía su mera presencia. Por un momento se le pasó por la cabeza la idea de que habían estado esperándola en la oscuridad, como los invitados de una fiesta sorpresa preparada para una niña un siglo antes.

A pesar de que era el único ser vivo dentro de la habitación, Catherine permaneció inmóvil como las muñecas y les devolvió su mirada de vidrio. El más leve movimiento le habría arrancado el chillido que se había formado en su interior como un estornudo.

Pero tras ese momento de inmovilidad, Catherine se dio cuenta de que se hallaba contemplando la colección de juguetes antiguos más valiosa que había visto en todos los años que llevaba como tasadora, en todo el tiempo que había trabajado como productora de programas de televisión sobre antigüedades e incluso en su experiencia como conservadora en prácticas en el Museo de la Infancia.

—¿Hola? Hola, señor Dore. Soy Catherine. Catherine Howard.

No hubo respuesta. Habría querido oír una voz. Tener que adentrarse sola en la habitación le resultaba bastante incómodo.

—¿Señor Dore? Hola, soy Catherine, de Osberne, la empresa de tasación. —Se internó un poco más en la habitación—. ¿Hola? —repitió alzando la voz lo imprescindible para que, si había alguien, la oyera.

La puerta del cuarto de baño estaba abierta y la amplia estancia amarilla del otro lado, desierta. Unas perchas sin ropa repicaban dentro de un armario vacío. Era de madera de nogal y estaba lleno de arañazos. Varios papeles de carta amarilleados y unos refrigerios, que obedecían a un torpe gesto masculino de hospitalidad, se amonto-naban en un rincón del pequeño escritorio.

La zona de la cama parecía de uso exclusivo de las muñecas, muchas de las cuales yacían ordenadas sobre el edredón extendido, un plumón confeccionado a mano sobre una cama con una estructura de latón tan vieja como el edificio. De la pared, encima de la cabecera de la cama, colgaba un grabado enmarcado de una pequeña iglesia cuadrada, rodeada por unos cuidados jardines.

Además del grabado, el único elemento que también parecía pertenecer al custodio legal de la colección era un baúl, un enorme arcón de piel colocado entre la cama y la ventana. Sobre él descansaba otra fila de muñecas, cuyas piernecitas colgaban por el borde de la superficie de piel envejecida y con manchas de humedad. Delante de la única ventana, un visillo recargado, y no

completamente blanco, se filtraba la luz cenicienta de la tarde y componía el fondo adecuado para las figuritas, que parecían atrapadas en una fotografía antigua.

Incluso la silla tapizada a juego con el escritorio estaba ocupada por una muñeca, que por cierto era la más espléndida de todas.

Catherine no cerró la puerta por si acaso regresaba el señor Dore, el representante legal de la familia Mason y el abogado encargado de tratar con ella el asunto de la subasta de sus «antigüedades». La carta enviada por Edith Mason no decía más.

Catherine supuso que el señor Dore habría salido un momento y no había podido regresar a tiempo para su cita, aunque en Green Willow no había visto ningún pub ni había reconocido ningún edificio donde se pudiera realizar alguna clase de actividad comunitaria, ya ni hablemos de un sitio para comer. Incluso encontrar Green Willow le había resultado complicado. Aparte de la pensión Flintshire, el pueblo era poco más que una hilera de casas de piedra, una oficina de correos cerrada y una parada de autobús invadida por la maleza. No había ni un solo coche aparcado frente a las casas.

Catherine volvió a consultar el reloj. El hombre entrado en años y enjuto de carnes que la había atendido abajo, en el diminuto espacio que servía de recepción, le había dicho sin titubear: «Suba.» Ni siquiera había levantado la mirada de lo que fuera que estuviera leyendo detrás del mostrador para entregarle las llaves.

El propietario dio la impresión de estar acostumbrado a las hordas de visitantes, o más bien harto de ellas, que llegaban a lo que era un pequeño establecimiento situado por los pelos en el lado inglés de la frontera entre Monmouthshire y Herefordshire. Catherine, acostumbrada a la curiosidad que su visita a un lugar remoto despertaba entre la población anciana local, se había detenido delante del mostrador para preguntar:

—¿Está arriba el señor Dore? —En vez de responderle, el hombre había resoplado con irritación mientras sacudía su cabeza marchita sobre el libro.

—En ese caso, subiré a ver.

También era la primera vez que se reunía con un posible cliente en la habitación de un hotel. Pero en su experiencia, corta aunque crecía a pasos agigantados, como tasadora para Leonard Osberne se había dado cuenta de que los excéntricos y los descendientes de los excéntricos, desde Shropshire hasta Herefordshire, la frontera con Gales, Worcestershire y Gloucestershire, que acudían a la empresa para subastar el contenido de unas casas y unos desvanes que habían permanecido ajenos a la vida moderna durante largo tiempo, estaban convirtiéndose en una especie cada vez más habitual. Leonard tenía una amplia lista de bichos raros en sus registros y Catherine empezaba a sospechar que no había otra cosa en ellos.

Los raritos parecían sentir atracción por su jefe. O llegaban hasta él a través de un boca a boca que ella todavía no había alcanzado a desentrañar, porque Leonard jamás había publicitado sus servicios en los doce meses que ella llevaba en la casa. Las oficinas de la compañía consistían en apenas dos habitaciones en la planta baja de un edificio en Little Malvern. Una sede que informaba de su existencia mediante una solitaria placa de latón visible desde la calle. Su jefe ocupaba aquella oficina desde los años sesenta y Catherine había introducido en ella un ordenador e internet, otra razón por la que nunca había comprendido cómo era posible que Leonard acumulara tal volumen de trabajo. La familia Mason y su abogado, el señor Dore, parecían interesados en mantener el enigma.

Sentada en la silla frente al escritorio, Catherine sostuvo con cuidado la muñeca a la que había robado su asiento. De su sombrero de paja emanaba un aroma femenino de perfume floral o

afrutado, una mezcla de rosas, jazmín y lavanda. De un rápido primer examen extrajo la conclusión de que la muñeca era una figura original de la familia de modeladores de cera Pierotti, en un estado de conservación perfecto a pesar de que había sido fabricada alrededor de 1870. La cabeza y las extremidades conservaban milagrosamente el tinte original de color melocotón de la piel. El cabello ensortijado y las cejas de color caoba que se extendían sobre los ojos con una expresión de tristeza estaban hechos de mohair. Catherine hurgó debajo del vestido, del que observó que era un verdadero vestido de niña, otro indicio de autenticidad. El torso estaba relleno de percal mezclado con pelo animal; la pieza de la espalda estaba cosida al torso y había costuras en las caderas. Era una muñeca original.

Catherine esperó otros cinco minutos a que apareciera Dore. No había un teléfono para comunicarse con la recepción y se preguntó si quizá debía descender el estrecho tramo de escalera y preguntar por el paradero del abogado; un profesional de las leyes que parecía haber abandonado trescientas mil libras esterlinas en muñecas europeas antiguas en una habitación sin seguridad, en compañía de una extraña.

Catherine volvió a depositar la muñeca en la silla. Sabía que había dos coleccionistas y un museo que sacarían la chequera en cuanto vieran las fotografías que había tomado de la muñeca Pierotti.

Sintió que le temblaban las piernas de la emoción. Solo la confusión estaba aguándole el momento del hallazgo.

La posible clienta, una mujer llamada Edith Mason, había solicitado la cita. Catherine nunca había oído hablar de ella, aunque al parecer Leonard la había tratado en el pasado. Sin embargo, Catherine sí sabía de la existencia del tío de Edith Mason, M. H. Mason, pues estaba considerado el taxidermista más importante de Inglaterra. Leonard afirmaba que Mason también había sido un titiritero magistral, aunque Catherine solo conocía el prestigio de sus animales disecados en el negocio de las antigüedades. Nunca había visto con sus propios ojos una muestra de su legendario trabajo, pero se había cruzado con varias fotografías de los escasos restos de su obra que habían sobrevivido a las purgas de los años sesenta, la misma década en la que su larga vida había terminado por decisión propia. No sabía mucho más.

Catherine había esperado encontrar en esta visita un par de ratones de campo disecados, y tal vez un armiño, montados en los dioramas característicos de M. H. Mason. Lo que nunca se le había pasado por la imaginación era encontrar una muñeca Pierotti en perfecto estado de conservación, en medio de la multitud de figuras desplegadas frente a ella, que parecían ser muñecas antiguas igualmente bien conservadas. Supuso que debían de pertenecer a su sobrina y heredera, que a estas alturas rondaría los cien años.

Catherine examinó cuatro muñecas Bru que había sobre el escritorio, con sus enormes ojos de cristal y los rostros de bebé que eran sello de la casa. Las cabezas de *biscuit* pintadas no presentaban arañazos, los pisapapeles de cristal que tenían por ojos funcionaban y las pelucas de mohair estaban perfectamente cepilladas. Las piezas poseían los diminutos pezones reveladores y las articulaciones reforzadas que permitían que las rechonchas piernas rellenas se movieran. Todas las muñecas estaban vestidas con trajes de época y sus cuerpos eran de cabritilla. Sin duda eran bebés Bru. La superficie de los antebrazos y las manos también presentaban un aspecto exqui-sito, sin marcas ni desportilladuras en los nudillos. Cincuenta mil por el conjunto.

—No puede ser. Imposible.

Catherine examinó una elegante Manuelita de Gesland y cinco Jumeau francesas de la década de 1870 que había sobre la cama. La porcelana alemana de sus cabezas, de un intrincadísimo

diseño, se conservaba en un estado impecable. Y alineadas en el baúl se encontraba un grupo de muñecas Gaultier con cabezas giratorias, trajes de seda y botas de piel que se abotonaban de verdad; tenían ojos lumi-nosos de cristal fabricados por maestros alemanes desaparecidos hacía mucho tiempo, junto con su oficio.

Catherine dio un trago a su botella de agua para serenarse. Leonard se desmayaría cuando le enseñase las fotografías de lo que había caído en sus manos. Y, según la carta de Edith Mason, solo se trataba de «una muestra», de «una colección mucho más amplia».

El flash de la cámara de Catherine empezó a lanzar fogonazos blancos, como si estuvieran cayendo rayos sobre la deprimente pensión. Abstraída del mundo exterior, Catherine fotografió cada figura desde diversos ángulos.

Dore seguía sin aparecer.

Cuando concluyó el examen de las muñecas, guardó las notas que había tomado y la cámara, apagó la luz, cerró la puerta de la habitación y echó la llave. Una vez abajo, tocó varias veces la campanilla, pero el anciano recepcionista, que probablemente también era el propietario, no apareció. Dejó la llave en el mostrador de la minúscula recepción. Descorrió el pestillo de la puerta principal y salió. Cuando tiró de la puerta para volver a cerrarla se fijó en que el letrero de *Cerrado* estaba vuelto hacia el exterior. El huraño propietario debía de haber olvidado que Catherine estaba dentro y había cerrado el establecimiento.

Catherine se preguntó si Edith Mason tendría contratado un seguro que le cubriera lo que ahora estimaba en medio millón de libras en muñecas antiguas, abandonadas sin vigilancia en la habitación de una lúgubre pensión que no se encontraba en internet.

Antes de regresar a Little Malvern para contarle a Leonard el extraordinario hallazgo, Catherine se desvió para visitar un lugar que había conocido muy bien en el pasado: Ellyll Fields o el Infierno. Se trataba de un pueblo entre Green Willow y Herefordshire en el que había soportado sus primeros seis años de vida. Un lugar al que jamás había vuelto y que había intentado olvidar. Porque era el escenario del secuestro y probable asesinato de una niña a la que había conocido muy bien, una parte del mundo que nunca había tenido ganas de volver a visitar en los siguientes treinta y dos años de su vida. La sola idea de regresar allí le había revuelto el estómago. Incluso se había convertido en una experta en no ver esa parte de la página del mapa de carreteras cuando visitaba a clientes de Herefordshire.

Esa tarde iba a marcar el regreso a una época de su vida que nunca había compartido con nadie salvo con su psicoterapeuta y sus padres. Por un momento verdaderamente desagradable, había tenido la sensación de que aquella mañana, mientras pasaba cerca del Infierno para llegar a Green Willow, le habían tendido una trampa a la que estaba predestinada y que hasta entonces había eludido. Pero de acuerdo con el consejo de su último psicólogo, regresar a aquel escenario le demostraría que se trataba de un lugar completamente inocuo y desprovisto del patetismo de sus persistentes terrores infantiles.

Se había preparado con un especialista en terapia cognitivo-conductual para identificar y repeler los brotes de paranoia, y los desbarataba de manera acertada, ya que la casualidad rara vez obedecía a una conspiración real. Sabía que los sentimientos que albergaba del lugar donde había nacido eran irracionales. Y, ahora era importante que no lo olvidara, el Infierno solo emergía del recóndito lugar que ocupaba en su memoria para perturbarla cuando se enfrentaba a nuevas tragedias de niños desaparecidos o acosados.

A pesar de la paz que había alcanzado, por sí misma y gracias a otras personas, por primera vez desde que había empezado a trabajar para Leonard Osberne lamentó que su jefe fuera minusválido. De no estar confinado en una silla de ruedas, Leonard se habría encargado personalmente de la cuenta de la familia Mason y ella habría podido mantenerse alejada del Infierno.

Tampoco había visto nunca a Leonard tan entusiasmado por la perspectiva de una nueva cuenta. «Podría ser algo gordo, querida. Si Edith todavía tiene por ahí alguna obra de su tío, es muy probable que salgamos en los periódicos. Y no me refiero a los locales. ¿No te había prometido convertirte en una estrella? ¡En Londres nunca encontrarías un trabajo como éste!»

Huir casi nunca es un acto elegante, ni siquiera satisfactorio, y la huida de Londres de Catherine conservaba el poder de sonrojarla y, en ocasiones, de paralizarla por el pánico. Revivir el recuerdo de un incidente muy concreto que había arruinado su carrera profesional en la capital exigía de ella unos recursos mentales que cruzaban el límite de lo saludable. Solo cuando llegó a casa de sus padres en Worcester, hacía dieciocho meses, sintió que había dejado atrás a sus enemigos en Londres y la lamentable reputación de la que había escapado. Pero con la tarde que

había pasado en Green Willow y el viaje que ahora realizaba con destino a Ellyll Fields, no tenía más remedio que reconocer que el hecho de marcharse de Londres y volver a casa representaba reingresar en los dominios del período más desgraciado de su vida: el principio. Se sentía como si estuviera moviéndose dirigida por uno de esos impulsos inconscientes que sus psicoterapeutas, con una gran agudeza, habían identificado como un puntal en su vida.

Catherine trató de concentrarse en la carretera, pero volvió a preguntarse si la infelicidad de su infancia habría sido el motivo que la impulsó a ir a una universidad escocesa y a trabajar en otras tres ciudades lejanas después de graduarse. La razón, en definitiva, por la que había estado huyendo del Infierno durante toda su vida adulta.

«Y, sin embargo, aquí estás, guapa.»

Siguió la carretera nacional que conducía a Ellyll Fields y sus senti-mientos inmediatamente quedaron sepultados bajo un *collage* anárquico compuesto por recuerdos reales y fotografías de los álbumes familiares. Y de la agitada mezcla brotó un miedo que le cortó la respiración.

Sin embargo, no podía negar que el regreso a aquel lugar también le provocaba una extraña excitación. Una excitación con visos de temeridad; un deseo voluble de revivir una sensación de añoranza de su infancia que consideraba el único momento de alivio en una introducción a la vida absolutamente lamentable.

Catherine se detuvo en el borde de la explanada de una gasolinera que no existía en su infancia. Lo único que reconoció fue un puente arqueado sobre un arroyo poco profundo de agua marrón, al que se referían como un río cuando era niña. No obstante, se había reforzado el puente para hacerlo más bajo y ancho, con el fin de que los camiones que transportaban mercancías pudieran atravesar Ellyll Fields dando bandazos y lanzando rachas de viento polvoriento.

Ya no estaba la pequeña papelería en la que ella y su tía compraban diez céntimos de caramelos variados que le entregaban en una bolsa de papel. También había desaparecido el muchacho de plástico que sostenía una hucha junto a la puerta, a cuyos pies había un spaniel. El muchacho de plástico hacía guardia, lloviera o hiciera, sol junto al letrero de hojalata de los helados Wall's, cubierto de imágenes desvaídas de polos con las que mucho tiempo atrás se le había hecho la boca agua. A veces le habían dado permiso para que metiera una moneda de medio penique en la hucha del muchacho.

Catherine se preguntó qué habría pasado con todos los chicos y chicas lisiados que habían custodiado con sus spaniels la entrada de las tiendas de chucherías. Un carril de desaceleración de entrada a la gasolinera se extendía ahora por el lugar que había ocupado la papelería.

Junto a ella también hubo en su día una farmacia y una casa de modas. El papel celofán amarillo de las ventanas le recordaba los bombones navideños de Quality Street. En la farmacia le habían dado las primeras gafas de culo de botella con la montura negra que costeaba la seguridad social. Todavía tendrían que pasar tres décadas para que ese estilo de monturas se considerara moderno. La moda no estaba de su parte cuando ella había tenido que usarlas.

Y en la casa de modas le habían comprado sus primeros zapatos para el colegio. El simple recuerdo de los zapatos le cortó la respiración. No era la primera vez que se asombraba de la ingente cantidad de recuerdos que conservaba.

Pocos niños habían llevado aquella clase de sandalias. Y eran menos aún a los que les gustaban. Eran marrones y de la marca Clarks. Otra cosa que se había hecho popular pasado el tiempo. La seguridad que le transmitieron los adultos que la rodeaban en la casa de modas de que las sandalias eran una elección satisfactoria casi la convenció en la tienda. Pero una vez en casa, con la caja y las horribles sandalias envueltas en su papel de celulosa, la idea del inminente inicio de las clases y de lo que la esperaba le provocaba una sensación de vacío en el estómago, un hueco frío que se manifestaba con un cosquilleo y en el que la comida no se asentaba.

Su intuición respecto a las sandalias había sido acertada y las odió. Las cortó con unas tijeras, pero acabó yendo al colegio con unos zapatos rotos. También se había puesto las sandalias los fines de semana, de modo que por el patio corrió la noticia de que un sábado había calzado en público los zapatos del colegio. Todo el mundo creía que hacía esa clase de cosas porque era adoptada.

«¡Adoptada! ¡Adoptada! ¡Adoptada!»

La cantinela reapareció con estridencia en su memoria en aquel deprimente lugar de hormigón

y asfalto construido sobre su infancia, seguida por otra cancioncilla interior: «¡Pobre! ¡Pobre abandonada! ¡Pobre abandonada! ¡Pobre abandonada!» Era incapaz de dirimir cuál de las dos coplillas le había causado mayor humillación y vergüenza, pero los ecos de ambas todavía la herían.

Incluso la pequeña Alice Galloway, en un ataque de compasión y de reconocimiento de que la carga que soportaba la pequeña Catherine podía ser más pesada que la suya propia, le preguntó una vez: «¿Cómo es no tener un papá y una mamá de verdad?» Alice calzaba una enorme bota marrón en un pie para corregir su extraña manera de andar balanceándose. La bota y un ojo cubierto por una gasa habían salvado a Alice de recibir una respuesta violenta.

Catherine recordó que durante unas vacaciones familiares en Ilfracombe había lanzado monedas a una fuente para pedir el deseo de ser una tullida como Alice. El mismo deseo había pedido al apagar las velas de una tarta de cumpleaños congelada. Su madre adoptiva había llorado cuando ella le contó, con toda la sinceridad del mundo, el deseo que había pedido antes de soplar las velas. Su pobre padre incluso se había encerrado en el garaje durante un día entero. De modo que Catherine nunca volvió a contar nada por el estilo. Pero lo peor que Alice tuvo que soportar en toda su vida fue una caca de perro blanca, empaquetada en papel de aluminio y en el envoltorio de una chocolatina, que le había dado un grupo de chicas del huerto de al lado, haciéndole creer que se trataba de una chocolatina.

«Dios mío —Catherine sacudió la cabeza en el arcén de la deprimente carretera que no había enterrado por completo los escombros de su infancia—. Oh, Dios mío.»

¿Quién se tomaba en serio el acoso escolar en aquella época? Tal vez su yaya, que convenció a sus padres adoptivos para que se marcharan de Ellyll Fields por el bien de Catherine cuando Alice Galloway desapareció. Un traslado a Worcester que también separó a Catherine de su yaya. Un alejamiento que les rompió el corazón a ambas.

«Oh, yaya.» Inmóvil en el arcén de la carretera desierta, Catherine sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. Se sorbió la nariz y miró alrededor por si había alguien observándola desde el interior de la gasolinera. Luego regresó al coche que había dejado en la explanada de la estación de servicio.

Detrás de la gasolinera de Shell, por lo que ella había conocido como la hondonada, se extendían los ladrillos rojos de una urbanización más o menos reciente de viviendas sociales. Anteriormente había sido una zona de matorrales, llena de basura y zarzas, donde los adultos enviaban, más que paseaban, a sus perros. La hondonada siempre estaba llena de cacas de perro; aun así los niños recorrían con entusiasmo los estrechos senderos con sus bicis y se sentaban en el par de asientos de vinilo de coche abandonados que alguien había lanzado desde el otro lado de la valla.

Catherine tomó el puente como punto de referencia y se dirigió con el coche por donde recordaba que se extendía la hondonada y la pequeña granja lechera colindante. En su ausencia, la granja también había cedido su lugar a una nueva urbanización, y enseguida se encontró atravesando lo que recordaba como una extensión interminable de hierba alta y húmeda, en la que solo los niños más temerarios se atrevían a adentrarse desafiando a las enormes vacas y las historias inventadas de niños corneados por los toros. En el pasado, durante la celebración del Jubileo de Plata, se había acondicionado el campo para la población local. Catherine había visto fotografías suyas de bebé en el campo, con el cochecito engalanado con banderas de Reino Unido.

La nueva urbanización que ocupaba la hondonada y el campo adyacente consistía en varias

series de casas idénticas de tres dormitorios, dispuestas una al lado de la otra en calles sin salida. Ya no había niños jugando en la calle. Cada casa tenía enfrente otra con demasiadas ventanas. Cuando Catherine detuvo el coche y bajó de él, las ventanas que se extendían a ambos lados de la calle la hacían sentir expuesta y pequeña. Curiosamente, el asfalto todavía parecía nuevo.

Catherine aparcó en el área de descanso de una autovía en el extremo occidental de la urbanización. Las hileras de edificios de hormigón donde su yaya y ella habían vivido, rodeados por hierba permanentemente aplastada por el viento, con las tuberías exteriores cubiertas de óxido y los canalones moteados por nubes negras de hollín, habían sido borradas de la faz de la tierra. Ahora había un Tesco y otra estación de servicio, un almacén de bricolaje, una gran rotonda y tres nuevas carreteras que conducían a lugares donde debía de haber gente.

Ya no existían el salón parduzco de su yaya, con el cuadro de una muchacha española con la cara verde encima de una estufa de gas que parecía el morro de un coche, ni el cenicero con el pie metálico, ni el sofá de velvetón oscuro, ni la puerta con los paneles de cristal poroso, ni el olor de los cigarrillos Silk Cut y de los pastelitos de hojaldre rellenos de salchicha.

Se le hizo en la garganta un nudo del tamaño de una ciruela. Decidió que tampoco repostaría en aquella gasolinera. Necesitaba echar gasolina para llegar a Worcester, pero ya pararía en otra estación de servicio de camino a casa.

Desde el coche estacionado en el borde sur de la urbanización divisó el viejo río que ahora habían canalizado mediante un acueducto de hormigón situado junto a la cuneta de la carretera. Sobre lo que había sido la ribera del río se levantaba una hilera de vallas de madera idénticas al final de unos jardines privados. Salvo por el puente arqueado junto a la estación de servicio Shell, la topografía de su infancia ya no existía.

Supuso que su vieja guarida habría estado al otro lado de aquellas vallas de los jardines. Hasta que cumplió los seis años, la guarida que había compartido con Alice Galloway, situada en los límites más lejanos de los terrenos de la granja lechera, había sido uno de los pocos lugares encantadores que habían existido en su vida. Hasta que Alice desapareció y la familia de Catherine se marchó lejos, la guarida fue el único refugio que las dos niñas encontraron jamás fuera de casa en Ellyll Fields. El hecho de encontrarse tan cerca de sus cimientos hizo que le subieran las lágrimas a los ojos.

Alice y ella habían hallado la manera de rodear los campos donde pastaban las vacas para llegar al arroyo que discurría entre las riberas penumbrosas, forradas de hojas secas y resguardadas por las ramas de los árboles extendidas sobre el agua. Un refugio para los días en que los niños deambulaban con total libertad y pasaban la mayor parte del tiempo al aire libre.

Nunca se descubrió el lugar exacto de la desaparición de la pobre Alice en el verano de 1981, pero durante algún tiempo Catherine creyó que su amiga había encontrado un refugio nuevo. Alice incluso le había insinuado esa posibilidad, aunque solo lo había hecho cuando llevaba tres meses desaparecida.

La sola idea de que hubiera vuelto a ver a Alice enfureció a todo el mundo. El recuerdo del ataque de histeria de la madre de Alice en la cocina de sus padres, con la cara roja y tirándose del pelo de una manera que la hacía parecer Cat Weasel, seguía provocándole de vez en cuando una punzada de vergüenza. Jamás olvidaría el episodio, ni se perdonaría ser su causante.

Jamás volvió a parecerle ver a Alice después de su desaparición; ni una vez en décadas. De niña lo había hecho, y también había creído que Alice venía para llevársela con ella. Y durante

buena parte de su infancia incluso lamentó haber desaprovechado la oportunidad de marcharse con su amiga, de seguirla a algún lugar mejor de lo que sería nunca aquél.

Al otro lado del río, en dirección a su guarida, una alambrada protegía los terrenos del «colegio especial». El Colegio de Educación Especial Magnis Burrow ya estaba abandonado cuando Catherine vivía en Ellyll Fields, hacía treinta años, así que no le sorprendió que lo hubieran demolido junto con todo lo demás.

Las lomas cubiertas de hierba alta, moteadas de ranúnculos y dientes de león, habían formado una pendiente que quedaba rematada por una hilera de edificios de ladrillo rojo con las ventanas tapadas por tableros de contrachapado. Ahora incluso se habían nivelado los pequeños montículos para hacer sitio al acueducto y a otra autovía.

Siempre que preguntaba a sus padres y a su tía por el colegio abandonado junto a los terrenos de la granja, recibía respuestas de todos los colores.

«Era un asilo para niños discapacitados. Niños mongólicos. Ya sabes, esos niños que crecen y siempre tienen cara de niño.»

«Niños víctimas de la talidomida que tienen una vida corta.»

«Niños en silla de ruedas o inválidos y con aparatos ortopédicos en las piernas.»

«¿Como el niño de plástico en la puerta de la tienda de chucherías que recolectaba monedas? ¿Como Alice?» —preguntaba ella, cuando en realidad quería decir—: «¿Como yo?»

«Sus madres los tuvieron ya muy mayores.»

«Están un poco tocados del ala.»

«Han desaparecido algunos niños de ese colegio, así que no te acerques allí. Es peligroso.»

Ahora se estremecía al recordar las palabras de los adultos. Pero además del regreso inesperado de Alice a la guarida, tres meses después de su desaparición, Catherine también había creído que algunos de esos niños especiales habían sido abandonados.

Hasta los primeros años de su adolescencia, cuando los psicólogos y los médicos le insistieron en que aceptase la idea de que sus alucinaciones solo eran un ejemplo de una infancia infeliz, por no decir *perturbada*, estuvo convencida de que los niños que había visto en los edificios de aquel colegio abandonado eran reales, a pesar de que también tenían un halo de irrealidad, como lo había tenido en gran medida su infancia.

Años después aceptó que los niños fueron alucinaciones, introducidos en su mundo como amigos o guardianes imaginarios. Y con la perspectiva del tiempo, nadie sabía mejor que Catherine la importancia que la imaginación tenía para los niños solitarios y víctimas de burlas. Si el único amigo real que tienes desaparece, todo lo demás te lo inventas.

Debía de tener seis años cuando intentó contar a su tía y a sus padres lo de los niños abandonados del colegio especial.

—A quienes has visto es a los gamberros de Fylde Grove —le había dicho su padre—. Ya se han cargado los cristales de las ventanas. No deberías ir por allí. Mantente lejos de ese sitio.

Los niños de Fylde Grove jamás iban andando a ningún sitio. Iban a todas partes en sus bicicletas, que siempre resonaban al chocar contra el suelo cuando se bajaban de ellas y las dejaban caer; además tenían unas voces estruendosas y llevaban la camisa por fuera del pantalón, sus caras eran rubicundas y su mirada severa. Y solo podía llegarse al colegio especial si se rodeaba la alambrada reptando por el suelo o tras una larga subida hasta las puertas cubiertas de alambre de púas, que nunca estaban abiertas. La entrada principal al colegio abandonado también estaba en la carretera principal, por donde los niños tenían prohibido ir en bicicleta.

Catherine no vio ni una sola vez a niños de Fylde Grove, ni a ninguna otra persona, en las

inmediaciones del colegio especial. Éste y sus niños siempre les habían pertenecido a Alice y a ella. Y los niños que había visto en aquellos edificios abandonados no tenían nada que ver con los «gamberros» de Fylde Grove. De dónde habían salido los niños del colegio especial abandonado constituía uno de los grandes misterios de su infancia, pero eran de los escasos niños que recordaba que habían sido amables con Alice y con ella.

Sentada dentro del coche, la visión de aquel tramo concreto de la alambrada del colegio, extendida entre columnas de hormigón, evocó en su cabeza, de una manera tan vívida que le parecía volver a sentir el alambre apretado entre sus dedos, el rato que estuvo observando a Alice mientras avanzaba cojeando por la hierba en dirección a los viejos edificios la tarde del día que desapareció.

Catherine se revolvió en el asiento y abrió la ventanilla para intentar aliviar su malestar, que era un noventa por ciento psicológico y un diez por ciento de angustia; una vieja herida que nunca cicatrizaría.

Cuando estaba sola en la guarida de la ribera se imaginaba que veía a los niños al otro lado de la alambrada, desde donde ella miraba sentada en el tocón resbaladizo de un árbol, rodeada por tres latas de pintura que parecían tambores, un puñado de flores secas sobre las hojas que había recogido para hacer una alfombra y el juego de té que se había puesto verde de estar tanto tiempo a la intemperie. Y los niños solo aparecían cuando la intensidad de su angustia había convertido su sufrimiento en una especie de paperas. Niños vestidos con una ropa extraña que podían jugar al aire libre a pesar de que estaba anocheciendo.

Se había sentido así un domingo por la tarde en particular, el cielo estaba ceniciento y cortado por la llovizna, incluso notaba los huesos húmedos. Justo antes de regresar a casa para tomar un té con tostadas untadas de alubias, que apenas pudo tragar ante la idea de ir al colegio al día siguiente.

Después del interrogatorio de la policía no volvió a hablar de los niños fuera de la consulta del psicólogo.

Pero a medida que contemplaba ahora la autovía a través del parabrisas y las vallas de los jardines que rodeaban la urbanización, y la zanja de hormigón que desviaba el pequeño río, y recopilaba todos sus recuerdos y la manera en que la habían obsesionado, más tontos e insignificantes le parecían. Se preguntó si el hecho de regresar allí le permitiría liberarse por fin de todo eso. Y ahora le parecía en cierto modo necesario volver a estar allí después de tantos años.

Sus pensamientos se desviaron hacia la noche que tenía por delante y hacia Mike, su novio, y se recreó en una imagen de su sonrisa. A pesar de que Mike no era el mismo desde hacía varias semanas, estaba convencida de que deseaba estar con ella. Y pensó entonces en el bueno del viejo Leonard detrás de su enorme escritorio y en cómo había acabado confiando ciegamente en ella y considerándola una especie de sobrina favorita. Un mes atrás, durante una comida que regaron con una ingente cantidad de vino, incluso había roto a llorar y le había explicado lo importante que era ella para su negocio y que quería que se encargara de «continuarlo» cuando «yo salga rodando hacia la gran subasta del cielo».

Catherine pensó en su piso en Worcester y en los tonos blanquecinos y crema, y en la tranquilidad de su interior. Era un lugar donde siempre se sentía segura. Ya no había un Londres que soportar. Incluso llevaba un peinado fantástico; un detalle que nunca había que subestimar. Era feliz. Por fin. Esto era la felicidad y así era su vida ahora. Carrera profesional, novio, una casa propia, salud. Mejor, imposible. Lo sucedido tantos años atrás era agua pasada. Se había

esfumado. Incluso el escenario de su pasado había quedado sepultado por asfalto, ladrillos y hormigón. Había desaparecido para siempre.

Se secó los ojos con unos toquitos y comprobó el maquillaje de su rostro en el espejo retrovisor. Se sorbió la nariz y esbozó una sonrisa. Giró la llave.

—Bueno, parecen bastante interesados en trabajar contigo, querida, porque te han enviado una cordial invitación para que los visites este viernes en la casa de los Mason, la Casa Roja, nada menos, para hablar de la tasación. Está a las afueras de Magbar Wood. ¿Puedes ir?

Leonard había desplegado la carta, toqueteado la lámpara del escritorio y sacado las otras gafas del estuche con parsimonia y de una manera metódica; tal como realizaba cualquier tarea administrativa sentado en su escritorio. Una parte de Catherine seguía profundamente arraigada en el ritmo londinense y había algo en su interior, de lo que nunca sería capaz de desprenderse, que se retorció y se tensaba con ese lento ritual que precedía a la más simple de las tareas.

Sin embargo, los rituales maniáticos de Leonard también eran una fuente de sosiego. Porque en la oficina de Leonard Osberne en Little Malvern no había sitio para la vida frenética ni para la tensión de la lucha de poderes. Nadie te desautorizaba ni existía el favoritismo. Catherine nunca sentía náuseas antes de las reuniones ni se pasaba toda la noche en vela atacada por la rabia después de asistir a una. Cuando se marchó de Londres creía firmemente que la naturaleza humana no permitía la existencia de lugares como la oficina de Leonard Osberne. Lo más parecido a una reprimenda que había recibido de Leonard habían sido un «por favor, no te preocupes» y un «tranquilízate». Leonard siempre suavizaba sus observaciones más sentenciosas sobre los bichos raros con los que trataban hasta transformarlos en comentarios no exentos de afecto. Era amable por naturaleza, una cualidad que Catherine nunca daba por sentado. Y algunos días hacían poco más que comer galletas, tomar té y charlar.

Catherine colgó la chaqueta en el respaldo de la silla.

—Claro que puedo ir. Mi instinto me dice que nos ha tocado la lotería con este asunto, Len.

Leonard esbozó una sonrisa desde el otro lado del escritorio.

—Es de esa clase de subastas que solo se te presentan una vez en la vida, gatita. Cuando tengas mi edad aburrirás a tu secretaria con esta historia.

Leonard se alisó el flequillo y Catherine hizo un esfuerzo para no fijar la mirada en el gesto inútil de tratar de poner en su sitio un mechón de pelo rebelde. Porque lo único que habría cambiado de su jefe era el horroroso peluquín cano. Si bien incluso ya se estaba habituando a él, aunque había tardado en hacerlo seis meses. Era un aspecto de ese hombre meticulosamente vestido que no encajaba con él. El postizo era terrible y entre él y el rostro enjuto de Leonard quedaba un hueco. Hoy tampoco se lo había puesto bien, como si lo hubiera hecho a propósito para provocar las burlas de quien lo viera. Cuando se conocieron en Londres durante la entrevista de trabajo, Catherine necesitó varios minutos para dominarse y no fijar la mirada en el peluquín mientras hablaban.

—Ya sabes que no he visto unas muñecas en un estado semejante desde que trabajé en el Museo de la Infancia. Esto me recuerda que tengo que llamarlos para tantear el terreno. Conservo algunos contactos en Bethnal Green. Podrían estar interesados en adquirir algunas. Y había tantas en aquella habitación. ¡Los Mason poseen incluso una Pierotti en perfecto estado!

—Cada cosa a su tiempo. —Leonard levantó la mirada por encima de las gafas. Sus ojos vidriosos estaban enmarcados por la montura de carey de las gafas y las cejas espesas y despeinadas, que parecían rígidas como el acero y no combinaban con su peluquín—. Todavía no hemos firmado el contrato. Vendí algunas piezas de su tío en los años setenta y Edith Mason me mareó lo que no está escrito, te lo aseguro. Fue antes incluso de que viera lo que quería vender. Uno de los dioramas de M. H. Mason, unos ratoncitos vestidos de blanco jugando a criquet. Nunca había visto una cosa igual. Los árbitros eran ratones de campo y el encargado del mantenimiento del terreno de juego era una comadreja. Deberías haber visto el pabellón. Era absolutamente maravilloso. Aunque por lo que Edith Mason me contó, su tío nunca se recuperó de la Gran Guerra. ¿Sabías que se suicidó?

Catherine asintió.

—Lo he leído en alguna parte.

—Se rajó la garganta con una navaja de afeitar.

—Dios mío.

Leonard suspiró y meneó la cabeza.

—Horrible. Apenas se han subastado obras tuyas, así que además de las muñecas, me intriga mucho saber qué más ha estado escondiendo Edith Mason en esa montaña de tesoros donde vive. Si bien, dada la insólita ausencia del señor Dore durante la tasación, me aventuro a pensar que Edith Mason no ha cambiado un ápice su táctica desde nuestro breve trato. Me sorprendería incluso que me recordara.

—Había una pasta en aquella habitación.

—¿Crees que podría haber más?

—Lo que vi saldrá en la televisión, Leonard. Había suficientes piezas para una exposición. Y si además hay obras de Mason, bueno... El patrimonio de Potter se vendió por un millón.

—Y Potter no le llegaba a la suela de los zapatos a M. H. Mason. Pero podremos gestionarlo, gatita. Esta compañía subastó una vez el contenido de un castillo.

Catherine se echó a reír. Leonard también sonrió y soltó alguna carcajada entre dientes.

—¿Puedes preparar el té? ¿Acaso no ves que estoy cómodamente sentado? —Leonard golpeó con las palmas abiertas los brazos de su silla de ruedas.

—¡Para!

A Catherine no le gustaba reírse cuando Leonard hacía bromas sobre su discapacidad y después siempre se sentía culpable.

—Toma. —Leonard le ofreció la carta de Edith Mason.

—Bonito papel.

—Lo sé. No debería utilizar unos artículos tan valiosos. Tendría que dejarnos que los vendiéramos. Es papel Crane con un alto contenido de lino. Por lo menos tiene ochenta años de antigüedad. Conozco a un coleccionista en Austria que nos lo quitaría de las manos. —Leonard chasqueó los dedos a la altura de su horroroso peluquín—. Pero su letra ya no es como antaño. Parece una carta de Su Majestad. Y a estas alturas debe de estar como una chota. Pero sé que sabrás tratar con ella. Tienes educación, chica.

—Creo que me gusta mi trabajo.

Leonard asintió con un gruñido y frunció el ceño.

—De todos modos, Magbar Wood es un rincón curioso del mundo. Lo he visitado un par de veces. —Paseó la mirada por las paredes de la oficina—. Antes de tener este sitio. Entonces ya

era un lugar donde el tiempo se había detenido. ¿Has estado alguna vez? ¿No viviste algún tiempo por allí cerca?

—En el Infierno. Ellyll Fields. Sí. Una parte de mi, por llamarlo de algún modo, infancia. — Catherine pensó en la estación de servicio y las autovías grises y vacías—. Visité el lugar donde viví. Después de la tasación en Green Willow. Ha cambiado mucho. Todo lo que recuerdo ha desaparecido. Absolutamente todo. ¿Cómo sabes que soy de allí?

—Lo comentaste una vez.

—¿En serio?

—No puede ser de otra manera. Además es un lugar con una historia desgraciada. Antes de que tú nacieras, creo, desaparecieron niños de un colegio.

«No todos.» Catherine se entretuvo con la preparación del té para evitar que Leonard le viera la cara. Margaret Reid, Angela Prescott y Helen Teme: incluso recordaba sus nombres. Todo el mundo en Ellyll Fields en los años setenta estaba familiarizado con sus caritas sonrientes, fotografiadas en blanco y negro. Para la generación anterior eran algo parecido a unos iconos en Ellyll Fields. Si bien, cuando Catherine tuvo la edad de las niñas en el momento de su desaparición, eran iconos desvaídos en el papel de prensa que mostraba sus imágenes recordadas. Cuando su yaya le contó la historia de las niñas desaparecidas que jamás se encontraron, probablemente como una advertencia contra los desconocidos, le había mostrado sus propios recortes amarilleados, que guardaba en una vieja caja de galletas de mantequilla. En aquella época, solo las abuelas de la localidad mantenían vivo el horror en Ellyll Fields. Nadie más parecía interesado en recordar los raptos. Y una vez que Catherine expresó en casa su curiosidad por las tres niñas desaparecidas, junto con el espantoso peligro negro que creía divisar más allá de sus fotografías de grano grueso, su padre perdió los nervios con la yaya por «llenarle la cabeza de cosas tan horribles». Cuando Alice Galloway desapareció, no fue la primera vez que Catherine atribuyó una gran sabiduría a su yaya.

—Casi no recuerdo nada. Nos mudamos cuando tenía seis años. No tenía ni idea de que Green Willow estaba cerca de Ellyll Fields. Lo descubrí mientras buscaba el hotel en el mapa. Tampoco he estado nunca en Magbar Wood. Salvo unas vacaciones familiares en la playa, dudo que alguna vez me alejara más de un kilómetro y medio de casa. Estábamos pelados. Mis padres nunca hablan de esa época de sus vidas. Estoy casi segura de que ellos tampoco volvieron a visitarlo.

—Ellyll Fields está a mitad de camino de ambos lugares. Todavía se mantienen conectados por una calzada romana, a pesar de que los urbanistas han hundido sus zarpas de todas las maneras posibles en la zona. Llevan haciéndolo desde antes de que tú vinieras a este mundo, querida. Ya te he dicho que cuando te vi por primera vez te tomé por una chica de la frontera.

—Déjalo ya.

—Es por ese pelo llameante, esos ojos verdes y esas increíbles pecas. Desde los tiempos en que Monmouth fue borrado del mapa, los valles han estado llenos de preciosas chicas con tus colores. Te guste o no, eres un ejemplo clásico de doncella *dobunni*.

—¿De qué?

—La tribu que habitaba ese territorio antes que los romanos. Les dio mucha guerra.

—¿Eres tan viejo para saber eso? No te echaba más de setenta y cinco.

—¡Cuidadito! No me obligues a acercarme a ti. Podría alcanzarte a la hora de comer. No lo olvides, querida.

Catherine salió riendo de la cocina con las cosas del té y con la sensación de haber crecido

varios centímetros. Leonard tenía buen ojo para apreciar una extraña belleza en los objetos que tasaban y vendían, y lo mismo podía aplicarse a todo lo que tuviera que ver con ella. Vislumbraba los pequeños detalles que ella era incapaz de identificar a través de la densa neblina con la que solía envolverla su preocupación por el peso. Él le hacía sentirse mejor consigo misma de lo que jamás habría sido capaz de hacerse sentir ella por sí sola, ni de lo que había sido capaz de hacerle sentir ningún novio. No porque Leonard fuera incorregible... no se trataba de eso. Siempre había sabido que su admiración era genuina y que se sentía orgulloso de ella. Incluso actuaba de una manera protectora. Tras su debacle en Londres, su aleccionamiento afable y su gentileza habían hecho muchísimo más por ella que un tratamiento de antidepresivos y un psicólogo nuevo.

—Estoy impaciente por reunirme con la aterradora Edith Mason el viernes.

—Si antes consigues superar al ama de llaves. En la carta se informa de que también hay una de esas. —Leonard esbozó una sonrisa—. Nunca subestimes a un ama de llaves, gatita.

Catherine, incomodada por el examen que intuía que le estaba haciendo quienquiera que hubiera hablado desde el interior de la Casa Roja, elevó la voz como una niña tímida:

—¿Hola?

Paseó la mirada por la puerta sin llegar a tocarla y entornó los ojos para adaptarlos a la oscuridad. Vio un pasillo estrecho con techos altos. La entrada estaba forrada con papel burdeos con dibujos geométricos que tenían un aire medieval.

—¿Hola?

Todas las puertas que vio dentro de la casa estaban cerradas; una en el lado izquierdo y la otra en el lado derecho del pasillo. Probablemente se trataran de guardarropas. Los paneles superiores de las puertas más próximas eran de vidrio rojo, como también lo era la pantalla de la lámpara que tenía encima. Una verdadera casa roja.

De las paredes donde se insertaban las puertas colgaban cuadros enmarcados, pero Catherine no distinguía más que el destello de los cristales que los protegían. No tuvo tiempo de fijarse en el mosaico de baldosas de cerámica rojas y negras del suelo, todas originales y sin una grieta, porque oyó un chirrido, como de una vieja rueda que había que engrasar, procedente de una planta superior del edificio.

Descubrió, entornando los ojos un poco más, que al final del estrecho pasillo se extendía una zona más amplia, el vestíbulo. Entró en la Casa Roja acompañada por el sonido que sus tacones hacían sobre las baldosas y atravesó la entrada para examinar el vestíbulo sin pisarlo. Su mirada recorrió las cuatro paredes de la estancia con paneles antiguos de madera maciza, hasta que su vista menguada tropezó con un espigón tallado al principio de una empinada escalera en el lado izquierdo del vestíbulo. La escalera tenía una barandilla que ascendía como una caja torácica.

«Huesos dentro de un cuerpo carmesí.»

—Soy... soy Catherine. Catherine Howard. Vengo de parte de Osberne. —Su voz sonó monótona, débil y frágil en el interior del vestíbulo.

Desde un lejano tragaluz que quedaba fuera de la vista de Catherine, caía una tenue luz rojiza que le permitió distinguir una silueta oscura en la planta inmediatamente superior, sentada. La mitad superior de un cuerpo delgado y lo que parecía un largo cuello estaban inclinados para mirarla, pero permanecían ocultos tras una hilera de balaustres.

—Si hubiera utilizado como corresponde el timbre de la casa, Maude la habría recibido. Está abajo. —Tal vez la edad hubiera debilitado su voz, pero la brusquedad del tono bastó para que Catherine se sintiera instantáneamente insegura.

Se estremeció con el tintineo acelerado de una campanilla que procedía del mismo sitio que la voz.

—Mierda. —Catherine esperaba que su voz no hubiera viajado por el aire cargado del pasillo; un aire que transportaba un hedor a productos químicos que se mezclaba con el olor a cera para el suelo, a madera barnizada y a humedad que intentaban disimular. Ese tipo de olores que la

gente trataba de esconder le recordaba a las tiendas de antigüedades en las que se entraba poco y a los museos de provincias que había visitado; sin embargo, había un penetrante olor subyacente que le resultaba desconocido.

Su confusión y los restos del sopor provocado por el calor y el polen del exterior se hacían más intensos en el sofocante y penumbroso interior de la casa, hasta el punto de que Catherine se mareó. Alargó una mano y tocó la pared.

La figura indefinida de la planta superior la miraba en un silencio cada vez más tenso e imponente, como una extraña fuerza de gravedad que oprimiera a Catherine de tal manera que se sentía como una niña nerviosa frente a una profesora severa en un viejo internado.

—Maude la conducirá al salón. —La mujer se alejó de la barandilla mientras hablaba.

Catherine entrevió una mancha demasiado blanca para tratarse de una cara sobre lo que parecía ser una especie de silla. ¿Y qué llevaba en la cabeza? ¿Era un sombrero?

La figura retrocedió con una brusquedad inquietante, acompañada por el chirrido de las ruedas y el crujido del suelo de madera por el que rodaban, y se alejó hasta dejar de oírse por el techo bajo el que estaba Catherine.

Y de nuevo se quedó sola en la entrada del vestíbulo, dudando si estaría sufriendo otro episodio de su habitual incomprensión social o si era el miedo el que le impedía adentrarse más en la Casa Roja, que brillaba a su alrededor de un modo hosco y vigilante, mirándola fijamente con una hostilidad implacable.

El tintineo agudo de la campanilla había provocado una reacción en las profundidades del túnel carmesí que empezaba en la puerta principal, continuaba atravesando el vestíbulo revestido con paneles de madera y continuaba hacia lo que debía de ser la parte trasera de la enorme casa. El ruido de unos pasos amortiguados que procedían de la oscuridad sonó cada vez más cercano: un rumor de pies arrastrados que sugería que una persona entrada en años y con una movilidad reducida avanzaba a tientas hacia ella.

A pesar de que el desasosiego la embargaba, experimentó un rechazo a saludar a la persona que iba hacia ella para recibirla, procedente de algún rincón de las profundidades de la casa. Supuso que debía de tratarse de la tal Maude.

La luz natural bañaba el vestíbulo desde la puerta principal por donde había entrado Catherine o caía difuminada, teñida del color de la sangre, desde el tragaluz que había encima del hueco de la escalera. Y esta tenue iluminación no tardó en revelar una figura blanca que se acercaba por el pasillo que tenía enfrente. Parecía un ente sin extremidades que levitaba y se propulsaba por encima del suelo hacia el vestíbulo.

Una figura voluminosa, ataviada con un delantal de una blancura cegadora, que en la penumbra de la estancia Catherine tomó por un fantasma, se materializó antes de que su desconcierto se convirtiera en miedo. Era una mujer con un gran moño torcido y el cuerpo achaparrado que caminaba con dificultad, balanceándose. Cuando el ama de llaves entró renqueando en el vestíbulo y recibió toda la luz, Catherine completó su examen.

Hasta el último rasgo de feminidad había desaparecido de la tez surcada de arrugas que poseía la cara redonda que tenía enfrente. Catherine no recordaba haber visto jamás un rostro tan adusto; una de esas caras que aparecían detrás de las alambradas durante las guerras, retratadas en las fotos en blanco y negro. El cabello de la mujer, blanco como el vellón de un cordero, parecía cortado a cuchillo siguiendo el contorno de un cuenco. Llevaba el delantal ceñido a las caderas; la barriga y el busto eran enormes. Unas botas acordonadas masculinas asomaban por

debajo del dobladillo acartonado del vestido. En el otro extremo, un cuello alto desaparecía bajo la piel caída de los carrillos de la mujer.

Unos ojos apagados, bajo unas cejas descuidadas, clavaban la mirada en Catherine, aunque la mujer guardaba silencio. Su expresión carecía del menor atisbo de cordialidad; más bien era la viva imagen de la irritación y de lo que podía interpretarse como desaprobación.

Catherine esbozó una sonrisa y se aclaró la garganta.

—Me llamo Catherine. Catherine Howard. —Se adentró en el vestíbulo y le tendió una mano.

La curiosa figura dio media vuelta, se dirigió hasta el pie de la escalera balanceándose y empezó a subir sin decir una palabra ni echar la mirada atrás.

Catherine contempló la ascensión fatigosa de la anciana. Vista de espaldas, lo que en un primer momento le había parecido un vestido resultó ser una falda ceñida muy por encima de la cintura, que le caía hasta unos tobillos hinchados. Un grueso cinturón de cuero separaba la falda de una blusa lisa, cruzada por los tirantes del delantal. Tanto la falda como la blusa estaban confeccionadas con una anodina tela gris, basta como la lona. Los puños de las mangas voluminosas de la blusa estaban manchados. Toda su ropa se asemejaba a la que llevaban los operarios de las fábricas del siglo diecinueve y Catherine se preguntó si la excentricidad, que se cultivaba desde tiempos inmemoriales en el aislamiento rural —porque la Casa Roja se encontraba en el lugar más remoto en que podía encontrarse una casa de la frontera galesa—, se había convertido en algo menos encantador. Había visto muchas muestras de decadencia a lo largo de su vida, pero ninguna igual. El ama de llaves dejaba una estela del olor acre que había advertido en el recibidor.

El ama de llaves se detuvo antes de llegar a la primera planta, volvió su pálido rostro hacia Catherine y la observó en silencio, esperando a que la siguiera. Catherine salió detrás de ella titubeante y ascendió por el interior abovedado de madera, como si de una extraña torre de iglesia se tratara, con paredes de roble antiguas. Por encima de ella se elevaban otras dos plantas y Catherine podía distinguir la barandilla que las delimitaban. Un gran tragaluz con una vidriera custodiaba colérico el hueco de la escalera.

—¿Maude? —preguntó Catherine.

La mujer no respondió y reanudó la subida a las entrañas de la Casa Roja.

Llegaron al primer ángulo de un pasillo en forma de ele de la primera planta, también apenas iluminado. Todas las puertas permanecían cerradas, impidiendo la entrada de la luz. En la parte superior de la casa reinaba el silencio y se respiraba una tensión que aprisionaba los propios pensamientos de Catherine.

Mezclado con el olor de la madera lustrosa y el inexorable hedor a rancio propio de los muebles viejos, sobrevivía el aroma a jazmín, rosas y lavanda de la propietaria de la casa, a quien Catherine seguramente acababa de ver desaparecer en su silla de ruedas por aquel pasillo; tal vez volvía a una de esas habitaciones junto al niño que había visto fuera asomado a la ventana. Catherine recordó la muñeca sentada en su regazo en la pensión de Flintshire. Era el mismo perfume.

Las paredes de la primera planta estaban revestidas de madera, como el vestíbulo de abajo, y eso incrementaba la penumbra. Todas las puertas que veía Catherine constaban de seis paneles, de los que los dos superiores eran vidrieras.

Maude se dirigió hacia una puerta que se encontraba en el recodo del pasillo en forma de ele y escuchó un momento a través de ella antes de llamar.

—Adelante —respondió una voz que sonó lejana.

La sirvienta, con el rostro arrugado contraído en una expresión de apesadumbrada desaprobación, abrió la puerta para que Catherine entrara. Ésta vislumbró alrededor de la voluminosa figura del ama de llaves una habitación mejor iluminada que las zonas comunes de la casa. Se trataba de una estancia con las paredes cubiertas de llamativos ornamentos. Catherine se quedó paralizada nada más poner el pie en ella.

Se sintió como entrando en otro mundo, como penetrando en el claro encantado de un bosque victoriano artificial de pesadilla, donde docenas de ojos diminutos y brillantes la observaban desde todas las alturas a las que se encontraban situados.

Catherine miró a su alrededor enmudecida y divisó encima del piano unas cuantas ardillas rojas que comían frutos secos inmortalizadas. Desvió la mirada y un zorro le sonrió desde la mesita baja que estaba atravesando. Una compañía de ratas con uniformes de color caqui, levantadas sobre las patas traseras, componía un desfile en la repisa de la chimenea.

Miró hacia otro lado y descubrió una multitud de gatitos con coloridos vestidos que se apiñaban para observarla desde el interior de una vitrina. Algunos estaban tomando té. Otros hacían reverencias.

La habitación estaba atiborrada de animales, todos mudos e inmóviles en lo que parecía un estado de alerta provocado por la irrupción de Catherine. O tal vez su postura obedecía a la preparación del siguiente movimiento. No había ni un máximo de medio metro cuadrado de superficie libre entre ellos.

Edith Mason estaba hundida en los confines de una antigua silla de ruedas negra, junto a una enorme chimenea ornamental de mármol, y parecía complacida con la reacción de su invitada. Un esbelto setter de color canela yacía tendido enroscado en una de las ruedas de la silla. El perro observaba a Catherine con un solo ojo castaño y vidrioso bajo una ceja arqueada. El pelaje rojizo del animal resplandecía a la luz que entraba por las ventanas de la habitación. El perro, por lo menos, era real.

—Después de tanto tiempo todavía me impresionan las maravillas de mi tío. Y eso que las veo todos los días. En su caso, por lo tanto, creo que el gato todavía tardará un rato en devolverle la lengua. —La mujer sonrió y quedaron al descubierto unos finos dientes amarilleados dentro de su pequeña boca—. Siéntese, por favor. Maude traerá el té.

Edith Mason hablaba como si desconociera la presencia del ama de llaves, cuya salida de la habitación se manifestó con el ruido sordo del portazo.

Pero ni siquiera un salón victoriano en perfecto estado de conservación lleno de animales disecados podía eclipsar la visión de Edith Mason en carne y hueso. Tenía tanto polvo de maquillaje aferrado al rostro ajado que la piel que forraba sus facciones huesudas parecía desteñida y el contorno enrojecido de sus ojos diminutos le daba un aspecto cadavérico. Prácticamente no tenía labios que rodearan sus dientes y su nariz era delgada como una cuchilla, hasta el punto de que la luz parecía atravesarla como si fuera un mero cartílago. Era un rostro que costaba mirar y Catherine tuvo que obligarse a no apartar los ojos.

El examen detenido de la anciana continuó por su intrincado peinado: dos hogazas de pelo, una encima de la otra, que coronaban una cabeza consumida. Una masa de postizos estaba cosida a los mechones cenicientos del pelo natural de la anciana. Debía de haber un kilo de relleno en el interior del arreglo capilar. Catherine solo había visto ese estilo de peinado en obras dramáticas de época, o en fotografías de mujeres de principios del siglo diecinueve. Sintió la tentación de pensar que aquel vestuario había sido escogido en su honor, como si se tratara de una especie de

uniforme estrafalario premeditado y vestido con ocasión de la tasación. No sabía cómo reaccionar, qué decir ni hacer. Así que permaneció mirando sin más.

—Tengo noventa y tres años, querida. Y jamás se me ha pasado por la imaginación pintarme los labios de ese espantoso color rojo —dijo Edith Mason con la mirada clavada en la boca de Catherine—. Hubo un tiempo en el que se consideraba una ofensa. La marca de una puta.

La palabra «puta» cruzó la estancia con la fuerza suficiente para forzar el pestañeo de Catherine. Edith Mason la había pronunciado con un escupitajo, como réplica a la horrorizada mirada de repugnancia que ella le había dedicado a su cabeza.

Debería marcharse. A pesar de las riquezas que prometía aquella única habitación a su mirada perpleja, sus instintos más fiables le advertían de que si se quedaba, sufriría. Su experiencia profesional le había enseñado que los tesoros más extraordinarios suelen estar custodiados por los dragones más astutos y crueles.

—¿Pero qué sabréis vosotras, niñas? Vivís esclavizadas a tantas cosas... Además, a las mujeres apenas se nos ha permitido jamás opinar sobre nada. —La mujer sonrió, esta vez también con los ojos.

Catherine se sintió obligada a devolver la sonrisa, aunque su cuerpo estaba a punto de hacerse trizas como la porcelana a la que se enroscaban los dos armiños con uniforme de presidiario que había al final de la repisa de la chimenea.

—Haga el favor. —Edith Mason sacudió una mano huesuda en el aire.

Sus dedos eran tan pálidos que los ojos de Catherine siguieron como hipnotizados la trayectoria de la mano sobre el fondo de seda negra del cuello alto de su vestido. Catherine se alegró cuando advirtió que la anciana llevaba la mano enguantada.

—Eche un vistazo —prosiguió Edith Mason—. Sé que debe de estar ansiosa por husmear en nuestras cosas. Apuesto a que está impaciente por toquetearlas y ponerles un precio.

—No hay prisa.

—No se ande con remilgos conmigo. Me agotan la paciencia. Dejemos clara una cosa desde el principio: no hemos invitado a cualquiera para que esparza nuestro patrimonio. Objetos que ningún alma en la actualidad tiene la capacidad de crear. De modo que no hablemos ya de apreciar su auténtico valor y significado. Buscamos a alguien que entienda lo que se creó en este lugar. Tal vez hayamos tratado con su casa de un modo satisfactorio en el pasado, pero solo cuando encontremos a la persona con la perspicacia y la sensibilidad necesarias, permitiremos que se realice una subasta. De modo que considere esto como una entrevista.

La palabra «subasta» pareció causar en la anciana un dolor insoportable e hizo una mueca de sufrimiento. Si Catherine no se llevaba a engaño, en los ojos de Edith Mason también apareció el brillo de las lágrimas antes de que desviara la mirada hacia las ventanas.

—Su casa... —Catherine no sabía qué decir, aunque sentía que debía decir algo— es increíble.

La expresión de la anciana cambió de repente y Catherine tuvo que hacer un esfuerzo para no retorcerse con desagrado. La sonrisa de Edith Mason se había ensanchado y había dejado al descubierto los dientes hasta enseñar las encías.

—Ojalá fuera consciente de la excepcionalidad de esta casa. Aunque quizá algún día sea capaz de apreciarla. —La sonrisa se transformó en una mirada desafiante—. Si es que finalmente decidimos contratar a su firma.

—Estamos emocionados con esta oportunidad. El hecho de que nos haya invitado a venir para...

—Sí, sí. Está bien, querida. Empezaba a gustarme usted. Desde el momento en que la vi venir por el camino supe que era una persona humilde. De una humildad genuina. Y en esta casa nos gustan los buenos modales, señorita Howard. Nos gusta el silencio. Nos gusta que nos dejen hacer las cosas a nuestro aire... Sin embargo, no nos gusta que... —El discurrir de la señora Mason tomó otro rumbo y la anciana volvió a fijar la mirada en el extremo opuesto de la habitación, como si estuviera escuchando a través de un auricular. Un fragmento de hollín golpeó el interior de la chimenea y ambas mujeres se estremecieron.

Edith Mason se volvió con recelo hacia ese lado de su silla y a continuación depositó de nuevo su terrible mirada en Catherine.

—¿Qué sabe de mi tío?

Catherine bajó la mirada al suelo para evitar una mirada escrutadora que encontraba espantosa y se fijó en las alfombras tejidas a mano y en las alcatifas orientales extendidas sobre ellas. Trató de poner orden en sus pensamientos, que se replegaban y se confundían. El diseño geométrico medieval de color burdeos y verde de la alfombra le taladraba la cabeza. Unos ojos que parecían muy vivos la observaban desde todas las direcciones, jubilosos por su sensación de incomodidad. Únicamente el perro parecía apiadarse de ella.

Dudaba que se le permitiera hablar; además, cualquier cosa que dijera carecería de interés para la anciana. Daba por hecho que todo lo que saliera por su boca se le volvería en contra y sería refutado. Jamás había logrado acostumbrarse a esa clase de actitud, a pesar de que llevaba toda la vida intentando hacerse a ello.

Se obligó a concentrarse.

—Sabemos que...

—No diga sabemos, diga que usted sabe.

—Yo... yo, por supuesto, estoy al tanto de su talento. Como taxidermista. —Repasó el catálogo que había elaborado mentalmente la semana anterior—. Pese a lo poco que se ha exhibido su obra, tal vez podría afirmarse que fue el mejor. Mi colega me ha contado que su tío además fue un legendario titiritero...

Edith Mason no encajaba bien los halagos.

—Su fin no era la venta. Él los consideraba sus hijos y no quería que acabaran en manos de desconocidos.

—Por supuesto. Pero solo con lo que veo en esta habitación ya podría organizarse una exposición.

La anciana paseó la mirada alrededor.

—Estas piezas son mías. Las hizo para mí cuando era niña. Y se vendrán conmigo a la tumba, querida. Así que más le vale mantener sus manos lejos de ellas.

«¿Entonces por qué estoy aquí?», quiso preguntar.

—Me hacen compañía en la habitación. Me ayudan a pasar el tiempo. Y he pasado mucho tiempo entre estas paredes. Más del que pueda imaginarse. —Su tono sonó triste—. ¿Verdad, amor?

Edith Mason alargó una mano huesuda para acariciar la cabeza del perro. El setter rojizo, sin embargo, parecía más interesado en la invitada y continuó mirando fijamente a Catherine con una expresión que parecía de compasión por el mal trago que estaba pasando. Catherine le correspondió con una leve sonrisa.

La señora Mason soltó de repente una desagradable carcajada que hizo vibrar la porcelana y el cristal.

—Siempre tomando el pelo a la gente, mi bravo Horatio. Era el perro de caza favorito de mi tío. Su mejor cazador de ratas. Pero el pobre Horatio atrapó su última rata en 1928. Mi tío me lo dejó para que cuidara de él. Y desde entonces está esperando el regreso de su amo. Día y noche. ¿Acaso no lo estamos esperando todos, mi bravo amorcito?

Catherine clavó la mirada en el perro. No podía creer que se tratara de un animal disecado. Su expresión y su postura, el brillo lustroso de su pelo, el hocico húmedo, los ojos acuosos... ¿Cómo era posible? Se puso derecha y se acercó a las ardillas que la observaban desde el piano. Las miró fugazmente, pero con ojos de experta, y no se habría sorprendido si una de ellas hubiera movido el hocico, o si alguno de aquellos cuerpos rojizos hubiera trepado por la cortina para colgarse de la galería.

No tenían nada que ver con los horrores gastados y remendados de las tiendas de antigüedades, ni con lo que pasaba años en la oscuridad de los desvanes y solo veía la luz cuando se vaciaban las casas. Mason además había creado al menos cincuenta obsequios para la sala de estar de su sobrineta. De niña, Edith Mason debía de haber dormido en una habitación atestada de gatitos muertos vestidos con trajes confeccionados con tafetán, chifón y lana. No era de extrañar que estuviera chiflada.

Pero, ¿qué otros seres estarían saltando, sentados, acechando o haciendo cabriolas, perfectamente conservados por un magnífico maestro, en las numerosas habitaciones de aquella enorme casa? La casa era grande y el último diorama original de Mason se había vendido en Bonhams en 2007 por ochenta mil libras. Una sola pieza de la calidad exhibida a su alrededor podía alcanzar las diez mil. Mason había sido el mejor y el mercado codiciaba piezas nuevas desde los años setenta, cuando escaseaban los interesados en la taxidermia. Catherine sabía perfectamente que menos del cinco por ciento de las obras de taxidermia victorianas habían sobrevivido hasta el siguiente siglo; el resto se había echado a perder o se había destruido. Pero era esta la circunstancia de la Casa Roja.

¿Y qué pintaba ella allí? Si aquella habitación era una muestra de los tesoros que contenía la casa, alguna de las grandes firmas de Londres tendría que haber sido informada. Era un trabajo para Sotheby's, no para la insignificante Catherine Howard de Leonard Osborne, Tasaciones y Subastas. Se esforzó por disimular su entusiasmo; revelarlo podría ser un error.

Los museos norteamericanos también pagaban una pasta por los pájaros que los victorianos habían disecado hasta extinguirlos después de invadir su hábitat.

—¿No hay pájaros?

Una breve parálisis hizo temblar la cabeza de Edith Mason.

—¡Pájaros! Mi tío no era un vulgar plumista. ¡No tenía tiempo para las plumas! Todo esto que ve —paseó una huesuda mano blanca por el aire— solo son nimiedades. Sobre todo trabajó con ratas. Animales como nosotros. Durante la guerra tuvo una revelación, estando en el frente. Recuerdo que una vez le dijo a mi madre, su querida hermana, que todos nosotros solo éramos «alimañas bajo las estrellas y nada más».

—Entiendo. —Catherine volvió a pasear la mirada alrededor—. No sabía que había hecho tantas obras.

—Mi tío solo aceptaba encargos cuando la casa lo requería. Debe de haber visto algunas de esas piezas en su repugnante mundillo. Fueron las únicas que salieron de casa. Mi tío no tenía ningún interés en la fama, la competitividad ni las exposiciones, a diferencia de otros. Cuando la demanda decayó, vendió tierras para conservar la Casa Roja. Hemos sido una familia prudente, pero había que mantenerse, querida.

—¿Hizo todo esto... porque sí?

Edith sonrió.

—Me parece que empieza a entenderlo. Solo emprendió sus grandes obras cuando desapareció el interés por su oficio. Fue una dedicación anticuada durante buena parte del tiempo que se mantuvo activo. Mi tío no era un científico, ni un amante de la naturaleza. Era un artista. ¡Un mago! Y ahora... ahora nos llegan a casa esas cartas... La gente quiere saber si hay más animales. ¿Tienen algún valor, querida?

Catherine reprimió una sonrisa.

—Quizá. Para los coleccionistas. Eso es precisamente lo que me gustaría averiguar. —La puerta se abrió y Maude entró arrastrando los pies, cargada con una bandeja con lo que parecía porcelana de Wemyss original por valor de mil libras.

—Y lo hará, señorita Howard. A su debido tiempo. He decidido que me gusta usted lo suficiente como para mostrarle un poco más. Respeta el trabajo de mi tío. Lo veo en sus preciosos ojos. Pero antes debemos tomar el té. Los pastelitos son caseros. ¿Será tan amable de servirlo usted? Mis manos ya no son lo que eran.

—Claro. —Catherine, feliz de repente por no haber huido, sonrió hacia el perro y sin pensarlo dos veces dijo—: He de reconocer que el viejo Horatio está muy bien adiestrado. Ni siquiera se ha acercado a olisquear los pastelitos.

El casi imperceptible atisbo de cordialidad que existía en el rostro de Edith Mason se esfumó y sus facciones se tensaron.

—Si está intentando ser graciosa, por favor, ahórreselo. Usted no es quién para reírse de las cosas de mi tío. Jamás. ¿Me ha entendido?

—Entre, vamos, entre.

—Pero...

—Entre de una vez. ¡Entre! —La insistencia de la señora Mason amenazaba con volverse violencia.

—¿No hay luz?

—Los conservamos en la oscuridad. No queremos que se estropeen.

—¿Entonces cómo los ven?

—¡¿Quiere entrar de una santa vez, niñata?!

Catherine se detuvo en la entrada y fijó la mirada en la oscuridad absoluta. Detrás de ella, en el estrecho pasillo donde había reci-bido instrucciones de empujar y detener la silla de ruedas de Edith Mason, los reposapiés le rozaban los talones, como si la anciana se las hubiera ingeniado para impulsar por sus propios medios la silla de ruedas y adelantarse un par de centímetros para enfatizar sus órdenes.

—La luz del techo no se ha cambiado en años. Tendrá que abrir las cortinas. ¿No querrá que las descorra yo con estas estropeadas manos mías? ¿Tiene miedo, querida? ¿Le da miedo la oscuridad? —preguntó la señora Mason con una risita ahogada.

Catherine dio un paso hacia el interior como si el suelo fuera de hielo, con los brazos extendidos y los ojos tan abiertos que le escocían. La habitación olía a cerrado, a humedad y a madera pulida, con ese poso a productos químicos. Un olor que se hacía más intenso, más acre, a medida que avanzaba en la oscuridad.

—Manténgase a la izquierda. ¡A la izquierda! —le advirtió Edith Mason. Su tono severo no disimulaba la satisfacción, incluso el alborozo, que le producía el malestar de Catherine.

Los tacones bajos de las sandalias de Catherine resonaban en el parqué, y las resonancias huecas le hicieron pensar en una habitación amplia. En aquel espacio no había nada blando que amortiguara el sonido o que la protegiera.

Catherine se volvió hacia la silueta grotesca pero anodina de Edith Mason, enmarcada por la débil luz rojiza del pasillo de la planta baja. La figura permanecía inmóvil, erguida, con el contorno de la cabeza desgarbada y grande sobre los hombros marchitos.

Andar a tientas por la habitación desconocida de una casa siniestra le produjo repentinamente la sensación de estar sometándose a un examen, mezclada con un sentimiento de temeridad infantil y otro de estar sufriendo una macabra broma ideada por una mente cruel. Solo consentía hacer eso por conseguir el contrato y se daba asco por ello; de repente le parecía que su comportamiento era inaceptable. Estaba dejándose hostigar, manipular, acosar por una promesa ilusoria de provecho. ¿Acaso no fue esa una de las razones de que se marchara de Londres? Ni siquiera llevaba una hora allí y ya le aterraba la oscuridad y no podía sacarse de la cabeza a Edith Mason. Dirigió una mueca de desprecio a la silueta de la anciana.

—No haga mohines, querida.

Catherine se estremeció. ¿Cómo podía ver en aquella oscuridad?

—Usted quería verlos. Por eso ha venido. Tiene que ganarse el pan.

También había una parte en su interior que quería reír histéricamente ante lo absurdo de la situación. ¿Cómo había podido llegar a ese estado? Hacía nada estaba conduciendo su coche por un mundo reconocible. Nadie la creería cuando lo contara. Era algo surreal. Una locura. Y la experiencia no tenía nada de divertido; tampoco aquella oscuridad pestilente. ¿Y qué era aquello?

—Me ha... engañado. —Catherine se dio la vuelta y miró hacia la nada que se extendía frente a la puerta que acababa de cruzar. Lo había oído una vez, a su derecha, en lo que juzgó el fondo de la habitación; era el roce de un tejido en la madera, contra el suelo. ¿O sería alguien que acababa de levantarse de una silla? ¿El niño?

—¿Qué dice? —preguntó Edith Mason desde la puerta, en un tono abiertamente iracundo.

—Hay alguien aquí dentro. Me ha tomado el pelo y no lo encuentro gracioso.

—No hay nadie más —su voz adquirió un tono de picardía cruel—. Nadie vivo, aunque pueda parecerlo.

Si su intención era tranquilizar a Catherine, no obtuvo el resultado deseado. Si la anciana cerraba la puerta con llave quedaría atra-pada.

Catherine decidió dirigirse rápidamente hacia donde adivinaba que habría una ventana. Pero, ¿por qué continuaba allí? ¿En qué estaba pensando? El rostro en la ventana, el perro colocado deliberadamente para asustarla, la ropa espantosa, el silencio desagradable de Maude, y encima le habían llamado puta. La conclusión era evidente: estaba siendo la víctima de una elaborada broma que se ponía en escena con una plebeya que había acudido allí para toquetear los tesoros familiares.

Tanteó el vacío con las manos buscando un lugar al que agarrarse mientras la rabia la conducía hasta las cortinas. Las colgaduras constaban de numerosas capas. Catherine rascó con las uñas lo que le parecía tupido terciopelo, pero no consiguió separar las cortinas, de modo que siguió avanzando de un lado a otro, angustiada.

—Siga. Ya casi ha llegado. Puedo oírlo.

Catherine lanzó otra mirada hacia la puerta y se dio cuenta de que la silueta de la señora Mason ya no miraba en dirección a ella, sino hacia el lado opuesto al de la puerta de la habitación oscura, desde donde ahora llegaba un ruido como de metal afilado rascando la pared, aunque débil. Y a continuación se oyó el sonido de una tela sacudida. Catherine habría gritado si el aire hubiera encontrado un resquicio para salir de sus pulmones petrificados.

Volvió a tantear las cortinas hasta que sus manos dieron con los bordes que las dividían. Cuando las descorrió no apareció la luz. Seguía sepultada en la oscuridad. Sus dedos se toparon con otra tela, esta más fina. Tiró de ella.

—¡Tenga cuidado con mis cortinas!

Catherine dominó su ansiedad con el último residuo de compostura que le quedaba y notó que las manos y las muñecas se le enredaban en lo que le parecieron cintas de encaje. Pasada esa última capa de tela, sus uñas rascaron madera. Y durante un espantoso instante en el que sintió una auténtica parálisis, comprendió que realmente se trataba de una trampa. La habían enviado a una ventana falsa. Ahora la puerta de la habitación se cerraría de golpe, una llave giraría en la enorme cerradura de embutir de bronce que había contemplado con admiración como una idiota. Se sentía como si estuviera atrapada en el sueño que había empezado cuando se había bajado del coche. Parpadeó en la oscuridad y deseó clavarse las uñas en las muñecas hasta que brotara la

sangre. Abrió la boca todo lo que pudo y engulló la oscuridad; volvió a cerrarla apretando con fuerza los dientes.

—Las contraventanas se abren hacia dentro —aseveró Edith Mason desde la puerta, ahora con voz monótona, simplemente transmitiendo instrucciones—. Hay un pestillo en el centro. Descórralo. ¡Pero hágalo con cuidado! Esos postigos llevan protegiendo la ventana desde 1863. Tire de ellos hacia los costados. Vamos, dese prisa, deje de perder el tiempo, querida.

Catherine encontró el pequeño pestillo y lo descorrió para abrir las contraventanas, éstas crujieron como un viejo bote de madera cuando las empujó hacia los costados sin que apenas opusieran resistencia. Y permaneció inmóvil unos instantes, aturdida y con una sensación de vacío, con la cara bañada por una luz blanca que llegaba directamente del cielo salvador.

Se volvió hacia la inofensiva anciana sentada en la silla de ruedas. La tensión desapareció de sus hombros y su corazón volvió a latir con normalidad. Hasta que vio lo que se guardaba bajo llave en la habitación oscura.

El retablo, iluminado desde arriba y colgado de una cadena negra enganchada a un rosetón del techo, permanecía suspendido en el aire a la altura de una mesa. Debía de medir seis metros de largo, cuatro de ancho y uno de fondo.

Las paredes que lo rodeaban estaban forradas con un papel de diseño medieval que Catherine había visto en alguna otra pared desprovista de paneles de la Casa Roja, de un vivo color burdeos que absorbía la luz natural. Un alto rodapié de madera recorría las paredes por abajo y una larga cornisa por lo alto; además había una sencilla chimenea de hierro y un taburete simple de madera enfrente del retablo. Eso era todo. Ningún otro mueble ni elemento decorativo dificultaba o distraía la fascinación horrorizada que generaba en el espectador la obra que M. H. Mason había creado y expuesto en su casa.

El silencio de Catherine se alargó lo suficiente para que Edith Mason se recreara sin tapujos en su mudo estupor. Tal vez esa era la razón de que Maude nunca hablara y de que Edith Mason pasara la vida rodeada de un público silencioso y cautivo de roedores y otros animales del bosque. Otra clase de personalidad sería una molestia.

—Mi tío solía tardar años en terminar un retablo. Éste le llevó diez, más otro año de planificación antes de despellejar a la primera rata.

Catherine seguía sin reaccionar.

—Consta de seiscientos veintitrés figuras individuales. Los perros las capturaron todas. Los perros fueron enseñados para que no las mutilaran. Y durante décadas no ha habido ratas en la Casa Roja. Tal vez todavía lo recuerden. —La señora Mason rio su propia ocurrencia—. Mi tío alcanzó tal habilidad que tenía lista una rata en dieciséis horas. Pero planificó hasta el último detalle la postura de todas las piezas antes de hacer la primera incisión. Las patas de las ratas son extraordinariamente delgadas y fueron las partes de los animales que más dificultades le plantearon a la hora de manipularlas. Pero se convirtió en un experto. Y mi madre les tomó las medidas una a una para confeccionarles los uniformes.

Catherine empujó la silla de ruedas de Edith Mason siguiendo uno de los lados de la gran estructura de madera. Aun después de una serie de intensas miradas que le provocaron un estado de mareo, seguía sin aprehender por completo la complejidad del diorama.

El panel de cristal de la vitrina ofrecía una ventana al infierno.

—No lo entiendo... ¿por qué nadie lo ha visto nunca?

Las ruedas de la silla chirriaron y el parqué del suelo crujió; esos ruidos sonaron tan fuera de lugar como su voz; era como si la habitación hubiera estado sumida en un profundo sueño.

Edith esbozó una sonrisa.

—Oh, algunas personas lo han visto. Pero es usted una privilegiada, señorita Howard. Es la primera persona, ajena a la familia, que ve la *Gloria* en setenta años. A pesar de que han sido muchos los que han querido verlo al enterarse de su existencia por boca de las pocas personas que lo han contemplado. Fue antes de que mi tío se diera cuenta de la inutilidad de la pieza como

advertencia. Se expuso en una ocasión en Worcester antes de la segunda guerra mundial, pero por un tiempo muy breve. Mi tío tenía la esperanza de que tuviera un efecto disuasorio para otra gran masacre. Pero no le gustaron las reacciones que despertó su obra. Los periódicos la tildaron de antipatriótica y cruel. Alguien incluso escribió que estaba perturbado, querida. A los niños de los colegios les encantaba por otros motivos. Así que mi tío la trajo a casa. El diorama está dividido en diez secciones. Rechacé todas las peticiones que recibí para verlo desde que quedé a mi cargo, de acuerdo con las instrucciones de mi tío, hasta que al final la gente se olvidó de él. Ahora no me quedan demasiadas opciones. Pero mi tío lo entiende.

—Su tío... —Pero Catherine enseguida perdió el hilo de sus pensamientos, y tampoco se atrevió a preguntar a la señora Mason la causa del alboroto que se había producido en la habitación que acababa de cruzar a tientas en la oscuridad. No pensaba en otra cosa cuando abrió las contraventanas, pero cualquiera que se pusiera frente a la *Gloria* era incapaz de pensar en nada más.

—Debe entender que mi tío era otro hombre cuando volvió del frente. Sus vivencias en la Gran Guerra fueron devastadoras. A pesar de que se alistó como no combatiente, lo enviaron al frente para que estuviera con sus hombres y les diera el poco consuelo que pudiera encontrarse en medio de unos horrores que nosotros ni siquiera podemos imaginar. Las cosas que vio... que presencié... Perdió toda su fe. No solo en Dios. También en los hombres. En la sociedad. En la humanidad. Su pérdida de fe fue tremenda. Podría decirse que absoluta. Una carga insoportable para un capellán.

—¿Capellán? ¿Su tío era...?

—Un siervo de Dios, sí. El pueblo fue en otro tiempo su parroquia. Se hizo capellán en la 38.^a División Galesa. Se trataba de un proyecto privado. En aquella época hubo muchos de esa naturaleza. Pero se ofreció voluntario en 1915, poco después de que lo hicieran sus dos hermanos menores. Los quería mucho y esperaba que de esa manera pudiera cuidar de ellos.

La señora Mason suspiró y arqueó unas cejas perfectamente perfiladas en su frente de alabastro.

—Harold, el menor, cayó en el bosque de Mametz. En 1916. Al poco de llegar. En uno de los combates del Somme. Su división luego participó en la tercera batalla de Ypres. Y Lewis cayó en Pilkem, un año después que Harold. El pobre Lewis murió gaseado.

Y todas aquellas ratas en el fango eran la recreación de Mason, o una meticulosa prolongación de la pesadilla. Catherine volvió a mirar lo que en un primer momento le habían parecido unos hombrecitos, pues el realismo de sus posturas sobre sus patas traseras, sus muecas tan expresivas y tan humanas de terror y dolor, de desesperación y desconcierto, sus uniformes y armas, y el terreno mismo de su tormento, eran tan convincentes que por un momento había estado segura de que estaba contemplando una multitud de hombres en miniatura cubiertos de lodo en uno de los círculos interiores del infierno.

El propio paisaje negro era tan convincente, húmedo, caótico y falto de color que a Catherine le parecía poder aspirar su olor a través del vidrio. Los costados de la vitrina estaban pintados con un detallismo fotográfico, y se prolongaba en todas las direcciones hasta casi el infinito el escenario de trincheras, alambradas cortadas, explosiones de proyectiles, cráteres abiertos por minas, humo denso y árboles astillados.

También era el momento en el que veía más animada a Edith Mason. El personaje mordaz y hostil que había entrado por la puerta de aquella habitación parecía haberse replegado con la

oportunidad que se le había presentado de explayarse hablando sobre su tío, un hombre al que mantenía vivo en su memoria.

—Tras la muerte de Lewis, mi tío recibió la baja por fiebre tifoidea y disentería. Llevaba algún tiempo arrastrando ambas enfermedades. Mi madre decía que no había sido la fiebre, sino una tristeza profunda lo que lo había enviado de vuelta a casa en esa primera ocasión. Y podría haberse quedado hasta que acabara la guerra, pero regresó al lado de su compañía y a la acción en cuanto recuperó las fuerzas necesarias para seguir cumpliendo con su deber. Mi madre me dijo, cuando yo ya tenía la edad para comprenderlo, que mi tío había tomado la determinación de morir en el frente para reunirse con sus hermanos.

Hizo una pausa y continuó.

—Pero le tocó sobrevivir, querida. Volvió a casa en 1918, esta vez herido. En la batalla de Cambrai. Cuando su división se apoderó de Villers-Outreaux, mi tío sufrió una grave herida de metralla en la cabeza que lo desfiguró. Pero tal vez eso le salvara la vida.

—No lo sabía. —Catherine tragó saliva para deshacer el nudo que la emoción le había dejado en la garganta—. Es...

No sabía qué decir.

—Es una historia terrible y muy triste.

Además se sentía rara, porque en la Casa Roja tenía la impresión de que acababan de comunicarle una noticia reciente.

—Lo lamento.

—¿Sucesos así debían caer en el olvido? Mi tío consideraba que no. No se consintió olvidarlos. Después de la guerra vivió recluido en esta casa con su hermana, Violet, mi madre. Ella volvió a introducirlo en el mundo. Porque tenían un trabajo que realizar. Lo hicieron todo juntos. Supongo que tendrá que elaborar un listado detallado.

—Sí.

—No puede desmontarse. Es nuestra única condición. Debe permanecer entero.

—Por supuesto. ¿A quién se le ocurriría dividirlo? —Pero Catherine sabía que mucha gente estaría dispuesta a hacerlo. Si no aparecía un comprador único que pagara el precio justo, habría que vender cada una de las diez secciones, o quizá fracciones más pequeñas, por separado. El diorama era magnífico, pero también atroz, y a Catherine le costaba imaginar que a alguien le agradara contemplarlo durante horas. Algún museo podría estar interesado, aunque depositaba sus esperanzas en las galerías de arte. La señora Mason tenía razón, M. H. Mason había sido un artista. Y de los buenos, pues le había causado unas emociones profundísimas. Pensó que aunque se pasara todo el día en la habitación no llegaría a apreciar ni la mitad de los detalles que contenía el retablo.

—Ha llegado el momento de ver otro. Y para una tarde habrá sido suficiente.

—¿Hay otro?

—Son cuatro.

«¡No puede venderlos!», quiso gritar. «¡Hay exhibirlos en un lugar donde todo el mundo pueda contemplarlos!» De lo contrario, el catálogo de la subasta iba a ser el único registro de la colección intacta de M. H. Mason, y su obra podría esparcirse por el mundo para nunca volver a reunirse, después de pasar medio siglo en paz en la Casa Roja.

—Es... es increíble.

En la siguiente habitación se representaba un ataque con gas. Y daba la sensación de que toda la ira, el dolor y la angustia por la muerte del joven Lewis se habían volcado en el centenar de ratas, ataviadas con uniformes caquis, que rodaban, se asfixiaban, pataleaban y se desangraban en el ramal de la trinchera, mientras el aire a su alrededor estaba cubierto por los destellos de las explosiones de los proyectiles y humo fétido.

El paisaje era una réplica del anterior, turbio, deprimente e infinito, caótico y turbulento por la lluvia de proyectiles; tranquilo y cenagoso en unos claros lóbregos, y agitado en otros donde el barro caía a raudales desde un cielo negro. Y de los ojos de las ratas moribundas que se hundían en el suelo y quedaban sepultadas por el lodo manaban regueros rojos. Catherine tuvo que apartar la mirada de las dos desgraciadas criaturas ciegas que se desgarraban la una a la otra los estirados cuellos cubiertos de pelo apelmazado, como si trataran de alcanzar el aire puro en medio de un bosque de árboles devastados y esqueléticos. Sus expresiones eran prodigiosas y completamente humanas.

—Cuesta creer que no sea un fragmento del Frente Occidental transportado hasta casa en una caja. Aunque en cierto sentido lo era. En la cabeza de mi tío. Aunque mi madre construyó los escenarios. La mugre y la tierra del suelo están hechas con yeso y arpillera, instalados sobre una estructura de alambre y pintados para crear una ilusión.

—Han estado aquí todo este tiempo. —«En la oscuridad», le habría gustado añadir.

—En esta casa no se ha tocado nada desde que mi tío falleció. Incluso su brocha para el afeitado, su peine y sus gafas continúan en el mismo lugar y en la misma posición que el último día que vivió.

Catherine volvió su rostro horrorizado hacia Edith Mason, que asintió con satisfacción.

—Incluso la cuchilla de afeitar sigue donde cayó.

—Pero usted...

—¿Quiere saber si seguí sus instrucciones? Al pie de la letra, querida. Veo que le sorprende. Dudo que encuentre un sentido del deber y de la lealtad comparable fuera de aquí. —La señora Mason alzó una mano de menosprecio al resto del mundo—. En la Casa Roja se valoran esas cualidades. Soy su fiduciaria, querida. Fue la última tarea que me encomendó. Consagrar mi vida al servicio de su genialidad ha sido un enorme privilegio. Pero dudo que usted lo entienda. Aunque no le culpo por ello.

Continuó su discurso.

—Y los retablos debían, de acuerdo con sus instrucciones, permanecer en las estancias de uso

cotidiano de la planta baja. Junto a las habitaciones de servicio, todas las habitaciones de aquí abajo contienen sus primeras obras. Aún queda mucho por ver. Por inventariar. Espero que disponga del tiempo, señorita Howard.

—¿Primeras obras?

—Mi tío evolucionó, querida. Acabó considerando todos estos retablos una nimiedad. Estoy convencida de que solo el poder de persuasión de mi madre impidió que destruyera todas sus obras cuando Inglaterra declaró la guerra a Alemania en 1939.

Catherine levantó la mirada al techo y volvió a imaginar todo el aire perfumado, conservado y los tesoros de valor incalculable que albergaba cada una de las estancias.

—Intacta —masculló—. Toda la casa permanece intacta.

—¿Por qué íbamos a cambiar nada? De todos modos, lo tenemos prohibido.

—¿Prohibido?

Edith Mason cambió de tema.

—Por favor, lléveme hasta el ascensor. Necesito descansar. Maude la acompañará hasta la puerta.

—Claro. ¿Podría... Podría volver, por favor?

—No lo sé. —Y a continuación, como fingiendo que se lo había pensado de nuevo, añadió—: Quizá alguien se ponga en contacto con usted.

—De acuerdo. Estaré a la espera. Y gracias. Es decir, le agradezco que me haya enseñado todo esto. —Catherine apenas si era capaz de organizar sus pensamientos. Aparecían en su cabeza como destellos que se descomponían o desaparecían, y de nuevo se encontró mirando el rostro de una rata en el barro que gritaba con la mandíbula desencajada. Si Edith Mason no le había mentado, toda la casa constituía un ejemplo perfectamente conservado del estilo neogótico que proliferó durante la regencia de la reina Victoria, con todos los accesorios intactos. Quizá el mejor ejemplo que quedaba en Inglaterra. Y encima atestada de antigüedades en perfecto estado y obras de Mason por valor de un millón de libras.

Le parecía inconcebible que *Gloria* se vendiera por menos de doscientas mil libras en una subasta. *Ataque con gas* alcanzaría la mitad de ese precio. Y había otros dos dioramas de la Gran Guerra guardados bajo llave en la planta baja de la casa. Además estaban las muñecas. Sus famosos títeres no estaban en venta, pero por lo menos podría verlos y, si la habilidad de su tío con ellos estaba a la altura de lo que había hecho en la disecación de las ratas, trataría de convencer a Edith Mason para que los exhibiera.

Catherine volvió a preguntarse qué demonios hacía allí. Se sentía como si se hubiera producido un error y hubiera suplantado la identidad de otra persona y tuviera que confesar que era una impostora antes de que fuera demasiado tarde. Estaba aturdida y se sentía como en una nube debido a la emoción o a la impresión, porque no tenía clara la causa. Le parecía que iba vestida con ropa barata y escasa, todo lo que tenía que ver con ella le parecía inapropiado allí. Se sentía perdida. No era una chica avispada, no era de las que se agarraban con uñas y dientes a las oportunidades. Se mordió el labio. Se detuvo.

—¿Señora Mason? —La pregunta la asaltó de repente, mientras empujaba la silla de ruedas por el oscuro pasillo hasta el vestíbulo rojo—. ¿Quién es el niño?

Edith Mason continuó en silencio unos instantes, como si no hubiera oído la pregunta.

—¿Qué niño?

—El niño de la ventana. Lo vi antes de entrar.

—¿Cómo? —La cabeza abundantemente empolvada se volvió hacia un lado sobre la pesada

silla de ruedas—. No hay ningún niño —añadió como si Catherine hubiera dicho una idiotez a una anciana irritable, al menos eso pensó Catherine que había hecho. Sobre todo si Edith Mason había sido la persona que había visto en la ventana. Aunque eso era imposible.

—Me pareció que estaba trepando...

—¿Trepando? ¿Qué quiere decir? Estoy sola en esta casa. Aparte de Maude. Y como puede ver... —Abrió las palmas de sus débiles manos enguantadas como para subrayar la existencia de la silla de ruedas.

—Y en la habitación...

—¿De qué habla? ¿Qué habitación?

Llegaron al vestíbulo.

—La habitación del *Gloria*. Oí un ruido. Un sonido. Me pareció...

—¿El pájaro? Hay pájaros en todas las chimeneas de la casa. No conseguimos echarlos.

Edith Mason levantó la campanilla y la agitó débilmente.

Catherine se agachó para ayudarla.

—¡Déjeme!

Una puerta se abrió en las profundidades de la Casa Roja y Catherine reconoció los viejos y cansados pies de Maude arrastrándose por el suelo.

Una vez que Maude, tras una retahíla de protestas e instrucciones que Catherine juzgó innecesarias, colocó a la señora Mason y su silla en el salvaescaleras y ambas iniciaron el seguro pero ruidoso ascenso, la anciana dirigió una última mirada a Catherine con sus minúsculos ojos con los párpados enrojecidos.

—Le recuerdo que no debe mencionar lo que ha visto en esta casa. Es privado. Aún nos pertenece. No queremos curiosos.

Catherine no veía el momento de llegar a casa y contárselo a Mike.

—Por supuesto. La visita es de carácter confidencial.

La señora Mason mantuvo sus ojos desagradablemente intensos clavados en ella. Catherine desvió la mirada hacia Maude, que parecía mirar a través de ella. La mirada del ama de llaves se dirigía al vestíbulo que había justo antes de la puerta principal.

—Adiós —gritó Catherine hacia la figura diminuta de Edith Mason, que vibraba con el traqueteo de la ascensión. No recibió respuesta—. Y gracias de nuevo.

Maude, en completo silencio, acompañó a Catherine hasta la puerta de la casa. Durante buena parte del tiempo que había pasado dentro de aquella mansión había sentido ganas de huir, pero ahora reconocía en su interior el deseo frustrado de quedarse y seguir visitándola. Lo había pasado mal, pero también se había quedado con ganas de más.

El ama de llaves lanzó una mirada fugaz por encima del hombro desde la puerta de la Casa Roja, en dirección al vestíbulo que tenía a su espalda y el chirrido del salvaescaleras. Y sin mirar a Catherine, Maude cerró una mano y apretó sus dedos masculinos en la palma de la mano de Catherine para entregarle un trozo de papel.

—Oh, no, no hay necesidad de... —dijo Catherine a una puerta que se cerraba, pensando que el ama de llaves le había dado una propina como si fuera un repartidor. No le habría sorprendido que aquellas dos figuras recluidas y anticuadas conservaran una costumbre así, pero cuando se agachó para recoger el papel que se le había caído de la mano y había aterrizado en las baldosas del porche, se dio cuenta de que no se trataba de dinero. Era un pedazo de papel marrón arrugado.

Desde el otro lado de la puerta maciza llegó el repique apagado pero frenético de la

campanilla.

Catherine recogió el papel y lo alisó. Tenía unas manchas que parecían de grasa. Le dio la vuelta y, escrito a lápiz en letras mayúsculas, pequeñas y apretadas, encontró tres palabras: «NO VUELVA NUNCA».

Dos veces rebotó la luz del coche sobre los captafaros como si se hubiera quedado dormida al volante. Todavía no había anochecido, pero el regreso a casa estaba siendo como un viaje de vuelta sobre sus pasos en la oscuridad. La fuga del interior de la extraordinaria casa seguía instalada en su cabeza. También se sentía extraña con su lugar en el mundo, como si estuviera volviendo a un antiguo barrio donde nadie la recordaba.

El mundo más allá de los prados de la Casa Roja se le antojaba insulso y transitorio. La ciudad a la que regresaba le parecía predecible y decepcionante. El Museo Británico ejercía un efecto parecido en su corazón, en todas esas tardes de domingo que había pasado en él huyendo del deprimente apartamento que había alquilado en Londres.

Acostumbrarse a las autovías, a sus estaciones de servicio y a los viveros que había en los alrededores de Worcester le exigía un gran esfuerzo, que parecía tener más que ver con volver a habituarse al entorno que con lo que cabía esperar de su experiencia en la Casa Roja.

El impacto que le había causado lo extraño de la casa y lo incongruente de su presencia en su interior se combinaba de manera inquietante con sus recuerdos de alienación de cuando era una niña en Ellyll Fields. Unos sentimientos que no quería remover. Cerca de Hereford se planteó incluso la idea de no regresar a Magbar Wood ni a los alrededores de la Casa Roja. Pensó excusas que podría dar a Leonard. En un ataque de pánico, que nacía de un instinto de defensa que había trabajado con los psiquiatras cómo repeler, incluso consideró por un momento la idea de huir a un lugar nuevo y no volver jamás. Pero ¿adónde más podía ir?

Aparcó en la puerta del edificio de su apartamento en Worcester. Salir del coche era como despertar de un sueño profundo dejando una parte de sí dentro de ese sueño. Le parecía necesario recomponerse físicamente antes de bajarse. Una vez dentro del apartamento, sentir afecto por los muebles y sus pertenencias le suponía una lucha.

La sensación de incomodidad y estupidez, ya fuera provocada por la conmoción o por la admiración que le había causado, no la había abandonado en todo el tiempo que duró la visita a la casa de los Mason, pero la había dejado con ganas de volver y ver más. Hasta que Maude le había dado la nota. La nota había sido el detonante.

Dejó el papel dentro del bolso. No quería volver a ver aquella letra manuscrita. Era una nota amenazante. Rotunda, directa, concebida para trastornarla, para ponerla nerviosa, para que siguiera dándole vueltas mucho después de que su autora hubiera salido de escena. Decidió que se la enseñaría a Edith Mason. ¿O era mejor no hacerlo?

La nota podía no ser más que una manera de marcar el territorio ante un impostor. Quizá ella encarnaba un flagrante recordatorio de que existía algo «fuera de esta casa», algo que se introducía en ella para engañar a una anciana. ¿No sería tal vez una advertencia? ¿Pero de qué? ¿De una mujer de noventa y tres años?

«No tienes tiempo para estas cosas.»

Catherine identificó la raíz cognitiva de donde brotaba la manía persecutoria. Algunos días

todo se convertía en un desencadenante de la paranoia. Convertía la cadena irracional de pensamientos en un tren que descarrilaba ya antes de partir de la estación para adentrarse en su mente con la rapidez de un tren de alta velocidad.

Dudaba de su capacidad para estar a la altura de una subasta con tanta presión, con tantas expectativas y de un nivel tan alto, y para tratar con una persona difícil. No había escapatoria. Y para colmo estaba la nota de Maude. Además la visita a la Casa Roja no era una experiencia corriente. Así que era normal que se sintiera rara, desorientada. «Solo es eso. Relájate. Tienes que ver las cosas como son.»

A Mike tampoco le gustaba verla en ese estado. La encontraba «agotadora». Los ejercicios del último psiquiatra funcionaban si ponía de su parte. Pero solo la ilusión de prepararse para ver a Mike consiguió que se aclimatará al mundo que había dejado totalmente atrás en el camino que conducía a la gran casa de M. H. Mason.

Joan Baez en el equipo de música, una copa de chardonnay frío en el tocador. Todo el conjunto, la falda de tubo, la blusa de satén de Karen Millen y las medias con costuras nuevas de Agent Provocateur que Mike le había regalado por su cumpleaños le hacía sentirse un poco *vintage*. Y se dio cuenta de que con su vestuario quizá estaba intentando captar la esencia de su experiencia en la Casa Roja.

Aquel lugar no era siquiera remotamente sexy, aunque poseía una gran cantidad de misterio y elegancia. Sin embargo, la oportunidad profesional que le ofrecía la subasta sí lo era. Y mucho. Si conseguía mantener viva esa idea sacaría adelante este trabajo. Y se deleitó imaginando los rostros indignados de sus antiguos colegas, los capullos de Handle With Care del Soho. Si Edith Mason la contratara, la subasta aparecería en varios suplementos dominicales de los periódicos, en revistas de actualidad y en las noticias de las televisiones nacionales. Handle With Care le suplicarían de rodillas que les dejase rodar un documental sobre los tesoros de Mason. Catherine Howard, el bicho raro que las compañeras espabiladas acosaron hasta que dejó el trabajo y la ciudad, les sonreiría desde su pedestal de papel satinado, como una presentadora de los estudio de la televisión local. Los tesoros perdidos de M. H. Mason: héroe de guerra, taxidermista extraordinario, titiritero. Representado por la tasadora y subastadora Catherine Howard, de la casa Osborne. La Casa Roja. Los tesoros de...

Haría que las estancias de la Casa Roja tuvieran una iluminación adecuada para el catálogo. Lo mejor era fotografiar las obras en ese escenario. Mike podía hacer las fotos. Necesitaba desesperadamente el trabajo, tanto como levantar el ánimo. También tenía que pensar en la composición del catálogo; la nota de prensa era más que una prioridad. El sábado se levantaría temprano para ponerse manos a la obra. No, primero tenía que preparar un borrador del contrato. Si sacaba esto adelante, el futuro le concedería un coche nuevo y podría comprarse un apartamento en la urbanización para jóvenes profesionales, con vistas al río, o quizá adquirir una casa en Hallow.

«No hagas castillos en el aire.»

Repasó su vestuario en el espejo de cuerpo entero que había a los pies de la cama. Tenía un aspecto magnífico. ¿No se había pasado con el lunar? Edith Mason se habría horrorizado al ver el rojo escarlata de su pintalabios Kiss Me, y Maude probablemente habría torcido el gesto ante la intensidad del color en contraste con la palidez de su piel. «Tartas de mermelada» era como se llamaba en Worcester a las chicas que se maquillaban en la escuela secundaria. Por lo menos el pintalabios era rojo. Se atusó el pelo y se vio como una muñeca.

—No te lo vas a creer. Si nos da permiso para fotografiarla, estancia a estancia, podrías montar una exposición. Sería el libro que siempre has querido hacer. ¡Y los gatitos! ¿Te he hablado de los gatitos?

«¿Está escuchándome por lo menos?»

Mike estaba pálido y no se había molestado en peinarse, pero Catherine se prometió no comentar nada al respecto. Mike no encajaba bien las críticas, ni siquiera cuando estaba de buen humor. Quizá estaba pensando en lo que habían perdido. Quizá era su turno de comportarse de un modo huraño y retraído. Era una roca, así que resultaba imposible despertarle una pizca de entusiasmo con nada. Ahora que ella volvía a disfrutar de la vida, tal vez fuera su turno de recluirse en sí mismo.

—¿Estás bien, cariño?

Sus miradas se encontraron, hasta que él desvió la suya para devolverla a su pinta de cerveza, que parecía inapropiada para la elegancia con la que se había vestido Catherine, en la que Mike se había fijado con una repentina curiosidad en cuanto la vio llegar. Sin embargo había perdido el interés con la misma rapidez.

Mike había estado esperándola desde una hora inusualmente temprana y olía a cerveza. Había empezado a beber sin ella.

—Estoy cansado —respondió casi en un susurro. Suspiró y retorció los dedos hasta que los escondió debajo de la mesa.

Llevaba «cansado» por lo menos un mes.

Lo miró con una expresión inquisitiva. Él no iba a mirarla. Además hacía una semana que no se veían. Había estado «ocupado», pero ¿con qué? No tenía trabajo. Solo se había percatado de la expresión de su rostro ahora que había terminado su monólogo sobre la Casa Roja, únicamente interrumpido por los frenéticos tragos de vino. Empezaba a marearse y necesitaba contenerse un poco.

La expresión de Mike tampoco era habitual. Se mostraba esquivo. No dejaba de morderse el labio inferior y lo tenía enrojecido. Mantenía los párpados entornados, como para protegerla de la intensidad irregular que se ocultaba tras ellos. Se dio cuenta de que hacía tiempo que no lo veía así y eso le provocó un leve estremecimiento. Quizá había vuelto a pasar todo el día encerrado en su deprimente habitación fumando hachís, ¿acaso no le había prometido que dejaría de perjudicar su fertilidad?

Una camarera trajo los platos principales. Mike no miró el suyo. Catherine estaba hambrienta, pero se controló.

—¿Qué pasa? Dime qué pasa.

Alargó la mano por encima de la mesa para tocar la de Mike, que había reaparecido para coger el vaso de la pinta. Había estado dando golpecitos al móvil apoyado en el regazo y cuando ella había llegado estaba escribiendo un mensaje. «¿A quién?»

—No es fácil —dijo, y tragó saliva.

—¿El qué?

—Nada.

—¿Pimienta? —preguntó la camarera, con una media sonrisa de incomodidad inspirada por su sospecha de que estaba produciéndose una pelea de novios en la mesa que servía.

Pero ella y Mike no tenían ningún problema. Estaban más unidos que nunca, sobre todo después de lo que había ocurrido el invierno anterior. Habían vuelto a encontrarse después de diecisiete años, como si su reencuentro fuera una cosa del destino. Habían sido una pareja de estudiantes de último año del instituto llenos de dudas que solo empezaron a hablar cuando quedaban tres meses para que acabaran las clases, y se amaron con una pasión arrolladora y volátil durante los siguientes dos años de relación a distancia, porque siguieron estudiando en distintas universidades. Hasta que un día él rompió con ella y le partió el corazón. Pero se habían reencontrado a través de Facebook hacía dos veranos, porque ni siquiera el tiempo podía romper un vínculo como el suyo.

«Pienso en ti a menudo», le había escrito en un mensaje cuando la había encontrado después de haber estado buscándola. Intercambiaron cincuenta y tres mensajes durante la primera noche de reencuentro. Catherine había vuelto a enamorarse de él tras leer el primer mensaje. Había sido por el «a menudo». Mike se convirtió rápidamente en otro motivo para marcharse de Londres, en el factor decisivo.

Catherine declinó el ofrecimiento del pimentero con un gesto con la cabeza. La tirantez de sus labios para esbozar una sonrisa resultaba dolorosa. La camarera se retiró en silencio con pasos amortiguados por unas manoletinillas negras.

—¿Ocurre algo? ¿Es por...?

Mike la miró. Negó con la cabeza.

—No, no se trata de eso. No todo tiene que ver con eso. —Mike paseó la mirada alrededor como si viera por primera vez el pub y no entendiera cómo había acabado sentado allí.

Catherine se resintió de su respuesta defensiva. Ambos lo habían pasado muy mal por el aborto, aunque ella sospechaba que Mike nunca había conseguido expresar su decepción de una manera que no hiriera sus sentimientos. Pero al final tenía que salir, «porque esa clase de cosas siempre lo hacen». Ella tenía treinta y ocho años y él quería ser padre. La cara de Catherine debía de traslucir su irritación.

—Lo siento. No he sido justo contigo. —El tono empleado por Mike no convenció a Catherine de la sinceridad de su disculpa—. Mira, no creo que sea una buena idea. Larguémonos.

—Pero...

—Lo siento. —Meneó la cabeza—. Ahora mismo no puedo comer. No tengo apetito.

Catherine se preguntó si ella volvería a comer alguna vez «cuando me diga lo que tiene que decirme», pero desterró ese pensamiento de su cabeza en cuanto notó que empezaba a cobrar vida. «Una vez que rechazas responder una pregunta, se convierte en una costumbre. En el fondo es muy fácil.»

—Entonces... —Pero no pudo continuar la frase; se le había hecho un nudo en la garganta. De pronto tuvo náuseas.

—No he dormido en toda la noche. —Dibujó una sonrisa forzada—. He estado llorando. No quería...

—¿Mmm?

—Escucha, ¿podemos irnos? Vamos a mi casa y podremos estar solos.

Catherine seguía cada palabra que salía de sus labios como si pudiera verla en el aire. La sangre había dejado de circular por su cuerpo.

Sin embargo no era lo que ella pensaba que era. Irían a su casa, Mike se fumaría un porro y acabarían en la cama. Él se excitaría con sus medias y sus tacones. Por la mañana habría estado tan emocionado como ella con la Casa Roja.

—Este lugar no es el adecuado.

—¿Para qué? —La pregunta escapó de su boca antes de que pudiera retenerla. El tono era provocativo. «Así solo le pongo más fáciles las cosas.»

Y así fue.

—He estado pensando. Sobre esto. Sobre nosotros. Joder, es difícil. —Empezó a sonreír como si necesitara los ánimos y la compasión de Catherine para hacer lo que estaba a punto de hacer —. Esta noche estás guapísima, pero... tengo que hacerlo. Lo siento. Lo siento mucho. Lo último que querría hacer es darte otro disgusto después de... bueno, ya sabes. Pero no puedo seguir así. Soy un puto desgraciado. No puedo continuar... con lo nuestro. Lo siento.

Y entonces se levantó y cruzó rápidamente el comedor con la cabeza gacha. Se detuvo un instante para dejar pasar a alguien que entraba en el pub, y después casi tropezó con la puerta en su prisa por alejarse de Catherine.

Catherine estaba convencida de que el comedor había enmudecido mientras Mike hablaba. Se oía el tintineo de los cubiertos y por los altavoces sonaba algo que le resultaba conocido pero que en ese momento era incapaz de identificar. En la lejanía alguien pidió «otro rollo de papel para la caja», pero Catherine tenía la impresión de que todas las voces alrededor hablaban demasiado alto.

Inspiró hondo e intentó no vomitarse encima.

—Serás afortunada —dijo alguien, pero los rostros eran borrosos e indefinidos.

El comedor cabeceó como un barco en la tempestad, luego se enderezó y volvió a ser firme y estable. Sin embargo parecía distinto. La luz era más intensa, como de hospital. No podía levantar las manos; estaba paralizada. Y por un momento pensó que estaba sentada pegada a la pared de enfrente mirando fijamente su superficie pintada de blanco. Luego su campo de visión pareció ampliarse por toda la sala mientras ella retrocedía hasta su silla. Era incapaz de tragar saliva. De mover la mandíbula. Tenía la boca abierta.

En la vorágine que experimentaba en su interior solo fue capaz de reconocer el pánico, aún débil pero recorriendo a toda velocidad la distancia que lo separaba de su conciencia. Unas delgadas manos blancas le abofeteaban los costados de la cabeza. Oyó su propio sollozo y pensó que estaba escurriéndose de la silla.

Se sujetó a la mesa y le asaltó el recuerdo de su incapacidad para respirar cuando Mike la llamó después de un montón de años sin saber de él. Y recordó la luz y la alegría que irradiaba su corazón y que borraba y eclipsaba todo lo demás, porque el resto del mundo ya no importó cuando él fue a Londres para reunirse con ella. Le aparecieron imágenes del fin de semana en Barcelona, de ambos borrachos en la playa en Minehead, disfrazados de poni y de jinete en una fiesta de Nochevieja, del sexo en una tienda de campaña prestada en Lake District, de un Latitude Festival, de la prueba de embarazo, de ambos sentados juntos en la cima de Worcester Beacon cuando tomaron la decisión de «buscarlo». Todas esas imágenes de su vida con Mike cruzaron su cabeza en el momento en que llegaba a su fin. Y supo que nunca había estado tan enamorada de él como en el mismo instante en que la dejaba. El punto crítico. Se había largado en el momento álgido de su pasión. El daño que acababa de hacerle no podría haber sido más severo si hubieran llevado juntos diez años más que en el momento en el que se había producido aquella escena.

«Daño permanente.»

La camarera hablaba en susurros con el joven que había al otro lado de la barra. Ambos la miraban. Todo el mundo estaba mirándola. Movié con torpeza los dedos. Las lágrimas se precipitaron desde su barbilla y aterrizaron en el dorso de sus manos. «Recuerda no volver a este pub.» Pensamientos estúpidos iban y venían. Todavía tenía el nudo en la garganta. En su interior todo permanecía inmóvil y paralizado; nada se movía. También sentía una punzada dolorosa en

el estómago, como un calambre. De la manera más inapropiada, la autocompasión que sentía pareció hincharla de helio y le provocó una euforia efímera.

Puso dos billetes de veinte sobre la mesa. «Menos mal que llevas dinero en metálico.» La idea de una gestión con la tarjeta de crédito estuvo a punto de arrancarle una espantosa carcajada. «No podría enfrentarme a una máquina con estas manos.»

Sabía que no conseguiría cruzar la sala y llegar a la puerta con los tacones. La humillación que había vivido en la mesa no bastaba, el universo quería verla a cuatro patas, sollozando rodeada por las sonrisas de extraños.

«¿Por qué?»

«Porque ha conocido a otra.»

«Eres demasiado intensa; eres agotadora; eres pesimista; eres deprimente; eres rara; nadie quiere permanecer a tu lado cuando te conoce a fondo.»

«Ha conocido a otra. Lleva semanas evitándote. Deberías haber confiado en tu instinto. Lo desprecias porque crees que es una paranoia enfermiza, tal como te han enseñado que hagas.»

«Ha conocido a otra con la que tener un hijo.»

«Porque tuviste el aborto.»

Volvió a casa caminando, sin separarse de los fríos muros de ladrillo de una ciudad que le parecía que se extendía mil kilómetros y contempló un mundo borroso y deslavazado, pero apenas vio nada.

Catherine entró en el dormitorio con una botella de vodka con limón en la mano y corrió las cortinas. En la calle, por debajo de su ventana, pasaba un grupo de hombres riendo.

Se quitó la falda, que había sido una maniota desde el mismo momento en que se la había puesto, el grillete apretado de una idiota. Deslizó las medias por las piernas para quitárselas y se dejó caer en la cama. Rodó hacia un lado y lloró tanto que de vez en cuando se ahogaba.

Un pensamiento repentino la llevó a agarrar la BlackBerry y navegó por los menús para borrar la carpeta donde guardaba todos los mensajes de Mike. Eliminándolos ahora evitaría perder el tiempo en los próximos meses, o quizá años, releýéndolos mil veces e inventando pistas donde no las había. Pero las manos le temblaban demasiado para manipular el ridículo teclado y dejó caer el móvil al suelo.

«¿Cómo ha podido? ¿Por qué? ¿Habrá otra persona? ¿Quién? Es imposible, porque...», discurrió hasta que empezó a dolerle la cabeza y agotó todas las conspiraciones y pistas.

Se quedó en la cama hasta que oscureció, bebiendo vodka. Cuando el teléfono la avisó de la llegada de un mensaje de texto, se puso en pie sin ningún decoro sobre los despojos de la ropa, los zapatos y la ropa interior tirados en el suelo. Se trataba de un mensaje de una empresa que le pedía que reclamara la compensación que le correspondía por haber sido estafada por un seguro. «HIJOS DE PUTA» fue su mensaje de respuesta. Entonces sintió el impulso de escribir a Mike.

«Dile que estás embarazada otra vez.»

«El silencio y la indiferencia son las mejores armas.»

Borró las tres líneas que había escrito del mensaje. Incluso hundida, su sentimentalismo grosero y patético la lanzó a la primera fase del odio a sí misma. Y entonces la cosa se ponía fea de verdad. Notó que las marchas iban subiendo y que el motor de su corazón aceleraba para alcanzar la desesperación inmediatamente. De cero a cien en tres segundos.

«Ponme en una jaula con los gatitos. Así estaré a salvo del dolor. Puedo ponerme un vestido bonito y abrir completamente los ojos. No habría ninguna razón para volver a salir. Porque ya no puedo soportar más dolor. Estoy agotada.»

Se levantó y trató de correr hasta la cocina para coger las tijeras con el mango de plástico de color naranja, pero se tambaleó; las piernas no la obedecían. «Put a gorda», dijo para sus adentros. La habían devuelto a la realidad, así que era el momento de que hiciera lo que se esperaba de ella. Al menos Mike sabría por qué lo había hecho.

Y en un abrir y cerrar de ojos se encontró plantada sobre el suelo de linóleo de la cocina, descalza, sujetando las tijeras que prácticamente habían saltado del cajón traqueteante de los utensilios de cocina que había junto al fregadero. Sostuvo las tijeras apuntando a su vientre y las miró fijamente horrorizada. Sabía que no volvería a hacerlo. Pero al mismo tiempo, un insensato y odioso deseo de castigarse hizo que las hojas cerradas se movieran.

Las manos que envolvían los mangos pugnaban entre ellas. Imaginó el metal penetrando en su cuerpo, hundiéndose, y luego giraría las cuchillas para cortar todos los conductos importantes y

apagar así su cuerpo inútil. El deseo de hacerlo era cada vez más intenso y apremiante. Pero la otra mano tenía los nudillos blancos por el esfuerzo de mantener las tijeras fuera de su cuerpo. Un extraño instinto de supervivencia había aparecido inesperadamente y Catherine casi estaba impresionada de sí misma.

«Una parte de ti es normal.»

Tiró las tijeras, que rebotaron en el microondas y volvieron a caer al alcance de sus manos. «La fuerza maligna que siempre te ha acompañado quiere que te mates.»

«Patsy Cline. Pon música de Patsy Cline. Suicídase con Patsy.»

«Nadie va a suicidarse, gilipollas melodramática. Todavía no puedes morir. Tu sufrimiento aún no ha acabado y tienes que experimentarlo, una y otra vez, porque eso es la vida, zorra.»

Se echó a reír de una manera espantosa. Se derrumbó en el suelo de linóleo y lloró tanto que se ahogaba.

El reloj del reproductor de DVD marcaba las 6.49. Mañana del sábado. Se trasladó del suelo al sofá y permaneció allí hasta el domingo por la noche.

Finalmente, muy poco a poco, el impacto retrocedió como la marea y dejó al descubierto las marismas. El horizonte que se divisaba sobre ellas era gris. La actividad de su cerebro ya no era frenética; discurría de una manera objetiva. Era lenta, aburrida y monótona como suele serlo la aceptación del insomnio. Era un caso de aceptación por agotamiento. Y en la aceptación había algo de alivio. Te hacía tocar fondo antes. Y cuando has tocado fondo todo se ve más claro.

El domingo por la mañana abrió su armario archivador interior y sacó todas las carpetas para someterlas a un concienzudo examen. El lunes por la mañana se puso con el último. Ése fue el tiempo que le ocupó revisar las pruebas.

Con una claridad extraordinaria y un detallismo fotográfico, todos sus recuerdos la esperaban en Technicolor y con banda de sonido. Sacó las conclusiones inevitables de ellos y descifró los seis meses de psicoterapia que sus padres le habían pagado recientemente.

En primer lugar repasó los años en Londres y la silla giratoria en la taquilla del Museo de la Infancia, y el aburrimiento que derivó en un dolor físico antes de que se convirtiera en conservadora ayudante. El piso de Walthamstow apareció a continuación, con las chicas obstinadamente optimistas que daban brincos por casa a las cinco y media de la mañana, con sus coletas rubias revoloteando (melena rubia hasta los hombros los fines de semana), para hacer pilates y *body pump*, pero con quienes nunca había hablado más que de temas triviales.

Se vio a sí misma relegada por la zorra de la editorial especializada en antigüedades que le robó las ideas para dos libros. Volvió a ver las facciones hinchadas de un colega obeso cuyas insinuaciones había rechazado un par de veces antes de dejar ese trabajo por un puesto de subordinada en una casa de subastas, mientras pagaba quinientas libras al mes de alquiler por una habitación en Kilburn e intentaba vivir con las trescientas que le quedaban del sueldo.

Luego vendrían dos miserables años en la casa de subastas y la ruptura traumática de una larga relación con un hombre mayor a quien era incapaz de amar y que intentó estrangularla cuando terminó con él.

Siguieron dos años en una productora de televisión independiente, Handle With Care, y un año de exclusión y resentimiento inducidos por un aquelarre de chicas avispidas que aspiraban a tener el armario de Kate Moss y a quienes todavía quería ver muertas.

Cuando su memoria llegó a «el incidente» con una de ellas, la líder, de hecho, aceleró el paso de los recuerdos de la crisis que desencadenó y que hizo venir a sus padres a buscarla a pesar de que estaban de vacaciones en Portugal, antes de que empezaran los seis meses de tratamiento

con antidepresivos en el cuarto de su adolescencia, en casa de sus padres, aquí mismo, en su querido y viejo Worcester. «No pudiste pararlo, así que tus padres tuvieron que llevarte a casa con treinta y seis años.»

Pero apareció Mike. Mike estaba esperándola cuando volvió a la casa familiar de Worcester. Él puso freno a su caída y la sacó de la espiral descendente en la que se había metido.

Salió adelante con un trabajo como agente inmobiliario, hasta que se produjo el encuentro casual con Leonard, un especialista en juguetes que le proporcionó el trabajo soñado como subastadora en Little Malvern. Treinta y siete años y las cosas empezaban a mejorar. Encontró un piso para ella sola y reunió la fuerza necesaria para vivir en él. Nunca había sido tan feliz. Jamás.

Aborto. «Pásalo deprisa, por el amor de Dios.»

Se tapó la cara con las manos y empezó a gimotear con una cadencia lenta, abatida, envuelta en un albornoz y con las mejillas tiznadas por el maquillaje de hacía dos días.

Sola otra vez. Sin hijos.

Un gemido de angustia emergió del fondo de su estómago. El sonido la aterró, así que lo atajó y se quedó mirando fijamente la pared, hasta que la tela de los cojines empezó a quemarle las piernas y el culo.

Volvió a la habitación y permaneció allí hasta la mañana del miércoles. A veces se quedaba dormida, pero odiaba despertarse. Al mediodía volvió a desear estar muerta, pero solo por un instante.

Leonard le había dejado ocho mensajes desde que había llamado para avisar de que estaba enferma y no iría a trabajar. El sonido de su voz cariñosa solo le hacía llorar más. Un viejo en una silla de ruedas con un peluquín patético era lo que tenía más cerca si quería buscar consuelo. El miércoles por la tarde sufrió un «episodio» de aquellos que no había experimentado desde su primer año en la universidad. Se puso en estado de trance. Uno de los primeros episodios de esa clase se había producido el día que desapareció Alice Galloway.

Cuando se recuperó se tumbó en el sofá en la misma postura en la que recordaba haber estado antes de perder la consciencia. Tenía la boca y la barbilla manchadas de sangre.

La pantalla del televisor y el póster de la exposición Marionetas del Renacimiento en el Victoria & Albert Museum ganaron presencia en la pared opuesta del salón. El sol ya no se colaba a través de los visillos. Fuera ya anochecía y la oscuridad había teñido su apartamento con las luces apagadas de gris azulado. Un coche se movía marcha atrás y el tintineo lejano de la campanilla de una camioneta de venta de helados fue apagándose hasta desaparecer.

Notaba la piel caliente sobre la tela del sofá; tenía los pantalones de chándal mojados y arrugados debajo del culo y los muslos. Permaneció quieta un rato, hasta que se le pasaron las náuseas. Si intentaba caminar se caería.

Un cielo negro sobre una pradera. Un chico de plástico junto a la puerta de la tienda de chucherías. Niños en fila en una colina; las nubes encima de ellos se deslizan raudas. Un chico con una cara de madera pintada. Brillantes rosas rojas en un radiante cielo dorado.

Algunas imágenes se desvanecían cuando capturaba los fragmentos finales del trance. Otras se quedaban como si ese pasado fuera el día anterior; piezas que habían regresado desde lugares remotos en su interior; una parte dentro de ella donde lo que creía que eran recuerdos en realidad eran sueños, y lo que creía sueños, recuerdos.

La última vez que había sufrido uno de esos episodios fue un domingo por la tarde en el invernadero de sus padres. Aquel día regresó del trance con la cabeza caída entre los hombros y la barbilla empañada en sangre y saliva. Fue durante las vacaciones de verano antes de empezar

el segundo año en la universidad. Debía de tener diecinueve años, así que era el primer episodio de trance en diecinueve años.

Se incorporó sobrecogida; la idea de que no había estado simplemente soñando despierta, sino que había estado inmersa en el sueño, la dejó paralizada. Había vuelto. Ya estaba aquí otra vez.

El alambre estaba forrado de plástico verde, verde municipal. La alambrada era demasiado alta como para intentar saltarla. Introdujo los dedos en los huecos en forma de diamante de la tela metálica. Pudo meter a presión toda la mano por uno de los huecos, aunque le pareció que se le dislocaba el dedo pulgar. Se le había quedado atascada la mano y, cuando tiró de ella y retorció la muñeca, el dedo aplastado contra el alambre se le puso rojo. Una vez dominado el ataque de pánico, y exhausta como un pez que ha pugnado para liberarse del anzuelo, la valla le soltó la mano.

Nunca había visto aparecer a los niños. Simplemente notaba un picor en la nuca y entonces sabía que estaban observándola desde la escuela en ruinas, por encima de su guarida. Y ella se volvía hacia el espacio que se extendía entre dos de los edificios, donde la hierba y la maleza alcanzaban la altura de sus rodillas.

Algunos niños eran más pequeños y jóvenes que ella, otros tenían ocho o nueve años, o sea, eran mayores. Todos permanecían agrupados, con el niño andrajoso al frente y la niña con el sombrero viejo a su lado. «Papalina» había llamado su yaya al sombrero del mismo tipo de una de sus muñecas, Gemima. Era como un túnel alrededor de la cara de trapo de Gemima.

El aire vibraba ligeramente alrededor de los niños del colegio especial y en la colina herbosa, como cuando el calor apretaba en verano y ella se pasaba todo el día sentada a la sombra.

Ignoraba el aspecto de la mayoría de los niños. Solo recordaba algunos detalles del chico con el pelo alborotado, el traje harapiento y los aparatos ortopédicos en las piernas, y de la chica con el vestido y la papalina.

Los niños del colegio especial la miraban fijamente y ella no apartaba sus ojos de sus oscuras siluetas desiguales, tanto ellos como ella con una expresión de recelo. Si hubieran sido niños de Fylde Grove, aun con la valla que la protegía, habría salido disparada hacia casa antes de que las piedras pasaran silbando por encima de su cabeza. Sin embargo, aquellos niños no lanzaban piedras.

Solo el chico harapiento se acercaba a la valla, justo al tramo donde la tela metálica verde se combaba y estaba destrenzada, junto a una columna de hormigón: el tramo que ella había ido destrenzando con sus manitas, eslabón a eslabón, desde la base deteriorada hacia arriba.

Alice había permanecido sentada mientras ella abría el hueco en la valla. «No deberíamos hacerlo. Nos meteremos en un problema. No hemos pedido permiso.» Pero Alice le había preguntado cuándo volverían a aparecer los niños del colegio especial.

Desde el mismo momento en que Catherine le había contado lo de aquellos niños, Alice había creído sus historias. Alice no necesitaba pruebas porque ansiaba lo mismo: escapar. En Ellyll Fields, dos niñas inadaptadas solo encontraban el consuelo que pudieran darse mutuamente.

Cuando Catherine empezó a destrenzar la valla, fue incapaz de parar hasta que abrió un hueco lo suficientemente grande para que pasara un niño.

Solo volvió una vez más a la guarida tras la desaparición de Alice. Fue al final de las

vacaciones de verano, antes de que su familia se mudara. Su refugio estaba destruido y habían reparado la valla junto al río. Ése fue el día en que volvió corriendo a casa, con lágrimas en los ojos, y afirmó que había visto a Alice, hizo llorar a su madre y recibió la palmada en las piernas.

«La he visto. La he visto, mamá. Estaba en la cima de la colina y me ha dicho: “¿Vienes a la casa grande, Caff? ¿Vienes con nosotros, Caff? Nos están llamando.”»

Nunca supo qué había disgustado tanto a su madre, si la historia sobre Alice o el hecho de que hubiera regresado a la guarida. Aparecieron la policía y la madre de Alice, y Catherine volvió a contar su historia, lo que disgustó a la madre de Alice más aún de lo que lo había hecho a la de Catherine. La cocina estaba llena de mujeres llorando y una de ellas ni siquiera se aguantaba en pie.

Tampoco vio nunca a los niños dejando la bolsa de plástico. Simplemente se encontró la bolsa con las monedas cuando fue sola a la guarida, justo la tarde anterior a la desaparición de Alice, aliviada porque ese día ya no tendría que volver al colegio, pero también pálida y debilitada por el martirio que había sufrido durante la jornada.

Se había quedado las monedas de cincuenta y de diez peniques; el resto de las monedas eran demasiado antiguas o de otros países. Su padre encontró estas últimas en el cobertizo de casa, donde Catherine las había guardado. Mintió cuando la interrogaron sobre ellas. Pero las monedas que había encontrado eran reales, porque su padre también las había visto.

«No veía monedas como éstas desde que tenía tu edad.» Su padre había examinado las monedas que ella sabía que no podía gastar en la papelería.

Durante el episodio de trance, Catherine incluso había olido el aroma de la hierba segada, el aceite de las herramientas, la madera recién cortada y la creosota mientras él le hablaba como si de verdad estuviera viviendo de nuevo ese momento. 1981.

Y entonces dejó galletas en la bandeja de plástico de su juego de té, para los niños del colegio especial, en su lado de la valla. Se llevaron la bandeja y las galletas y dejaron unas cucharas de metal que parecían más viejas que las que su tía guardaba en el aparador junto a la botella de jerez. Catherine enterró las cucharas viejas envueltas en un pañuelo.

«¡Cathy Howard es una apestosa! ¡Cathy Howard es una apestosa! ¡Es adoptada, adoptada, adoptada!»

También había vuelto a oír eso estando en trance. Y había visto a las tres niñas del curso superior de la primaria que estuvieron esperándola todas las tardes en la puerta del colegio durante tres semanas, hasta que su madre fue al colegio para hablar con su maestra sobre el mechón de pelo que le habían arrancado.

El chico harapiento solo se acercó a la valla el día siguiente a que Catherine oyera de refilón una conversación de sus padres sobre cambiarla de colegio debido al acoso que sufría. Había estado observando las figuras imprecisas de sus padres adoptivos a través del vidrio opaco de la puerta del pasillo. Su madre había llorado.

Al día siguiente, domingo, estuvo sentada toda la tarde en la guarida. Hacía tanto frío que llegó un momento en el que dejó de sentirlo. Estuvo mirando fijamente a través de la valla, tiritando, las casas de ladrillo de una planta, rezando por que los niños aparecieran. Ese día estaba sola porque Alice estaba convaleciente de una operación en la pierna.

Se cansó de esperar a los niños y clavó la mirada en el espacio que quedaba entre sus zapatos, y se preguntó cómo podría evitar ir a ninguna escuela. Solo volvió a levantar los ojos cuando intuyó que ya no estaba sola.

No los había oído acercarse por la hierba alta y húmeda del otro lado de la valla, ni había

advertido ningún movimiento con el rabillo del ojo, pero cuando alzó la mirada vio al chico harapiento de pie en la hierba, más cerca de la valla que de los edificios del colegio especial. En la lejanía, el resto de los niños formaban una fila irregular y la observaban.

Nunca había visto a alguno de los niños desde tan cerca. El chico harapiento tenía la cara redonda y la llevaba pintada o cubierta con una careta. Su cuerpecito delgado estaba envuelto en un traje sucio idéntico a los que había visto en su libro de canciones infantiles. Tenía una amplia sonrisa dibujada en el rostro, y la saludó con una mano blancuzca que sobresalía de una manga ajustada demasiado pequeña para su brazo.

Mano blanca, dientes blancos, mano blanca, dientes blancos, ojos blancos... Catherine se sintió turbada por la proximidad del chico. Su cabello era una densa mata negra, una peluca para chicas.

Catherine se levantó. A lo lejos, la chica con el sombrero raro levantó sus escuálidos brazos en el aire trémulo.

Luego Catherine fingió servir té de su tetera de plástico verde encima de las latas de pintura, rodeada en el interior de su guarida por una multitud de niños que olían raro.

Los recuerdos habían regresado a por ella y la atravesaron como un ciclón. Incluso había percibido el olor del agua estancada del río de la hondonada. ¿Cómo era eso posible?

Durante la primera mitad de su vida le habían dicho que cuando regresaba de un estado de trance siempre tenía la boca abierta. Le habían comentado que cuando estaba «ida» su expresión era la de una persona abstraída, con la mirada perdida. Eso era lo que sus padres decían a los médicos mientras ella escuchaba en silencio sentada en sillas de plástico en consultas, hospitales y despachos. En esas ocasiones oía por primera vez una descripción de sus «episodios».

Los maestros del colegio nuevo se encargaron de dejarle claro el aspecto que tenía cuando estaba totalmente ida. Los niños del colegio nuevo formaban corros alrededor de ella bajo el árbol que había al final del patio y esperaban a que despertara. Y ella regresaba cubierta de hojas, ramitas y basura que los niños le habían puesto en la cabeza y en el cuerpo. Una vez se despertó con un caracol muerto en una mano.

Los compañeros de piso y los amigos de la universidad no habían sido tan crueles. Se pensaban que era epiléptica y reprimían las ganas de burlarse de ella, una tentación que Catherine adivinaba en su media sonrisa. Se moría de vergüenza cuando le contaban cómo se ponía cuando estaba ida.

Se pasaba reuniones escolares, películas enteras y viajes en tren en «el país de las hadas» y luego no recordaba nada de lo que hubiera sucedido en el tiempo que se había ausentado.

A veces le sangraba la nariz y la gente la sacudía para despertarla. Una vez llamaron a una ambulancia y se despertó en una camilla junto a un autobús, envuelta en una manta roja. Sus profesores del instituto siempre la enviaban a casa.

Los médicos habían intentado combatir su «enfermedad» con medicación. Los médicos, a los que la habían llevado siendo adolescente, aseguraban que padecía toda clase de afecciones, como hicieron los dos especialistas a los que la habían enviado los médicos. En el primer caso le diagnosticaron narcolepsia, catatonia y que sufría crisis de somnolencia. Le hicieron TAC y médicos con las manos enjabonadas y un aliento que apestaba a café no dejaban de examinarle los ojos.

Nadie le preguntó nunca qué veía cuando estaba «ida». Para el resto de la gente, al parecer, lo más importante era su aspecto durante los episodios.

Era incapaz de desobedecer una orden, ni siquiera cuando de niña había querido hacerlo. Si

después de un mal día en el colegio hubiera tenido la oportunidad de volver a dondequiera que fuera cuando entraba en trance, nada le habría gustado más. Durante esos episodios sentía una alegría tan intensa que le sangraba la nariz y su cuerpo se vaciaba.

Los episodios de trance se producían cuando estaba cansada y era como dormir con los ojos abiertos. A veces se producían cuando pensaba con intensidad, aunque solo en el momento en el que se relajaba. Nunca experimentaba una sensación de paz mayor que cuando era transportada a las profundidades de su ser, lejos del mundo.

Cuando empezó a dejar atrás la adolescencia, los episodios casi desaparecieron. Luego entró en la vorágine del mundo, donde los refugios escasean. Ansiedad, tensión y desesperación en abundancia, pero poca tranquilidad. Una parte de ella se sintió aliviada de que los episodios de trance hubieran remitido o que hubiera sido capaz de superarlos. Ya le resultaba bastante difícil encajar en cualquier lugar como para añadirle los momentos de abstracción y de babear con la boca completamente abierta. Sin embargo, otra parte había empezado a echar de menos en secreto los episodios. No le quedaba ningún otro nexo de unión con Alice. Los episodios nunca la rescataron del perpetuo estado de ansiedad que había caracterizado su etapa londinense. El único refugio que había encontrado entonces era emborracharse hasta que todo le diera igual.

Pero ahora habían vuelto.

Se limpió la sangre del labio superior con el dorso de la mano. Las náuseas desaparecieron rápidamente junto con los mareos. Los recuerdos habían calmado brevemente las punzadas de dolor en el estómago que le había provocado Mike. Probablemente él fuera el responsable de su recaída, tan cerca del lugar donde todo había empezado.

El jueves depositaron una carta en su casa. Quienquiera que fuese ya se había ido cuando Catherine abrió el pestillo de la puerta y se asomó a la calle que no había pisado desde la noche del viernes. La carta iba dirigida a ella y llevaba el remitente de las oficinas de Osberne. Debía de habérsela enviado Leonard.

El grueso sobre de papel de tela estaba lacrado con un sello de cera rojo, como las citaciones judiciales del siglo diecinueve.

Abrió el sobre en la barra de la cocina, con el cuerpo dolorido y con una sensación de pesadez, como si durante la semana que llevaba llorando intermitentemente se hubiera desgarrado todos los músculos del abdomen.

La carta era de Edith Mason. Estaba escrita de un modo descuidado en un papel de carta antiguo. Se trataba más de una petición seca que de una invitación para empezar la tasación del contenido de la Casa Roja al día siguiente, viernes.

Solo hacía una semana de su visita a la Casa Roja y su vida se había desmoronado. Dudaba que ni siquiera M. H. Mason y sus ratas pudieran recomponerla.

Leonard estaba sentado a su lado y le cogió las manos. Lo hizo con suavidad; tenía las palmas de las manos secas. Catherine no sabía que se pudiera tener las manos tan secas. Quizá fuera una cosa de la edad. Cuando por fin dejó de llorar y levantó la mirada, reparó en que su jefe tenía los ojos humedecidos.

—Será sinvergüenza. Será, será... cabrón. Me gustaría decirle lo que pienso. Y unas cuantas cosas más.

La idea del escuálido anciano en la silla de ruedas llevando a cabo un caballeroso acto de venganza en defensa de ella le pareció ridícula. Se le escapó una risita tonta mientras seguía sorbiéndose la nariz, pero le pareció que su risa era descortés.

—Mírame. Soy un desastre. Y encima estoy molestándote con todo esto. Lo siento, Len.

En la calle estaba oscureciendo. Solo había ido al trabajo entrada la tarde para explicar a Leonard el verdadero motivo de su ausencia durante una semana.

—Tonterías. No tienes por qué disculparte. Me siento halagado y me alegro de que hayas confiado en mí. Aunque no lo entiendo. ¿Es ciego? ¿Idiota por naturaleza? ¿Cómo puede dejarte escapar? Es un auténtico imbécil. Ya recibirá su merecido. Me encantaría poner mi grano de arena. ¿Dónde dijiste que vive? ¿En Worcester?

—Por favor, Leonard. Ni se te ocurra. No tengo palabras para decirte lo mucho que significa para mí que me escuches. Soy patética. Pero, por favor, no te metas.

—No eres patética. Y no se puede explicar la estupidez de los demás. Dios mío, está siendo un canalla. Se ha comportado de un modo horrible. ¿Y ni siquiera te ha llamado para preguntarte cómo estabas?

Leonard no había abierto la boca mientras le relataba los lamentables sucesos de la semana previa; solo había torcido el gesto y reprimido algunos gritos de estupefacción. Pero Catherine no tenía ninguna duda de que estaba disgustado, como si hubieran dejado plantada de muy malas maneras a su propia hija.

—No sabe lo que quiere. Él cree que sí, o lo creía. Va a la deriva, es apático, pero luego es muy irascible. Como si todavía fuera un adolescente. Pero no pude evitar enamorarme de él.

—Entonces estás mejor sin él. Y me da a mí que acabará hundiéndose, si eso te sirve de consuelo. Y ella también, estoy convencido, quienquiera que sea esa fresca. Te garantizo, querida, que la justicia tiene una manera muy peculiar de aparecer. ¿Tienes alguna idea de quién puede ser?

—Ninguna.

—Mejor no saberlo. No serviría de nada. Además nunca te llegará a la suela del zapato. Él se dará cuenta demasiado tarde. Es responsabilidad suya, no tuya.

Catherine asintió con la cabeza.

—Parece que saco lo peor de la gente... —se interrumpió. Expresar en voz alta su paranoia le hizo sentir lastima de sí misma, incluso vergüenza—. Ni siquiera sé por qué me sorprende.

—No sigas. Eres una mujer joven, guapa y con mucho talento. Una mujer especial. Única. Yo no me dedico a otra cosa, querida, ni lo haría si tuviera un socio en la empresa. No todos pueden ver lo excepcional que eres, pero hay mucha gente que sí.

Catherine miró a Leonard. Los ojos de su jefe se habían empañado y tenían la mirada perdida detrás de Catherine.

—Ambos las conocemos demasiado bien. La exclusión. Las burlas. Cosas dolorosas. Lo sé. Lo sé. —Leonard se aclaró la garganta.

Catherine se sintió entonces egoísta e idiota, e incluso más pueril, si es que eso era posible. Delante tenía a un hombre que había sido minusválido toda su vida y había alcanzado el éxito. Pero nada le había resultado fácil. Quizá por eso seguía tratando con gente marginal, con personas que vivían de espaldas a la sociedad, un ambiente en el que se había visto obligado a moverse. ¿Alguna vez habría conocido lo que es el amor?

—La única defensa que existe —susurró apenas— es encontrar a otros. Mentes similares. Y un lugar donde nos sintamos a gusto. —Se volvió hacia Catherine y sonrió—. Como nosotros, gatita. Nos guste o no tenemos que cargar el uno con el otro. Estamos hechos de la misma pasta.

—Somos un par de tarados.

—Esa sería una forma de decirlo. Ahora es hora de invitarte a esa cena que te debo.

—No me la debes. Invito yo. Es lo menos que puedo hacer por haberte metido en esto.

—Tonterías. Y tal vez deberíamos posponer tu visita a la Casa Roja. No sé si Edith Mason es el mejor antídoto contra lo que estás pasando.

—No. Quiero ir. Por nosotros. Por el negocio. Es demasiado bueno. No permitiré que él lo estropee.

—Está pálida, querida. Y parece triste. ¿Le ocurre algo? —se interesó Edith Mason mientras Catherine empujaba la silla de ruedas por la galería subterránea.

Para la visita de ese día, la señora Mason se había puesto un traje chaqueta de tweed ribeteada de piel que parecía diseñado para ser utilizado al aire libre; además poseía la astuta cualidad de pasar por contemporáneo y por una prenda de calidad. Pero la anciana estaba tan arrugada que su ropa perfectamente podía proceder de una colecta de beneficencia tras los bombardeos del Blitz. También en esta ocasión sus manos esqueléticas permanecían ocultas, esta vez enfundadas en un manguito de piel.

—No. Preferiría no...

—Porque se marchó de aquí bastante eufórica con lo que había descubierto entre las cuatro paredes de nuestra casa. Quería volver y yo le he concedido el deseo. Ya tenemos bastantes problemas aquí como para que nos venga con los suyos.

¿Qué podía responder? ¿Qué podía decirse a una persona tan resuelta y egocéntrica? Nunca se había sentido más frágil en toda su vida. Su única función era dejar que la cogieran y la soltaran, que la invitaran y luego la insultaran. Era el resto de un naufragio a merced de las olas y era arriesgado para ella considerarse algo más.

Simplemente salir por la puerta de su apartamento aquella mañana le había exigido un esfuerzo descomunal. Y ahora se preguntaba si había vuelto a la Casa Roja en un intento de recomponerse y restregarle por la cara a Mike lo que había perdido o si lo había hecho porque no tenía otro lugar a donde ir ni otra cosa que hacer que seguir las instrucciones que recibía e imitar el comportamiento de su antiguo yo.

«¿Por qué no reposar tranquilamente sobre una repisa como una rata disecada?»

Catherine atajó la cascada de pensamientos porque estaban tiñéndole con esa expresión que tan bien conocía un rostro que ya padecía los estragos de su tormento. Intuía que no le convenía que Edith Mason la viera con esa cara. Por lo menos había recordado no maquillarse.

—Pare. —La señora Mason volvió el rostro hacia una de las paredes de la estancia—. Esa se tomó en el jardín.

Catherine, de puntillas y con los ojos entornados en la débil luz colorada, siguió la mirada de Edith Mason hasta la fotografía oscura y con una pátina marrón de una mujer con un vestido largo.

—Un miembro de la familia. La señorita Howard. La familia es lo más importante. ¿Por qué salir al mundo y conocer otras cosas? Apuesto a que usted preferiría no haberlo hecho.

—¿Perdón?

—Mi madre, Violet Mason. Un genio por mérito propio. ¿Sabe por qué? Se lo diré. Tuvo la clarividencia de poner su talento al servicio de la visión de su hermano. Pintó los fondos y las imágenes en primer plano de sus retablos, querida. También fue su costurera, se encargó de los vestuarios y de construir los decorados. Durante todo el tiempo que duró la vocación de mi tío.

No es un motivo de vergüenza ponerse al servicio de algo más extraordinario de lo que una será nunca por sí misma.

Ni siquiera en la penumbra y sobre los paneles oscuros de la pared, la imagen de Violet Mason resultaba atractiva. Tenía un rostro enjuto y severo que no permitía imaginárselo sonriente, cuya mirada penetrante se clavaba desde detrás de un velo estampado y bajo un sombrero Watteau de ala ancha. La copa cerrada que se alzaba jalonada de rosas negras, el tamaño del sombrero y el peinado en forma de hogaza empequeñecían y acentuaban el rostro escuálido con la desagradable mueca. Los labios finos y los ojos pequeños sugerían una rabia contenida que ponía los pelos de punta, incluso vistos en aquella penumbra. La blusa con el cuello de cisne reforzada con tablillas actuaba como un pedestal sobre el que reposaba la espantosa cabeza. En el fondo de la imagen, el oscuro follaje había adquirido un borroso tono sepia salpicado de sombras, como si el mundo estuviera desvaneciéndose y desintegrándose alrededor de la imponente mujer.

—Son evidentes las facciones de la familia, señora Mason.

—Ahí puede verla con mi tío.

Catherine empujó la silla de ruedas. El efecto difuminado empleado en el revelado de la fotografía y los tonos austeros de lo que era un posado para un retrato no deslucían la atroz herida en la cabeza que el hombre debía haber recibido en el frente. El contorno de ese lado de la cara de Mason, ligeramente ladeada, era irregular. Le faltaba un fragmento de la frente. No era de extrañar que evitara el mundo. El otro lado de su cara era perfecto, hermoso, con un gesto de orgullo y un bigote generoso, aunque rezumaba tristeza.

Su hermana posaba de pie junto a la enorme silla de madera en la que él estaba sentado, cuyo alto respaldo y el brazo que quedaba visible parecían profusamente tallados. Sus ojos negros lanzaban una mirada severa, que podía ser de desaprobación o de maldad, detrás de una redecilla de motas triangular que se extendía desde la ancha ala del elaborado sombrero hasta su afilada barbilla. Catherine tuvo la tentación de interpretar la presencia del velo como un escudo para el espectador. Nunca había visto una cintura tan estrecha, probablemente comprimida por un corsé de la época eduardiana. El corpiño de la blusa estaba compuesto por pliegues de satén blanco y terminaba en el cinturón ceñido a su cintura. Una falda larga y los bordados de flores caían sobre un pie diminuto embutido en una bota puntiaguda. Curiosamente, los dos hermanos Mason llevaban las manos enfundadas en guantes de cabritilla.

El fondo pintado a la espalda de las dos figuras crepitaba como una masa de nubarrones que sugerían la ausencia furiosa de materia sólida. Catherine nunca había visto nada parecido en otras fotografías del mismo período, que debía de corresponder a la década de 1920 o incluso a la de 1930, aunque había rasgos estilísticos de las postrimerías de la época victoriana. Los retratos de familia que había visto de esa época se realizaban sobre fondos pintados que representaban jardines ingleses o paisajes italianos. Pero aquel fondo había sido escogido intencionadamente por una razón que se le escapaba y en la que prefirió no pensar demasiado. Sin embargo, también apreció en el fondo lo que le parecieron unas diminutas estrellas brillantes. Aunque quizá podían ser unas imperfecciones del papel fotográfico.

Antes de acceder al penumbroso pasillo de la planta baja que conducía a las estancias donde estaba expuestos los dioramas de Mason, pasaron por otra serie de fotografías a las que Edith Mason no prestó atención. Pero Catherine las observó y acertó a ver dos figuras altas vestidas de negro recortadas sobre un fondo claro, rodeadas por un grupo de personas que parecían niños.

—¡Alto! —ordenó la señora Mason desde su silla de ruedas en el pasillo apenas iluminado—.

Creo que es ésta. Sí, estoy segura, es ésta. Si es usted tan amable... no está cerrada con llave.

La fina taza de té repiqueteó contra el platito que Catherine había posado en su regazo. Desde su silla en la salita, Edith Mason observaba, ya fuera con orgullo o con deleite, los dedos nerviosos de Catherine.

—¿Qué sentido tendría el arte, señorita Howard, si nos dejara indiferentes? —preguntó la señora Mason con una sonrisa maliciosa en los labios.

El perro Horatio, como en la ocasión anterior, miraba fijamente con su ojo lagrimoso a Catherine, con su gesto comprensivo. El resto de los animales de la colección de seres disecados esperaba pacientemente y en silencio su reacción a lo que acababa de ver.

—Es... extraordinario.

Edith Mason asintió lentamente con la cabeza.

—Esa es la palabra.

Y sin duda era la palabra exacta para describir lo que acababa de ver en las dos habitaciones de la planta baja de la casa en las que se habían expuesto las primeras obras de M. H. Mason. Catherine estaba convencida de que había visto un millar de ratas muertas, imbuidas de características humanas y con uniformes, muecas y posturas cuidados hasta el último detalle. Uno de los dioramas era el vivo retrato de la desolación. Una tierra de nadie sembrada de cráteres abiertos por los proyectiles, trincheras derrumbadas y tocones de árboles y ratas carbonizados. Ratas muertas. El parecido idéntico de las ratas con hombrecitos sin vida enfundados en uniformes caquis había obligado a Catherine a inclinarse sobre la urna de cristal para convencerse de que realmente fueran ratas. Carecían de cola. Algunas eran meros huesos envueltos en cenicientos pellejos sin pelo.

La segunda obra la había conmovido tanto que incluso le había parecido oír, por un momento, el traqueteo de los fusiles, el estruendo lejano de la artillería y el estallido amortiguado de los proyectiles en el fango. En esa urna se desplegaba una hilera de hombres cansados —«no, de ratas»— que marchaban en fila de a uno desde una trinchera hasta el manto de humo blanco de un horizonte en declive. Se titulaba *Diez hombres en Reveille*. Edith Mason había comentado una vez que su tío había visto cómo trescientos hombres quedaban reducidos a diez en menos de seis minutos en la batalla de Bapaume.

Catherine bebió unos sorbos de té y se preguntó si soportaría pasar varias horas a solas en aquellas habitaciones casi en penumbra, catalogando el contenido de cada centímetro cuadrado de las urnas, sin acabar volviéndose loca. No era de extrañar que las mantuvieran a oscuras.

Esa mañana, previamente a su visita, se habían abierto las puertas de las habitaciones pertinentes de la planta baja y las contraventanas. Maude debía de haber tenido una mañana ajetreada. Cuando Catherine había llegado, el ama de llaves solo le había dirigido una mirada fugaz en la que ni siquiera se vislumbró un atisbo de consternación o sorpresa por el regreso de una invitada tan poco deseada. A pesar de la nota, Maude se había comportado con la misma

indiferencia y antipatía que siempre. «Porque está loca. Edith Mason está loca. Mason y su espantosa hermana estaban locos. Están todos locos. Viven con miles de ratas muertas.»

Maude no mostraba preocupación por la lesión en el pie o el tobillo que había sufrido en el tiempo que había transcurrido desde la anterior visita de Catherine. Solo llevaba un pie calzado, así que su cojera era más pronunciada debido al vendaje que le envolvía por completo el otro. Le habría convenido mantener reposo. Preguntarle por la lesión se antojaba inútil, y la compasión de Catherine parecería fuera de lugar para todos excepto para ella misma. Edith Mason parecía ignorar por completo que Maude se hubiera hecho daño y le daba órdenes como si el ama de llaves fuera una esclava.

—Debe entender, querida, que mi madre y mi tío eran victor-
rianos. Creían que los animales tenían alma, que distinguían entre el bien y el mal. Los victorianos sentían fascinación por la verdadera naturaleza de los animales. Así que la representaban. —La señora Mason se volvió hacia las ardillas rojas que hacían cabriolas sobre el piano y sonrió.

«Y las ratas tienen mucho en común con nosotros. Son una plaga. Unas alimañas. Van de un lado a otro febrilmente, decididas a sobrevivir en cualquier lugar y en las condiciones que sea.»

—Creo que usted lo entiende, señorita Howard. Lo entiende perfectamente. —Edith Mason sonrió como si Catherine hubiera pronunciado sus pensamientos al mismo volumen al que sonó la campanilla que la anciana empezó a tañer y ella los hubiera oído—. Me temo que debería descansar un poco. Ahora tiene que marcharse. Pero cuando el lunes haga la maleta antes de salir de casa, no meta demasiadas cosas. No nos gusta tener la casa llena de cosas extrañas. Traiga solo un neceser. Aquí tenemos todo lo demás que pueda necesitar.

—¿Perdón?

—Mientras esté trabajando en preparar al mundo para nuestros tesoros, tendrá que vivir arriba conmigo.

Catherine estuvo a punto de ahogarse al reprimir el grito de terror que pretendía escapar de su boca. A continuación se quedó paralizada por una sensación de incomodidad social que imaginaba creciendo hasta alcanzar proporciones insoportables si pasaba una sola noche bajo el techo de la Casa Roja.

—No quisiera molestar...

—¡Tonterías!

Catherine se estremeció. El té aguado y perfumado rebasó el borde del platillo y le mojó la falda.

—Tantas idas y venidas en coche son una pérdida de tiempo. Está decidido. Maude ya le ha preparado una habitación.

Catherine tosió para aclararse la garganta.

—¿Ya la ha preparado?

—Deberá tener paciencia con nosotras. No estamos acostumbrados a alojar invitados.

La conmoción que le produjo la perspectiva de hospedarse en la Casa Roja le dejó la mente en blanco, la cabeza vacía. Ningún pensamiento retumbaba en su interior. Se sentía como una muñeca, un objeto cuyo lugar en el mundo dependía de la voluntad obstinada y el capricho de una mocosa insoportable.

Catherine lleva tres horas esperando en el coche de su padre cuando los vio llegar juntos.

Mike abrió la pequeña puerta de hierro que había al principio del corto sendero que conducía a la casa adosada que compartía con dos profesores en prácticas en Worcester y echó un vistazo a la calle. De manera subrepticia, para que la mujer que tenía a su lado no se percatara de su acción. Para que ella, la mujer por la que la había dejado, no se molestara. Era como si Mike esperara que Catherine estuviera allí, observando. Porque era de esas. Estaba chiflada.

Catherine había aparcado pegada al bordillo, a cierta distancia de la casa de Mike para que él no la viera cuando entrara o saliera del edificio. Siempre volvía por el mismo lado de la calle, dando la espalda a las tiendas de Saint John's Wood. Nunca lo había visto ir a casa por otro camino, así que estaba segura de que no la vería cuando volviera a casa, si es que volvía a casa. Incluso había pedido prestado el coche a su padre para que fuera más difícil identificarla durante la vigilancia. A Mike no le habría pasado desapercibido el Mini rojo y su patética conducta habría quedado al descubierto.

Catherine estaba allí porque lo que continuaba carcomiéndola desde que la había dejado en la mesa del restaurante, en público, era el hecho de que todavía no hubiera intentado ponerse en contacto con ella, por ningún medio. Ni siquiera le había enviado un mensaje de texto, ni una carta que incluyera motivos, explicaciones, un falso deseo de seguir siendo amigos ni cualquier otro cliché insultante diseñado para hacerla sentir mejor. Nada.

A Catherine no le costaba encontrar motivos para su rechazo. Probablemente la había visto en sus mejores momentos, cada vez que estaban juntos, así que incluso estando en su apogeo se había encargado de recordarle que era insoportable. Pero antes de partir para instalarse durante varios días en la Casa Roja sintió la necesidad imperiosa de saber el motivo exacto por el que le había roto el corazón. Y ahora lo sabía.

Mike había evitado toda posibilidad de conversación porque sabía que habría dado su brazo a torcer. Habría surgido la exigencia de explicaciones. Habría tenido que revelarle el motivo. Contarle a quién había conocido y por quién la había sustituido.

Mike había huido a la desesperada, sujetándose los pantalones. Porque deseaba con todas sus fuerzas reunirse cuanto antes con ella, esa otra mujer que veía ahora. Así de mucho la necesitaba.

«A ella.»

En cuanto a Mike, Catherine había pensado que tanta crueldad no era posible. Hasta que se había demostrado lo contrario.

Cuando Catherine pensaba en «el incidente» en Handle With Care se daba cuenta de que era una de las pocas cosas que le habían causado auténtica satisfacción a lo largo de su vida profesional, a pesar de que su comportamiento había sido contrario a su naturaleza, ya que siempre dirigía los ataques hacia su interior y jamás hacia un objetivo exterior. Pero todo el mundo tenía un límite.

Durante los seis meses de terapia que sucedieron al primer acto de violencia infligida a otro

ser humano había hablado largo y tendido sobre los acontecimientos, los sentimientos y los pensamientos que rodeaban al «incidente». Y había reconocido que inmediatamente después del «incidente» había experimentado una profunda paz. El eterno bucle de ansiedad, miedo y odio había cesado durante un par de horas. Porque había dejado de importarle todo. El futuro, el pasado, las repercusiones, la opinión que los demás pudieran tener de ella eran irrelevantes. Y la única sensación que fue capaz de identificar durante el periodo de tranquilidad que siguió al suceso que había causado un derramamiento de sangre fue de alivio. El hecho de que no hubiera posibilidad de dar marcha atrás le procuraba alivio. Había hecho algo tan rotundo e impactante que la etapa de su vida en Londres, e incluso la misma ciudad, había terminado para siempre. Se había liberado.

Nunca había sentido el deseo de repetir lo que le hizo a aquella mujer. No se trataba de que hubiera aprendido una nueva estrategia para lidiar con su sufrimiento, nada de eso. Pero la habían educado en la creencia de que la justicia debía ser un valor universalmente respetado, así que sentía que se había hecho justicia, si bien es cierto que por un periodo muy breve. Además de aliviada se había sentido satisfecha.

La única persona a la que le había confesado esos sentimientos era su último psicólogo, a quien había preguntado: «¿Con qué frecuencia cualquiera de nosotros siente una satisfacción prolongada en esta vida?»

Seguía sin sentir remordimientos ni albergar un sentimiento de culpa por «el incidente». Lo único que todavía alarmaba a Catherine era el deseo recurrente de haber llegado hasta el final y haberla matado. Y eso, por supuesto, estaba mal.

«Matarla». Ella tenía un nombre. Un nombre que Catherine había evitado pronunciar en voz alta, aunque solía gritarlo mentalmente. De manera que había acordado con su psicólogo emplear pronombres durante la terapia. «Ella» era una mujer llamada Tara Woodward.

Y Catherine había cometido el grave error de subestimar a Tara.

Siempre había sabido que Tara jamás la denunciaría porque preferiría evitar verse envuelta en el escabroso proceso de las declaraciones policiales y las vistas judiciales, y adoptar un papel victimista, ya que era una mala propaganda para su estatus, la imagen que tenía de sí misma y su reputación, tanto profesional como social. Suponía una decisión contraproducente para el concepto global de Tara.

En el caso de que Tara la hubiera arrastrado hasta los tribunales, en defensa de las acciones de Catherine como último recurso contra el acoso que estaba sufriendo, se habría relatado bajo juramento el comportamiento de Tara en el trabajo, de una manera más detallada de la que ella habría deseado, frente a sus jefes, su familia y la prensa. Y «el incidente» habría aparecido en los titulares: una empleada sin antecedentes de mala conducta recurre a la violencia para defenderse del acoso laboral, nada menos que de una productora ejecutiva.

Si hubieran llegado a los tribunales y Catherine hubiera sido declarada culpable, lo que casi con toda seguridad habría sucedido, así como que la hubieran visto como una persona inestable, la carta de Tara habría quedado marcada para siempre. A partir de entonces ya no se libraría de las dudas. Una suspicacia que habría acompañado a Tara en su ascenso por las productoras de televisión. Circularían rumores por despachos, escaleras y pubs frecuentados por la gente de la tele cada vez que hiciera algo poco ético. Y Tara no tenía rival en el comportamiento sin escrúpulos que la gente como ella sentía la necesidad de repetir, allí donde trabajaran.

Probablemente Tara no tuviera elección. Su impulso para minar y destruir a los demás la definía tan bien como los vaqueros ceñidos combinados con tacón alto, el corte asimétrico de la

ropa de grandes diseñadores de su armario, el Marlboro Light, la ridícula voz ronca de clase alta y el largo flequillo a través del cual escudriñaban sus diminutos ojos. Y esos gélidos ojos azules siempre estaban buscando puntos débiles, inseguridades, dudas y víctimas. Ese impulso existía desde mucho antes de que Catherine entrara en su vida. Debía de haberse forjado en los colegios privados, o tal vez antes. Tara siempre necesitaba una víctima propicia y en Catherine había encontrado una.

En cuestión de minutos tras «el incidente», Catherine había sido despedida y expulsada de las oficinas de Handle With Care, y Tara se había apropiado de la producción de Catherine, de sus contactos e ideas. Es decir, de los que todavía no estaban en sus manos. De modo que la estrategia de Tara le había reportado en última instancia los beneficios que esperaba, aunque no de la manera que imaginaba.

Tras el enfrentamiento en el baño de mujeres, Tara había puesto en marcha una operación de reparación de daños con una urgencia que ya querría para sí cualquier gran ciudad afectada por una inundación. Se había apartado tranquilamente el flequillo de los ojos, se había limpiado la sangre de la frente y se había examinado brevemente las uñas arregladas. Y Catherine debería haber adivinado que en esos vibrantes instantes de adrenalina en ebullición y jadeos, la mente calculadora de Tara probablemente había tomado una decisión sobre la reacción adecuada, o más bien sobre cómo gestionar «el incidente».

Tara había llamado a su jefe con su iPhone desde el suelo de un cubículo del baño; solo uno de sus largos pies conservaba el Jimmy Choo. Su jefe tenía la mesa de trabajo a menos de veinte metros de los baños de la oficina. Y cuando Tara dijo con una familiaridad que rayaba la complicidad: «Jimmy. Necesito que vengas a los baños. Ahora mismo. Ha ocurrido un incidente», Catherine debería haber comprendido que Tara todavía no había dicho su última palabra. A pesar de que la mujer que se encargaba de los recursos humanos de la productora vació rápidamente el escritorio de Catherine y metió todas sus cosas en una bolsa de plástico que le puso de mala manera en la mano amoratada en el callejón peatonal frente a la puerta de Handle With Care, la falta de interés de la policía y el hecho de que no fuera arrestada deberían haber servido como una advertencia precisa de que simplemente había llevado el asunto con Tara hasta otro nivel. Un nuevo nivel que ahora se ponía en marcha.

Porque Tara había reaparecido en su vida. Había estado esperando que se presentara una oportunidad durante cerca de dos años haciendo gala de una paciencia pasmosa. Catherine había vuelto al negocio de las antigüedades y ella debía de haber estado vigilando sus pasos.

¿Pero cómo se había enterado de lo suyo con Mike? «¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? ¡Facebook! Catherine tiene una relación con Mike Turner.» Tara debía de haberle enviado una solicitud de amistad con un alias y ella la había aceptado, o quizá a Mike, o Facebook había cambiado la configuración de privacidad como siempre y Tara había descubierto a Mike. O tal vez Tara conocía gente aquí y había movido sus tentáculos. No importaba cómo hubiera ocurrido, el hecho era que se las había ingeniado para conocer y seducir a Mike. La mujer alta y llena de confianza en sí misma, la pija del West London, había atacado directamente al corazón. Mike debía de haber sido pan comido.

Catherine se quedó helada y sobrecogida. «Te creías loca, pero esa zorra jugaba en otra liga.»

Además Tara no la temía. Avanzó con paso firme por el diminuto camino de entrada a casa de Mike y prácticamente se introdujo de un salto en el vestíbulo. Estaba preparada para llevar un vida de pobre en una ciudad de provincias con un tipo sin futuro, un aspirante a fotógrafo, a cambio de una jugosa compensación. Un par de fines de semana en Worcester y Putney Bridge,

y Mike no volvería a saber de ella. O tal vez ni de Catherine, teniendo en cuenta la naturaleza de su engaño. Mike no era importante, al menos no más que un peón expulsado del tablero por una reina insaciable.

Ahora era el turno de Catherine de sentarse en el suelo del cubículo de un cuarto de baño con la cara manchada de sangre, al menos metafóricamente.

Mike siguió a Tara al interior de la casa cargado con comida para llevar, vino y un DVD. Parecía una rata olisqueando carroña. Iban a pasar la noche en casa.

«¡Cathy Howard es una apestosa! ¡Cathy Howard es una apestosa! ¡Es adoptada! ¡Es adoptada!»

Los niños del colegio nuevo podían leerle la mente. Por eso conocían la cancioncilla del colegio anterior.

Aquel día en el patio superior, el acaloramiento de la humillación le había nublado la visión. Intentó ocultar su rostro a la multitud, pero no dejaban de aparecer niños allí donde se posara su mirada. Los niños la miraban con los ojos desorbitados e inyectados de sangre. Tenían la boca abierta. Jamás los había visto tan exaltados.

Hasta que algo atrajo su atención, a lo lejos. Al otro lado de la valla metálica pintada que cercaba el patio superior había un chico harapiento. Cuando Catherine reparó en él, el muchacho levantó una mano en el aire trémulo, por encima de la cabeza.

Catherine recibió el latigazo de una comba en los muslos y estuvo a punto de desmayarse del dolor. La cuerda se coló entre sus piernas y le golpeó justo detrás de la rodilla. Catherine lanzó un grito y se desmoronó sobre el asfalto rugoso. Las risas forzadas de los niños del patio parecían absorber el aire, así que le costaba respirar.

Vio con los ojos doloridos y rebosantes de lágrimas las figuras borrosas de las niñas que la atacaban. Una de ellas tenía el brazo levantado como si fuera a fustigar un caballo. De repente tuvo miedo del mango de madera de la comba y se cubrió la cabeza con las manos y cerró muy fuerte los ojos. Un reguero de lágrimas saladas se precipitó por sus mejillas y penetró en su boca. Pero la cuerda no la golpeó.

Por el contrario se hizo el silencio en el patio. No se oía una voz ni una pisada sobre el asfalto que rodeaba la oscuridad personal de Catherine. Incluso los pájaros interrumpieron su incesante gorjeo en la hilera de árboles que se extendía debajo de las cúpulas de hormigón en las que una vez le habían obligado a entrar y donde se había quedado sin aire en un ataque de pánico.

Cuando abrió los ojos se topó con las espaldas de los niños que tenía más cerca y vio chaquetas de punto azules arrugadas y petos de cuadros escoceses. Delante de ellos, el resto de los niños del patio miraba al frente. Permanecían inmóviles, como si la directora del colegio los hubiera congregado, y Catherine vio que de la nariz de todos ellos brotaban dos brillantes regueros de sangre que se deslizaban hasta la barbilla.

A lo lejos, cerca de las ventanas de la sala de profesores, la señorita Quan era el único ente que se movía en una escena de quietud absoluta, y a Catherine le asaltó la extraña pregunta de por qué ningún niño miraba a la maestra, que estaba sacudiendo el rostro lívido y tomaba aire como un pez mientras se peinaba con los dedos huesudos el cabello que había llevado recogido con horquillas. La campana de hierro que anunciaba el final de la hora del almuerzo rodaba adelante y atrás a escasa distancia de sus pies.

Las hojas secas empezaron a revolotear en remolinos polvorientos alrededor de los zapatos gastados de los niños, al ritmo de la canción *Greensleeves* procedente de la camioneta de

helados, aunque sonaba como si una enorme trompeta de metal estuviera tocando la canción con un ritmo acelerado.

Ningún niño miraba tampoco hacia el tramo de la valla del patio que se extendía junto a la puerta principal, donde la camioneta emitía su llamada discordante. Y cuando Catherine levantó la mirada no vio la camioneta, ni al chico harapiento observando desde el otro lado de la valla. Y la razón era que el chico ya no estaba allí. Ahora se hallaba entre las líneas blancas casi borradas que trazaban los recuadros de la rayuela en el patio superior.

Solo el chico harapiento era el objetivo de las miradas de los niños, porque ahora ellos también podían verlo, y los diminutos dientes de marfil redondeados en su boca negra, y sus grandes ojos blancos en un rostro que parecía una tabla de madera pintada.

Y en medio de la repentina estampida de calcetines blancos, pantalones cortos grises, chaquetas de punto azules, faldas plisadas y zapatos escolares que siguió a la llegada del chico, en medio de los espantosos gritos que obligaron a Catherine a apretarse las manos sucias contra las orejas, el chico harapiento con la peluca negra torcida sobre la cabeza redonda se esfumó, mientras por el aire lleno de hojas secas y arena se propagaba el barullo provocado por la desbandada de los niños histéricos.

El caos cesó nada más empezar. Lo hizo cuando Catherine se levantó y, ya de pie, se dio cuenta de que tenía los pantalones mojados y sintió frío en el culo. Todavía tenía los muslos doloridos por el latigazo con la comba.

Pero lo más interesante era el rebaño de niños que se alejaba corriendo hacia el patio de abajo, a pesar de que la camioneta de los helados había apagado la música y el chico harapiento se había marchado. El conjunto de niños sonaba como una bandada de gaviotas hambrientas y sus voces estridentes retumbaban en los ladrillos y en el hormigón. Quizá el chico estaba entre los niños que huían y sus piernas delgadas se movieran con fuerza dentro de sus pantalones de lana, arriba y abajo; unos pantalones demasiado cortos, con los dobladillos deshilachados, en unas piernas apuntaladas por unos aparatos ortopédicos de hierro negros atornillados a sus botas de cordones. Quizá seguía con los niños, enseñándoles aquellos ojos blancos asombrados (en sentido negativo), metido en la estampida de camisas y jerséis desastados, muecas de pánico y bocas teñidas de rojo en la que se había convertido el grupo de niños durante su huida apresurada de él.

Varios maestros salieron de la sala de profesores con sus cigarrillos y sus tazas de café. Dos mujeres se arrodillaron junto a la señorita Quan, que yacía tendida de costado. El resto miraba fijamente a Catherine, hasta que una de las maestras cogió la campanilla y empezó a tañerla con energía mientras se dirigía a zancadas hacia ella.

Catherine se despertó del trance en el suelo del salón de su casa con una botella de vodka con limón al lado. Lo que quedaba del licor se había derramado y había empapado la alfombra. La sangre que le había manado de la nariz le había pegado la cara al suelo de parqué. Le pareció sentir náuseas, pero no se movió porque sabía que vomitaría antes de llegar al baño si lo intentaba.

Tenía los ojos hinchados y secos, y le escocían, como si hubiera estado nadando en el mar, saliva seca en las mejillas, y la boca y la garganta abrasadas. Su ropa interior se había empapado y ahora la notaba fría.

Arrodillada y con las manos apoyadas en el suelo esperó a que su visión se estabilizara. Recordaba haber visto a Mike con Tara esa tarde antes de acabar consumida por el trance.

También pensó en su inminente reclusión en la Casa Roja. Y se sintió más desgraciada de lo que era capaz de recordar haberse sentido nunca.

Fuera había oscurecido y las cortinas estaban abiertas. No había tráfico. En algún lugar bajaron la persiana metálica de un camión. Las pezuñas de un perro resonaron en el suelo al pasar bajo la ventana del apartamento que daba a la calle, acompañadas por el tintineo de la correa que lo sujetaba. La música de una camioneta de helados se extinguía a lo lejos.

Habían pasado veinte minutos desde que Maude cerrara la puerta del dormitorio. Catherine todavía se sentía incapaz de hacer otra cosa que no fuera mirar a su alrededor con estupor. No se había cambiado nada en la habitación desde principios del siglo veinte.

La colcha y los cojines esparcidos encima de la cama individual con la estructura de latón estaban confeccionados a mano y probablemente databan de un siglo atrás. En un hueco en la pared junto a la ventana y el tocador había un gran lavamanos ornamentado, equipado con una palangana con dibujos, un platito para el jabón y una jarra. Catherine solo había visto algo igual en los diseños de los catálogos de obras de hierro forjado almacenados en los archivos de los museos.

Solo había un armario, de caoba, con unas alas de nácar decorativas a cada lado de un largo espejo vertical. A la derecha del tocador había un mesa y una silla muy elegantes para escribir correspondencia.

La rejilla de la chimenea estaba limpia y la habitación parecía libre de polvo y de cualquier signo visible de desgaste. El suelo, barnizado para darle un aspecto de madera noble, era de madera de pino y yacía en su mayor parte oculto bajo alfombras tejidas a mano de color rojo y verde. Por debajo del dobladillo del edredón asomaba un orinal, y eso hizo plantearse a Catherine la posibilidad de que nunca se hubiera añadido un cuarto de baño a la vivienda. Sintió ganas de reír. La Casa Roja era una mina de oro.

Sacó fotos con el móvil y se moría de ganas de enviárselas a su jefe, pero todavía no había cobertura. No había vuelto a tener cobertura desde que había llegado a Magbar Wood. Lo que significaba que tampoco había wifi. La permanente indisponibilidad de línea telefónica contribuía a la sensación de desasosiego que la embargaba desde su regreso; estaba sumida en un momento de su vida en el que necesitaba hablar con la gente que la quería. Se sentía como si se hubiera alejado mar adentro en una embarcación endeble y sin chaleco salvavidas.

Su dormitorio se encontraba en la segunda planta, en la parte trasera de la vivienda. Al parecer, de acuerdo con el patrón que seguían las familias adineradas victorianas, y que ella conocía, los parientes y los invitados dormían en la segunda planta de la Casa Roja, mientras que la primera planta se reservaba para las actividades de entretenimiento y la planta baja para los quehaceres cotidianos. El hecho de que se conservara esa tradición tampoco resultaba encantador. Más bien sugería un sistema que se cumplía a rajatabla con reglas estrictas que quizá ella no fuera capaz de predecir. Probablemente detrás de cada puerta y de cada punto de encuentro con sus anfitrionas debía de extenderse una vasta y compleja red de códigos de conducta como una amplia telaraña. Las infracciones y las humillaciones por descuido aguardaban como trampas. Un fallo en un mero matiz de lo que se esperaba de una invitada podría ocasionar un arrebato de ira o ser castigado con el silencio. Y en la misma planta, en algún lugar de los largos y oscuros pasillos de paredes revestidas con paneles de madera, cortinas de color burdeos y puertas de madera maciza cerradas, estaba el dormitorio de Edith Mason. Para

Catherine, la idea de tenerla tan cerca ya le generaba la sensación de estar sometida a una investigación permanente. Ahora que estaba dentro de la habitación, no quería salir de ella.

Deshizo la maleta para mantener la mente ocupada y dejó la cámara digital y el ordenador portátil encima de la mesa; con ellos elaboraría el inventario y redactaría el catálogo embriagada por la atmósfera de la casa. En algún momento tendría que llamar a un fotógrafo profesional para que hiciera justicia a la Casa Roja. La gente quedaría maravillada con lo que vería en el folleto de la subasta. Habitaciones que se conservaban intactas desde la muerte de M. H. Mason, con todos sus muebles, los detalles de la época y los objetos decorativos. Parecería el programa de una gran exposición internacional. La casa no precisaba una tasadora, sino un comisario de exposiciones. ¿Cómo era posible que existiera algo así?

Además estaban las marionetas de M. H. Mason que Edith quería enseñarle esa tarde o, tal como ella había dicho, «presentarle.» Si Mason había conseguido engañarla con un perro disecado, no podía ni imaginar el grado de maestría que debían de exhibir sus marionetas. Edith Mason había afirmado que constituían la parte final de su visión, cultivada en reclusión y al parecer también privada del escrutinio público. Además le aguardaban más muñecas, de las que solo había visto una parte.

Edith Mason estaba arruinada. Por eso Catherine estaba allí. Quizá Maude llevaba algún tiempo sin cobrar y la presencia de una tasadora solo servía para recordarle su lamentable situación económica. Eso explicaría su dificultad de trato, de modo que debía tener en cuenta la incomodidad que la situación generaba en sus anfitrionas. Había que ser indulgente y dominar los nervios.

Una vez deshecho el equipaje, Catherine se dedicó a examinar los intrincados grabados que colgaban de las paredes de su dormitorio. Se trataba de cinco obras originales enmarcadas colocadas sobre el papel rojo oscuro. No reconoció la firma del autor, pero parecían datar de mediados del siglo dieciocho.

A pesar de la bombilla del techo, la iluminación era tenue y de un tono granate, así que tuvo que acercarse a los cuadros. Los dos grabados situados encima del cabecero de la cama representaban escenas antiguas de la vida de pueblo. Posiblemente se trataba de sátiras, ya que las caras de los personajes eran grotescas, con las facciones exageradas, narices enormes y barbillas protuberantes; tenían una expresión cínica en el rostro, incluso cruel. Se arremolinaban alrededor de lo que parecía un carro sobre el que había una plataforma o un escenario.

En el tercer grabado volvía a representarse el escenario, con los bastidores tapados por cortinas y un telón de fondo sobre el que brincaba una variopinta colección de figuras diminutas y desgastadas. La ropa que llevaban pertenecía al periodo Tudor, pero Catherine no era capaz de discernir si las figuras eran cómicos ambulantes vestidos con máscaras o marionetas. Los rostros imprecisos de los actores apenas estaban definidos por unos afilados ojos blancos y unas sonrisas desagradables. El público estaba representado como unos seres burdos, procaces, incluso salvajes, con unas enormes bocas abiertas y los ojos desorbitados.

Las otras dos escenas representaban mercados repletos de niños. Niños andrajosos. Golfillos. Criaturas esqueléticas con unos ojos enormes. Algunos se apoyaban en muletas. Había uno al que transportaba en un carrito de madera por el suelo plagado de surcos una niña mayor con un vestido desgastado. El teatro hacia el que se dirigían los niños estaba al fondo y la acción que estaba desarrollándose en el lejano escenario no quedaba muy clara.

Catherine se acercó a la ventana para abrirla, dejar entrar más luz en la habitación y asomarse al jardín trasero. La ventana también era de estilo gótico, compuesta de tres partes y con las

bisagras en el marco.

Una gran cantidad de moscas se agolpaban y revoloteaban con sus cuerpos hinchados en la cara exterior de los vidrios emplomados. Aquella mañana había vuelto a toparse con las moscas cuando se dirigía hacia la casa. Ya casi era invierno. El verano había tardado en entrar, pero la presencia de tantas moscas era tan impropia para esa época del año, como el calor. Tenían sitiada la casa.

Catherine estuvo observando detenidamente las travesuras de los insectos voladores en la ventana hasta que el paso fugaz de un destello blanco abajo atrajo su atención. Se inclinó apoyándose en el marco para echar un vistazo.

Localizó el objeto en movimiento a lo lejos, al fondo del jardín repleto de maleza, entre dos hileras de manzanos abandonados. Una figura blanca correteaba por una zona no muy extensa, como si estuviese afanada en una tarea.

Se preguntó si sería Maude, pero entonces se dio cuenta de que la figura era demasiado delgada y alta. Quizá se tratara de un jardinero. Pero no podía ser porque nadie se había ocupado de los terrenos en años. El cenador de madera prácticamente se había desmoronado y los muros del jardín permanecían ocultos bajo las zarzas y la hiedra. La vegetación había invadido varios objetos que Catherine tomó por ornamentos o muebles de jardín. A través de la cascada estática de ramas de árboles se vislumbraba el borde de un reloj de sol de piedra, o quizá de una mesa donde se les deja comida a los pájaros.

La figura que se movía continuamente adelante y atrás vestía una ropa de una blancura resplandeciente. Desaparecía unos instantes y reaparecía parcialmente entre la oscura vegetación que inundaba el jardín, hasta que llegó un momento en el que dio la impresión de que quedaba atrapada en algo y daba tirones para liberarse. Catherine buscó una posición más propicia y forzó la vista; cada vez estaba más segura de que aquella persona era un hombre, un hombre alto.

El hombre apareció brevemente en un claro de la densa fronda y se volvió hacia la casa. Había descubierto a Catherine en la ventana, pero ella era incapaz de ver el rostro alzado, ni siquiera la cabeza, porque la llevaba cubierta.

Cuando comprendió que la máscara que llevaba el hombre era una careta de apicultura con la correspondiente malla protectora, se relajó. La figura levantó lentamente ambos brazos en el aire. Sus grandes manos cubiertas por guantes protectores se agitaron, o tal vez incluso le hicieron señas. Para que bajara. Pero se equivocaba, porque entonces el hombre señaló hacia la pradera y repitió enérgicamente el gesto, como indicándole que se fuera. «Márchese.»

Catherine se apartó de la ventana como si acabaran de descubrirla espiando y regresó a la penumbra. Pero entonces sintió la necesidad de corresponder a las señas, de devolver un saludo amistoso. Una puerta se cerró en una de las plantas inferiores de la casa y cuando volvió a asomarse la figura de blanco había desaparecido, junto con las moscas.

Diez minutos después un golpe repentino en la puerta sobresaltó a Catherine. Se dio la vuelta, se arregló el pelo y se alisó la falda. Debía de ser Maude, que habría sido enviada a buscarla, pero nada le apetecía menos a Catherine que estar a solas con el ama de llaves, con quien tenía pendiente una conversación o una explicación sobre la nota.

«La advertencia.»

—¿Sí? —Su voz sonó débil. Se aclaró la garganta—. Adelante.

Un segundo golpe seco en la puerta. Seguido de silencio.

Maude no iba a entrar, pero Catherine había sido convocada.

Al abrir la puerta de su dormitorio, la única luz que había en el pasillo se atenuaba a medida

que se filtraba por el arco puntiagudo de la oscura ventana con los vidrios cromados del fondo. La silueta achaparrada y voluminosa de Maude aguardaba a cierta distancia de su puerta, pero Catherine no acertaba a adivinar si el ama de llaves estaba dándole la espalda o si la tenía de frente.

Cuando concluyó que Maude estaba alejándose de la puerta de su dormitorio, la siguió, acompañada por el taconeo de sus zapatos sobre el parqué del suelo, que resonaba con fuerza en los paneles de las paredes. Los ruidos que ella producía eran inoportunos y estaban fuera de lugar. El resto de la Casa Roja permanecía en silencio, como en conmemoración del fallecimiento de algún personaje importante, mientras que ella deshonoraba el duelo como una invitada desconsiderada y no deseada. Los pasos de Maude apenas generaban el sonido inconfundible de unos pies arrastrados. Catherine se dijo que en el futuro debería ponerse zapatos con las suelas más blandas.

Abajo, en el rellano que rodeaba el vestíbulo, sonó la campanilla de Edith Mason.

Como en su segunda visita, el atuendo de tweed de Edith era más práctico y no parecía tanto un traje de época, de modo que quizá el vestido de seda negro del primer día había sido escogido con el propósito de causar un determinado efecto. Éste era uno de los juegos de los que la había advertido Leonard. Sin embargo, de nuevo su peinado estaba confeccionado con una serie de postizos recogidos de tal modo que le daba un aspecto de hogaza y que parecía excesivamente pesada para la diminuta cabeza que lo sostenía. La cara que había debajo de esa enorme peluca estaba más demacrada que nunca, si es que eso era posible. La tensión afilada de su mirada había desaparecido, como si la anciana estuviera medicada. Los ojos borrosos y la boca abierta hacían que pareciera drogada. Y si aquella dentadura era postiza, necesitaba una reparación urgente.

Edith se recobró y compuso una mirada para cortar de cuajo su análisis.

—Confío en que haya encontrado satisfactoria su habitación.

—Sí, es muy bonita —respondió. «Una pieza de museo», pensó.

—Me alegro. Era muy popular entre nuestros invitados, cuando los jardines estaban en su apogeo. Pero de eso ya hace algún tiempo. Me pregunto quién sería su último ocupante. —Miró de soslayo a Catherine con los ojos legañosos, como si esperara que su invitada le diera la respuesta. Luego miró a Maude—. ¿Es la hora, querida?

El ama de llaves miró al frente, a través de Catherine, como si ésta no pintara nada o no estuviera siquiera presente, y empujó la silla para conducirla al pasillo adyacente de la segunda planta.

Catherine suponía que el teatro de marionetas estaría en la planta baja, con los objetos decorativos.

—Iba a mostrarme las marionetas de su tío...

Nadie le respondió.

Entre los dos pasillos de la segunda planta debía de haber una docena de habitaciones, todas ellas cerradas con llave y a oscuras. Las puertas solo estaban iluminadas por la claridad que entraba por la ventana en arco que había al final de cada zona de paso común y la luz rojiza que descendía desde el tragaluz. Catherine contuvo el impulso de pedir que encendieran la luz al mismo tiempo que se asombraba de que los ojos ancianos de las otras dos mujeres fueran capaces de ver en aquella penumbra.

Maude detuvo la silla de ruedas delante de la segunda puerta del tenebroso pasillo, la que estaba al lado de la habitación de Edith, y se alejó arrastrando los pies sin esperar a que se lo pidieran ni mirar ni una sola vez la puerta ante la que había dejado a la señora Mason. Pareció que partiera con ira.

—¿Todas las habitaciones están amuebladas? —preguntó Catherine, que no era capaz de evitar estimar el valor del contenido de la Casa Roja.

—Por supuesto. Todo sigue en su sitio.

—Creo que se sorprendería del valor de... sus posesiones. Me refiero a los muebles y los

objetos decorativos.

—¿No le basta con que nos separemos de la obras maestras de mi tío? ¿También quiere vender hasta el último mueble que nos rodea?

—No, yo solo quería... Trataba de decirle que...

—Bueno, pues no lo haga. Cuanto más tiempo paso en su compañía, más segura estoy de que nada de lo que diga será de alguna utilidad.

En un primer momento, Catherine se quedó helada al oír la grosería de la señora Mason, pero la ira la hizo entrar en calor y estrujó las manos. «¿Por qué tiene que ser así?» Nunca era el momento oportuno de hablar, de compartir una opinión. Además había comenzado a tener la horrible sensación de que su presencia en la casa estaba escrita de antemano, como si todo siguiera un guion y ella no supiera sus líneas de diálogo.

Se preguntó cuánto tiempo podría soportarlo. Sabía que no estaba preparada para la visita después de la ruptura con Mike y el regreso de los trances. El recuerdo fugaz de Mike y de los episodios hicieron que de pronto se sintiera floja y mareada. La distracción que había esperado encontrar en la Casa Roja era casi con absoluta certeza una quimera.

—Lo siento. Escuche, no creo que yo...

—¡Silencio! La puerta. La puerta, niña.

Catherine tendió la mano en la manilla de latón insertada en un escudete metálico con forma ovalada.

—¡No la toque! ¡Qué va a comprender usted sin mis explicaciones!

—No entiendo qué quiere.

—Ya no están acostumbrados al público. A los desconocidos. Hay que ser cauto. Respetuoso. Siempre. Mi tío me aleccionó en su naturaleza.

Catherine no sabía a qué o a quiénes se refería Edith Mason. Estaba atrapada dentro de un sueño absurdo. Nunca llegaba el sentimiento de familiaridad con el mundo de la Casa Roja, permanentemente irreal, incluso surreal.

La señora Mason bajó la voz hasta convertirla casi en un susurro reverencial.

—Son unas criaturas dulces y tímidas. Antes actuaban libremente. Pero de eso hace ya mucho tiempo. Son frágiles como las personas, inocentes como los niños. Y pueden ser igual de crueles. Son inocentes y pueden parecer impasibles mientras sueñan. Pero no son seres inertes. Esperan. Como esperaron a mi tío. Sin embargo, como todos los niños, crecen y siguen su propio camino.

Catherine cerró los ojos y deseó poder cerrar también los oídos para no oír los sinsentidos que salían de la espantosa boca de Edith. La visita no iba a servir de nada. Era imposible realizar un inventario como era debido. No se celebraría ninguna subasta. Porque Edith Mason estaba loca. Ante los efectos que la edad y el aislamiento habían tenido en aquellas viejas y patéticas criaturas, en esa casa nada era posible, salvo su perplejidad y su propio tormento.

Se acentuó la expresión conspiradora en la mirada de Edith Mason.

—En el pasado nos cautivaron, pero no son juguetes. Son demasiado poderosos para jugar con ellos. Como mi tío solía decir, conocerlos de verdad también implica conocer el sufrimiento. Y el miedo. Pues son unas personas trágicas. Conviene caminar con cuidado, con temor y con respeto entre ellas —pronunció estas últimas palabras como un reproche o incluso como una advertencia.

Catherine respondió con silencio. Tras esa presentación, ni siquiera estaba segura de querer verlas. Tampoco le agradaba la idea de considerar seres vivos lo que suponía que eran marionetas solo para mantener una farsa que parecía de obligado cumplimiento en compañía de

Edith, con los animales disecados alrededor y muy probablemente con las muñecas. Sin embargo sería necesario mantener ese fingimiento mientras durasen sus relaciones comerciales con la propiedad. Y cabía esperar que los interesados en la subasta también adoptaran esa actitud ridícula ante las ardillas disecadas y las muñecas alemanas antiguas. La situación era absurda.

Quizá todo aquello solo fuera una elaborada broma que estaba gastándole la anciana, una travesura de la que la silenciosa sirvienta había intentado advertirla.

Edith miró la puerta con un respeto que nacía del asombro y del miedo, y asintió solemnemente con la cabeza, como si el hecho de que Catherine hubiera comprendido lo que acababa de decirle la satisficiera.

—Ahora, si se ve capaz de tratarlas como a usted le gustaría que la trataran, entremos — declaró como si hubiera oído una respuesta procedente del otro lado de la puerta a un ruego que ninguna de las dos había expresado.

Catherine abrió la puerta de la estancia en penumbra. En el interior sonó el debilísimo crujido de un mueble. Luego se instaló el silencio.

—¡Dé la luz! Ahí. En la pared. ¡Ahí! —susurró Edith Mason con una urgencia que asustó a Catherine.

Encontró el interruptor y lo accionó. Una tenue luz amarilla se expandió desde una débil bombilla encerrada en una pesada lámpara de vidrio suspendida por una cadena del techo.

La habitación era grande y, a diferencia del resto de la Casa Roja, las paredes estaban pintadas de blanco y decoradas a mano por debajo de las molduras. Unos frescos de animales vestidos como personas rodeaban el vasto espacio rectangular. Pero antes de que Catherine pudiera evaluar adecuadamente la decoración, una hilera de pequeñas camas blancas con la estructura metálica robó toda su atención. Camas para niños en una habitación infantil. Se encontraba en un dormitorio para niños.

Deseó dejar caer la cabeza hacia atrás y reír a carcajadas, y también gritar, si bien no sabía por qué.

—Vamos, entremos —la apremió Edith.

Eso hicieron y, según se adentraban en la habitación, Catherine reparó en que dentro de cada una de aquellas diez camitas había una pequeña cabeza que reposaba sobre su almohada. Se alegró de que las cabeza estuvieran vueltas hacia el lado opuesto a la puerta.

—Alto. Aquí está bien —dijo la señora Mason levantando una mano enguantada cuando solo se habían adentrado la distancia recorrida por un giro completo de las ruedas de su silla.

No obstante, Catherine no necesitaba que la convencieran para detenerse. Nunca le habían gustado las marionetas. De niña siempre se ponía nerviosa cuando una marioneta se ponía en movimiento; le inquietaba el tambaleo descoordinado de un títere cuando se ponía en pie o su balanceo antes de brincar por el escenario. Siempre había tenido el temor de que las delgadas piernas de los muñecos salieran del escenario para aventurarse más allá de la ilusión de realidad que creaban en la televisión o el teatro, de que un piecico de madera cruzara el proscenio de un paso y se metiera entre el público, como si eso fuera posible.

Una vez, el muñeco de un ventrílocuo que vio en la televisión había hecho que se escondiera detrás del sofá de su tía. El balanceo de las patas peludas de un animal en un programa de televisión infantil que recordaba vagamente, a pesar de que las cuerdas de la criatura de largas orejas eran visibles, había permanecido en su memoria como un recuerdo tremendamente siniestro.

Incluso en su vida profesional, de vez en cuando el desasosiego se apoderaba de ella cuando

la dejaban a solas en una tienda con muñecas antiguas hiperrealistas. A menudo le chocaba que el objeto de su aversión se hubiera convertido en una parte de su profesión. No era la primera vez que se preguntaba si alguna clase de magnetismo interior terrible e intangible la empujaba hacia lo que había temido de niña.

La intranquilidad que sentía detenida junto a la puerta del dormitorio infantil creció hasta transformarse en la sospecha de que no estaba en la Casa Roja para realizar una tasación, de que su presencia era una invitación no deseada a involucrarse en los delirios de una anciana, en sus fantasías crueles y su demencia. A participar en ellos. Ella era una novedad y aún estaba por definirse su papel; una anciana que podía volverse contra ella, vetarla y privarla de la oportunidad de su vida estaba aprovechándose de ella. Porque nunca volvería a tener una oportunidad igual.

Edith Mason tocó el dorso de una mano de Catherine. Las yemas de sus dedos estaban duras, como si llevara dedales dentro de los guantes de satén blancos.

—No los toque. No lo desean.

Catherine acató la orden encantada y también aliviada por no ver más que sus cabezas bajo una débil luz. A juzgar por los bultos de sus cuerpecitos debajo de la arreglada ropa de cama, daba la impresión de que tenían el tamaño de un niño de diez años, pero parecían desproporcionadamente grandes en comparación con el tamaño de la cabeza que se entreveía. Sus dimensiones resultaban poco atractivas. Catherine había esperado encontrar unas figuras frágiles colgando de una multitud de hilos finos, con vestidos confeccionados cuidando hasta el último detalle por la habilidosa madre de Edith. Pero nada de eso.

El hecho de que la mayoría de las cabezas estuvieran tapadas en mayor o menor medida por una sábana y vueltas hacia las ventanas cerradas con contraventanas creaba la impresión de que las figuras imitaban a un grupo de niños traviesos que fingían dormir y sofocaban sus risitas metiéndose la colcha en la boca. El dormitorio también parecía una habitación llena de personas pequeñas muertas con los rostros tapados por las mortajas.

Por lo poco que podía ver sobresaliendo de la sábana de la cama que tenía más cerca, a Catherine le pareció que la marioneta no era tanto la representación de un personaje humano como la de un animal. Una cabeza marrón raída de liebre que tenía la boca negra abierta, llena de bigotes y de irregulares dientes de marfil.

En la cama que había al lado de la de la liebre yacía lo que debía de ser un zorro o un tejón, con una gorra puesta. Catherine se dio cuenta entonces de que los títeres habían sido probablemente una extensión de la taxidermia de Mason, contruidos o adaptados a partir de animales disecados.

Sin embargo, la idea de que Mason hubiera construido las camitas y hubiera dedicado toda una habitación a ellas era lo más perturbador de todo.

—Las marionetas han sido mensajeros durante mucho tiempo. ¿Lo sabía, querida? —Edith susurraba sus desvaríos desde la silla de ruedas. Catherine deseó que se callara—. Mi tío me contó que las primeras fueron creadas por los pueblos de la antigüedad como representaciones de los dioses. Y de espíritus. Tal vez incluso de ángeles. Que poseían conocimientos sagrados. El titiritero comunicaba sus deseos al mundo. Era un sacerdote, un chamán, un sabio. Su compañía teatral era «otra». Por eso surge una tensión especial siempre que en un teatro se encienden las luces y aparecen en el escenario. No lo reconocemos. Temblamos en secreto. No hay nada en las artes escénicas que pueda compararse con ese dramatismo. ¿No está de acuerdo, querida?

Edith volvió su rostro cadavérico con una intensidad y un entusiasmo en los ojos que

Catherine encontró repulsivos dada la proximidad de las camitas.

—¿Cómo lo justifica? Esa sería una pregunta que se haría si viera actuar la compañía teatral de mi tío. Pero ¿quién es el director? ¿El titiritero o los actores? Mi pobre tío y mi madre nunca fueron capaces de decidirlo.

«Apuesto a que no, pero usted tampoco es capaz de hacerlo.»

—Es posible que le parezca ridículo lo que digo —prosiguió Edith Mason—, pero sus dudas son las dudas de un mundo ciego e insensible, que ha perdido los sentidos del tacto y de la vista. Está ciego ante los encantamientos y los misterios. Mucho de eso murió antes de que mi tío naciera. Aun así, él no dudó en buscar todo eso en un mundo decidido a destruir su propia inocencia y su magia. Y él lo mantuvo vivo. Dio a conocer lo desconocido y mostró lo invisible. No hay habilidad más grande. Y usted tiene que recuperar la fidelidad y la franqueza de la infancia; de lo contrario, todo esto se perderá para usted, para siempre.

Los ojos de Catherine saltaron de lo que parecía la parte de atrás de una pesada cabeza tallada toscamente, gracias a Dios oculta por la almohada en la que se hundía, a lo que parecía una peluca de cabello negro y rebelde desplegado sobre una almohada blanca como si fuera un animal de pelo largo.

Después su mirada se posó en lo que parecía el hocico de un perro disecado en el fondo de la habitación, y se le encogió el estómago al ver un gorrito para el sol azul pálido, con manchas de agua, y unos espléndidos rizos castaños que se desparramaban sugiriendo la presencia de una niña de verdad durmiendo debajo de la colcha confeccionada con retales. Esa figura también le resultaba turbadoramente familiar.

Y lo poco que veía de la compañía teatral no tenía nada de inocente ni de mágico. Era el testamento de un hombre perturbado por la guerra, la pérdida y el aislamiento.

A los pies de cada cama había un par de botas diminutas o de zapa-tillas. Debajo de las cortinas de color escarlata cerradas había un gran baúl de piel con remaches en las juntas y en los lados. Catherine estaba segura de que era el mismo que había visto en la pensión de Green Willow. También estaba segura de que si la iluminación hubiera sido mejor y lo hubiera mirado de cerca, habría visto las iniciales M. H. M. grabadas en la cerradura de hierro.

—Le diré sus nombres.

«No, por favor.»

—Bueno, ésta de aquí es Little Mad Moll. A su lado está John Swabber. Ahí están Leatherhead, Rhymer Warble, Knavish Fiddle y Riffraff Tattle, que siempre eran los malos en las obras de mi tío. Al otro lado están Grizell-Killigrew, Trusty Baiter y Fair Rosamund. Y ese que está debajo de la ventana es Nobody. Antes eran doce, pero los pobres Jack Pudding y Popelote Tumbler se perdieron hace mucho tiempo y nunca se recuperaron —con una débil voz susurrante añadió—: fue una verdadera tragedia para un grupo de amigos tan unidos. Ni siquiera debería mencionar sus nombres en esta habitación. A los otros no les gustará. En fin, no debemos seguir perturbando su descanso.

Catherine tragó saliva.

—Por supuesto.

—La luz. Rápido.

Catherine había puesto la mano en el interruptor antes de que Edith hubiera terminado de hablar.

—Sáqueme de aquí. Ya los hemos molestado bastante.

Catherine lanzó una mirada atrás para asegurarse de que ninguna cabeza se volvía para ver

cómo se marchaba y empujó la silla de ruedas para salir del dormitorio cuanto antes. Sin embargo, una curiosa sensación se apoderó de ella mientras sacaba a la señora Mason de la habitación. Solo la había experimentado en momentos de pánico delante de adversarios profesionales, pero ahora tenía el convencimiento de que los ocupantes del dormitorio estaban leyéndole el pensamiento, de que sus sentimientos se amplificaban en el espacio comprendido por la habitación. Sin embargo, lo más pavoroso de todo era la idea de que iba a dormir en la misma planta en la que estaba el dormitorio infantil.

—La cerradura —dijo, intentando que su voz no transluciera su angustia—. Es decir, la puerta... ¿No habría que cerrarla con llave?

Edith Mason parecía complacida.

—No, querida. Esta puerta nunca se cierra con llave. ¿Qué clase de persona encerraría a un niño en una habitación?

Y volvió a encontrarse en una habitación que jamás creería que pudiera existir de no ser porque estaba sentada en su interior.

Se habían dispuesto diez sillas en dos ordenadas filas de cinco. Sillas para niños, sillas blancas con animales erguidos y vestidos con ropa humana (un motivo recurrente), pintados a mano.

Catherine se había sentado en una de las dos sillas con el respaldo alto para adultos, colocadas a cada lado de un proyector que había pertenecido a un museo del cine. En ellas debían sentarse la madre y el tío de Edith Mason, probablemente rodeados por su elenco de marionetas, para ver las grabaciones de unas representaciones que Edith había llamado «obras de crueldad». Maude había estado esperando para iniciar el espectáculo después de que Catherine terminara en el dormitorio infantil.

Una sábana blanca hacía las veces de pantalla en sustitución del telón de fondo del impecable teatro de marionetas de Mason, una gran estructura tan ancha como la habitación, creada con partes desmontables para facilitar el transporte entre la casa y el jardín trasero. El almacén visible, el puente y el proscenio estaban hechos de madera y cuidadosamente pintados de regio dorado y rojo. Unas cortinas tupidas moradas a los lados permitían los cambios de escenario.

El teatro en sí era una obra de arte que merecía exhibirse y era mucho más grande que los teatros de marionetas alemanes e italianos que Catherine había visto diariamente cuando trabajaba en el Museo de la Infancia de Bethnal Green.

Edith no iba a vivir siempre y ese pensamiento hizo que Catherine se preguntara si se habría previsto quién se haría cargo de esa faceta de la obra de M. H. Mason. No se había mencionado nada sobre herederos y la compañía teatral no estaba a la venta. Por lo tanto, ¿qué sería de esa evolución final de la extraña visión de su tío?

Antes de dejarla sola en el «teatro», la señora Mason le había contado la visita de la BBC a la Casa Roja después de la guerra. Su tío la había recibido con gran entusiasmo, pero le había dejado un poso de decepción. Según Edith, en sus visitas a un cine de Hereford durante la Segunda Guerra Mundial, M. H. Mason había visto en el cine un nuevo medio para que su oscura obra llegara a un público más amplio. Las horribles súplicas de paz mundial de las ratas no habían dado el resultado deseado, por consiguiente, Mason acometió empresas más grandes. O eso había pensado él en su momento. Un mensaje del que su nieta y conservadora no parecía estar enterada del todo. Sin embargo, el equipo técnico de la BBC invitado a grabar sus obras teatrales de marionetas no regresó después de la primera visita ni emitió nunca el material que se llevó grabado de la Casa Roja.

Edith no se lo había planteado en esos términos, pero la interpretación de Catherine de los hechos sugería que la BBC había tenido suficiente con una única visita a la Casa Roja. Y ahora ella, mientras estaba sentada delante de la pantalla, con una desagradable sensación de tensión creciendo en su interior y la amenaza de una incomodidad inminente, comprendía la decisión de aquel equipo de grabación.

Mientras Maude empujaba la silla de ruedas para llevarse a Edith de la sala, ésta, con la voluntad cínica de prepararla para lo que llamó «una obra maestra», había añadido:

—Es la única copia que tenemos. Se consideró demasiado terrible para los niños. —El comentario despertó su ira—. ¡Mi tío nunca dijo que fuera para niños! Supusieron, como es propio de los estúpidos, que su teatro era un mero entretenimiento para niños. ¡Eran tan imbéciles como el mismo público para el que creían que iba dirigido!

El arrebato dejó a Catherine con la duda de si en el archivo de la BBC todavía conservarían la grabación original. En cualquier caso, en la Casa Roja se había guardado una copia y el entusiasmo que había generado la llegada de los rollos de película en el año «cincuenta y algo» fue tan grande que Mason adquirió un proyector cuando sus recursos fueron más abundantes. Un proyector que todavía funcionaba.

Catherine iba a disfrutar de un pase privado de una película que Edith y la proyeccionista no deseaban ver. Se habían dado mucha prisa en salir de la habitación. Tal vez ya las aburría. La película parecía ser uno de los escasos entretenimientos que había en la Casa Roja, de manera que el ama de llaves debía de haberla visto hasta la extenuación. Pero mientras Catherine se preguntaba si en algún momento de su vida Edith Mason habría disfrutado de la televisión, la radio o la música, la actividad que comenzó a mostrar la pantalla atrapó toda su atención.

Si el plano inicial era una declaración de intenciones, a Catherine no le habría importado perderse todo lo que seguía a esa primera imagen que llenaba todo lo alto y todo lo ancho la pantalla. Una cara sonriente de yeso pintado en blanco y negro. Los cortes, los parpadeos y el deterioro de la película, además de la ausencia de sonido, sugerían que se había rodado mucho antes de los años cincuenta. Los ojos del rostro que mostraba la pantalla debieron de crearse con la intención de que transmitieran alegría o un regocijo malicioso, pero su expresión se había difuminado. Las facciones redondeadas de bebé, con las mejillas rosadas, estaban cubiertas por una maraña de grietas negras. La nariz había desaparecido y en su lugar había un horrible agujero. La tenue e inmóvil sonrisa sugería el regocijo que le producía la conmoción del espectador.

El cabello parecía una peluca tosca, un añadido moderno con aire de payaso, con la raya en medio y las dos mitades fijadas con laca o gomina. La cabeza era muy vieja, probablemente se hubiera hecho antes de que Mason naciera, pero Catherine había tenido sueños con algo similar. En sus recuerdos, la cabeza despertaba bruscamente una sensación de algo indefinible relacionado con sus trances y los niños del colegio especial. ¿Era una de las marionetas escondidas debajo de las sábanas en el dormitorio infantil que había visitado esa misma mañana? Catherine se estremeció al recordar el cabello ensortijado y revuelto sobre la almohada. Las comparaciones le hicieron temblar de miedo y luego la sumieron en la incredulidad, pero entonces se dio cuenta de lo absurdo que era pensar que pudiera haber una conexión entre la película y sus alucinaciones y trances. Una conexión que inmediatamente descartó. Todos los muñecos de los ventrílocuos y los títeres que representaban personajes masculinos tenían la misma clase de cabeza, y el peinado tampoco era poco común. Además, en el dormitorio infantil había visto un gorro, pero todas las muñecas de los años ochenta del siglo diecinueve llevaban gorro. No obstante, todavía le desconcertaba qué era lo que había metido en su imaginación todas esas figuras e imágenes.

La cámara retrocedió y el plano mostró el resto de la figura. Catherine se revolvió en la silla. La lechuguilla del cuello y la chaqueta de terciopelo raída remitían al periodo Tudor, pero las piernas tenían el sello inconfundible de M. H. Mason. Las patas traseras de un perro grande

sostenían el torso de la figura, que comenzó a dar palmas silenciosas con sus astilladas manos de madera mientras se retiraba del escenario por un lateral.

Sus pasos inseguros y tambaleantes, sacudiendo las caderas de una manera que producía rechazo, recordaban un perro de circo entrenado para caminar sobre las patas traseras. A Catherine le parecía ver los hilos, pero los brillantes destellos perfectamente podrían ser también marcas de deterioro de la película.

Se abrió un telón hacia los lados del escenario y Catherine se dio cuenta de que era el mismo ante el que ella estaba sentada. Sin embargo, el telón de fondo del escenario de la película representaba una mazmorra con gran detalle, repleta de piedras húmedas y con una solitaria ventana con barrotes. Varios elementos de madera suspendidos del techo completaban la escenografía.

Una figura maltrecha y demacrada que colgaba de unas cadenas intentaba levantar la cabeza de madera para mirar a la cámara. Tenía la cara manchada de fluidos oscuros y las facciones parcialmente tapadas, pero lo poco que Catherine veía de ella era un rostro con una barba arreglada, como de un hombre del periodo isabelino. Tenía un semblante triste pero noble, aunque no regio, y en Catherine evocó las figuras de Jesucristo y el rey Carlos I. El cabello abundante y rizado caía en torno a esa cara refinada y sombría sobre la sucia camisa de lino. Unos leotardos harapientos completaban el vestuario. Los pies eran exageradamente grandes y estaban muy desgastados.

La cabeza se inclinó hacia un lado y se movió como si hablara. Si se hubiera conservado la banda de sonido de la película, Catherine probablemente oiría la retahíla de desdichas del personaje, pero se sintió aliviada de que fuera muda.

Las cortinas se cerraron. Volvieron a abrirse.

En la segunda escena, el prisionero aparecía con un aspecto aún más desmejorado y lastimoso en el banquillo de los acusados de madera de una sala de juicios o alguna clase de edificio público muy viejo. En esta escena había un segundo personaje, una monstruosa liebre que gesticulaba vehementemente con las delgadas patas delanteras. Unos ojos grandes y completamente blancos dominaban su cabeza, y alrededor de la negra boca abierta, que exhibían pequeños dientes, vibraban los residuos de unos bigotes. Catherine pensó que ésta era también una de las cabezas que debía de haber visto sobre una de las camas del dormitorio infantil.

Su cuerpo fofo sobresalía de una cajita de madera que hacía las veces de púlpito. En el pecho, con el pelo ralo y con calvas, se veían dos hileras de mamas. La liebre vestía un paño negro o un tocado de seda, y debía estar presidiendo el juicio contra el hombre que siguió siendo la única figura claramente humana en las siguientes escenas.

Cuando las cortinas se abrieron de nuevo tras la escena del juicio, la acción de la obra se había trasladado a una tenebrosa calle llena de basura, con el suelo cubierto de barro pisoteado y desgarradas casas de madera artísticamente sugeridas en el telón de fondo. El prisionero se hallaba ahora tendido en la rueda de un carro y su cabeza de madera, con aspecto exhausto pero orgulloso, colgaba por el borde.

La escenografía había cambiado y el nuevo telón de fondo, aunque bien pintado, era el único elemento tranquilizadoramente artificial en el movimiento brusco pero inquietantemente natural de las mario-netas en el escenario. Sus desplazamientos por el espacio transmitían una sensación de autenticidad tan intensa que en Catherine se fue convenciendo cada vez más de que la película no era la grabación de una obra de teatro de títeres, sino una película de animación creada fotograma a fotograma. Después de todo, no se podía confiar en la memoria de Edith Mason.

Una muchedumbre de figuras harapientas variopintas entraba en el escenario desde los costados y rodeaba con aire amenazador la rueda del carro. Catherine entrevió prendas de arpillera, rostros de cerámica, dientes de madera y orejas de animales. Varios miembros de la multitud tenían patas caninas; otros se movían con extremidades de madera y calzaban zapatos de piel puntiagudos.

Manitas blancas y alguna que otra pata peluda se alzaban para agitar porras en el aire. La liebre, que parecía encantada con presidir otra escena, inflamaba el frenesí animal de la multitud, que saltaba y brincaba a un lado del escenario.

Con sus estropeadas espaldas vueltas hacia los espectadores, la turba enardecida se abalanzó sobre el hombre tendido en la rueda del carro y sus brazos se alzaban y bajaban mientras apaleaban al prisionero.

Catherine se tapó los ojos y solo miró de vez en cuando a través de los dedos hasta que la brutal paliza terminó. La exhausta turba de rufianes retrocedió tambaleándose al cabo de un minuto de violencia desatada.

La delgadas piernas de madera de la víctima estaban machacadas y sobresalían astillas oscuras y húmedas de sus andrajosas prendas.

Catherine supuso que, en ese momento de la obra sobre la crueldad de Mason, el director de la BBC por fin debía de haberse dado cuenta, tal vez de mala gana, que no solo no era adecuada para los niños, sino para nadie.

A pesar del deterioro de la película, que en ese momento centelleó y se oscureció como si fuera a arder en el proyector, Catherine se obligó a mirar cómo la muchedumbre levantaba en el aire la figura destrozada. Una multitud malvada bregaba bajo el peso del voluminoso poste al que estaba fijada la rueda.

Cayó el telón, pero no duró así mucho tiempo.

La informe figura empapada y sin vida reapareció, todavía atada a la rueda del carro fijada al poste erguido en el centro del escenario, que se recortaba sobre un telón de fondo que era completamente negro o se había diseñado hábilmente para que reflejara un vacío frío. Y Catherine se preguntó otra vez si aquella melancólica cara de madera estaba recitando un monólogo a la cámara que había quedado registrado en la banda de sonido perdida, porque, aunque su cuerpo estaba destrozado, los ojos de cristal en su rostro alargado permanecían abiertos.

Catherine estaba deseando que la película acabara de una vez, pero lo peor estaba por llegar.

En la siguiente escena, de nuevo con la calle de la ciudad de fondo, la antropomórfica turba de andrajosos regresó para echar un vistazo a su víctima, a la que al parecer habían dejado a solas toda la noche bajo un cielo monótono para que reflexionara en su lamentable estado. Pero esta vez la multitud se acercó a la rueda con una mezcla de asombro y reverencia, tocaba con temor y estudiaba al maltrecho hombre.

La primera figura que se separó de la desaliñada muchedumbre se cubría la cabeza con una capucha y tendió unos brazos largos y peludos para agarrar y arrancar la cabeza del prisionero ejecutado. El ladrón entonces se arrastró hasta la parte anterior del escenario y acarició los largos cabellos de la cabeza robada con sus negras manos. Pero más llamativo que la delicadeza con la que deslizaba los curtidos dedos entre los rizos femeninos era el rostro simiesco que miraba con expresión lasciva y mostrando los dientes a los espectadores debajo de la capucha. En un momento dado dio la impresión de que Mason había capturado a un primate.

Detrás del simio mendigo que agarraba la cabeza, los demás personajes comenzaron a tirar de

los restos del hombre ejecutado hasta que lo despedazaron con sus propias manos, la mayoría de madera. En un momento dado se pusieron frenéticos.

Cada vez que un trozo grande de madera caía al suelo, uno de los encorvados personajes lo recogía y se escabullía con él pegado al pecho, extasiado por su botín. De ese modo, las marionetas fueron abandonando de una en una el escenario, hasta que no quedó nada en la rueda de carro ni en el espantoso suelo de debajo.

El maestro de ceremonias que había precedido la representación regresó para la escena final y entró dando unos pasos rápidos con sus patas traseras hasta el centro del escenario. Una vez colocado en su sitio, dirigió la atención de los espectadores hacia los ornatos y las urnas exhibidos sobre unos pedestales dóricos dispuestos en el fondo del escenario. Los receptáculos estaban pintados y diseñados para semejar ornamentados joyeros y elaboradas vitrinas. Uno de los objetos parecía un libro abierto que tenía la mano diminuta de un esqueleto en vez de páginas. Otra caja dorada, con la tapa de cristal, contenía un pie. Un pequeño baúl con el interior forrado de seda guardaba una mandíbula. Catherine llegó a la conclusión de que eran relicarios con partes del prisionero.

Su curiosidad acerca de la identidad de ese hombre condenado, ejecutado, desmembrado y ahora martirizado se veía ensombrecida por una profunda preocupación por la mente enferma que había concebido el retrato de su horroroso final en una calle llena de inmun-dicia. A pesar de que Mason había cambiado las ratas por marionetas, los temas de sus obras parecían mantenerse inmutables.

La película concluyó y Catherine se levantó para encender la luz. A su espalda, la bovina seguía girando en el proyector y la pantalla irradiaba una cegadora luz blanca.

Catherine estuvo sola un rato. Mientras esperaba, estudió las pequeñas sillas blancas y se preguntó si Mason y su hermana organizarían sesiones para exhibir sus espantosas creaciones o si alguna vez se habrían sentado en ellas niños para ver las crueles películas. Ninguna de las opciones le hacía sentirse mejor y estuvo a punto de sucumbir al impulso de huir de aquella casa.

Comprendía los retablos de las ratas; las creaciones sobre la guerra expresaban el trauma de un hombre sensible al perder a sus hermanos menores y su experiencia en la guerra. Sin embargo, esa otra inmersión en lo grotesco y lo primitivo sugería una visión inhumana y cruel de la justicia propia de la edad media, con la estética de los periodos Tudor y Estuardo.

La trama de la obra era simple y sensacionalista; una historia macabra para un público cándido, con un elenco de personajes burdos y feos, criaturas semihumanas encarnadas por animales sucios, donde se identificaba la masa como una bestia. En los años cincuenta Mason debía de haber perdido por completo la cabeza. Sin embargo, la película era conmovedora, y eso era algo que Catherine no podía negar, ni siquiera viéndola en una copia deteriorada proyectada sobre una sábana blanca.

Carecía de las rápidas sacudidas de las primeras películas y no había ni rastro del mundo miniaturizado. Las figuras que aparecían en escena no se deslizaban como títeres movidos desde abajo con varillas de madera ni se balanceaban como era habitual en las marionetas manejadas con hilos. Además, Catherine no podía afirmar con absoluta certeza que hubiera visto los hilos plateados sobre el telón de fondo, ni siquiera cuando éste era completamente negro.

El escenario era lo suficientemente grande para acoger niños actores, pero los personajes no podían haber estado interpretados por niños disfrazados porque algunos tenían patas de animales en lugar de piernas, y todo se había movido de una manera verosímil: las patas de los animales lo habían hecho con naturalidad, las extremidades articuladas de madera, como cabía esperar de ellas. Por lo tanto, el rodaje de la película debía de haber sido un proceso arduo, fotograma a fotograma, o el tío de Edith Mason había empleado varios titiriteros expertos.

Y el elenco tenía que haber estado formado por las marionetas que había visto en el dormitorio infantil. Las cabezas se parecían demasado como para pensar en otra posibilidad. Era innegable que Mason había llevado su extraño y turbador arte a otro nivel de maestría. Y ella había sido la primera persona en volver a verlo en décadas.

La pantalla para la proyección consistía en una tela basta. En los costados del escenario había múltiples capas de fondos de tela preparados para que el tramoyista los desplegara cuando se representara una obra teatral. El fondo del teatro estaba pegado a la pared, pero al mirarlo de frente Catherine no veía un puente portátil ni una plataforma detrás de los arcos del proscenio donde Mason o su hermana se habrían puesto de rodillas sigilosamente para que el público no los viera. Si ellos eran los titiriteros, habrían necesitado agacharse detrás del escenario, o estar erguidos al otro lado del telón de fondo.

Al observarlo de cerca, Catherine se dio cuenta de que la carpin-tería del teatro era una obra

maestra. Una serie de pernos de madera extraíbles permitían desmontarlo para transportarlo por partes y volver a montarlo. Las cortinas estaban confeccionadas a mano por una costurera de una destreza pasmosa; seguramente la madre de Edith, Violet.

Aquella habitación de la planta baja debió de convertirse en el lugar de reposo definitivo del teatro cuando cesaron las representaciones públicas o perdió su utilidad, y tal vez cuando Mason ya estuvo demasiado mayor para continuar con los espectáculos. Pero ¿a qué público iban dirigidos? O ya puestos, ¿qué propósito tenía todo aquello?

Catherine se alejó del escenario al oír la silla de ruedas al otro lado de la puerta de la habitación. No le parecía buena idea que la pillaran realizando una inspección que no le habían solicitado. O al menos eso presentía ella.

Cuando la puerta de la habitación se abrió, Catherine había vuelto a sentarse al lado del proyector antiguo.

—¡No lo ha apagado!

—¿Perdón?

—¡Se sobrecalienta!

—No sé cómo se apaga. No quise tocarlo.

Maude se puso a manipular el proyector detrás de ella. La bovina se detuvo con un ruido seco y la película dejó de dar latigazos. Para escapar de la mirada furibunda que Edith le clavaba con los ojos enrojecidos, Catherine se dirigió hacia la ventana, descorrió las cortinas y abrió las contraventanas como si necesitara desesperadamente respirar aire limpio.

—¿Y bien?

—Era...

—¿Qué? Hable, jovencita.

—Muy inteligente. Para su época. El movimiento de las piezas... ¿Cómo se rodó?
¿Fotograma a fotograma?

—¿De qué habla?

—De la animación. Debieron de ser muchas horas de trabajo.

—Tonterías. Eran artistas. Ensayaban. La interpretación era su vida. En tiempos de mi tío los espectáculos se grababan en una toma. Una vez que estaba satisfecho con lo que veía en los ensayos, no era necesario que interviniera en la representación.

Los pensamientos de Catherine seguían a tropicón la conversación. Tenía la sensación de que estaban dándole una información engañosa delante de una multitud de desconocidos que la miraban fijamente.

—¿Su tío no trabajaba solo?

—Solo confiaba en mi madre, que era la encargada del vestuario y la escenografía.

El tono tremendamente serio que Edith adoptó al hablar de la obra de su tío volvió a despertar en Catherine el deseo de reír como una loca. ¿De veras creía ella que lo que acababa de ver era real? Edith no iba a serle de mucha ayuda para comprender las marionetas de su tío.

—Es admirable la fuerza que transmitían unos actores tan pequeños, ¿no le parece?

—Bastante.

—No hay mayor demostración del arte de mi tío que el hecho de que aún sea capaz de cautivar al público, incluso con una copia deteriorada de la obra original, con unos colores mucho más vivos.

Quizá había llegado el momento de jugar con el entusiasmo y los delirios de la anciana. En la Casa Roja no había sitio para la lógica. Tal vez la única manera que había de sobrevivir a su

visita fuera confabulándose con la fantasía.

—Es la única película que conservamos. Fue la primera de las obras de crueldad que mi tío descubrió. Es muy antigua. A menudo pienso que ha sobrevivido para rendirle este tributo. El resto de las películas están dañadas y ya no se pueden proyectar. *El rostro en la ventana* y *El testigo muerto* fueron las últimas que quedaron.

—¿Descubrió?

—¡Sí! ¿Es que no sabe nada sobre la extraordinaria historia de nuestro teatro? Barnaby Pettigrew y Wesley Spettyl estuvieron de gira con esta obra durante años. En la feria de Stourbridge, en el teatro de Worcester, en Coventry... Incluso en el Covent Garden y en la feria de Bartholomew. Siempre causaba sensación. Suya era la misión de que Henry Strader no cayera en el olvido.

—¿Quién?

—Verá, mi tío incluso creía que la cabeza del maestro de ceremonias había sido tallada por Billy Purvis, el gran tallador de cabezas y constructor de marionetas. ¡Y el maestro de ceremonias estaba preparado cuando mi querido tío le recordó su vocación!

—Perdón, pero ¿quién era Henry Strader?

Edith dio un grito ahogado, como si estuviera escandalizada.

—El mejor de todos. El primer Mártir conocido. ¿Es que no aprendió nada en el colegio? ¿Ni siquiera ahora ha prestado atención? Acaba de ver el relato de su horrible final. El título de la obra es *El desdichado Henry Strader despedazado en la rueda*. Lo asesinaron por su arte en Smithfield. El antiguo Smooth Field, querida. En Londres, en... en mil seiscientos y algo. Se me olvida todo. Lo ejecutaron por sedición, por brujería. Luego una turba lo descuartizó en la calle. Fue la primera lección de historia que me enseñó mi madre en esta misma habitación.

—Me temo que nunca había oído hablar de él.

—Pero qué pésima educación ha recibido usted. ¿Está diciéndome que no sabe nada sobre la gran marcha de Strader a Londres?

—Lo siento, yo...

—Los débiles acudieron en tropel a Strader, querida. Y siguieron a su compañía teatral desde la feria de Stourbridge hasta Londres. Incluso hubo quien lo llamó la segunda Cruzada de los Niños, pero en todo caso se percibió como una rebelión. La multitud que seguía a Strader creció tanto y era tan difícil de controlar que las autoridades lo asesinaron por su visión. Sus asesinos obligaron a su compañía a mirar cómo lo mataban. ¿Se lo imagina? Fue el primer Mártir de las Varillas y los Hilos que se conoce. ¡Nada menos que un héroe local! Nacido cerca de aquí. Se decía que algunos de sus restos eran sagrados y fueron traídos de vuelta a esta parte del mundo tras su ejecución. Me enseñaron esa historia negra aquí mismo.

Una vez más, Catherine estaba desconcertada y perpleja por aquello a lo que se refería Edith, o por la escala de tiempo implícita en lo que, según parecía sugerir la señora Mason, era un legado teatral continuado por su tío... y del que ella nunca había oído hablar.

Edith estaba malgastando el tiempo y Catherine percibió otro conato de arrebató. Las marionetas eran invendibles, una mera curiosidad desagradable a la que podría recurrir durante años cuando quisiera contar una anécdota en una cena, si era capaz de recordarlas, pero nada más. Estaba casi segura de que la lección de historia de Edith era pura fantasía. La obra teatral y el dormitorio infantil no tenían nada que ver con su tasación y el primer día de su estancia en la casa estaba llegando a su fin.

—Mi tío salvó toda una tradición inglesa, querida. Ilegalizada por ignorantes que la

consideraban confabulada con el mal. ¡Ja! ¿Sabía que Tiberio los reprimió y que Claudio también los desterró? Aquella compañía conoció tiempos peligrosos. Desde el principio, su historia ha estado dominada por la persecución. Es decir —añadió bajando la voz como con miedo—, ya ha visto lo que le pasó al pobre Henry Strader en Smooth Field por resucitar la tradición, por atreverse a contradecir a la Iglesia y al gobierno. Fue el primer mártir cuyo nombre mi tío fue capaz de encontrar en sus investigaciones, querida. Pero hubo otros. Después de él, sin duda. Y puede estar segura de que también los hubo antes, aunque mi tío no fue capaz de encontrar referencias de ellos.

Edith se recostó en la silla de ruedas, sonrió y mostró los dientes amarillos, como si estuviera encantada con la oportunidad que se le había presentado de subsanar la deplorable ignorancia de su invitada.

—Verá, cuando era niña disfrutábamos del teatro en el jardín. Mi tío representaba las obras de Henry Strader que se recordaban. Porque el Mártir no dejó nada escrito. Era demasiado peligroso. Y buena parte de su arte se perdió. Aun así, en su época era más popular que Shakespeare. Vi *El destino del mago* y *El bello sacrificio* antes de cumplir los diez años. Dígame, ¿cuántas niñas conoce que puedan decir eso?

Sin el estorbo de tener una voz hablándole detrás ni el tintineo de la campanilla de Edith Mason, Catherine cruzó la puerta del jardín. Intentaba caminar despreocupadamente, pero su voluntad de no hacer ruido convertía sus movimientos en furtivos. Le incomodaba haber salido de la casa sin preguntar, pero se sintió horrorizada al dar por sentado que debía pedir permiso para salir a llamar por teléfono.

Tras la proyección de la película, Edith Mason había regresado a su dormitorio para dormir una siesta antes de la cena y Maude se había retirado a su feudo en la planta baja para preparar la comida nocturna.

Ambas estancias se encontraban en la parte de atrás de la propiedad, y Catherine comprendió que no tendría una oportunidad mejor para salir de la casa sin ser vista. Su petición de comenzar a trabajar en el inventario había sido recibida con un silencio embarazoso antes de que Maude la escoltara hasta su habitación sin decir una palabra. ¿Querían que se quedara allí esperando la hora de la cena?

Necesitaba encontrar cobertura para el teléfono. Estaba ansiosa por compartir sus experiencias con Leonard y escuchar su opinión y sus consejos sobre cómo actuar. Sin embargo, en ese momento su mayor preocupación era que en cuanto se sentara detrás del volante del coche y se marchara de la Casa Roja, aunque solo fuera media hora, se le haría difícil regresar. Decir que sería insoportable podría parecer una exageración, pero no lo era tanto.

Mientras se alejaba caminando de la casa, luchó con todas sus fuerzas contra el impulso de mirar atrás. Si había alguien observándola desde una ventana, su gesto se habría interpretado como un reconocimiento de que estaba haciendo algo indebido por no informar de sus movimientos a sus anfitrionas.

Sintió frío en la nuca, como si una nube hubiera tapado el sol, o como si la sombra de la casa se hubiera alargado para seguirla mientras se escabullía por el camino de entrada. Comenzó a percibir, como si fuera una presión tangible, que la casa la examinaba como si en todas y cada una de las ventanas que tenía a su espalda hubiera un rostro con gesto de desaprobación. Se acobardó instintivamente y no pudo evitar lanzar una mirada furtiva a la casa, solo para asegurarse de que nadie estaba observándola. Sin embargo, esa ojeada pidió una segunda mirada, para la cual Catherine se vio obligada a detenerse y mirar de frente la casa.

En el primer vistazo Catherine había tenido la impresión engañosa de que se había producido un cambio repentino en el carácter de la Casa Roja. Por un momento, al mirar atrás sin detenerse, la maleza que invadía el jardín había crecido hasta más arriba de los oscuros muros de la fachada y los ladrillos habían tenido un aspecto descuidado, ennegrecidos por el paso del tiempo y el abandono.

Esta ilusión la había causado la manera en la que los árboles cercanos proyectaban su sombra sobre la primera planta, a lo que se había sumado que su vista se había enturbiado fugazmente

bajo la copa de un pequeño abeto que tapaba el muro del jardín. Pero ahora la casa había recuperado su horrorosa magnificencia.

Catherine llegó a su coche y entró en él rápidamente. Encendió el motor, metió la primera marcha y se alejó todo lo despacio y lo sigilosamente que podía, con la esperanza de que los ocupantes de la Casa Roja no oyeran el ruido del motor.

Se encaminó por el túnel de espinos, pero las sombras que ondulaban sobre el capó y por el parabrisas del coche produciendo un efecto estroboscópico le impedían ver con claridad el camino. Al salir del túnel, la luz natural la cegó y tuvo que parar. Se puso con manos torpes las gafas de sol y bajó la visera.

En el espejo retrovisor, las garras negras de los pináculos del tejado se recortaban como los dedos de un esqueleto sobre el cielo.

Cuando volvió a ponerse en marcha, la idea de escapar de los impredecibles cambios de humor de Edith Mason, al menos por un rato, permitió que la tensión del día que sentía en su cuello y en sus hombros se disipara. Nunca llegaría a fraguarse una relación de amistad, ni siquiera de cordialidad, entre ellas, y el hecho de mantener viva esa esperanza era agotador y solo iba a procurarle continuas decepciones. Únicamente tenía que aguantar la cena y luego podría irse a dormir. Si al día siguiente era capaz de fotografiar todos los objetos en venta, tal vez podría terminar la tasación en su casa.

Sin embargo, concluir la tasación suscitaba una pregunta: ¿y luego qué? Durante los siguientes meses necesitaría la aprobación del catálogo, habría que firmar los contratos y realizar los preparativos para la subasta. Tendría que visitar la Casa Roja infinidad de veces y se expondría sin límites a aquella locura.

También era una fuente de angustia constante el pensamiento de que Edith Mason nunca permitiría que se marchara, de que la firma del contrato estaría supeditada a su permanencia en la Casa Roja durante semanas, incluso meses. Ya le habían asignado el papel de ser la visitante de habitaciones curiosas; le enseñaban su interior y sus ocupantes para luego sacarla de ellas bruscamente. Esa mañana se habían grabado en piedra los límites que le imponían para moverse y trabajar libremente. La idea de aguantar una sola jornada más de supervisión obsesiva y tormentos amenazaba con destruir el escaso ánimo que había logrado reunir para presentarse en la casa ese día.

Sin embargo, la perspectiva de alargar la experiencia en la Casa Roja también era enfermizamente intrigante. Era incapaz de reprimir por completo su fascinación. Una parte de ella, a sabiendas de que era una temeridad y le generaba un sentimiento de culpabilidad, estaba ávida por indagar en los enigmas de la casa, por sumergirse en todo lo que permanecía oculto sobre esa extraña familia. Deseaba abrir de par en par las puertas y contemplarlo todo a la vez, y al mismo tiempo le consumía la desesperación por huir de allí a todas horas.

Sujetó el volante con una mano y luego con la otra y se mordisqueó las uñas hasta que se hizo heridas en todos los dedos. Los trocitos de uña dentro de su boca sabían a caramelos.

Su móvil mostró dos barritas azules de señal de cobertura cuando se había alejado tres kilómetros de Magbar Wood. No había un margen donde aparcar el coche en la estrecha carretera, así que se detuvo en mitad del camino para llamar a Leonard.

—¿Diga? Leonard Osberne al habla. ¿Diga? ¿Hola?

Catherine sintió tanto alivio al oír la voz de Leonard que tuvo que aclararse la garganta de la emoción para poder hablar.

—Soy yo, Leonard.

—¡Gatita! Qué alegría oír tu voz. ¿Estás bien? ¿Qué tal el primer día?

—Una locura.

—¿Cómo es la encantadora Edith Mason?

—Pues una maleducada, como toda la gente obsesionada con los buenos modales. Pero no se trata solo de la señora Mason, es...

—Continúa.

—Bueno, necesito una segunda opinión, jefe. Porque... bueno, lo de hoy ha sido... Están como una cabra, jefe.

—Como un cencerro. Eso ya lo sabemos. Imagino que eso no ha facilitado las cosas al principio. Y encima has tenido que ir después de sufrir una experiencia horrible. Si te soy sincero, me alegro mucho de que hayas llamado porque estaba muy preocupado.

—Te habría llamado antes, pero en la casa no hay cobertura.

—Bueno, ahora soy todo oídos, gatita. ¿Qué preocupaciones te atormentan? ¿O es el corazón lo que te duele?

Catherine ni siquiera sabía por dónde empezar a contarle el día que había tenido. O más concretamente, cómo se había sentido.

—Todo esto me genera muchas dudas, Leonard.

—¿Cómo?

—Edith y Maude. Sinceramente, no las entiendo. Es como si solo estuvieran interesadas en fomentar todo ese misterio y reverencia alrededor de Mason.

—¿Habéis hablado algo sobre el contrato?

—Nada. Diría que ha evitado a propósito cualquier mención sobre ese tema. Yo tampoco lo he sacado a colación, pero eso me ha convencido de hay otros motivos ocultos detrás de esto. Sospecho que Edith Mason podría estar jugando con nosotros.

—Edith bailará como una araña y cambiará continuamente de opinión. Eso ya lo sé. Y a veces en nuestro negocio toca sufrir. Pero, a menos que te eche de la casa, al final se dejará convencer, de eso estoy seguro.

—Aun en el caso de que lleguemos a ese punto, va a ser necesaria mucha energía para aguantarla, Len. Deberías venir, en serio. Me vendría bien un poco de apoyo.

—Por supuesto. Ya pensaba hacerlo.

—Me alegra oírte decir eso. Hay un salvaescaleras en la casa, así que podrías moverte con facilidad.

—Mañana tengo la agenda completa. Quizá pasado mañana. Pero ¿qué te ha alterado tanto? ¿Podrías ser más concreta?

—Hay algo que... me da mala espina. Edith Mason no habla claramente de lo que quiere subastar. Por eso estoy tan convencida de que nunca habrá esa subasta. Ni siquiera he comenzado el inventario aún. No he visto ni uno solo de los objetos que quiere vender. En cambio, he visto la película más horripilante que puedas imaginarte y he recibido una clase de historia sobre una tradición de teatro de títeres de la que nunca había oído hablar. ¿Henry Strader? ¿Te suena de algo? Y las viejas marionetas de Mason... Habla de ellas como si fueran niños, o sea, seres vivos. Duermen en una habitación que está al lado de la suya. Parece empeñada en intimidarme. Se comporta como una acosadora de colegio. Y ese hombre, ese tal Strader, con el que estaba obsesionado su tío... Tienen una película en la que representan cómo desmembraron su cuerpo encima de una rueda. *Una obra de crueldad*, así la llamó. Edith Mason afirma que la obra se compuso hace varios siglos. Es peor que una película de terror. Se supone

que yo he venido por los retablos y las muñecas. Pero es como si no existieran. Son irrelevantes. Así que dudo que consigamos siquiera un contrato, y, aunque lo firmemos, podría anularlo en cualquier momento por un capricho. Pero ¿dónde cree que acabará todo? Es decir, ¿hay un testamento? ¿Queda vivo algún pariente?

Leonard se quedó callado unos momentos. Catherine solo oía por el teléfono las chupadas que daba a la pipa. Se imaginaba su ceño fruncido mientras reflexionaba sobre todo lo que le había contado.

—A lo mejor no puede reprimirse. Después de tanto tiempo viviendo sola se ha convertido en parte de su esencia. No puede resistirse a ti. ¿Y quién puede? Está sondeándote. Te pone a prueba con un montón de tonterías. Aunque lo cierto es que sí he oído hablar de Strader. Creo que lo ejecutaron por brujería. O por traición. O por las dos cosas. Lo mataron mientras estaba de gira en Londres. Pero las autoridades dejaron que una turba de gente hiciera el trabajo sucio. Según se dice, sus obras eran tremendamente sediciosas. Al parecer, una multitud de campesinos seguía a Strader a todas partes, si la memoria no me falla. La mayoría eran huérfanos, leprosos y tullidos. Lo consideraban un sanador, un santo, el segundo advenimiento o algo así, un salvador.

—Esa parecía ser la idea esencial de la obra.

—Además era un paisano, igual que tú, así que quizá por eso Mason quedó prendado de él después de haber matado y disfrazado a todo bicho viviente con cuatro patas que se le pusiera a tiro. Investigaré a Strader por ti, pero no me sorprendería que Edith Mason te haya cogido cariño, querida. Por eso quiere compartir contigo todo lo que hay en la casa. Aún no te habrá enseñado la mano, pero ya lo hará. Es difícil reconocer la dependencia de una compañía nueva cuando te enorgulleces de tu aislamiento. Es decir, gatita, es probable que seas la primera invitada que se haya hospedado en esa casa en décadas. Eres como la única amiguita que se queda a dormir en su casa y quiere mostrarte todos sus juguetes. Y también quiere un público pasivo para su embrollo de historias. Pero jugará fuerte para mantener su posición ventajosa. Lo he visto otras veces, querida. Quizá no de una manera tan pintoresca, pero son gajes del oficio.

—Es posible. —Catherine se sentía como si fuera un personaje involuntario en una representación teatral surgida de décadas de rutina, tradiciones y la jerarquía rígida de una criada y su señora, todo ello ya desaparecido del mundo que había fuera de los muros rojos de la casa en la que Edith Mason vivía aislada. Pero cuanto más pensaba en la anciana, ahora que estaba fuera del alcance de sus garras, más le perturbaba todo lo que tenía que ver con ella—. Ninguna mujer se viste así ya, Leonard. El pelo, la cara blanqueada. Es imposible. ¿Podría ser un disfraz? ¿Está interpretando un papel? ¿Y qué me dices del mutismo de Maude? ¿También interpreta un papel? Todavía no le he oído decir ni una palabra, nada. No me ha dado ninguna explicación sobre la nota. Las dos mujeres actúan aparentemente con naturalidad, pero es como si se hubieran vuelto completamente chifladas. Todo esto es como una broma disparatada.

El instinto le decía que estaban preparándola para la gran revelación final. Ahora que estaba fuera de la casa, le resultaba muy difícil descartar esa idea. O quizá, como decía Leonard, las mujeres solo se sentían impotentes y estaban dosificando sus rarezas porque no tenían nada mejor que ofrecer. Catherine quería creer que era eso.

—En situaciones así, gatita, siempre intento expandir mi imaginación para ponerme en la piel del otro. Usa la imaginación, te ayudará a sacarte el aguijón de la picadura de Edith Mason. Es una mujer muy vieja, solitaria, que vive rodeada de las reliquias de un mundo y de unos seres queridos que desaparecieron hace mucho tiempo. Es evidente que siempre ha reverenciado el legado de su tío. Ha consagrado su vida a protegerlo y conservarlo, siguiendo sus extrañas

instrucciones, podría añadir. Por lo que me has contado, eso es obvio. Y creo que podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el viejo Mason ya estaba bastante perturbado cuando se quitó la vida. Edith debía de estar en la casa cuando el gran patriarca encontró su final. Solo Dios sabe la conmoción y los traumas que le ocasionaría su suicidio. Pero ella aguantó. No me extrañaría que estuviera un poco loca. Incluso que se haya quedado anclada en el tiempo, en aquella época.

—Entonces necesita ayuda médica. Tiene que verla un trabajador social, no una tasadora.

—Tú y yo sabemos que esa clase de personas nunca admitirán que están mal.

—En ese caso yo no debería estar aquí.

—Míralo desde otro punto de vista. Por lo que me has dicho, ha soportado muchos años de reclusión. Puede decirse que Mason confinó a su sobrina en esa casa. Y todavía lo hace, aunque esté muerto. Piensa en todo de lo que han privado a Edith los tesoros de Mason. Las libertades, oportunidades que nosotros ni nos cuestionamos porque las consideramos nuestro derecho. Edith no las ha conocido. Pero estoy seguro de que se ha pasado la mayor parte de la vida pensando en el mundo exterior, despreciándolo al mismo tiempo que deseándolo. Y no sería descabellado pensar que, llegados a este punto, Edith repudie y codicie a partes iguales la obra de su tío. Pues ¿en qué ha gastado su vida? Lo he visto otras veces, gatita. Algunas personas experimentan una terrible revelación cuando su final se acerca. Nosotros tenemos que cogerla de la mano y acompañarla mientras pasa por ese trance. Creo que es lo que está pidiéndonos. Quiere compartir todas esas obras de su tío contigo antes de despedirse de ellas, para siempre.

Catherine no era psicoanalista, a pesar de que había conocido a unos cuantos, pero ahora que Leonard exponía la situación de esa manera, se preguntaba si la Casa Roja no estaría consumiéndose por un resentimiento que se había convertido en algo mucho peor. La futilidad era una fuerza poderosa, como ella sabía muy bien.

—Tal vez. Tus palabras son de mucha ayuda, jefe. Pero aún tengo que volver y dormir allí. Es como acostarse a sabiendas de que vas a tener una horrible pesadilla.

—Si no te ves capaz de hacerlo, despídete de Edith y vete. Eso no cambiará la idea que tengo de ti. Podemos intentar convencerla para que me deje entrar a mí en la casa, aunque te haya cogido cariño a ti. Lo primero debe ser tu bienestar. Soy un hombre de negocios, pero me temo que quizá no estés preparada para este trabajo. Y me siento fatal por intentar convencerte para que lo hagas. Me dejé llevar por el entusiasmo cuando me hablaste de las piezas de Mason. Sería un glorioso broche final a mi carrera. He sido egoísta.

—No te sientas mal. No puedo... Lo último que querría es que mi vida privada disfuncional interfiriera en mi trabajo. Eso ya lo sabes, jefe.

—Ya, pero todos tenemos nuestros límites.

—Yo aún no he alcanzado los míos. La semana pasada tuve un bajón, y grande. Pero también sé que esta oportunidad es demasiado buena como para dejarla escapar. Déjame probar otro día. A ver si consigo fotografiar todos los objetos y marcharme por la noche.

—¿Estás segura?

—Creo que sí, jefe.

—Pero la próxima vez iremos juntos.

—De acuerdo. Será mejor que vuelva ya. Es capaz de montarme una escena si llego tarde a cenar.

Las expectativas de Catherine de una cena formal en la Casa Roja se confirmaron.

Se sentía tan delicada y frágil como la copa de la que bebía mientras estaba sentada en su silla, tensa e incómoda, decidida a que aquélla fuera su última comida en el opresivo comedor. El incómodo silencio en el que transcurría el banquete hacía que fuera insoportable mirar a la mujer que estaba sentada al otro lado de la mesa. Ninguna de sus anfitrionas parecía tener las fuerzas necesarias para aguantar la cena y Catherine deseó que no se hubieran molestado en representar la escena.

No se habían encendido las lámparas de las paredes; cuatro velas en sus candeleros en torno a los que se enroscaban unas serpientes de plata alumbraban la mesa, pero solo iluminaban parcialmente el comedor. Catherine quería que la encantaran, pero el silencio lúgubre y los semblantes desdichados de sus compañeras la cohibían tanto que comenzó a acuciarla la preocupación irracional de que, si hablaba, de su boca saldría alguna estupidez.

En lo poco que veía del comedor, percibía un aire masculino, un toque del antiguo propietario de la casa. El papel de las paredes era rojo rubí y verde río, con un estampado que era una versión en miniatura del diseño geométrico que había contemplado en el resto de la mansión. Unas molduras a media altura recorrían todas las paredes. De unas barras horizontales de bronce bruñido colgaban viejos cuadros pintados al óleo, bodegones oscurecidos por el paso del tiempo que mostraban hogazas de pan, uvas, peces y aves de caza con el cuello flácido que yacían sobre fuentes metálicas al lado de cuchillos con la hoja delgada. Un friso que ocupaba el tercio superior de las paredes representaba unas vides repletas de frutos.

Catherine por lo menos había sido previsora y se había cambiado para ponerse el único vestido que llevaba en la maleta. Una decisión de la que se congratuló cuando vio que Edith Mason también se había vestido para la ocasión. El vestido de color marfil y bordados de seda de su anfitriona cubría todo su cuerpo salvo las manos enguantadas y el rostro pálido.

—Señora Mason, es extraordinario que aún exista un vestido tan magnífico y en tan buen estado —comentó Catherine. Era la primera vez que una de ellas hablaba desde que le habían hecho entrar en el comedor y su voz sonó falsa e irritante en la magnífica sala.

—Era de mi madre. —Edith esbozó la sombra de una sonrisa y la mantuvo con un gran esfuerzo en su boca sin labios hasta que rápidamente recuperó su gesto de preocupación por un asunto que no había compartido con Catherine. Tenía los ojos vidriosos y los brazos rígidos. Si se inclinaba un poco más sobre la mesa metería la cara en la sopa.

Por lo menos la comida proporcionaba una distracción momentánea de Edith Mason. La cena consistía en una deliciosa sopa casera de verdura, dos pequeños faisanes con patatas nuevas, suflé de queso y pudín de ciruelas con nata, todo ello regado con un vino blanco dulce y un borgoña.

La cena debía de haberse preparado en honor de Catherine, pues Edith Mason se dedicó a soplar una cucharada de sopa y a empujar su faisán por el plato con un pesado tenedor de plata.

Aunque en un momento dado Catherine creyó ver que Edith presionaba con la lengua un trocito de pan. Sin embargo, no probó bocado. Las enclenques manos de Edith Mason apenas podían sostener los pesados cubiertos y daba la impresión de que había olvidado cómo se cogían. Quizá cuando estaban solas Maude le daba de comer con una cuchara.

Después de fingir que comía y de limpiarse ostensiblemente la boca con una servilleta, Edith finalmente cerró los ojos y Catherine tuvo sensación de que simplemente se apagaba. Se puso a dormir con la cabeza inclinada mientras Catherine, cada vez más nerviosa, se metía porciones diminutas de comida en la boca intentando no hacer ruido con los cubiertos en el plato. Incluso se tragaba bocados sin masticarlos.

Las roscas de pelo postizo en la cabeza de Edith le quitaron el apetito a Catherine antes de llegar al postre. Le parecía poder oler los montoncitos de cabello gris, el repugnante perfume floral y el alcanfor para preservar la ropa vieja de las polillas. Se preguntó si habría alguna ventana abierta, porque también percibía un olor a humedad en el comedor, como de vegetación o de tierra mojada. Miró furtivamente a su alrededor buscando la procedencia del olor, pero todas las ventanas estaban cerradas.

Sin embargo descubrió en la repisa de la gran chimenea de mármol negro el origen del fuerte tictac metálico. Y solo necesitó un vistazo para datar el reloj de principios del siglo dieciocho. Era una pieza ubicada entre cuatro estatuillas de mármol de estilo grecorromano: un busto masculino con un semblante malvado, arrogante, quizá de un emperador romano, la escultura de un hombre musculado estrangulado por una serpiente y dos figuras femeninas, tendidas bocarriba en unos sofás de piedra, cada una de ellas de cara a uno de los extremos de la habitación.

Seguramente Mason y su hermana Violet habían comido en esa sala todos los días, año tras año, mientras estuvieron en la Casa Roja. Pero ¿ellos habían estado tan callados? ¿Habían llegado tal vez a un punto en el que no tenían nada que decirse el uno al otro?

Maude observaba la farsa en silencio junto al carrito camarera. Cuando estuvo segura de que Catherine había terminado de cenar, quitó la mesa sin decir una palabra. La permanente expresión de ira contenida en el rostro arrugado de Maude bastaba para dejar claro que cualquier intento de conversación privada sobre la nota que había entregado a Catherine en su primera visita a la casa no sería bien recibido.

¿De verdad el comportamiento de Edith Mason era un intrincado plan para llamar la atención, como había sugerido Leonard? Esa noche la anciana parecía tolerar a duras penas su presencia. O quizá la compulsión por ser crítica y controladora le exigían unas fuerzas que ya no tenía esas horas de la noche.

Regresar a la casa había sido un terrible error. Debería haber seguido conduciendo. Necesitaba sentirse acogida, calor, apoyo, y de repente se apoderó de ella el temor de que quizá había dejado pasar la última oportunidad y que ya era demasiado tarde para irse de allí. Necesitaba decir algo. Tal vez hablando obligaría a salir de su interior una determinación que ansiaba con desesperación, porque existía el riesgo de que mañana y pasado mañana terminaran haciéndose añicos como hoy.

—¿Señora Mason?

Pasaron algunos segundos hasta que Edith levantó la cabeza.

—Mi tío nunca permitió que se hablara en la mesa. —Pronunció la palabra «hablara» casi escupiéndola y mostró fugazmente las encías negras y los dientes finos que poblaban su boca.

—Lo siento.

—Pero ya que ha empezado, acabe. ¿Qué quiere?

Catherine se aclaró la garganta.

—Las muñecas que vi en Green Willow...

—¿Sí?

—Creo que... nunca había visto una colección privada tan magnífica. Jamás.

Los pequeños ojos enrojecidos de Edith recuperaron una pizca de afabilidad.

—Gracias. Fueron unos regalos de mi madre y de mi tío. Me mimaban mucho.

—Se nota que creció rodeada de amor y de cuidados.

—Las muñecas no eran juguetes —añadió Edith con tanta tristeza que Catherine inmediatamente la perdonó por ser tan desagradable con ella. En un abrir y cerrar de ojos se dio cuenta de lo sola y asustada que estaba Edith Mason. Se había quedado sola. ¿Cómo podían calcularse los daños que había sufrido de niña por un tío y una madre trastornados, como sospechaba Leonard? A Catherine le sorprendió la intensidad de sus propios reproches y de la vergüenza por haber pensado tan mal de su anfitriona.

—Tiene usted un gran corazón, señorita Howard.

—Catherine, por favor.

—Me dirigiré a usted como crea conveniente. Pero tiene razón cuando supone que estoy esperando aquí sola.

—Yo... —¿Lo había dicho en voz alta, o la expresión de su cara transmitía mucho más de lo que le gustaría a una mujer que no estaba acostumbrada a conversar?

—Pero no seguirá siendo así mucho más tiempo —añadió Edith con la mirada fija en la mesa.

Catherine perdió el arrojo para continuar la conversación.

—Hay que ser comprensivo con aquellos que tienen una larga vida y cuyo papel no es nada extraordinario. Ya casi ha llegado mi hora. Mi utilidad era la que era, me temo, y nada más. Por lo tanto, lléveselas. Qué más da si yo ya no estaré para cuidarlas y protegerlas. Ahora deben vigilar a otros niños mientras duermen. Solo la inocencia puede despertarlas a la vida. Por favor, asegúrese de que cuidan bien de ellas.

Ruborizada ante una nueva prueba del declive de la anciana, Catherine decidió que le iría mejor si renunciaba a intentar comprender todo lo que Edith le decía. Era un caso perdido.

—En cuanto a las muñecas, creo que un coleccionista privado o incluso algún museo estarían...

Edith agitó la servilleta con irritación.

—No tengo ningún interés en esos sitios.

—Pero si pudiera empezar mi inventario con ellas. Son mi especialidad.

—Porque para usted también están vivas. Lo supe al instante. Su presencia aquí no es ideal, pero por lo menos la vulgaridad y la tosquedad que encontramos en otros están casi completamente ausentes en usted.

Debía de ser un halago, pero el *casi completamente* estropeó el momento.

—Lléveselo todo. No sé por qué sigo aferrándome a estos objetos. El deseo de la casa parece ser que se lo quede todo.

Todo. Esa palabra retumbó dentro de Catherine.

—Pero antes de empezar, debe ver el lugar donde trabajaba mi tío. He decidido que le permitiré visitarlo mañana. —La sonrisa desapareció de un rostro que pareció un cadáver cuando las llamas de las velas se quedaron quietas por un momento—. Sé que lo desea. Ya soy muy vieja y llevo aquí demasiado tiempo como para que pueda ocultarme nada.

Catherine intentó cambiar de tema.

—Si le parece bien, señora Mason, si pudiera decirme qué quiere incluir en el inventario, yo restringiría mi trabajo a las zonas pertinentes de la casa. No quiero causarles más molestias de las que ya les he causado.

—No sea impaciente. Nada me desquicia más que la impetuosidad. No nos precipitemos, señorita Howard. Todo lo que hay aquí, todos los que están aquí forman parte de la Casa Roja. Es una casa curiosa que ha conocido muchas épocas y vidas. Pero nada de lo que hay en su interior es indivisible. Todo debe comprenderse en su contexto adecuado y correcto; para empezar, los lugares donde mi tío trabajaba y traía esas extrañas formas de vida a la casa. Nada tiene valor a menos que se juzgue adecuadamente. Gradualmente y en la secuencia correcta. ¿No está de acuerdo?

—Sí —respondió automáticamente Catherine, pero no tenía ni la más remota idea de qué era lo que Edith Mason le había preguntado. Miró de reojo a Maude, pero rápidamente retiró la mirada del rostro del ama de llaves al ver que miraba fijamente y con una malicia apenas disimulada a la anciana. Catherine sospechaba que entre las dos mujeres existían unas rencillas por algo de lo que ella no estaba enterada. No había cariño en su relación. Se trataban mutuamente con la indiferencia que se le dedicaría a un desconocido. El vínculo que las unía y lo que motivaba a Maude a seguir cuidando diligentemente de una anciana inválida eran un misterio.

No obstante, si a la mañana siguiente no le permitían comenzar el inventario y la manipulaban para enfrascarla en otra digresión relacionada con las grotescas aficiones de M. H. Mason, insistiría en ello. Estaba preparada para irse de allí con las manos vacías, salvo por un puñado de anécdotas que nadie creería jamás. Leonard luego podría intentar meter baza. Ella prepararía antes de que terminara el día alguna excusa para no volver a comer en la casa. A pesar del declive de Edith Mason, Catherine sabía que era perjudicial para su propia salud mental quedarse en ese ambiente.

—Hay tiempo, querida. Y hay mucho que comprender. —La voz de Edith se había suavizado y sonaba casi aduladora. También esbozaba una sonrisa que parecía triunfal, como si hubiera ganado una guerra de voluntades que Catherine solo entendería después—. Ahora que está con nosotras, sería imperdonable distraerla de la oportunidad excepcional que tiene ante usted. Aquí dentro hay mucho más de lo que encontrará jamás fuera. Tengo la sensación de que es una mujer acostumbrada a las decepciones. —Edith movió lentamente la cabeza en dirección a la ventana que había detrás de su silla—. Ahí fuera.

¿Estaba Edith, por imposible que pareciera, refiriéndose a su ruptura con Mike? ¿Le había contado algo Leonard antes de su llegada? No, Leonard solo había escrito una carta a la señora Mason, y fue antes de que rompiera con Mike. Aparte de a Leonard, Catherine solo había contado lo de Mike a sus padres. La noticia les había dejado preocupados, pero también agotados. ¿O Edith estaba aludiendo a su huida de Londres, al «incidente», tal vez a su infancia, a toda su vida? Esa idea la dejó tan pasmada y perpleja que se quedó sin palabras.

No, estaba siendo una paranoica. Era imposible que Edith supiera lo de Mike ni cualquier cosa de su vida fuera de la casa.

—¿En serio? ¿Por qué lo dice?

—Somos reservadas, pero no ciegas, querida. Sus ojos reflejan un corazón roto.

¿Somos? Leonard debía de haber...

—Yo nunca he pasado por nada de eso. Mi madre sí, una vez. Supongo. Aunque nunca habló

de ello conmigo. Nunca conocí a mi padre. Pero tenía a mi tío. Él me introdujo en otras cosas. En aspiraciones más gratificantes. —Edith mostró sus dientes amarillos al sonreír—. Es posible amar otras cosas. Tal vez sea otra clase de amor, pero es amor al fin y al cabo. Un amor más duradero. Imperecedero, tal vez.

—Hoy... —dijo Catherine para desviar la conversación de las violentas mofas de Edith, o de la indagación o lo que quiera que estuviera haciendo—. Esta tarde...

Maude retiró los platos como si la reunión se hubiera suspendido y nada de lo que Catherine dijera pudiera tener trascendencia.

—Gracias, Maude. Una comida maravillosa.

Maude no miró a Edith para agradecerle el cumplido. Edith volvió a cerrar los ojos.

—Antes he visto a alguien en el jardín.

Maude dejó caer un cucharón de acero sobre el carrito. El ruido resonó en la penumbra.

Edith levantó la cabeza.

—Debió de ver mal.

La atención que le brindaban las dos mujeres era un lujo emocionante.

—No. Había un hombre vestido de blanco. Estoy segura de que estaba en el jardín.

Lo que pasó a continuación entre las dos mujeres fue muy rápido, pero no lo suficiente para que Catherine lo pasara por alto. A pesar de la distancia y la frialdad con la que se trataban, Edith y Maude intercambiaron una mirada que no era tanto de sorpresa como de confirmación de un temor.

—Creo que era un apicultor. Intentaba llamar mi atención.

Maude dio media vuelta y se ocupó de los platos, de espaldas a Edith. Esta vez fue Edith Mason quien clavó una mirada llena de desprecio en la nuca del ama de llaves.

—Un amigo de Maude que se ocupa de las abejas. Pero que tiene prohibido entrar en el jardín.

El ama de llaves se retiró por el comedor, acompañada por el traqueteo del carrito.

—No me encuentro nada bien —dijo Edith con una mueca de asco—. Su sopa nunca me sienta bien. Le pone algo que... ¿Sería tan amable de llevarme a mi habitación? Deseo retirarme. Maude me quitará la ropa.

—Por supuesto. —Catherine se puso en pie. Se sentía aliviada, aunque un poco culpable, por haber convertido a Maude en el blanco de las hostilidades que había estado recibiendo ella—. Si es posible, me gustaría empezar temprano por la mañana, con las muñecas, si le parece bien.

Edith no le prestó atención y dejó caer la cabeza para descansar.

Solo después de acomodar a Edith Mason entre los almohadones, todavía completamente vestida, Catherine relajó los hombros y estiró la espalda. Trasladar el cuerpo inconsciente de la anciana hasta la segunda planta y a través de la casa había requerido toda su energía y concentración.

Una vez consiguió averiguar cómo funcionaba el salvaescaleras, se encontró con una casa tan poco iluminada que se sintió rodeada de verdaderos abismos de oscuridad por los que podría empujar la silla de ruedas de Edith si no estaba atenta. Y solo cuando Catherine se dio la vuelta para marcharse y miró con anhelo las muñecas colocadas a los pies de la cama, Edith habló.

La anciana rodeó la muñeca de Catherine con sus duros dedos, terriblemente fríos a través de los guantes de seda. El repentino contacto hizo que Catherine se sobresaltara y se diera la vuelta

a tiempo para atisbar la mano que retrocedía como un cangrejo hacia el regazo de Edith.

—La invitaría a ir a la biblioteca, o la sala de juegos, pero esta noche no sería la mejor de las compañías. Lo mejor será que se vaya a su habitación.

—Sí, claro. Tengo un buen...

—Y que no salga de ella. —Edith cerró sus ojos de anciana, como si hubiera vuelto a apagarse y se sumió en un profundo sueño silencioso.

La noche envolvió la Casa Roja.

La mansión cerrada a cal y canto no emitía luz alguna ni había farolas ni polución lumínica de edificios cercanos. La ausencia al otro lado de la ventana abierta de su habitación era vasta, absoluta. Al apagar la lámpara del techo, incluso los muros y los árboles del jardín y las lejanas praderas habían desaparecido. Y daba la impresión de que en el cielo había demasiadas estrellas, como escombros iridiscentes esparcidos. Catherine había pensado que su sensación de extrañeza y de vulnerabilidad no podría empeorar, pero lo hizo, y ahora se extendía hasta adquirir una especie de dimensión cósmica que había olvidado que era posible.

Al mirar el cielo, una fuerza mayor que la de la gravedad le imponía la percepción claustrofóbica de que no era más que un puntito en otro puntito dentro de un espacio infinito y frío que escapaba a su comprensión. El terror y el asombro se fundieron repentinamente dentro de su cabeza, hasta el punto de que no fue capaz de separar el uno del otro.

¿Dónde terminaba el miedo y comenzaba el asombro?

Catherine sospechaba que si no se hubiera encontrado dentro de la casa, habría salido disparada hacia el cielo, o que se habría extinguido por la fugaz revelación de que se encontraba atrapada en un planeta que no le importaba a nada de lo que había allí arriba. La extinción parecía una opción mejor que el conocimiento.

Se sentía una niña otra vez. Una regresión inexplicable. ¿Habría más gente que se sentía como ella? ¿Esas personas se las arreglarían, saldrían adelante, sabrían qué hacer y qué decir o estarían esperando, solas y angustiadas, en un rincón olvidado?

El primer día en la Casa Roja no había sucedido nada que la distrajera de la agitación y la infelicidad en las que le había sumido la ruptura con Mike, que seguía hostigándola con recuerdos y punzadas de dolor. Para mantener la cabeza ocupada necesitaba mucho más que un día improductivo que la había dejado aturdida, preocupada e intranquila. También crecía su desesperada necesidad de un respiro de las grotescas y demenciales creaciones de M. H. Mason. La cara del maestro de ceremonias y las diez camas blancas ocupadas en el dormitorio infantil eclipsaban todos los demás recuerdos de los tesoros inmaculados que albergaba la Casa Roja.

Catherine se apartó de la ventana y se acercó a la lámpara que había junto a la cama.

Medianoche. Aún no eran las nueve cuando la habían enviado a la habitación. Las tres horas que llevaba sin cobertura en el móvil, sin wifi y sin poder concentrarse en un libro se le habían hecho como el triple de ese tiempo atrapada en la oscuridad. Era como una obra exhibida en un museo que ya no recibía visitas porque no existía nada fuera del museo.

La presencia de su anfitriona persistía a su alrededor como una especie de desaprobación inminente. Los años de reclusión, los objetos disparatados, el silencio expectante y la trágica historia se insinuaban en su interior. Catherine sentía su presencia como si en su cabeza se hubiera introducido una débil luz parduzca.

Los aromas propios de los funerales —el agua de rosas, la lavanda, la madera pulida y los

productos químicos— podrían ser lo último que oliera. Todas esas fragancias la colmaban de incertidumbres, miedos y reticencias que no había vuelto a experimentar desde el paisaje emocional de su infancia. Y no recibía de buen grado el regreso a esa época.

La peligrosa hostilidad que su mente estaba empleando contra sí misma casi se podía tocar. El instinto intentó convencerla de nuevo de que no estaba en la Casa Roja por trabajo. Sus anfitrionas ya habían olvidado el motivo de su visita. Se hallaba allí porque una desafortunada serie de circunstancias habían obligado a Edith Mason a acogerla, como a una niña evacuada o no deseada durante las vacaciones del colegio. Y ahora nadie tenía ni idea de cómo entretenerla o aguantar sus salidas de tono. Transmitía tensión, como la electricidad estática. Existía la posibilidad de que se volviera loca.

Volverse loca.

Catherine se echó las manos a la cara y lamentó no tener a mano nada de beber. ¿Por qué no se le había ocurrido traer una botella de vodka? «Porque no está permitido.»

Cerró los ojos para realizar los ejercicios de respiración de siempre. Puso la mente en blanco y se concentró en un punto en el rojizo fondo oscuro que había detrás de sus párpados.

El día había sido un siniestro total. Pero al día siguiente no habría más películas espantosas ni camas llenas de animales convertidos en marionetas. Tenía que averiguar qué era exactamente lo que iba a subastarse. Debía mostrarse firme.

El rápido ordenamiento de sus pensamientos saltó por los aires en cuanto vio la cámara encima del escritorio. Como un exfumador cerca de un paquete de cigarrillos olvidado por algún despistado, Catherine de repente sintió pavor al encontrarse a solas con ella. En la tarjeta de memoria había fotografías de Mike, tomadas durante el viaje a Hay-on-Wye y en Worcester Beacon, en Malvern, en las últimas semanas. Se le hizo un nudo en la garganta y sintió que la mandíbula le pesaba demasiado. Recordó con viveza la expresión de felicidad de Mike cuando abrió la puerta de su casa y la encontraba a ella al otro lado, y reprimió las lágrimas.

«¿Cómo? ¿Cómo?»

¿Cómo había pasado todo tan rápido?

Y ahora estaba allí.

«Pero ¿qué tiene sentido cuando has perdido el control?»

Catherine se recostó contra las almohadas de la cama y deslizó el dedo pulgar por el álbum de la tarjeta de memoria que todavía tenía que transferir al ordenador. Quizá lo que quería era sentir dolor.

Cuando la cámara le pesó demasiado para sostenerla y necesitó las dos manos para taparse los ojos, la dejó caer sobre la colcha.

Revisó las sábanas. Estaban limpias. Se quitó la ropa y se puso un camisón de algodón. Sus pies pálidos y las uñas pintadas parecían fuera de lugar sobre la alfombra oscura. Se sentía como si fuera una pulsera de plástico entre valiosas joyas incrustadas de piedras preciosas. Era una baratija, insignificante e inaceptable. Dentro de aquella casa, casi cualquier cosa del mundo moderno aceptaría esos calificativos. ¿Y cómo iba a ser capaz siquiera de tumbarse sobre una cama en la Casa Roja? Echaba tanto de menos su piso y sus cosas que le dolía.

Al apagar la lámpara de la mesita de noche no veía nada a su alrededor, ni siquiera la cama. Apretó los ojos cerrados y deseó con todas sus fuerzas dormirse para no pensar y que el sueño la llevara directamente hasta el día siguiente. Pero en la pantalla de su mente se proyectó una película montada con las imágenes y los sucesos del día que no le permitió conciliar el sueño; volvió a ver el rostro raído y con la expresión lasciva de la liebre y el vil revoltijo de cabezas

deshilachadas y extremidades ágiles encima del cuerpo atado a la rueda de Henry Strader. Catherine abrió completamente los ojos y contuvo la respiración hasta que esas imágenes se borraron de su mente.

La ausencia de luz no ofrecía consuelo. Encendió la lámpara de la mesita y decidió intentar dormir con luz.

Fuera de su habitación, en las entrañas de la mansión, se abrió una puerta. Volvió a cerrarse. Debía de ser Maude. El pensamiento de que había otra persona en la casa le proporcionó una fugaz y pueril sensación de tranquilidad.

Catherine se puso de espaldas a la lámpara y se obligó a repasar mentalmente todos los objetivos que esperaba conseguir al día siguiente. Tuvo la impresión de que pasó así horas, hasta que por fin se quedó dormida con la cabeza llena de ratas que morían en los campos de Flandes.

Solo se despertó cuando la casa cobró vida.

Trató de recordar dónde estaba. Por un momento tuvo el convencimiento de que se hallaba sepultada porque solo percibía el olor a tierra fría y madera húmeda. Y continuó hablando con balbuceos a la liebre de ojos blancos de su sueño mientras el animal saltaba adelante y atrás dentro de un espacio oscuro, como un túnel, del que Catherine intentaba escapar. La liebre salvaje agitaba su enorme cabeza con un júbilo feroz y absurdo.

Ardillas con abrigos de caza rojos habían prometido mostrarle la salida del túnel de tierra, pero la habían conducido hasta unos gatitos con los ojos como platillos que tomaban el té y hablaban con unas vocecitas apenas audibles, que le habían recomendado que se quedara en el túnel teniendo en cuenta lo que había en el cielo. Catherine no recordaba nada más.

Ahora estaba despierta y tendida en la cama, con el cuerpo rígido, demasiado asustada para moverse. Tenía el cabello empapado sobre la almohada. Unos fuertes golpes resonaban a lo lejos y se le llenó la cabeza de ideas disparatadas sobre qué era lo que los producía. Pensó, de manera un tanto estúpida, que era Maude cambiando de sitio muebles en mitad de la noche. Quizá ya había amanecido y las cortinas eran tan gruesas que bloqueaban completamente la luz. Miró la hora en el móvil. Aún eran las tres de la madrugada.

No podía ser más que el ruido típico de una casa vieja y las dilataciones y contracciones de la madera. Sonidos a los que no estaba acostumbrada en un lugar nuevo para ella, siempre hay una explicación racional sobre qué los provoca. Pero en ese momento comenzó a oír unos golpes rítmicos, como de una mano pequeña y dura aporreando una puerta, no la de su habitación, sino otra lejana. Y también oía indicios de movimiento en el pasillo, en un punto intermedio entre su habitación y los golpes. Desde un lugar más lejano del pasillo, cerca de la escalera, llegó una especie de silbido seguido de un golpetazo, una secuencia que se repitió varias veces, como si hubiera una multitud de niños alborotados en el pasillo de un colegio. Sí, y ahora se oían los pasos de unos piecitos subiendo y bajando por las lejanas escaleras. «¿Maude?»

Los ruidos se dispersaban y se unían, y luego volvían a dispersarse según sus diversos orígenes a distintas distancias.

«No hay niños en la casa.»

Del pasillo llegó un repentino ruido de pies arrastrados que pasaban por delante de su puerta y se detenían.

—Maude —dijo Catherine en voz tan baja que apenas ella misma se oyó. Se aclaró la garganta haciendo más ruido del necesario a modo de advertencia y se revolvió en la cama para que crujiera.

Oyó el ruido débil de algo que rozaba el suelo de madera.

Tenía la impresión de que había una persona, o un animal, al otro lado de la puerta de su habitación, atenta al ruido de sus movimientos.

Catherine se incorporó en la cama sin saber qué hacer. Levantó el pesado edredón que le tapaba el regazo y miró fijamente la puerta. Había una llave en la cerradura. No le había parecido

correcto cerrar con llave su dormitorio en una casa ajena, pero ahora se arrepentía de haber sido tan considerada.

Sacó las piernas de debajo de la ropa de cama y apoyó los pies en el suelo con todo el sigilo del que fue capaz. Caminó de puntillas hasta la puerta y pegó la oreja al entrepaño de madera para escuchar.

Se oían los golpes y el jolgorio lejanos... y ahora también voces, ¿cuchicheos?, que percibía como si descendieran por la escalera. Alguien volvió a pasar corriendo por delante de su puerta, pero en el sentido contrario. Sonaba como si se moviera casi pegado al suelo, como un perro. En su imaginación se formó la cara blanqueada de Edith Mason, con cercos rojos alrededor de los ojos y dientes amarillos, caminando a gatas por el pasillo usando el rodapié para guiarse hasta su dormitorio.

Catherine regresó a la cama y se quedó allí hasta que se convenció de que solo había tres personas en la mansión.

Cuando reunió el valor necesario para regresar a la puerta, la abrió haciendo más ruido del que le habría gustado y escudriñó la oscuridad. Sacó la cabeza y miró a la derecha, donde el pasillo se ensan-chaba y daba paso al rellano en forma de ele y la escalera que bajaba.

Distinguió una luz, la clase de claridad que sale del hueco de una puerta abierta lejana que quedaba fuera de su vista, como si fuera una de las que había en el pasillo contiguo en el que estaba el dormitorio de Edith Mason.

Los ancianos solían dormir mal por las noches. Quizá Edith había pedido a Maude que fuera a su habitación y el ama de llaves había llamado a su puerta. Sí, Catherine había oído a Maude en la escalera y luego cómo bajaba por ella a Edith Mason sin utilizar el salvaescaleras mecánico. No era una imagen agradable, pero era lo único que se le ocurría.

Pero ¿qué o quién se había detenido delante de su puerta? Solo podía ser un gato, un perro, una rata... un animal que había entrado en la casa por una ventana. Las praderas de los alrededores no eran tierras cultivadas y los jardines estaban invadidos de maleza. Estaban en pleno campo, así que cualquier animal podía colarse en la mansión.

Advirtió un movimiento súbito en el lejano halo de luz que definía la silueta de la distante boca del pasillo, junto a lo que debía ser el pasamanos de la barandilla. Pero debió de ser una ilusión óptica porque tuvo la impresión de que una figura se erguía y cruzaba el pasillo. Una figura indefinida, más o menos del tamaño de un perro, que se levantaba y huía. Tenía que ser de un animal porque iba a cuatro patas. ¿O no? No podía afirmarlo con certeza porque se había movido muy rápido.

El rostro en la ventana del primer día... ¿Era posible que hubiera un niño en la casa y que las dos mujeres se lo escondieran? ¿Había sido él quien había pasado gateando por delante de la puerta de su habitación? Ningún pensamiento mitigaba su confusión ni su desasosiego. Se dijo que era una idea ridícula. Tenía que haber sido un animal que se había introducido en la casa.

Catherine se apresuró a encender la luz del techo de su habitación para incrementar la tenue iluminación que le ofrecía la lámpara de la mesita de noche. Los sombríos revestimientos de madera y las colgaduras de color rojo oscuro absorbían buena parte de la nueva claridad, pero una parte de ella se desparramaba por el pasillo, por el que Catherine se aventuró tiritando de frío.

Al salir de la habitación se le ocurrió otra idea, más inquietante aún que las dos anteriores: ¿acababa de presenciar, o al menos de entrever, una especie de espectáculo de marionetas improvisado por Maude con los títeres que había en el dormitorio infantil? «No vuelva nunca.»

¿Acaso la varonil criada estaba intentando asustarla para que se marchara del único hogar que conocía y en el que Catherine había irrumpido con la intención de destruirlo?

De los rincones más recónditos de su imaginación apareció Edith proclamando: «Mi tío y mi madre solían sacar la compañía por la noche para entretenerme. ¿Cuántas niñas de diez años han sido tan afortunadas como yo?»

En el estado en el que se encontraba, y a esas horas de la noche, dudaba sinceramente de que alguna vez se agotaran las tradiciones, los rituales y las costumbres que habían convertido de chiflados a perturbados a quienes moraban en la Casa Roja para aterrorizar a una invitada. Leonard le había advertido que podrían emplear con ella trucos y la ira comenzó a eclipsar el miedo que la atenazaba. Pero no quería saltar. Cualquier movimiento repentino que se produjera en la oscuridad le arrancaría un chillido. Odiaba las sorpresas. Su adolescencia había estado plagada de bromas pesadas y odiaba a la gente que las gastaba.

Llegó a la escalera estremeciéndose cada vez que el suelo de madera crujía. Pasó por delante de puertas cerradas que recordaba y buscó a tientas interruptores que había olvidado y manillas de puertas que no veía. Encontró dos, pero las puertas estaban cerradas con llave.

En el descansillo descubrió el origen del tenue resplandor blanquecino. Como había sospechado, la luz procedía del pasillo donde estaba el dormitorio de Edith.

Se inclinó sobre la barandilla para asomarse por el hueco penumbroso de la escalera y tuvo la impresión de que estaba escuchando con todo su cuerpo. Solo veía sus pies como una mancha indefinida. Si desde las tinieblas de abajo hubiera llegado una voz, se le habría parado el corazón. No oyó ninguna, pero tuvo la sensación inquietante de que había movimiento en la planta baja.

Creyó oír el sutil movimiento de unas extremidades dentro de la ropa. Pero moviéndose en círculo en la oscuridad de abajo, fuera de su reducido campo visual. Tal vez fuera un corro de niños silenciosos que miraban arriba con caras de yeso. Echó la cabeza hacia atrás y borró los caminos poco frecuentados que seguía despreocupadamente su imaginación.

Animales, ratas, algo que se colaba en las casas viejas y se paseaba por ellas al caer la noche.

Catherine cruzó sigilosamente el rellano sin alejarse de la pared interior hasta que pudo ver el pasillo contiguo. La puerta de la que salía la luz estaba entreabierta. El dormitorio de Edith Mason se encontraba cerca de la escalera y su puerta estaba cerrada. La habitación que había a continuación de la de la anciana era el dormitorio infantil y era de donde emanaba la luz.

Catherine se dio la vuelta y caminó a tientas, intentando apaciguar como buenamente podía su agitada respiración. Movía las manos extendidas en la oscuridad como si fuera ciega mientras iba chocando con la pared. Oyó unos ruidos de movimiento procedentes de diversas direcciones, dos plantas por debajo de donde estaba y fuera de su campo visual. Y entonces recordó las últimas palabras que Edith Mason le había dicho esa noche: «Lo mejor será que se vaya a su habitación. Y que no salga de ella.»

—Ese olor... —El olor que había detectado en su primera visita y que había percibido desde entonces de manera intermitente salía de esa habitación, el taller de M. H. Mason.

—Yo estoy tan acostumbrada a él que no me doy cuenta de que está a menos que entre aquí. —Edith sonrió—. ¿Puede creerse que me reconforta?

El olor golpeó a Catherine como una ráfaga de aire caliente al salir de un edificio climatizado y le irritó los ojos. Se aclaró la garganta.

—¿Son productos químicos?

—Podría ser el jabón. Jabón y tiza triturados en arsénico blanco. O podría ser el formol. O quizá un residuo de las fórmulas de mi tío.

El hedor era algo más que un residuo. El hecho de que perdurara décadas después de que la habitación dejara de utilizarse sugería que era muy tóxico.

—Hasta el día de hoy se han mantenido en el más absoluto secreto los procesos de preservación que mi tío empleaba. Había personas dispuestas a pagar una fortuna por saber cómo conseguía unos resultados tan extraordinarios. Y éste es el lugar donde mi tío pasó buena parte de su vida. Lo hemos conservado tal cual lo dejó. Tenía muchas ganas de enseñárselo.

El taller se conservaba en el mismo estado magnífico que las criaturas que M. H. Mason había disecado. Catherine había leído en una ocasión sobre la perplejidad que le había causado a un taxidermista del Museo de Historia Natural la lograda tensión de los bigotes y de la boca en una de las piezas recuperadas de Mason.

—¿Puedo? —preguntó Catherine levantando la cámara. Esperaba poder sacar todo el partido a las horas de luz natural y acabar el día con la tarjeta de memoria llena. Todavía no se lo había dicho a Edith, pero no pensaba quedarse otra noche en la casa. No tenía ningún deseo de repetir la experiencia que había vivido la noche anterior. Durante el desayuno en el comedor había intentado despertar el interés de Edith en lo que había oído y visto, o le había parecido oír y ver. Edith se había burlado de sus tímidas preguntas y había hecho que se sintiera como una niña tonta y asustadiza. Al parecer, Maude tenía el sueño ligero y solía «pasearse por la casa». También la propia Edith. La insistencia de Catherine en que lo que oyó le pareció un animal fue recibida con un resoplido de desdén que puso fin a la conversación.

Edith miró la cámara con desprecio, pero asintió.

Catherine sacó fotos del suelo embaldosado y de la rejilla del desagüe en el centro de la habitación.

—¿Esta estancia era antes la trascocina?

—Se adaptó. La calandria para secar la ropa y los fogones que usaba nuestra gobernanta aún están en el lavadero. Es una habitación mucho más pequeña.

El fregadero de porcelana rectangular y poco profundo databa del siglo diecinueve y era uno de los pocos objetos en la casa que mostraba signos de desgaste. El resto de la habitación estaba libre de polvo, así que Maude debía de haberla limpiado antes de la visita. Junto al fregadero

había una caldera de cobre para el agua caliente y una bomba manual para el agua fría. Cuando Catherine se acercó allí se percató de que un ventanuco que había encima de la caldera tenía el aspecto y el olor de haber sido limpiado recientemente con vinagre. Las ramas de un arbusto se aplastaban contra el vidrio por fuera.

—Esta casa no se acaba nunca. O eso pensaba yo de niña. Jamás encontraba el final. —Edith alzó la vista hacia las rejillas de hierro para secar que colgaban sobre la mesa de trabajo—. Mi tío necesitaba este espacio para el trabajo más sucio. Y le sacó provecho, como ya ha podido ver.

La sonrisa de la anciana parecía expresar el placer que le producía la incomodidad de su invitada.

Catherine forzó una sonrisa hasta que le dolió la boca. Dirigió la cámara hacia las largas filas de tarros de cerámica y de cristal que había encima de la mesa de trabajo. Las fotografías serían un buen material ilustrativo para el catálogo de la subasta, aunque se necesitaría un profesional para las imágenes que se imprimieran finalmente. Esas fotos solo eran para Leonard; Catherine dudaba que se conservara otro taller de un taxidermista de principios del siglo veinte. Muchos historiadores matarían por ver aquella habitación. Quizá la English Heritage estuviera interesada en exhibirla.

—Tenga cuidado y no toque nada. El arseniato de potasio es un veneno. Bastante letal. Mi tío también usaba bórax, pero prefería el arsénico.

Catherine fotografió tarros de ácido acético, alizin, alumbre y asbesto. Enfocó con el zoom y sacó fotografías de recipientes con ácido bórico, cera de abejas, cloroformo fenol y harina de maíz. Mason había etiquetado meticulosamente todas las sustancias y las había ordenado alfabéticamente.

—Mataba algunos animales con cloroformo. Puede verlo delante mismo de usted.

—¿Cómo...? ¿De dónde los sacaba? Me refiero a los animales.

—De nuestros vecinos. Los perros de los granjeros capturaban a las ratas, pero mi tío conseguía más con sus trampas. Y en aquellos tiempos solo se dejaba vivir a un gatito por camada. Todos nuestros queridos vecinos sabían dónde llevar al resto de camada; mi tío tenía dónde elegir. En cuanto a las ardillas, se cazaban. Lo mismo se hacía con los zorros, los tejones, las comadreas y los armiños.

Catherine dio la espalda a Edith para ocultar su gesto de repugnancia. La imagen de los animalitos asesinados a escala industrial, combinada con el repugnante hedor hizo que se mareara. Las náuseas la acechaban. Por lo tanto, debía darse prisa, pero quería más fotografías.

Fotografió los tarros de éter, formaldehído y glicerina mientras trataba en vano de hacer oídos sordos a la entusiasmada narración de Edith. Cuando fijó su atención en el ácido sulfúrico, Edith dijo:

—Mi tío hacía con él su solución para preservar. Dejaba que lo observara mientras trabajaba y siempre me advertía del peligro de ese tarro: «Nunca lo toques, Edie. ¡Podrías quemarte!» A su lado está la estopa. Usó estopa en todas las ratas que pueblan sus retablos. Para doblar sus cuellos y sus colas. Sus patas son muy cortas. Siempre eran la parte más difícil. Mi tío...

—Me encuentro un poco mal, lo siento —la interrumpió Catherine. Le parecía detectar un leve olor subyacente de micción, de putrefacción. Y temía haber inhalado también alguna sustancia tóxica.

De nuevo Edith Mason hizo una demostración de su extraordinaria capacidad para seguir el hilo de sus pensamientos.

—No se imagina la cantidad de cuerpos que se desollaron y a los que se les quitó la grasa en

esta habitación, Catherine. Y algunos de los animales no habían muerto recientemente cuando los traían aquí como obsequio. Mi tío estaba familiarizado con el olor de la muerte. También yo.

Catherine tosió para aclararse la garganta.

—Sus herramientas.

—No encontrará una colección mejor en el condado.

Ni quizá en el mundo. Probablemente se hicieron por encargo. Todos los mangos estaban taraceados con palo de rosa. Las piezas metálicas estaban engrasadas y resplandecían. Catherine no vio ni una manchita de óxido en ninguna de las herramientas. Cuando levantó la cámara con los brazos debilitados y fotografió lo que parecían instrumentos de tortura, se dio cuenta de que no tenía estómago para enterarse de su verdadera función.

—Mi tío lo medía todo primero y hacía moldes antes de despellejar a los animales. Usaba los calibradores para tomar medidas milimétricas de los cuerpos artificiales. La distancia entre los ojos era muy importante para crear la expresión deseada.

Catherine reprimió una reacción del arenque ahumado que se había sentido obligada a tragar durante el desayuno.

—Fascinante.

—¿Verdad que sí? —exclamó Edith con un entusiasmo inaudito—. Mire encima de usted. ¡Ahí! A la derecha. Verá las herramientas para esculpir. ¡Mire, mire arriba, querida! Primero hacía las cabezas con madera de balsa y yeso en el molde. Pero se dio cuenta de que los cráneos naturales daban mejores resultados. Hervía las cabezas para que se desprendiera toda la carne. Ahí puede ver las cucharas para los cerebros. ¡Ahí no, ahí! Luego reconstruía los músculos de la cabeza con estopa y algodón. Ni siquiera un escultor experto podría haber superado las expresiones faciales de las piezas de mi tío.

La estancia parecía oscurecerse a medida que el espantoso hedor invadía las fosas nasales de Catherine y se instalaba en su cerebro. Miró con anhelo la ventana. Sentía el deseo de abrirla y engullir una bocanada de aire fresco. Las moscas habían vuelto y, gordas como arándanos maduros, revoloteaban alrededor de la ventana y en ocasiones embestían los vidrios. Había por lo menos una docena. Dos de ellas se posaron en el marco y buscaron una vía de acceso. Catherine intuyó en ellas una voluntad, un deseo de entrar en la casa.

—No me encuentro...

—Ése era su cuchillo favorito. Siempre lo tenía en la mano. La hoja larga le permitía separar los huesos más grandes de las articulaciones.

Catherine contuvo la respiración un momento, pero se sentía pesada y exhausta y casi se puso a jadear.

—¿Puedo salir al jardín? ¿Por dónde...?

—¡Pero si todavía no ha visto las leznas ni los cuchillos para el refinado de la piel. Las cuchillas diagonales se hicieron expresamente para él, en Birmingham. Se adaptaron para los huesos más pequeños. ¿Cómo cree si no que consiguió reunir tantas ratas?

El rostro delgado y pálido de Edith expresaba un entusiasmo que podría confundirse con ira, o incluso éxtasis. Catherine tenía la visión tan borrosa que no podía saberlo con certeza; sentía unos calambres en la cabeza y los ojos le hacían chiribitas. Intentó rodear la silla de ruedas, pero ésta ocupaba todo el hueco de la puerta. Una sombra cruzó el ventanuco, como si alguien hubiera acercado la cara al vidrio para mirar dentro. Era eso o Catherine estaba a punto de desmayarse. El olor la había intoxicado.

—En otro momento.

La voz de Edith pareció llegar de muy lejos y luego reapareció en sus oídos como si la oyera por unos auriculares.

—Mire, mire. Esa era la herramienta para abrir las orejas. Parecen unos alicates de joyería, pero se abren en el sentido opuesto. Mi tío los usó con las orejas de todas las ratas. ¿Se hace una idea de la paciencia que se necesita, querida? Ni siquiera ha visto las agujas. ¿No quiere sacar fotos? Son triangulares para las pieles. Para los pellejos más gruesos usaba agujas de cirugía. Ésas son las curvas. No está mirando, querida...

—Me... siento mal. Por favor. —Catherine se tambaleó junto a la gran bañera de metal galvanizado y se agarró al borde con las dos manos para no caerse dentro.

—Tenga cuidado. No se apoye en eso.

La ventana bloqueada, los horripilantes candados y cadenas que se enroscaban como serpientes en las rejillas de secado, los dientes descoloridos de Edith en su boca sin labios, las cucharas para los cerebros... todo ello flotaba en su visión borrosa. Se encorvó sobre la bañera.

—Ha contenido decenas de litros de etanol, querida. Es tóxico. En esa bañera mi tío curtía las pieles...

Catherine no oyó el resto; solo el ruido de su propio esófago mientras devolvía la harina de avena y los arenques ahumados de Maude a la lisa superficie metálica.

Fuera de su ceguera y de sus arcadas, del pánico y de la sensación de desdicha que la embargaban, la campanilla de Edith empezó a tintinear frenéticamente cerca de su cabeza y Catherine deseó con toda su alma que el ruido cesara.

El cielo azul negruzco y pesado presionaba con rabia el terreno, como si la noche se hubiera acercado demasiado a un cielo estival y quisiera reventarlo. Una tormenta se presagiaba por el aire cálido y quieto. Los huecos que aparecían de vez en cuando en el túnel de setos permitían a Catherine vislumbrar el cielo y los campos. Por encima de las flores rosadas y amarillas y las ondas doradas de los prados, el calor hacía reverberar el aire.

Cuanto más se alejaba de la Casa Roja, mayor era la claridad que recuperaban sus sentidos, su cabeza y muchas otras cosas. La debilidad y la palidez que había experimentado en el taller de M. H. Mason se disiparon. Aspiró el aire fragante y, después de huir de la casa corriendo sin pasar por la cocina, echó de menos una botella de agua.

Cuando sus ojos se posaron en su Mini rojo se sintió como si viera una cara conocida después de pasar varios días entre desconocidos hostiles. Miró a través de la ventanilla y la visión del mapa de carre-teras, las gafas de sol, los chicles en el compartimento para las monedas e incluso la barra antirrobo del volante le trajo una repentina sensación de modernidad. Tuvo que luchar contra el impulso de subirse al coche y regresar a un mundo regido por la lógica.

Le llegó el terrible olor a productos químicos con trazas de putrefacción. Debía de haberse adherido a su pelo, o a la piel, o a la ropa. Incluso al aire libre apestaba al olor que impregnaba la Casa Roja y sus artísticas mutilaciones. El pánico se apoderó de ella al pensar que la casa podría haberla intoxicado.

Ansiaba con desesperación que se levantara una brisa que aireara su ropa y se llevara ese hedor. Pero no corría ni una pizca de viento; nunca lo había hecho en sus visitas anteriores. El aire siempre estaba quieto y era denso; permanecía como a la expectativa, o como si estuviera agotado y tratara de recuperar el aliento después de un gran esfuerzo que no tardaría en retomar.

Cuanto más contemplaba el cielo añil y la hierba alta hasta la cintura que cubría los prados, más expuesta se sentía, pero también más insignificante, extraña incluso, e indefensa, tensa. El hecho de encontrarse fuera de la casa solo hacía que pensara en cómo se sentía cuando estaba dentro de ella. Donde la manipulaban. La preparaban. La introducían en cosas terribles que no estaban bien; cosas que no eran naturales ni tenían sitio ni contexto más allá de aquel apretado montón de tejados puntiagudos y de esos muros rojos como la sangre.

Las horripilantes ancianas estaban intentando ahogarla en un mar de terror y repugnancia. Catherine había comenzado a odiarlas. Sí, estaban aterrorizándola. A propósito. Todas las experiencias que había vivido de la casa habían sido meras escenificaciones. Estaba segura de ello. La dos mujeres estaban actuando, representando un papel; Edith Mason incluso se disfrazaba. Embusteras. ¿Cómo era posible que se tomaran tantas molestias a su edad? Le habían rondado esos pensamientos mientras vomitaba en la espantosa bañera metálica, con los cuerpos hinchados de las moscas correteando por la ventana. Estaban atormentándola; constantemente la enviaban de vuelta a una época y revivía unos sentimientos que estaba intentando olvidar desde hacía mucho tiempo. Pero ¿por qué? Tenía la horrible impresión de que se trataba de un asunto

personal, preceptuado, o en todo caso inevitable. O bien el mundo era un sitio ingrato o bien ella motivaba las heridas que le infligía. Nunca estaba segura.

O quizá sus anfitrionas ya no sabían comportarse de otra manera y con sus actos habían desencadenado la paranoia y la ansiedad de Catherine. Era difícil saberlo. Allí, la locura conducía a la locura.

Edith no había querido que saliera a dar un paseo. Le había pedido que se quedara y le hiciera «compañía» en el agobiante salón, rodeadas de los animales muertos y sus travesuras y los recargados ornamentos. Edith Mason quería recluirla en la casa como si fuera otra muñeca para la colección.

—Pero tenemos que hacer los arreglos, querida. No hay tiempo para paseos.

¿Los arreglos? ¿A qué se refería? Catherine no se había quedado para preguntárselo.

—El espectáculo está a punto de comenzar. Debería vestirse para la ocasión. Solo sucede una vez al año.

Con las prisas por respirar aire fresco tampoco había tenido el ánimo para preguntar sobre ese espectáculo. La voluntad de Edith y la de la casa eran terribles, tangibles y estrangulaban sus pensamientos. El presente la había expulsado y se hallaba confinada en el pasado. Completamente presa de él. El viaje había tomado un rumbo sobre el que había perdido todo el control. Se sentía como si estuvieran empujándola apresuradamente hacia algo que no era capaz de definir y necesitaba ver hacia dónde se dirigía antes de que estuviera perdida del todo.

«Para. Para. Para.»

Catherine se detuvo y se sujetó la cabeza hasta que se redujo la velocidad de sus pensamientos. Era demasiado sensible para esa clase de cosas. Para todo.

Estaba paranoica. Debía tener presente ese hecho. Era necesario que recuperara el ritual de los ejercicios de la terapia cognitivo-conductual para identificar las semillas que germinaban en esas complejas conspiraciones que se enredaban en su cabeza hasta ser incapaz de moverse y de actuar. La traición de Mike la había paralizado. Él incluso había provocado el regreso de los episodios de trance. Ahí estaba la raíz de todo.

«Pero, por el amor de Dios, no permitas que el trabajo también tenga ese poder. Si pierdes eso, no te quedará nada.»

La maleta y el ordenador portátil aún estaban en la casa. Además había dejado la cámara de fotos en el taller de Mason. Las exposiciones, los muebles, el magnífico interior, el catálogo, las notas de prensa, el contrato sin firmar, la aparición en los medios de comunicación, el inmediato ascenso del prestigio de la empresa, Leonard, que tanto había hecho por ella, que había sido tan amable... todas esas cosas se retorcían dentro de ella y le provocaban una especie de ardor.

No podía irse aún. Llevaba tanto tiempo huyendo de lo desagradable que si lo volvía a hacer ahora quizá ya nunca podría parar. ¿Y adónde podía ir si se marchaba ese mismo día? ¿Volvería a su apartamento y se dedicaría a vaciar viviendas que solo contenían un puñado de objetos de plata, vajillas incompletas y, de vez en cuando, un óleo de un caballo de carreras? Después de haber contemplado los tesoros que albergaba la Casa Roja sería difícil volver a entusiasmarse con una espada de la época de Napoleón.

Una casa antigua con una historia extraña y unos ocupantes que eran unos refugiados inestables de un tiempo pasado. Ropa elegante encima de unos huesos casi olvidados. Nada podía preparar a alguien para una cosa así. Pero ella debería haber estado preparada. Había visto las madrigueras infestadas de ratas de dos millonarios que habían pasado los últimos años de sus

vidas reclusos, uno en Ludlow y el otro en Monmouth, y que no solo habían muerto, sino que se habían disecado en los lechos donde expiraron, en habitaciones con las ventanas cerradas a cal y canto. Lugares tan atiborrados de basura que probablemente la luz natural no los había tocado en décadas.

Y conocía las historias apócrifas de su ramo, los Turner, los Constable y los Bacon encontrados en los desvanes de los fallecidos. Los comportamientos excéntricos eran un gaje del oficio. Y ahora estaba ante su descubrimiento, su momento. Su oportunidad. No era una adversidad de la que pudiera huir como lo había hecho con Londres, la universidad, el colegio, el lugar donde nació y todas las personas que había conocido en esos sitios.

Tenía que tranquilizarse. Debía sobrevivir a ese día, y quizá también al siguiente y al siguiente. Pero estaba decidida a volver a su casa esa misma noche, antes de afrontar otro horrendo intento de escenificar una cena formal. Regresaría a la Casa Roja y pediría perdón por haber vomitado en la bañera de etanol de M. H. Mason, y al día siguiente volvería con Leonard y comenzaría de una vez por todas el inventario. Ella no había ido allí para hacer «los arreglos» ni para un espectáculo. Y Edith tendría que comprenderlo. Leonard tendría que dejárselo claro y ser firme con ella. Y Catherine regresaría todas las mañanas que hicieran falta para completar el inventario y la tasación, pero solo en compañía de su jefe.

En el pueblo compraría agua. Seguro que había una tienda. Y comería tranquilamente con una copa de vino blanco en un pub para tranquilizarse. Sería una tregua, un descanso de la tensión, de los ruidos furtivos que rompían el terrible silencio nocturno producidos por algo que no veía en la oscuridad y del hedor a fórmulas químicas y a muerte.

El pueblo no estaba lejos siguiendo la carretera; a poco más de tres kilómetros. Caminaría respirando el aire fresco. Eso la revitalizaría.

No había comida ni vino. Ni siquiera un trago de agua. El pueblo estaba desierto. Una exploración exhaustiva de Magbar Wood reveló que la localidad era poco más que dos calles de casas adosadas, viejas y tal vez vacías que reposaban a ambos lados de las estrechas vías peatonales.

Catherine había recorrido la calle principal en coche al menos cuatro veces, pero nunca le había prestado demasiada atención. Ni siquiera se había fijado hasta ese día en el callejón sin salida que llevaba directamente a una pequeña iglesia. Estar pendiente para no perderse mientras las vastas y extrañas praderas absorbían toda su atención o mantener los ojos fijos en la pantalla del móvil esperando recuperar la cobertura, eso era todo lo que había tenido la capacidad mental de hacer mientras conducía por la calle principal.

Ahora, mientras la recorría a pie, se percató de que de los edificios no salía un solo ruido. Más allá de cada punta de la calle principal se extendían más campos sin cultivar y prados, definidos por los setos y salpicados de lejanas colinas cubiertas de bosquecillos de árboles negros.

«Se acabó.»

Dio media vuelta y regresó sobre sus pasos entre las viviendas de ladrillos de arcilla con fachadas planas. Los tejados de pizarra estaban deteriorados por los elementos y los canalones de hierro, oxidados. Todas las ventanas que daban a la calle estaban oscuras y cubiertas de polvo. Era eso o que el cielo penumbroso atenuaba la claridad y debilitaba los colores.

El primer escaparate al que echó un vistazo era de una tienda de ropa. Un papel de celofán amarillo permanecía adherido a la parte interior del vidrio para proteger las prendas expuestas en la tienda de moda para hombre, mujer, niño y niña High Street. El plástico hacía que el escaparate recordara a las lentes de las gafas de sol baratas que se vendían a los niños en las vacaciones. Catherine apretó una mano y la cara contra el cristal, pero rápidamente retrocedió. Al otro lado del arrugado papel de celofán había una fila de figuras vestidas.

Esperó a que se movieran. Pero entonces respiró con alivio y se sintió idiota. Solo eran maniquíes. Volvió a acercarse al cristal y miró dentro. Eran viejos maniquíes con pelucas de nylon y caras de plástico pintadas. El hombre llevaba puesto lo que parecían unos pantalones cortos y una camisa, ambos de color caqui, y unos calcetines a juego subidos hasta las rodillas. La figura femenina estaba desnuda. Dentro estaba demasiado oscuro para ver la ropa que vestían el niño y la niña, que permanecían inclinados y apoyados en unas estanterías. Por su postura daba la impresión de que se cogían de la mano. Detrás de los maniquíes, el suelo de la tienda estaba sumergido en tinieblas.

Siguió caminando por la calle principal y se topó con otra tienda, en este caso de alimentación, también cerrada. Por su aspecto se diría que no había abierto sus puertas ni repuesto sus productos a la venta en años. Las bandejas blancas del escaparate estaban forradas de césped artificial y en el pasado habían almacenado carne. Media docena de moscas azules correteaban por la parte inferior del cristal repitiendo viejas costumbres.

Unas letras ya casi ilegibles adheridas a la ventana principal del establecimiento prometían «PAN RECIÉN HECHO TODOS LOS DÍAS». En la cara interior de la puerta también había pegatinas de periódicos locales de los que Catherine nunca había oído hablar, así como un cartel descolorido por el sol de helados Walls que recordaba de su infancia: un niño y una niña sentados espalda con espalda sobre un fondo de color vainilla. El espacio interior de la tienda no estaba iluminado, pero Catherine vio un expositor giratorio de postales, un armario frigorífico y una pared llena de latas de conservas.

Cuando ya se daba la vuelta, se detuvo de repente y se agachó. Detrás de la mitad inferior de la puerta, como si mirara a través de las pegatinas, se encontraba la efigie de un niño pequeño con pantalones cortos. Llevaba unos aparatos ortopédicos en las dos piernas de plástico y sostenía una hucha con una ranura en la parte superior. Las inclemencias del tiempo de las que ahora estaba protegido habían borrado buena parte de su rostro, así como el nombre de la organización benéfica para la que había recaudado dinero. Junto a una de sus grandes botas marrones, la figura de un cachorro de spaniel, erosionado por la lluvia, la miraba con una expresión suplicante en sus grandes ojos.

No había vuelto a ver una de esas efigies desde que era niña. Tantos años sin pensar en esas figuras y en quince días habían vuelto a ocupar sus pensamientos dos veces. La coincidencia la entristeció y le produjo desasosiego.

La existencia del niño de plástico con su hucha recaudadora y las tiendas abandonadas sugerían que el pueblo estaba abandonado desde principios de los años ochenta, si no antes, lo cual resultaba inquietante. El sonido lejano de un coche le habría procurado una sensación de tranquilidad inmediata, y eso hizo que se diera cuenta de que necesitaba con desesperación algún signo de vida.

Se inclinó para mirar por la solitaria ventana abatible que había junto a la mugrienta puerta principal de una de las viviendas. Los visillos estaban amarilleados, como el glaseado de una tarta de Navidad después de varios días. En el visillo había un desgarrón justo por encima del alféizar y Catherine apretó la nariz contra el cristal para vislumbrar el interior penumbroso.

La habitación parecía una fotografía vintage sacada con una mala iluminación. Se veían indicios de que estaba atestada de aparatosos muebles. Las paredes permanecían desnudas y del techo colgaba una bombilla sin pantalla. Catherine no vio ninguna puerta y de repente le asaltó el miedo irracional de que se hubiera quedado atrapada alguna persona en su interior. Ese pensamiento era aún más aterrador que la idea de que la habitación no estuviera, como había sospechado, vacía, y de que quienquiera que estuviera escondido entre los apretados muebles la miraba fijamente.

Catherine reanudó la marcha por la acera, que discurría cuesta arriba; por lo escarpado del bordillo se veía que el pueblo estaba acostumbrado a fuertes lluvias y riadas. Un movimiento fugaz atrajo su mirada hacia el otro lado de la calle.

No estaba segura, pero creía haber visto que se movía un visillo amarillento en una ventana de la planta baja de una casa. Luego alzó rápidamente los ojos para mirar justo encima de su cabeza y tuvo que agarrarse al muro para mantener el equilibrio. Tal vez solo fuera otro engaño de sus sentidos, pero estaba convencida de que había visto con el rabillo del ojo el oscuro contorno de una cabeza que se apartaba de la ventana para fundirse con lo que debía de ser la oscuridad de un dormitorio.

Temió haberse equivocado en su juicio del pueblo y que hubiera estado husmeando por las ventanas de viviendas ocupadas, así que se apresuró a doblar una esquina y entró en un callejón

sin salida.

Ahora era como si su mera presencia hubiera perturbado la paz del pueblo y toda su actividad transcurría de manera furtiva. Porque Catherine estaba segura de que acababa de ver otra cara, esta vez un rostro pálido que se apartaba de la ventana en la planta baja de una casa que se alzaba a unos pocos pasos delante de ella. No tenía la impresión de que el rostro hubiera estado observándola, más bien presentía que la persona que estaba dentro de aquella casa esperaba a que se acercara, lo cual le resultaba más inquietante que el hecho de ser observada.

Catherine ladeó la cabeza y fingió que hurgaba en su bolso delante de la casa en la que había visto movimiento, la número tres, mientras miraba de soslayo la ventana. En esta no había visillo. Las casas del callejón estaban aún más desvencijadas y descuidadas que las de la calle principal.

Y sí, había alguien dentro de la habitación que daba al callejón. Una figura, cerca de la ventana pero de espaldas a ella. A Catherine le pareció una mujer menuda que llevaba puesto alguna clase de vestido largo y oscuro. Su postura daba a entender que estaba examinando una pared, o quizá la mujer solo miraba fijamente la penumbrosa chimenea que Catherine solo vislumbraba.

La misteriosa mujer tenía la tez pálida y un cabello abundante, pero su rostro parecía marchito. Era difícil distinguir algo más y Catherine no podía seguir mirando sin que la acusaran de descarada. Sin embargo, lo que más llamaba la atención por lo que veía a la luz que entraba por la ventana sucia era la mano apoyada en el respaldo de una silla pegada al alféizar. Era tan pálida que no solo se podía pensar que estaba enguantada. Catherine echó a andar rápidamente.

Antes de llegar al final de la calle, que terminaba en los jardines de la iglesia, Catherine divisó otro escaparate y cruzó la calle para echar un vistazo a su interior.

El local estaba vacío. No había una persiana de seguridad ni una verja entre el gran ventanal y la calle. Catherine no fue capaz de averiguar qué se había vendido en aquella tienda. La marquesina de madera se había pintado con un gruesa capa de pintura del color de la creosota. El letrero que colgaba de la puerta anunciaba que la tienda estaba abierta, pero las luces estaban apagadas y no había ningún producto a la venta. En un rincón de un ancho estante de madera pegado al cristal revoloteaba una enorme polilla agonizante y Catherine atisbó una máquina de coser antigua apoyada contra una pared y varios rollos de telas.

Al fondo de la tienda vacía había un mostrador con una ventana para atender a los clientes y detrás del mostrador había un gran cristal transparente, como invitando a los clientes a que se tranquilizaran viendo la frenética actividad que se realizaba al otro lado. Ahora detrás de la ventana solo había sombras y muebles de oficina oscuros y apenas distinguibles. Sin embargo, cuando Catherine desvió la mirada de la ventana sucia tuvo la impresión de percibir movimiento detrás del cristal transparente de la ventana interior. Entrecerró los ojos para mirar en esa dirección y el movimiento continuó. Había alguien levantándose, aunque muy lentamente. No llegaba a ponerse en pie del todo o quizá no podía enderezar la espalda. Y la silueta, vagamente distinguible en las tinieblas polvorientas del interior del local, permaneció encorvada, con la cabeza agachada coronada por una mata de pelo ralo. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Miraba el suelo? ¿La miraba a ella?

A Catherine se le erizó el vello de la nuca, como si estuviera en medio de una corriente de aire. Miró a su alrededor y buscó rostros en las ventanas de todas las casas.

Nada. En las oscuras fachadas muy pocas ventanas estaban tapadas con visillos ajados.

Volvió a mirar el interior de la tienda vacía. Quienquiera que fuera la persona a la que había

importunado ya no estaba en un lugar visible, pero las pocas ganas que tenía de volver a verla la apremiaron para que continuara caminando hacia la iglesia.

El templo, un edificio pequeño de estilo anglosajón donde Mason había predicado, resultó ser otra decepción. Era solo un poco más grande que una casa y tenía unos tableros de madera con manchas de humedad en lugar de vidrieras. El cementerio y los jardines estaban invadidos de hierbas y maleza que le llegaban hasta la cintura. La puerta principal de la iglesia estaba cerrada con un candado y el tablón de anuncios del porche estaba vacío. Como el pueblo, los feligreses de la iglesia se habían desvanecido. Catherine se preguntó si el pueblo también habría perdido la fe cuando lo hizo M. H. Mason.

Al lado de la iglesia, ocupando el último trozo de tierra antes de llegar al muro bajo de piedra del cementerio, Catherine encontró la otra prueba de que en otros tiempos la comunidad de Magbar Wood se reunía: un alargado bungalow con el tejado de color rojo óxido y las puertas cerradas con cadenas y un candado. En un letrero desconchado que había encima de la puerta se leía: «EXP ORA ORES DEL SE».

En el interior de un armarito colocado encima de un poste de madera delante de la pequeña puerta, detrás del vidrio mugriento, había una hoja de papel amarilleada que colgaba de una chincheta oxidada. Anunciaba las actividades que se realizaban, pero no informaba de las fechas ni daba la más leve pista del año en el que se habían llevado a cabo. Parecía un programa de representaciones, pero no daba detalles de los espectáculos ni había notas al pie.

LOS MENDIGOS CIEGOS DE BETHNAL GREEN

LOS NIÑOS DEL BOSQUE

FAUSTO

EL NACIMIENTO DEL ARLEQUÍN

EL DIABLILLO DE LA BOTELLA

Cuando la primera gota fría de lluvia aterrizó en su frente, Catherine emprendió el viaje de regreso a la Casa Roja. Pero cuando llegó al número 3 del callejón vio que la puerta estaba abierta y oyó una voz que salía de su interior. Era la voz de una persona anciana, debilitada por la edad, pero todavía conservaba el marcado acento local.

—¿La ha visto? ¿Eh? ¿Eh? Perdone, ¡Perdone! ¿La ha visto?

Catherine se detuvo, aunque habría preferido continuar caminando, porque aquella voz no presagiaba la clase de interacción que buscaba o, a esas alturas, ya ansiaba. Por un momento, todavía aturdida y recuperándose del susto que le había dado la voz, estuvo segura de que le había preguntado si era una pecadora. Pero entonces se dio cuenta de que la persona que le hablaba, y que no veía, quería saber si había visto a alguien.

Catherine se acercó a la puerta, entornada y lista para cerrarse en cualquier momento.

—¿Perdón? ¿Me ha hablado a mí?

—Va a despertarlos. Va a despertarlos. Aún es demasiado pronto.

—¿Perdón?

Por el oscuro espacio que quedaba entre la puerta y el marco, Catherine oyó un débil sonido de pasos que retrocedían, seguido por unos arañazos en la cara interior de la puerta de madera, como si la figura se hubiera escondido detrás de ella, temerosa de Catherine. Sin embargo, el débil chillido que oyó le hizo sospechar que la persona a la que no veía también estaba entusiasmada y eso le parecía peor que si solo estuviera asustada.

—¿Está...? ¿Necesita ayuda? —preguntó Catherine sin acercarse demasiado. Iba a añadir «señora», pero no estaba segura del sexo de la persona con la que hablaba. Debía de ser la misma con la manos enguantadas que había visto por la ventana de la sala de estar. Por lo tanto, ¿era una mujer?

Un olor a humedad, a tela mohosa, emanó por la puerta y se propagó por el estrecho callejón. El interior de la casa era húmedo y estaba a oscuras. ¿Cómo era posible que su interlocutora viera algo?

—¿Ha estado en la casa? ¿La ha visto, a la que ha subido a la casa?

—¿A quién? Lo siento, pero no estoy segura de qué es lo que pregunta.

—Aún tienen que pasar más cosas, ¿no cree? Todavía no es el momento para nuestra dama.

La comunicación con el único habitante que había encontrado era igual de infructuosa que su recorrido por el deprimente pueblo. Sin embargo, advertía una seguridad y un entusiasmo en la voz que le impidieron marcharse. Catherine tenía la impresión de que aquella persona estaba absolutamente convencida de que ella estaba al tanto de los hechos sobre los que quería basar la conversación. El único problema era que Catherine no tenía ni idea de esos hechos. No obstante, habría sido de mala educación dejar a su interlocutora con la palabra en la boca.

—Lo siento. No entiendo lo que dice. Creo que no puedo ayudarla.

—Venga, venga. Coja esto. Entre en esa tienda de allí y tráiganos un cuarto de kilo. —Un brazo esquelético asomó por el borde de la puerta y una mata cenicienta de lo que parecía cabello artificial indicó la posición de la cabeza, que permanecía en su mayor parte oculta. Sin embargo, la persona debía ser muy pequeña, ya que el cabello quedaba a la altura de los hombros de Catherine y desde la calle había que subir un escalón para llegar al umbral de la puerta.

Catherine retrocedió al ver el brazo, ceñido por una manga negra y polvorienta que terminaba en una mano pequeña y exangüe. No estaba cubierta por un guante; tenía la piel apergaminada y casi transparente y las uñas amarillas y largas. La mujer debía de ser una anciana, tal vez senil, completamente despreocupada de su aseo personal, y había confundido a Catherine con alguna persona de un fragmento de su mermada memoria. Si el objetivo de extender la mano había sido darle dinero, en los dedos no había nada.

—La tienda está cerrada. Creía que no había nadie en el pueblo.

—Un cuarto de kilo y algunas galletas de las que hace él.

Catherine se preguntó si habría vecinos o familiares a los que pudiera llamar para que atendieran a la anciana.

—Lo siento. Ya le he dicho que la tienda está cerrada. La tienda, todos los establecimientos... Está todo cerrado. ¿Puedo hacer alguna otra cosa por usted? ¿Quiere que avise a alguien?

—No he vuelto a verla desde que subió a esa casa, eso es todo. Ahora todo está negro debajo de sus tejados, ¿verdad? Aún tienen que pasar algunas cosas. Algunas cosas, ay, antes de entrar y de salir.

Catherine echó a andar sin decir nada.

La puerta no se cerró en el silencio de decepción que parecía crecer a su espalda. En la tienda de enfrente atisbó a alguien que le hacía señas desde el fondo del local, a través del cristal sucio. Le pareció que el brazo era demasiado delgado, pero lo achacó a un efecto causado por el ángulo de visión mientras se movía y la escasa luz.

Siguió caminando sin prestarle atención y apretó el paso.

Incluso cuando divisó las chimeneas de la Casa Roja, la sensación lúgubre y de abandono del pueblo seguía adherida a sus pensamientos, que lo convertían en una fotografía antigua y adusta, deteriorada y desvaída por el paso del tiempo.

Quizá esa gran casa, ese mausoleo consagrado a la pérdida y la locura, había absorbido todos los colores y la vida del pueblo; la siniestra mansión le había chupado toda la vitalidad muchos años atrás. La Casa Roja se alzaba desde el suelo, poblado de prados, zarzas y espinos, a través de la maleza, como si la tierra también hubiera retornado a un tiempo anterior sin que hubiera seto o muro capaz de frenarla. Todo lo que rodeaba la Casa Roja había caído en el olvido, nadie cuidaba de ello y la vegetación había crecido libremente mientras el edificio se conservaba en perfecto estado.

Catherine se sacudió el vestido mojado que se le quedaba pegado. El chaparrón había durado poco, pero había llovido con la fuerza suficiente como para empaparle hasta la ropa interior. Atravesó corriendo el túnel de espinos y volvió a salir a la luz del sol para seguir secándose la ropa.

La puerta principal continuaba abierta tal como la había dejado al marcharse. El silencio reinaba en la casa y los jardines estaban húmedos y resplandecían mientras se secaba el agua de la lluvia. Miró el reloj. Edith Mason estaría durmiendo y Maude en la cocina, lavando los platos de la comida que ella se había perdido.

Sin embargo, antes de entrar, Catherine quiso inspeccionar el jardín para tratar de averiguar lo que el apicultor había estado haciendo delante de su ventana. Necesitaba con desesperación que algo comenzara a tener sentido en aquella casa y sintió el impulso salvaje de abofetearse la cara hasta que la razón regresara y se instalara de una vez.

Los invitados tenían ciertos derechos y estaba harta de sentirse una prisionera en la oscuridad, a quien distraían y manipulaban continuamente. Mike, Tara, Edith, Maude... todos ellos le arrebatában insistentemente algo que le pertenecía. Incluso cuando ellos no estaban presentes, la influencia de su acoso la perseguía. En la Casa Roja, en el mejor de los casos la complacían, pero también la engañaban. Catherine había intentado aflojar el nudo, pero el pueblo frustraba sus esfuerzos.

Era completamente irracional pensar así.

¿Por qué permitía que le afectara tanto la gente?

Junto al porche encontró el vestigio de un camino de losas verdeadas que rodeaba los cimientos del edificio. Catherine siguió el camino y a menudo tuvo que desenredar del borde de la falda las plantas espinosas con los tallos del color rojo del ruibarbo que crecían en el estrecho espacio que quedaba entre los muros de la casa y los bordes del jardín.

El camino que rodeaba la casa estaba sumido en la oscuridad, y el avance por él era lento debido a los grandes rosales que se adherían a los ladrillos como si fueran plantas trepadoras

tropicales y obstaculizaban el paso. Se hizo algunos rasguños en las piernas y un corte en el dorso de una mano. Las heridas le escocían y le picaba la piel.

Cuando dobló una esquina en la parte de atrás de la casa, ante ella apareció la maraña de vegetación que había crecido en los huertos y en los jardines hasta alcanzar la altura de su cintura. Las moscas estaban esperándola; la abundancia de alimento las había convertido en unas criaturas gordas y perezosas, corpulentas, pero reaccionaron con ira y haciendo mucho ruido para defender alguna clase de frontera que Catherine había cruzado sin darse cuenta. Los insectos la rodearon y chocaron contra sus brazos y su cara. Catherine agitó las manos y pensó en buscar la puerta trasera, pero la idea de encontrarse con el rostro ceñudo de Maude la convenció para permanecer fuera.

La sensación de incomodidad se mezclaba con el temor a que estuvieran observándola desde la parte trasera de la casa, que se alzaba a su espalda como una oscura montaña de ventanas negras, un ente espantoso que la contemplaba con complacencia y desprecio.

Como no llevaba los zapatos ni la ropa adecuados para atravesar la maleza, recorrió el jardín zigzagueando desmañadamente. Levantaba muy alto los pies, como si caminara por el agua, para avanzar por la maraña de hierbas y arbustos lozanos. Para cuando rodeó el podrido cenador y llegó a los árboles frutales cubiertos de liquen, su vestido estaba tan sucio que no podría salvarlo. Entre los árboles había más hierbas altas, tan densas que apenas veía el resbaladizo suelo a través de ellas.

Dos estatuas de piedra, estranguladas por una maraña de zarzas muertas y hiedra viva, aparecieron ante ella como incansables guardianes. Una de las figuras estaba completamente sepultada por la vegetación del jardín. La otra mostraba una parte de un rostro de fauno. ¿Qué protegían? Probablemente el invernadero abandonado. En el interior de la estructura de cristal empañado y verdeado, lo que le daba el aspecto de un acuario descuidado, se veían unos bultos oscuros que parecían unas cabezas con los pelos desgreñados sobre unos cuellos que apenas podían sostener su peso. Entre esas cabezas había, al final de unas extremidades esqueléticas, unos dedos extendidos maliciosamente como si fueran garras. Buena parte del techo del invernadero estaba destrozado y la vegetación escapaba por los agujeros, ansiosa por alcanzar el cielo.

Junto al invernadero en ruinas había cuatro desvencijadas cajas de madera de las que salían unos zumbidos. Eran las colmenas. La pintura blanca había desaparecido casi por completo y ahora estaban verdes e inclinadas.

Detrás de las colmenas, en el muro cubierto de hiedra, había una puerta de hierro. Desde ella hasta las colmenas discurría un camino que continuaba hasta el otro extremo del jardín.

Catherine se detuvo un momento para rascarse las piernas. Quizá Edith no le había mentido y había alguien que todavía se ocupaba diligentemente de las ruinosas colmenas. Tal vez Maude tenía un amigo secreto, porque era incapaz de imaginarse a Maude teniendo otra cosa. Quizá Edith, con su desprecio y su uso arbitrario de la autoridad, había prohibido los encuentros. Eso explicaría la hostilidad entre la anciana y su ama de llaves. «NO VUELVA NUNCA.» ¿Sería una advertencia de la crueldad de Edith Mason?

Las abejas notaron su presencia cerca de las colmenas y eso suscitó una actividad frenética. El zumbido en las habitaciones de las abejas se transformó en un estruendo furioso. El pánico se apoderó de Catherine, que saltó hacia el sendero improvisado a través de la maleza. Si las abejas se sentían amenazadas y se enfadaban, podría regresar más rápido a la casa por ese camino.

Sin embargo, se detuvo y se puso a toser cuando se vio envuelta por un espantoso hedor a

putrefacción. Se encogió al pensar que podría haber el cuerpo muerto de una criatura oculto en los hierbajos; un animal que había escogido aquel lugar para morir.

Catherine dejó atrás las colmenas moviéndose todo lo rápido que pudo a través de obstáculos que no veía, a trompicones y conteniendo el aliento. Al pasar por delante de la última colmena de la fila se dio cuenta de que el hedor no venía de la hierba, sino de las mismas colmenas, y de que lo que zumbaba frenéticamente en su interior eran moscas y no abejas.

Las moscas, que se agitaban como átomos una vez que estaban en el aire, salían de las colmenas putrefactas y volaban en dirección a la casa.

Catherine corrió hacia la casa por el sendero de hierbas pisoteadas. Divisó la puerta trasera, sencilla y de madera, junto al ventanuco del taller de Mason. La puerta debía de dar al pasillo.

Cuando el espantoso olor a micción se atenuó, también lo hizo el estupor de Catherine. Las colmenas debían de estar atestadas de sobras de comida de la cocina. Seguramente había olido restos de faisanes y trozos de carne que estaban incubando en las viejas colmenas. Lejos de allí no había basura ni tenían los medios para visitar vertederos.

Pero ¿por qué mantenían las colmenas cerca de donde vivían si estaban llenas de moscas que criaban en sus fétidos confines? ¿Y quién era el hombre de blanco? ¿Para qué quería las colmenas? Se imaginó el oscuro interior repleto de gusanos pringosos y se le revolvió el estómago. Presenciar una escena violenta no la habría puesto más enferma. Las moscas, la putrefacción, la Casa Roja era un atentado contra la decencia. No podía seguir allí. Tenía que marcharse inmediatamente. Recogería sus cosas y se iría.

La decisión de marcharse mitigó su ansiedad, como si una válvula se hubiera abierto repentinamente para liberar una gran presión y eso le produjera una sensación de placer. Todo en aquel lugar era enfermizo, tóxico, estaba herido y era infeccioso. Era un lugar maligno. Existían los sitios así. Lo sospechaba desde hacía mucho tiempo y ahora tenía la confirmación. La Casa Roja había corrompido el pueblo hasta matarlo. La casa y el pueblo habían fallecido y había que sepultarlos, pero se resistían a ello. Y ahora se habían filtrado en ella como un veneno.

Los pensamientos revoloteaban incesantemente dentro de su cabeza, zumbando y cambiando de dirección con la misma velocidad que las moscas que la perseguían a través del devastado jardín. Hasta que de repente se sintió observada. Levantó la mirada, como si alguien acabara de gritar su nombre.

Se quedó inmóvil y atisbó una carita blanca en una de las muchas ventanas con los vidrios oscuros debajo de unos arcos que parecían cejas en gesto de desaprobación.

«¿Edith Mason con una peluca negra?» No, le había parecido un niño.

La cara retrocedió rápidamente, o tiraron de ella, pero a Catherine le dio tiempo para ver que llevaba puesta una máscara, o que era de trapo. Sus facciones blandas y apretadas contra el cristal le habían parecido planas, y la boca negra y abierta expresaba sorpresa. Unos gruesos tirabuzones de cabello oscuro que caían de una cinta de encaje le habían conferido un aspecto infantil, de niña. Por lo tanto, ¿había visto una muñeca? La cara la había mirado desde una ventana de la segunda planta, la que estaba junto al ventanal que había al final del pasillo; es decir, desde la ventana de su habitación. Alguien había apretado una muñeca contra la ventana de su habitación.

«¿Maude? Pero ¿por qué?»

Maude la había visto en el jardín. Y sabía que había descubierto las moscas y dónde y cómo conseguían los restos de comida de la cocina. Tal vez.

El miedo consumió toda su energía; estaba temblando. Intentaban asustarla, desorientarla y

volverla loca. Tan loca como lo estaban ellas. Esas mujeres no estaban en sus cabales, estaban trastornadas, eran unas personas siniestras. Leonard se lo había advertido, pero no con la seriedad necesaria.

La puerta trasera no estaba cerrada con llave. Se quitó las zapatillas empapadas y se adentró por el pasillo; en el suelo había extendidos unos sencillos paños. Vio el resplandor rojizo del vestíbulo en el otro extremo, pero hasta llegar allí el pasillo estaba sumido en tinieblas.

La primera puerta de la derecha era la del taller de Mason. Su cámara seguramente seguía allí. La recuperaría, luego iría a buscar las maletas y el ordenador a la habitación y se marcharía sin despedirse. Volvería a su apartamento: su hogar, su refugio.

El hedor de los productos químicos era abrumador. Se imaginaba a las moscas zumbando y conservaba el regusto de la corrupción de las colmenas. Dentro de su cabeza, unas figuras con los cabellos largos y lacios aparecían una y otra vez frente a ventanas sucias de habitaciones húmedas.

«Se acabó.»

La puerta del taller de Mason estaba abierta, quizá para ventilarlo después de que ella vomitara. Vio los tarros de los productos químicos y las fórmulas, los truculentos ganchos y herramientas, la mesa de trabajo y la espantosa bañera galvanizada. La cámara estaba donde la había dejado. Todo seguía tal como lo recordaba salvo una cosa, algo que no estaba en su primera visita.

Catherine se acercó al objeto y caminó alrededor de él. Con la pequeña porción de su cerebro que no estaba invadida por la ansiedad, intentó averiguar qué era.

Tenía el tamaño de una persona adulta y estaba tallado en un bloque de madera de balsa en el que se había esculpido a mano un torso femenino. El busto era un poco tosco y se estrechaba en la cintura. La figura terminaba mediados los muslos y estaba apoyada sobre una especie de trípode de hierro. Los brazos de paño estaban conectados mediante un arnés de metal y lona acoplado a la espalda. Sus manos eran de cerámica y los dedos desportillados colgaban inertes. Catherine se las imaginó aplaudiendo y se estremeció.

¿Habían colocado allí aquel objeto para confrontarla con ella por alguna razón insondable? ¿Se trataba de otro desagradable obstáculo en su camino? Catherine se apartó de la estatua y cogió la cámara.

Un débil chirrido de ruedas llegó desde el pasillo y Catherine se sobresaltó. Se volvió hacia la puerta por la que ya entraba Edith Mason.

La anciana se aferraba con las manos enguantadas a los reposabrazos de la silla de ruedas, como si estuviera furiosa o luchara contra una fuerza que quería arrancarla del asiento. Tenía un aspecto horrible, estaba demacrada y ojerosa. La capa impermeable que llevaba tendida sobre la pesada falda de tweed empequeñecía su frágil cuerpo. Lo que se veía de su atuendo le recordó a Catherine a la ropa que usaban las mujeres que iban en moto antes de la guerra, la Primera Guerra Mundial.

El fantasmagórico rostro blanco volvía a estar coronado por la espantosa peluca recogida como si fuera una enorme hogaza. Maude, con una expresión especialmente simiesca y su peinado varonil, miraba con ferocidad a Catherine desde la penumbra que se extendía detrás de Edith.

La señora Mason escudriñó a Catherine con sus ojos vidriosos y el gesto de desaprobación.

—¿Ya ha visto todo lo que quería?

—He vuelto a por la cámara.

—¿En qué estaba pensando? Hemos estado buscándola. No la encontrábamos por ninguna parte.

—No era necesario. Solo quería respirar un poco de aire fresco. —La imagen de las dos horripilantes mujeres buscándola, una empujando a la otra bajo la lluvia, hizo que tuviera ganas de gritar.

—Nadie debe salir de esta casa tan poco preparado. Maude le preparará un baño. Y luego proseguiremos con los arreglos. Su ropa está destrozada y ha llegado el momento de que se ponga algo adecuado. El festival es el espectáculo culminante de nuestro calendario local y no se tolera que ningún invitado de la Casa Roja asista con ese aspecto. Sígame.

La información, la orden, o lo que quiera que fuera aquello llegó de sopetón. La voluntad que había detrás de esa voz era indómita, arisca y estaba próxima a la rabia. Catherine volvía a estar atrapada, coaccionada por unas poderosas corrientes sociales que no podía evadir y que eran muy superiores a ella. La cara blanca y la voz horrendas de Edith Mason invadían su cabeza. Parecía imposible resistirse a aquella mujer o negarle nada.

—Si no le importa...

—Maude le preparará la bañera de la segunda planta.

—Tengo que volver.

—¡Volver! ¿Volver a dónde?

Catherine tragó saliva para deshacer el nudo que siempre se le formaba en la garganta delante de aquellos ojos con los cercos rojos.

—Tengo... Me gustaría volver a mi casa ahora.

Edith sonrió con lo que pareció un deleite aburrido ante sus muestras de resistencia.

—Va a morir de un resfriado. Está temblando.

—Estoy bien. Yo...

—Ya está todo dicho. No tenemos mucho tiempo para prepararla. Ya soy demasiado vieja para volver a pasar por todo esto y no tengo tiempo para su tozudez. Su falta de entusiasmo decepcionará a todos.

—¿A todos? He estado en el pueblo. Está vacío.

—¿Vacio? —Edith volvió su gesto ceñudo hacia Maude—. ¿De qué habla?

Maude miró fijamente a Catherine con una expresión de desaprobación en la que había una leve nota con compasión.

—Los preparativos de nuestras tradiciones locales requieren mucho tiempo. Y todos la esperan con ilusión. Sería egoísta e insensible defraudarnos a todos, ¿no cree?

—Señora Mason, por favor. Llevo aquí dos días y todavía no he comenzado la tasación. Hay otras cosas que yo...

—Ya tendrá tiempo para admirar nuestros objetos. Después del festival. Ahora, vamos, querida. No estoy acostumbrada a repetirme.

—¿Para qué necesita medir mi cabeza?

Catherine volvió a bostezar. El sueño tiraba de los bordes de su consciencia y suavizaba las aristas. Maude le daba pequeños tirones y empujones con sus fuertes manos para obligarla a mantenerse erguida cada vez que ella notaba que comenzaba a encorvarse. Estaba harta de disculparse. «Lo siento», decía cuando se balanceaba. «Lo siento», decía cuando se le cerraban los ojos del sueño. «Lo siento», decía cuando levantaba un brazo para taparse la boca cuando bostezaba.

El aire del campo y los seis kilómetros que había caminado para ir al pueblo y volver de él la habían dejado exhausta. El baño caliente que tomó en el cuarto de baño de Edith Mason fue precedido por un plato de caldo de cordero que devoró con un trozo de pan casero en el comedor. La medicina que Maude le había metido en la boca con una cuchara estaba amarga, pero le había hecho entrar en calor inmediatamente. Y ahora había dejado de moverse; la cabeza y el cuerpo le pesaban mucho y solo pensaba en dormir. En sus adormilados pensamientos rondaba la preocupación por sentirse tan cansada y débil; no le quedaba más remedio que correr el riesgo de provocar un conflicto por saltarse la cena y acostarse temprano.

—Lo siento, pero... estoy muy cansada. Necesito...

—Ya queda poco, querida. —Edith miró a Maude, que se afanaba detrás de Catherine, y apremió al ama de llaves para que se diera prisa con un simple fruncimiento de las cejas—. Y luego la llevaremos a la cama. Necesita descansar después de su estúpida excursión de esta mañana.

La voz de Edith Mason se suavizó hasta adquirir un tono casi balsámico, como si el hecho de ver a Catherine de pie delante del espejo ovalado, como si fuera una hija vestida de novia, la tranquilizara.

Y Catherine casi agradeció que su anfitriona le permitiera dormir. Se acostaría, echaría una cabezada y luego retomaría... no, comenzaría la tasación... No... luego se marcharía. Sus pensamientos se confundían y se diluían sin dejar rastro.

Las dos mujeres la habían escoltado desde el comedor hasta el cuarto de baño de la segunda planta. Después la habían ido a buscar para llevarla de nuevo a la planta baja. Catherine se había sentido como una paciente en un viejo hospital: un sinfín de escaleras, de puertas cerradas con llave, delantales y faldas largas agitándose en el aire, ruedas girando...

Y el vestido que ahora llevaba puesto estaba esperándola en un maniquí de madera en la «sala de costura» de Violet Mason. Una habitación cerrada con llave al lado del taller de M. H. Mason.

Pegadas contra una de las paredes de la habitación había una multitud de cestos de mimbre rebosantes de vestidos, debajo de unos estantes donde se acumulaban botes de pintura y materiales de artesanía. La carpintería también había sido una de las habilidades de Violet Mason, algo inusual en una mujer de su época. Las herramientas antiguas y la mesa de trabajo

todavía llena de bramante y pedazos de madera, botones y telas, evidenciaban que en aquella sala había acometido complejos trabajos para colaborar en plasmar la visión de su hermano.

Catherine tenía la visión nublada, así que se concentró en el vestido y agachó la cabeza para mirar el algodón bordado. Lo dató de la década de 1920, con las mangas hasta los codos y recto en la cintura.

—Es el único que le quedará bien. Mi madre era una mujer menuda. Usó este vestido cuando estaba embarazada de mí.

Catherine estaba demasiado somnolienta para sentirse ofendida, aunque el insulto contribuyó a despabilarla lo suficiente para fijarse en el olor que desprendía el vestido. La antiquísima prenda olía a perfume rancio atrapado en una tela de una calidad magnífica y al mueble de madera donde había permanecido guardado durante décadas. La tela estaba inmaculada, pero había adquirido un tono marfil a lo largo de las costuras y en los bordes de los encajes.

Le disgustaba el efecto transformador del vestido en el espejo oscuro. Veía reflejadas sus piernas desnudas y el cabello despeinado que se había secado sin darle forma, iluminados por la luz cobriza de la bombilla que tenía justo encima. El vestido disminuía la conciencia de sí misma, pero también le daba una nueva identidad, como si existiera dentro de una fotografía tomada a un viejo ataúd de cartón después de un funeral, extraída de una colección donde las imágenes bronceadas de hombres con grandes bigotes en uniforme y niñas con lazos y vestidos blancos de repente aparecían ante quien las miraba y le despertaban una sensación primaria de insignificancia que nunca antes había experimentado.

La cara blanqueada de Edith Mason rondaba detrás de la imagen reflejada en el espejo, separada de un cuerpo de ave envuelto en un vestido negro de seda ceñido con cuello de cisne. Maude debía de haber cambiado a su señora mientras Catherine se bañaba en la bañera de hierro fundido, llena de la humeante agua teñida de verde y perfumada por unas sales que Catherine no había conseguido identificar, que estaba esperándola acogedoramente después de comer. Deseó volver a estar sumergida y adormecida en el agua fragante.

Cerró los ojos. Se esforzó en recordar el cuarto de baño para mantenerse despierta. La bañera, que se asentaba sobre unos pies esféricos, no podía ser posterior a la década de 1880. Constaba de una vieja instalación de tuberías de acero con una ducha fijada alrededor de los enormes grifos. Nunca había visto nada igual. En las paredes del cuarto de baño había armarios de caoba tallados y los azulejos tenían flores silvestres pintadas a mano. Era como bañarse en un despacho.

Maude la zarandeo para despertarla.

—Lo siento —dijo Catherine.

Le dolía la espalda y tenía la piel muy sensible. El calor del sol había llegado demasiado tarde y un escalofrío le recorrió el cuerpo. La lluvia siempre le había sentado mal. La ansiedad que mantenía como un ruido de fondo y el agotamiento de Londres había dañado de manera permanente su sistema inmunitario. Quizá el terrible olor del taller y de las colmenas también se había instalado en su interior, la había intoxicado. No tenía fiebre, ni molestias estomacales, pero le costaba tragar. Notaba la garganta caliente y seca.

Necesitaba volver a casa. Necesitaba tomarse un paracetamol y acostarse en su cama. Quería llamar a su madre.

¿Estaba en condiciones para conducir? Quizá después de descansar unas horas en la cama podría escribir una nota y escabullirse. Y volver a casa.

«Antes de que sea demasiado tarde.»

¿De dónde había surgido ese pensamiento? Debía ser más cuidadosa con lo que pensaba.

Le pasaron el vestido por encima de la cabeza para quitárselo y rápidamente le cubrieron el cuerpo con una bata de boatiné.

Maude la ayudó a volver a su habitación como si fuera una anciana que no se valiera por sí misma. Cuando la hubo metido en la cama, Catherine reparó en que el ama de llaves tenía lágrimas en los ojos. Fue lo último que vio antes de que se le cerraran los ojos y su cerebro se apagara y se sumiera en una inconsciencia insondable e irresistible.

—¿Vienes a la casa grande con nosotros, Caff?

Catherine se puso en pie en el interior húmedo de la guarida y rompió a llorar.

En la colina del colegio especial, el niño con la cara de madera pintada cogía de la mano a su mejor amiga, Alice, que llevaba desaparecida tres meses. Una de las lentes de las gafas de Alice destelló a la luz cenicienta de la última hora de la tarde.

Catherine tenía prohibido ir allí. Había vuelto para recordar a Alice.

La última vez que había visitado la guarida, aquel día radiante en el que la luz del sol bañaba la emoción de haber terminado el curso, Alice pasó por el agujero que Catherine había hecho en la valla verde. Ahora estaban en septiembre y solo faltaban cuatro meses para Navidad.

Alice echó a andar por la ladera cubierta de hierba en dirección a la nueva valla que había puesto el ayuntamiento.

—Nos llaman, Caff. ¿No los oyes?

Y esas eran las palabras exactas que Alice le había dicho mientras Catherine servía un té invisible en unas tazas de plástico verdes el día en que Alice desapareció al comienzo del verano. Y las mismas que les había dicho a sus padres cuando volvió a casa orinada y llorando. También eran las que había repetido a la madre de Alice, a las agentes de la policía y a su yaya.

Catherine había oído su voz entonces, como la oía ahora. La canción *Greensleeves* de una camioneta de helados lejana. Llegaba desde aquellos edificios de ladrillos rojos con madera contrachapada en las ventanas.

La primera vez Alice le había dicho: «Yo voy, Caff. ¿Vienes?» Eso fue todo. Atravesó chapoteando el arroyo y trepó por la orilla hasta el agujero de la valla antes de que Catherine pudiera detenerla. La pequeña figura de Alice subió gateando por la ladera herbosa mientras Catherine permanecía paralizada por el miedo detrás de la alambrada. Le había susurrado que regresara: «No vayas, Alice. No. Nos lo han prohibido. No tenemos permiso.»

Pero Alice había continuado subiendo por la ladera hasta el colegio, donde el viento soplaba con fuerza encima de los tejados negros, porque los niños del colegio especial también estaban subiendo por la ladera del lado opuesto en dirección a los edificios. Alice no había visto las figuras harapientas que pretendían encontrarse con ella en la cima de la colina. Y Alice no se había dado la vuelta ni una sola vez, ni siquiera había dado muestras de oír a Catherine, que se había quedado agarrada al enrejado de la valla.

Cuando Alice desapareció de su vista entre los edificios a los que los otros niños habían llegado antes que ella y en cuyo interior se habían escondido, Catherine estaba tan asustada que se había orinado encima. Esa fue la última vez que vio a Alice.

Catherine corrió y se cayó unas cuantas veces hasta que llegó a casa. Luego se encerró en su cuarto y no salió de él hasta que la madre de Alice se presentó allí.

Pero hoy Alice había vuelto. Y se había acercado a la valla verde mientras el niño con la cara de madera pintada que estaba en la cima de la colina observaba desde lejos. Y era Alice de

verdad, con el mismo cabello enredado, la cara pálida y las gafas. La única diferencia era que Alice ahora parecía feliz.

—Hay niños buenos, Caff. Están Margaret y Annie y los demás. Son buenos. Como nosotras. Ven, ven con nosotros, Caff. Tienen cosas muy ricas para comer. Las señoras llevan vestidos y hay flores. Tienen unos ratones que luchan en batallas. Gatas vestidas de princesas. De todo. Allí siempre brilla el sol, Caff. Hay un conejo que habla y un mono con un vestido. Es mejor que aquí.

Catherine despertó y dio un grito ahogado. Una parte del sueño la acompañó fugazmente y luego se diluyó y la dejó pensando que estaban realizándole pruebas médicas, que la veían especialistas, que le diagnosticaban una dificultad para el aprendizaje. Que era tonta, limitada, que tenía un retraso mental.

El acoso escolar en la secundaria fue peor que en la primaria, sobre todo porque las habilidades para atormentarla de los niños aún no se habían desarrollado lo suficiente en los primeros años de colegio. Recordaba que todas las mañanas durante dos años se había encontrado tan mal por culpa de los nervios que apenas comía y pasaba la mayor parte del tiempo del recreo y de la comida escondida en diversos lugares del pequeño colegio.

De niña rezaba y suplicaba, hasta que le dolía la cabeza, para que los niños del colegio especial volvieran y se la llevaran como habían hecho con Alice. Se le había presentado la oportunidad cuando Alice fue a buscarla aquella tarde de septiembre y acababa de revivirla en sueños con la misma claridad que había aquel soleado día. Era la primera vez que recordaba las palabras exactas de Alice.

¿Había estado durmiendo o había sufrido otro episodio de trance? La consciencia se había enterrado tan profundamente en su interior que aún veía borroso el mundo exterior.

Rápidamente se dijo que aquello no eran recuerdos. Eran fantasías infantiles creadas para explicar el secuestro de Alice. Su amiga no había dicho nada sobre la Casa Roja el día que, en su imaginación, había vuelto a buscarla. ¿O sí? No lo sabía.

La vez en la que el niño con la cara de madera había aparecido en el patio para salvarla, la razón por la que todos los niños habían dejado de acosarla de repente, así como el convencimiento de que los maestros le tenían miedo tampoco eran cosas reales. Nada de todo eso era real.

Sintió náuseas en la oscuridad de la habitación, como si su cerebro se hubiera deslizado hacia un lado dentro de su cabeza. Esa sensación había llegado acompañada por un miedo a caerse y la había devuelto al mundo real. Tenía el mentón manchado de lo que supuso que era sangre. Detrás de sus ojos permanecían atrapados los vestigios sólidos, pero confusos, del trance, aunque no era capaz de distinguirlos con claridad.

Notó una punzada de dolor en la espalda y en el cuello cuando se incorporó en la cama y sintió que perdía el equilibrio. Eso o la habitación se había inclinado y la cama se deslizaba por el suelo. No veía sus manos, ni los brazos, ni la cama en la oscuridad.

Se le puso la carne de gallina debajo del largo camisón que le habían puesto. Aceptar esa prenda le había hecho sentirse dependiente, incluso sublimada. Otra cosa para la que había estado demasiado agotada para resistirse. Notó las arrugas húmedas del viejo camisón en contacto con su espalda.

La cama en la que había despertado también estaba empapada en sudor ya frío. Había tenido los ojos abiertos durante un rato antes de despertarse. Sentía en la boca la sensación de que había estado moviendo la mandíbula. Debía de haber hablado o llorado mientras estaba en trance.

El regusto amargo, como de tiza, que le había dejado la medicina de Maude para el resfriado era más intenso. Tragó saliva y le ardió la garganta. La habitación apestaba a madera húmeda y a cerrado.

Buscó a tientas en la mesita de noche la lámpara y el vaso de agua que le había dejado Maude. Encontró con las yemas de los dedos el vaso y tragó el líquido rancio, pero no consiguió introducir la mano por debajo de la pantalla de la lámpara para encontrar el interruptor y no veía lo que hacía. Golpeó sin querer el móvil, que cayó de la mesita y se estrelló contra la alfombra. La pantalla se iluminó con el repentino movimiento y arrojó una pálida luz verdosa sobre la cama mientras caía.

La débil luz submarina bañó una figura oscura que estaba a los pies de la cama, erguida, si bien daba la impresión de que se disponía a inclinarse. Eso o había retrocedido de repente cuando ya tendía las manos hacia ella.

El móvil cayó con la pantalla hacia abajo y la tenue luz de la pantalla se desvaneció y dejó a Catherine sumida en una oscuridad aún más impenetrable que antes.

El miedo le cortó la respiración. Estaba paralizada. Aparte de en los latidos de su corazón, que le parecía demasiado grande para caber en su pecho, no podía pensar en nada más que en la presencia a los pies de la cama, que había permanecido a escasos centímetros de sus pies mientras ella dormía.

Pataleó debajo de las sábanas para ponerse de rodillas y volcó el vaso, que rodó por el colchón, cayó a la alfombra y siguió rodando por el entarimado. El ruido del vaso de cristal deslizándose por el suelo resonaba en sus oídos como si fuera un rodillo estaba triturando el pánico dentro de su cabeza.

Sus dedos agarrotados no conseguían dar con el cuello de la lámpara. Estaba segura de que el intruso se movía alrededor de su cama y en cualquier momento la tocaría en el vacío tenebroso de la habitación. Cuando sus desesperados dedos encontraron el interruptor de la lámpara, la acción de encenderla agotó las fuerzas que le quedaban. Mareada por el miedo, pensó que iba a desmayarse.

Las paredes de color rojo oscuro reaparecieron alrededor de la cama. Catherine se volvió hacia el intruso con un grito formándose en su garganta. Su visión dejó de dar vueltas y se quedó quieta. La figura seguía allí, inmóvil, sin rostro, esperando.

El maniquí de la sala de costura. Y colgado sobre los hombros, colocados como si la cabeza ausente se irguiera orgullosamente, estaba el vestido que Edith había elegido para Catherine para el festival.

Estaba tan aliviada que comenzó a jadear como un perro cansado. Regresó el débil dolor constante detrás de los ojos y la sensación de ardor en la garganta. También tenía náuseas, como si lo que quiera que fuera que tenía en su organismo estuviera dejando de actuar y aparecieran los efectos secundarios.

¿Qué le habían dado? ¿Los ingredientes con los que habían hecho la medicina estaban tan pasados que se habían vuelto tóxicos? ¿Láudano? ¿Una tintura de opio? ¿No dejaba un regusto amargo? La idea de que consumieran opiáceos en la casa no era del todo descabellada. Imaginó unas manos viejas y frágiles vertiendo un polvo blanco en el líquido que había tragado a regañadientes. Pero ya estaba somno-lienta antes de tomarse el «reconstituyente». ¿Eso significaba que también le habían echado algo a la comida? ¿Edith Mason no había comentado algo al respecto sobre Maude?

La silenciosa ama de llaves debía de haber puesto allí el vestido y el maniquí mientras dormía.

Y, en su delirio, Catherine había estado hablando con el maniquí al tomar la imprecisa presencia del busto vestido por una persona que le hacía compañía. Si no estuviera tan asustada se habría sentido idiota.

Se palpó la cara. Su frente y sus mejillas estaban frías. No tenía fiebre. Se sentía como si se hubiera despertado borracha. Pero la debilidad que padecía no mitigaba su desasosiego. No había oído a nadie entrar en la habitación ni recordaba que se hubiera encendido luz alguna. ¿Cómo era eso posible? ¿Y qué necesidad había de llevarle el horrible vestido de premamá, el mismo que la madre de Edith Mason había usado casi un siglo antes, mientras ella dormía?

Estaba demasiado mareada y débil para decidir si se trataba de otra extraña formalidad, otro protocolo de la Casa Roja, o si no era más que otra siniestra táctica para acrecentar su inquietud.

Se dejó caer sobre las almohadas y se acurrucó en la zona de la cama que no estaba arrugada ni mojada, con las rodillas pegadas al vientre y el rostro sepultado entre las manos. Trató de tomar una decisión sobre qué hacer. Con las encías y la lengua ásperas e irritadas por la medicina de Maude, su conciencia fue transitando por una especie de duermevela.

Se incorporó con un grito ahogado y regresó de un episodio de delirio que se parecía inquietantemente a sus estados de trance. ¿Había pasado de un sueño profundo a un estado de trance? Nunca le había ocurrido una cosa así. Esos episodios solo se producían cuando estaba ensimismada, pero despierta.

El segundo sueño insoportablemente real se diluyó, aunque no lo hizo con la rapidez suficiente. A los pies de la cama había habido unas pequeñas figuras en fila. O niños con máscaras. En todo caso, unos rostros que aparecían en su memoria como desagradables fognazos.

Se dejó caer contra el cabecero y se sujetó la cara con las manos para tratar de detener los vaivenes de su visión y los mareos que eso le causaba.

Dos de las figuras le habían sonreído mientras sostenían las manos de cerámica del maniquí. Una era una niña con una gorra raída. La otra tenía la estatura de un chico y el porte de un muñeco. De su pálido cuero cabelludo de porcelana nacían pelos de verdad. Un traje hecho a medida pasado de moda le ceñía las pequeñas extremidades, como si se le hubiera quedado pequeño o como si fuera para un niño de menor edad. La gorra de la niña le tapaba buena parte de la cara y apenas dejaba a la vista el brillo de una barbilla huesuda y una hilera de dientes descoloridos de madera.

Sin embargo, en la pesadilla el maniquí tenía una cabeza sobre los hombros, con la cara blanca y unos ojos negros y húmedos parcialmente ocultos bajo un tul que caía de un sombrero de ala ancha. Éste estaba decorado con flores oscuras, como si fuera un viejo pastel de bodas.

Entre las otras figuras infantiles había visto una cara negra, arrugada y con la tez curtida, con los ojos blancos y una espantosa expresión de avidez en ellos; en su pequeña boca abierta y sonriente había distinguido unos afilados dientes amarillos. ¿Era el simio de la película que había huido con la cabeza de Strader?

Otra de las pequeñas figuras tenía las marcas de un accidente o de maltrato. Su cara de cerámica estaba desvaída y agrietada, y presentaba unos cuantos orificios o cicatrices. ¿Era el maestro de ceremonias?

Del resto de la muchedumbre solo conservaba la imagen de unos bigotes desiguales que descollaban de la cabeza raída de una gran liebre. Debía de ser una máscara que escondía algo aún mucho peor. El rostro oculto debajo de la piel de liebre tenía pintados los ojos de madera, desalineados con los orificios para los ojos del pellejo exterior.

Catherine había tenido la impresión de que detrás de las figuras se agitaban con impaciencia unas colas, que se habían sacudido con entusiasmo cuando ella les habló. Las figuras le habían replicado con unos sinsentidos en verso que Catherine no recordaba en detalle, pero al oír su manera desenvuelta de hablarle le habían entrado ganas de levantarse de la cama y ponerse a brincar por toda la habitación como una niña.

Estuvo temblando un rato mientras repasaba hasta el último centímetro visible de la habitación, hasta que finalmente el impacto del sueño se atenuó y tuvo la certeza de que estaba sola.

Había soñado con las muñecas que viera en el dormitorio de Edith, y en su estado les había dado las siniestras facciones de los títeres de Mason de la película grabada por la BBC. «Por favor, que haya sido eso.» Si había algo en su vida de lo que podía estar segura era de que su imaginación se volvía contra ella en las peores circunstancias.

Ahora sentía que su cuerpo estaba tan disecado como una de las creaciones de Mason. Todavía tenía ese regusto mineral en la lengua y en los labios que le había dejado la medicina que le habían dado, «pero ¿para qué?» Solo notaba ese regusto y quiso quitárselo bebiendo agua. El vaso yacía vacío en el suelo.

Cada paso que daba en dirección al enorme lavamanos le provocaba una punzada de dolor en la cabeza. Se palpó los brazos y la cara porque tenía la sensación de que estaban calientes y blandos, sin embargo en realidad estaban fríos y duros. Su camisón y su ropa interior estaban húmedos. Estaba tiritando. Cogió la bata y se envolvió con ella.

No había agua en el lavamanos ni en la jarra que estaba debajo. Tampoco había grifos. El agua corriente no llegaba allí. Quiso llorar. Necesitaba analgésicos para el incesante dolor de cabeza, no un anticuado y repugnante remedio de viejas compuesto por ingredientes caducados.

Le sobrevinieron unas náuseas que la obligaron a regresar a la cama. Se sentó y miró fijamente la puerta de la habitación. Tendría que salir y buscar el cuarto de baño más cercano, un grifo y un botiquín con medicamentos. ¿Qué hora era? El móvil decía que eran las dos y media de la madrugada. «¿Solo?» Ahora que pensaba en ello, tenía la impresión de que su malestar y sus balbuceos habían durado días. Cerró los ojos. Si la habían envenenado, lo que tenía que hacer era vomitar.

La habían drogado para arrancarla de su vida, del mundo. El vestido del maniquí era su nueva piel, su nueva identidad. Estaban transformándola para convertirla en una de ellos.

«¡Para!»

Tenía un resfriado, un virus. Lugares nuevos, bacterias nuevas.

«Eso es todo.»

«El estrés lo agrava. Eso es todo.»

«Eso es todo.»

Cuando salió de la habitación también tuvo dificultades para encontrar los interruptores de la luz en las paredes que se extendían entre las puertas que recorrían el largo pasillo. Junto al rellano de la escalera había un interruptor, de eso estaba segura, pero durante el día se había guiado por la luz que entraba por la ventana que daba al jardín, situada al final del pasillo. Ahora esa ventana no le servía de nada, así que solo el resplandor que salía por el hueco de la puerta de su habitación y la pantalla del móvil la guiaban a través de la densa oscuridad que se contraía y engullía la Casa Roja. Las tinieblas se habían introducido en la mansión y colmaban los viejos espacios, impregnaban la madera y los ladrillos. Pero la oscuridad también provocaba un cambio en el carácter de la casa, en el que recordaba haberse fijado antes.

Hacía más frío que la noche anterior, como si ahora la casa estuviera abierta a los elementos. Catherine advirtió el olor a humedad en las telas y en la madera, el hedor acre de hongos negros en el yeso reblandecido por el agua, como si la putrefacción del jardín se hubiera infiltrado en el interior de la Casa Roja. Incluso notaba en las plantas de los pies descalzos la aspereza de un suelo que no veía. Tan real parecía el cambio que había sufrido la mansión dentro de los límites del patético halo de luz verdosa que proyectaba la pantalla del móvil que tuvo que cerciorarse de que la Casa Roja era tal como la recordaba, así que acercó la cara a la pared para examinar el estampado del papel.

Cuando por fin encontró el baño, dentro hacía un frío helador. Como si su vida dependiera del agua que le laceró los dientes, se inclinó para beber desesperadamente el líquido congelado que salía ruidosamente del grifo encima del lavamanos. Necesitaba mitigar la desorientación y la sensación de embriaguez en las que le sumían la enfermedad y la somnolencia.

Las tuberías vibraban y repicaban detrás de la pared.

Catherine se encontraba demasiado mal para preocuparse de no hacer ruido cuando salió del cuarto de baño, pero se aseguró de que dejaba abierta la puerta, como había hecho con la de su habitación, para que por lo menos el pasillo recibiera la escasa luz que salía de las dos estancias iluminadas. Así no tendría que caminar a trompicones a través de la espantosa penumbra.

¿Cómo podían soportarlo las dos mujeres? Tal vez la oscuridad fuera un estado más natural que la claridad del día. ¿Acaso las estrellas no eran radiantes deshechos que destellaban lentamente en su travesía hacia la entropía? Por lo tanto, ¿qué venía después?

«¡Para!»

«Aquí no hay contaminación lumínica. Es lo que tiene el campo.»

Cuando llegó al rellano y se detuvo delante de la escalera, abajo se oyó el clic de una puerta que se abría. Enseguida volvió a cerrarse, pero por un breve momento, una luz débil pero tranquilizadora apareció en la planta baja. Catherine aguzó el oído. Se abrió una segunda puerta más lentamente, en un lugar más recóndito del vasto edificio.

«Maude.»

Deseó tranquilizarse con el pensamiento de que el ama de llaves estaba levantada a esas horas de la noche, pero no lo consiguió. ¿La arisca sirvienta le ayudaría de alguna manera que no fuera con otro remedio, o veneno, casero?

Pero esas mujeres eran unas ancianas; debían de dolerles las articulaciones. Maude cojeaba y Edith Mason se movía en una silla de ruedas, así que tenía que haber analgésicos modernos en la casa. Y Catherine debía tomar la dosis necesaria para poder conducir hasta su apartamento. En las casas ajenas a oscuras era necesario tener un objetivo y Catherine convirtió ése en el suyo mientras bajaba el primer tramo de la escalera. Si hacía falta registraría todos los armarios de los cuartos de baño y de la cocina.

Se agarró al pasamanos mientras descendía a la primera planta. El mero hecho de llegar tan lejos la dejaba sin aliento y le producía una sensación de mareo.

Se asomó por encima de la barandilla y vio una pálida luz reflejada en la madera pulida del suelo del vestíbulo de la planta baja. La luz procedía del pasillo de servicio contiguo, donde estaban los retablos, los talleres, quizá la cocina y el dormitorio de Maude.

La oscuridad inundaba la primera planta, pero la pantalla del móvil le proporcionaba una visibilidad de un par de metros, así que por lo menos veía el escalón que tenía delante.

Cruzó el rellano del primer piso hasta el siguiente tramo de escalera, escrutando con ojos implorantes el abismo que envolvía el tenue resplandor de su teléfono, pero lo único que llegaba

a sus ojos eran los destellos de las manillas de latón de las puertas. Cuando ya se disponía a bajar el primer escalón comenzó el movimiento abajo.

Volvió a asomarse por encima de la barandilla y atisbó una pequeña sombra que cruzaba la pálida luz del vestíbulo. El instinto le dijo que era mala idea revelar su presencia.

Y entonces volvió a oír lo que la noche anterior le había parecido un ruido de pasos de algo que correteaba pegado al suelo, persiguiendo, intuía, a la primera figura. Ninguno de los ruidos se parecía al inconfundible sonido del coqueo de Maude. El alboroto le hizo pensar en un pequeño grupo o manada de animales.

«¿Gatos?»

«Ratas.»

Catherine reprimió un grito. Era posible que las ratas invadieran la Casa Roja por las noches. ¿Acaso no las había oído también la noche anterior? Parecía una venganza apropiada contra M. H. Mason por el exterminio que había perpetrado de su especie, pero eso no tranquilizó a Catherine mientras estaba en la escalera.

La pantalla de su móvil se apagó, como hacia de manera periódica para ahorrar batería si ella no mantenía activado el débil resplandor. Y justo antes de que volviera a encenderse, Catherine no tuvo ninguna duda de que unos pasos acababan de anunciar una presencia en la escalera detrás de ella.

Se volvió rápidamente, perdió el equilibrio y cayó cuatro escalones agitando la mano para agarrarse a la barandilla. Antes de que el móvil saliera despedido de su otra mano, la pantalla iluminó la silueta de una pequeña cabeza y lo que podrían haber sido unas manos que se tapaban la cara.

El hecho de que la figura hubiera estado tan cerca de ella era aún peor que lo que creía haber visto. Se puso de rodillas y buscó a tientas el teléfono. Lo agarró y lo sostuvo delante de su cara completamente aterrorizada, como si esperara que le dieran un golpe desde la oscuridad que se cernía sobre ella.

La pálida fosforescencia de la pantalla bañó los escalones de madera vacíos y el pasamanos de la barandilla. Allí no había nada ni podría haberlo habido. Levantó un poco más el teléfono y su propia sombra se extendió por la pared de la escalera vacía.

Una mente enrarecida por la embriaguez en una oscuridad opresiva era capaz de ver cualquier cosa que quisiera. A pesar de que se dijo eso, luchó contra su imaginación para desterrar la visión de una pequeña cabeza que se volvía hacia ella en las profundidades de las tinieblas y la observaba.

El silencio regresó a la escalera. Catherine decidió no obsesionarse y obviar el olor a aire frío del exterior que la rodeaba, que se había introducido en la casa a través de la ropa de alguien. Se asomó por encima de la barandilla, pero ya no vio ni oyó nada abajo. Los roedores tenían miedo de los seres humanos, «¿verdad?». Sujetando el móvil con la mano como si fuera una antorcha y su única esperanza de ser rescatada y sobrevivir, continuó bajando.

Se detuvo en mitad del vestíbulo y alzó la vista hacia la escalera. La oscuridad era absoluta. Se apoderó de ella una sensación de vértigo y de terror cervical a que algo la apresara y tirara de ella hacia el vacío tenebroso. Cuando ese miedo remitió, otro lo sustituyó: lo que quiera que hubiera estado siguiéndola por la escalera podía abalanzarse sobre ella en cualquier momento.

Buscó a tientas los interruptores de la luz en el revestimiento de madera de las paredes. Estaba convirtiéndose en una desagradable costumbre en aquella casa. Sabía que había por lo menos tres interruptores en el vestíbulo, entre las fotografías enmarcadas, pues se había fijado en ellos,

«¿no?». La pantalla del móvil iluminó una de las fotografías, una imagen en blanco y negro de la familia Mason tomada en sus jardines.

En ella aparecían más viejos y demacrados de lo que Catherine los había visto nunca, pero vestían con la formalidad de siempre. La luz del sol se reflejaba en sus ojos con gafas. Violet Mason llevaba un sombrero blanco a juego con el vestido y sostenía un parasol. M. H. Mason vestía un traje negro. Detrás de las figuras rígidas de la familia Mason se veían algunos árboles borrosos, como agitados por la brisa. Lo que la fotografía mostraba del teatro de títeres entre las cabezas de los hermanos también estaba desdibujado, como si los movimientos que se producían en el escenario fueran demasiado rápidos para la velocidad del obturador de la cámara. Un niño o una figura recortada sobre el telón de fondo parecía correr de lado y daba la impresión de que esa parte poco clara de la imagen mostraba un pequeño brazo negro y una cabeza distorsionada.

Durante la visita guiada a la casa con Edith Mason, Catherine no se había detenido a observar con atención la mayoría de las fotografías y ahora lamentaba no haberlo hecho, porque de lo contrario no estaría sola en la oscuridad mirando una.

Se dirigió con los brazos extendidos hacia la entrada del pasillo que conducía a la zona de servicio, débilmente iluminada.

Al final del pasillo, en el lado izquierdo, veía un estrecho rectángulo de luz, como si hubiera encendida una lamparita en una gran estancia con la puerta entornada. Ése era el origen de la tenue claridad que había visto en el vestíbulo desde arriba.

Una ráfaga de aire frío le acarició las manos y la cara, y supuso que la puerta del jardín, que se encontraba al final del pasillo, también estaba abierta a la gélida noche. La corriente de aire frío era demasiado intensa para proceder de una habitación.

La ráfaga de aire se convirtió en una brisa constante. Catherine descartó la idea de que se tratara de una puerta o una ventana abierta al final del pasillo y la sustituyó por la imagen de un portón mucho más grande que estaría delante de ella, en la oscuridad.

La brisa soplaba completamente silenciosa o quizá su respiración ronca sonaba tan fuerte a su alrededor que no le permitía oírla.

Avanzó a trompicones por lo que ahora olía como un túnel sin luz y comenzó a sentirse como si hubiera dejado arriba la Casa Roja y estuviera aventurándose por lo que había debajo de ella. La idea de hallarse bajo la casa era aún peor que el terror que había experimentado encontrándose en su interior. La cada vez más cercana luz de la puerta entreabierta era la única certeza que tenía de que aún estaba dentro de la casa.

—Maude. Maude —dijo con poco más que un susurro. Pero no sabía si estaba revelando su presencia o pidiendo ayuda. Sintió la necesidad de gritar, que competía con otra necesidad de sentarse en un silencio petrificado a esperar lo siguiente que saliera de la oscuridad. Para empezar, ¿qué hacía allí abajo? Debería haberse quedado en la cama.

Con el rostro envuelto en la pequeña esfera de pálida luz que salía de la pantalla del móvil, estuvo a punto de echar a correr hacia la puerta entreabierta. Porque había alguien despierto. Esa era la única motivación que hacía que pusiera un pie delante del otro, rápida-mente ahora.

A pocos metros de la puerta se produjo un aumento de la intensidad del olor acre de los productos químicos, que la golpeó de lleno, le provocó picores en la cara y la obligó a detenerse en seco. El hedor procedía de la entrada de la habitación que era, lo sabía, pero no quería pensar en él, el taller de Mason. ¿Por qué estaba abierta a esas horas? La luz que escapaba débilmente

de la habitación que había al otro lado de la puerta parecía ahora el resplandor de unas brasas o el brillo de una lamparita de escritorio con la pantalla de color carmesí.

Se tapó la boca y la nariz con una mano y asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

Y rápidamente retrocedió. Se oyó gemir y decir:

—Dios mío.

Volvió a echar un vistazo en la habitación tenuemente iluminada por la luz roja y de nuevo vio las vertebras de una espalda doblada en un ángulo que parecía imposible debajo de una piel blanca y sin vida. Las articulaciones parecían a punto de partirse en el cuerpo exangüe de la figura encorvada dentro la bañera galvanizada, la bañera de etanol de Mason. La persona que estaba sentada en su interior debía ser Edith, con la mirada fija al frente.

Sin la peluca de cabello falso y cintas recogida como una hogaza, la parte de atrás de la cabeza casi calva de la anciana estaba justo enfrente de Catherine. Los hombros de Edith eran tan estrechos y estaban tan esqueléticos en los omoplatos, tan definidos, que Catherine se sorprendió de que algo tan consumido siguiera vivo. Sin embargo, lo que más impresión y repulsión le provocó fue la cicatriz de una larga incisión dorsal que se extendía desde la base de la nuca huesuda de la anciana hasta la superficie agitada del agua negruzca.

En la habitación había una segunda persona a la que Catherine no veía, pero a la que oía sorber por la nariz.

«¿Maude?»

Catherine huyó trastabillando por el pasillo tenebroso en dirección a la puerta principal de la casa. En la confusión surreal de su visión incompleta, la imagen de ese cuerpo demacrado tiritando en el agua negra la persiguió. Y no tenía ninguna duda de que prefería morir de frío fuera que pasar un minuto más bajo el mismo techo que esas tétricas criaturas que realizaban unos rituales tan siniestros de madrugada, en una casa infestada de ratas.

Por primera vez desde que había comenzado su relación de amistad con Leonard, se puso furiosa con él.

La gran puerta de la Casa Roja estaba cerrada con llave. Y quien la había cerrado se había llevado la llave.

Cuando despertó, la habitación aún estaba iluminada por la lam-parita.

Catherine se incorporó lentamente y se sujetó la cabeza con las dos manos hasta que se le pasó la sensación de mareo. El persistente dolor de cabeza había desaparecido, así como los temblores y la hipersensibilidad de la piel. Quizá lo que la había despertado eran la sequedad y el nudo que sentía en la garganta, porque volvía a necesitar con urgencia beber agua fría.

Una distancia muy grande en el espacio y el tiempo la separaban del recuerdo de correr por la casa para regresar a la cama. Los recuerdos de la noche anterior eran confusos. Aunque últimamente no había tenido la mente tan despejada, le costaba discernir lo que formaba parte de una pesadilla o un delirio de lo que había sido real. Edith Mason casi calva y la cicatriz habían sido reales. «¿O no?» ¿Los niños disfrazados pertenecían al sueño? ¿Y el maniquí con la cabeza? «Imposible.» Solo podía ser parte de una pesadilla.

El resfriado, sumado a la intoxicación con lo que las ignorantes ancianas pretendían hacer pasar por una medicina, debía de haber abierto una región lejana de su mente. La parte del cerebro que usaba para soñar había acelerado su actividad en el duermevela. Los episodios de trance que sufría confirmaban que era susceptible a eso. Y solo Dios sabía que había experimentado varios de esos fenómenos. Hasta que fuera capaz de salir de la casa y volver a su apartamento no podía permitirse el lujo de considerar otra cosa lo que le había sucedido. Su salud mental dependía de ello.

Descorrió las pesadas cortinas y contempló el cielo añil en el que se disolvía la luz. Rápidamente miró la hora en el teléfono. Eran las ocho de la noche. «No es posible.»

Seguro que eran las ocho de la mañana y los postreros vestigios de la noche estaban rindiéndose al amanecer. La noche anterior se le había caído el móvil de los dedos torpes por la escalera y quizá había reseteado el reloj sin querer.

Se sentía débil e inestable de pie cuando encendió el ordenador portátil que estaba encima del escritorio. Como en el móvil, el medidor de carga de la batería estaba en rojo. Pero había puesto a cargar ambos dispositivos. Recordaba haberlo hecho.

Volvió a enchufar los cargadores en los enchufes de la pared. A pesar de que nunca había tenido cobertura en la casa, la idea de que tanto el móvil como el portátil se quedaran sin batería de repente le resultó insoportable cuando estaba rodeada de tantos objetos vetustos.

Cuando la pantalla del ordenador terminó de cargarse, Catherine descubrió con una terrible conmoción que había pasado durmiendo todo el día siguiente tras la agitada noche.

Eran las ocho de la noche.

Estaba hambrienta y le dolía el estómago vacío. Esa era la razón de su torpeza y su debilidad, de que sus pensamientos luchaban para desarrollarse más allá de las explosiones de lucidez en medio de una nube de perplejidad. Llevaba veinticuatro horas sin apenas beber y sin comer.

La puerta de su dormitorio estaba cerrada con llave por dentro. Temerosa de volver a quedarse a oscuras en la habitación, giró la llave y abrió la puerta. Bajó la mirada hacia la

bandeja de plata, una antigüedad en la que había cubiertos, platos y dos soperas también de plata. Entre la tetera y el recipiente de la mantequilla había un sobre. A su lado vio una sombrerera roja, sobre cuya tapa había un vestido de color crema doblado y un par de zapatillas estrechas y blancas.

Catherine cogió la bandeja y la dejó encima del escritorio de la habitación. Las soperas estaban frías, pero antes se comería el sombrero que volver a probar bocado de algún plato preparado por Maude. Por cierto, ¿dónde compraban la comida? Los alimentos parecían fuera de lugar en aquella casa. Nada, nada en absoluto tenía sentido. En tres días había pasado por el mal trago de ver una película espantosa, la habían aterrorizado repetidamente, la habían perseguido las moscas por los jardines, había sufrido la clase de delirios que se atribuían a los locos... Edith en la bañera metálica. Los olores. Las escaleras.

«Para. Para.»

Había entrado allí como tasadora de antigüedades, pero ese papel parecía ahora tan lejano como irrelevante. No había tasado ni un objeto. Porque todavía estaban poniéndola a prueba, evaluándola. Quizá ningún extraño del mundo exterior podía pasearse tranquilamente por la Casa Roja y largarse con un botín que sería noticia en el mundo entero. ¿O todo esto no eran más que los preparativos?

«Pero ¿para qué?»

La sospecha de que Edith Mason estaba demente creció hasta infundirle el temor de que estaba ante una pavorosa conspiración, como si Catherine hubiera llegado a un acuerdo gracias a algo que le habían explicado someramente o que le habían ocultado intencionadamente.

Reparó en el delicado perfume floral que emanaba de los encajes del vestido de premamá colgado del maniquí de madera, con el que la prenda trataba de introducirse en su cabeza. Deslizó los dedos por el algodón amarilleado del sombrero; las flores de seda que tenía en el borde estaban quebradizas por el paso del tiempo. El chal bordado probablemente tenía cien años y Catherine se estremeció en cuanto lo tocó. Las zapatillas hechas a mano eran tan pequeñas y rígidas que le bastó una ojeada para saber que no daría ni tres pasos con ellas puestas.

Rasgó el sobre y sacó la gruesa hoja que contenía, con una filigrana con las iniciales de Mason. Era el mismo tipo de papel de carta que habían recibido en la oficina y que le habían entregado en mano en su apartamento.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para descifrar el contenido de la nota, escrita por la mano temblorosa de Edith. Cuando terminó de leerla se dejó caer en la cama y fijó la mirada en la ventana oscura.

Mi querida Catherine:

No queríamos molestarla mientras descansaba, pero nos han reclamado para supervisar la celebración de esta noche. Maude le ha dejado la cena. Se ofrecerá un refrigerio después de la representación de Los Mártires de las Varillas y los Hilos, una obra más moderna, del periodo carolino. Confiamos en que se haya recuperado y pueda unirse a nosotros. Nuestro teatro es una maravillosa tradición local, cuyo origen data de antes de que los romanos pisaran suelo británico. Si bien no puedo proporcionarle la fecha exacta en la que comenzó. Mi tío creía saberla y me la dijo, pero ya la he olvidado.

Se han hecho los arreglos necesarios a su vestido. También le hemos dejado un sombrero y un chal. Cuide de las cosas de mi madre, pues no sería fácil reponerlas. Comenzaremos cuando las primeras estrellas aparezcan en el cielo.

*Reciba un saludo cordial de su querida amiga,
Edith Mason*

P. D.: Esta tarde se ha presentado un caballero, un tal Michael. Un hombre muy nervioso e insistente que parecía ansioso por hablar con usted. Le hemos dicho que no se encontraba bien y que estaba reposando. Lo acompañaba una muchacha que hablaba demasiado. No me he que quedado con su nombre, aunque dudo que importe. Los hemos enviado al festival y les hemos dicho que la esperen allí. ¡Le ruego que de ahora en adelante nos informe cuando vayamos a recibir la visita de extraños! Creía que le había dejado absolutamente claro nuestro deseo de privacidad.

¿De verdad estaba allí? ¿Mike había venido a buscarla? La sola idea de que estuviera tan cerca empeoró su estado. No, Mike no había venido para rescatarla porque lo acompañaba una mujer. Ella. Mike había traído a Tara con él. Le parecía un acto de crueldad tan irresponsable que de repente le asaltó la idea de que nunca lo había conocido de verdad y que durante todo el tiempo que había durado la relación solo había sido presa de sus ilusiones. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto? ¿A qué nivel, y de qué manera, eran siquiera remotamente aceptables sus actos?

¿Y a qué había venido? ¿Cómo había encontrado la casa? ¡Leonard! Leonard debía de haberse enfrentado con él y se le debió de escapar. O incluso era posible que le hubiera dicho que necesitaba ayuda, que le tranquilizaría ver una cara conocida, algo así, después de que hubiera llamado con los sentimientos a flor de piel a su jefe al final del primer día. La idea de que Leonard se hubiera entrometido la puso furiosa. Eso significaría que no había tenido en cuenta sus deseos y que se pensaba que sabía qué era lo mejor para ella. Si después de todo por lo que había tenido que pasar Catherine, Leonard todavía quería vender las cosas de M. H. Mason, ella misma empujaría su silla de ruedas hasta la Casa Roja para que se encargara personalmente de la tasación. Había llegado el momento de que su jefe diera un paso al frente porque ella iba a dar un paso atrás.

Ahora Tara estaba en la órbita de la Casa Roja y sus considerables tesoros. De manera que quizá Leonard no había tenido nada que ver en ello. Tal vez Mike le había contado lo que Catherine había ido a tasar allí, los originales de Mason, y ella le había insistido en que vinieran. «Zorra.» Seguro que Tara había oído desde el porche las antigüedades que se conservaban en un estado impecable.

Le había quitado el novio, pero no se conformaba con eso. Mañana por la mañana estaría preparando un documental para la televisión. Mientras ella se veía reducida al delirio, la locura y la paranoia, Tara se había presentado para aguarle la fiesta y echar a perder la exclusividad de Leonard Osborne.

Catherine se sintió de repente tan acosada que pensó que estaba condenada. Su pasado, sus episodios de trance y sus enemigos parecían haberse reunido allí, formando una masa horrible y crítica con el propósito concreto de destruir lo que quedaba sano dentro de su cabeza. Notaba una poderosa fuerza controladora detrás de su vida que planificaba meticulosamente su derrumbamiento. Quizá siempre había estado ahí, como sospechaba a menudo, y ella no era más que una desventurada marioneta en una cruel obra que había comenzado el día en que nació y que fue repudiada por su madre biológica.

«Ay, Dios mío. Ay, Dios mío.»

Se sentía inestable, peligrosamente volátil, como si fuera capaz de hacerse daño solo con su la

frustración que sentía.

Ropa, maleta, cámara, ordenador, móvil. «Chica, recoge tus cosas y lárgate.»

«No, espera.» Si huía en el coche tendría que pasar por el horripilante pueblo y el festival. Pero no había otra manera de salir de allí. La Casa Roja era una trampa al final del camino; el pueblo era la puerta.

Todos querían que asistiera al festival. Necesitaban un bufón, una atracción estelar de la que burlarse, a quien traicionar y engañar.

Pero ¿quién iba a haber allí? La idea de un festival en aquel lugar era a todas luces ridícula. Otro delirio de las dos ancianas chifladas que, si no la habían drogado, por lo menos sí habían empeorado intencionadamente su estado para obligarla a permanecer allí. Por lo que había visto, o creído ver, de los habitantes del pueblo, no parecían unos seres en condiciones de asistir a algo que no fuera su propio funeral.

Catherine recogió apresuradamente sus cosas y luego fue a la cómoda para sacar la ropa.

Los cajones estaban vacíos. Su ropa había desaparecido. Había guardado la ropa sucia en una bolsa de tela y tenía ropa limpia para otro día. Se volvió hacia el espantoso vestido blanco que envolvía el torso del maniquí y reprimió un sollozo. Se dejó caer en la cama al lado de sus cosas y se pasó los dedos por la cara pálida.

Debía mantenerse fuerte y no tomar malas decisiones. «Estás enferma y sola, así que no puedes permitirte.» ¿Acaso no lo había aprendido ya por las malas? ¿Y ahora estaba sola en la Casa Roja?

Esa noche se transformó en la mujer de blanco. Se había convertido en un espíritu etéreo de otra época, descalza como una pilluela, que participaba obligada en una representación teatral porque la casa parecía decidida a convertirlo todo en una obra dramática.

La esperaban en el festival, donde el resto del elenco y el público se habían reunido, pero no se presentaría allí. Atravesaría a toda velocidad el pueblo en su coche y se marcharía sin mediar palabra. Estaba dispuesta a dejar atrás todo si era necesario, incluso a Leonard, quien la había introducido en aquella locura y quizá había devuelto las serpientes a su vida. Incluso podía desaparecer. A menudo había fantaseado con esa idea, como si ese acto desesperado no fuera una tragedia, sino que presentara grandes oportunidades de cambios en su vida. Era el momento de improvisar, de romper en mil pedazos el guion.

Pero antes de irse exploraría aquella terrible y vieja casa para comprenderla, para despojarla de todo el misterio que la rodeaba. Quizá Edith Mason había dispersado la verdad como si fueran migas de pan, pero se le había presentado la oportunidad de conocer mejor la Casa Roja y tratar de comprender el desequilibrio de sus ocupantes. Por el bien de su propia salud mental a largo plazo, no podía correr el riesgo de que su mente quedara atrapada bajo aquellos tejados puntiagudos.

Además, tampoco podía negar que seguía cautivada por el misterio, por la mera imposibilidad de que existiera un lugar así en el mundo moderno. Necesitaba saber cómo era posible que hubiera una casa como esa. Aquí, la casa aún estaba aquí. Así. Con Edith y Maude dentro. Las dos parecían una fachada que ocultaba lo que había detrás, entre bambalinas.

«Pero ¿qué?»

Se dijo que entraría en toda aquella habitación cuya puerta no estuviera cerrada con llave.

Catherine se paseó por la Casa Roja y encendió todas las luces que encontró a su paso. Estaba decidida a no dejarse asustar. Estaría tan atenta y concentrada como sus enemigas. Había llegado el momento de invertir la marea de miedo y perplejidad que había estado acechándola desde su llegada a la casa, y durante toda su vida.

La débil presión que todavía sentía en la cabeza, a pesar de que el dolor remitía, le obligaba a entrecerrar los ojos. Aún no había recuperado del todo el sentido del equilibrio y una capa de sudor enfriado le cubría la piel. Sin embargo, siguió recorriendo los pasillos. En su estela, las luces pulían y barnizaban la madera de las paredes y del suelo de la segunda planta y le conferían un tono de color rojo sangre.

En el segundo pasillo, el que conducía a la escalera, encontró tres habitaciones que no estaban cerradas con llave. Todas ellas estaban vacías de vida y llenas de tesoros que no se habían utilizado desde la muerte de M. H. Mason; espacios que aguardaban en semioscuridad a unos invitados que nunca llegaban.

Sin miedo a recibir una reprimenda, entró en el dormitorio de Edith Mason, que también se habían dejado abierto. Quizá nunca lo cerraban con llave para facilitar el acceso de Maude

cuando tenía que ayudar a su señora.

Catherine fotografió el muro de rostros de muñecas. Aquellas caras, con los ojos abiertos, impasibles, con su expresión sin vida en madera, tela y cerámica, habían vigilado a Edith desde que era una niña.

Al abrir los dos grandes armarios y los cajones de la cómoda, Catherine confirmó su sospecha de que Edith Mason solo poseía ropa que databa de antes de la de Segunda Guerra Mundial. Seguía imitando el estilo impecable de su madre y su tío incluso muchos años después de su muerte. Pero ¿también había vestido la ropa de su madre cuando ella vivía? ¿De verdad Edith Mason había permanecido tanto tiempo recluida en un solo sitio, sin sentir la menor curiosidad por lo que se extendía hasta el infinito más allá de sus jardines? Al parecer, sí.

Catherine fotografió los vestidos y el contenido de los cajones. De esa manera tendría en su poder imágenes y pruebas para sí y para los demás de que no estaba loca. Todo eso existía. Existía de verdad.

Después de apagar la luz del dormitorio de Edith Mason, la siguiente habitación que inspeccionó desde la puerta le produjo una honda impresión y Catherine precisó toda su fuerza de voluntad para no gritar. Le resultaba completamente imposible entrar en el dormitorio infantil.

Diez camitas dispuestas en dos filas de cinco, rodeadas por unas paredes pintadas a mano con escenas de animales vestidos como personas. Criaturas que tomaban el té, que navegaban en botes, que hacían volar cometas y que corrían entusiasmados en grupo, con los blancos ojos desorbitados y los piecitos como garras, detrás de las ratas.

La única diferencia importante que notó con respecto a su visita anterior al dormitorio infantil fue que ahora las camas estaban vacías. No solo eso, sino que estaban perfectamente hechas, lo que sugería la idea de que llevaban mucho tiempo así. Tampoco estaba el baúl de piel antiguo, ni había rastro de las botitas de piel y las zapatillas de seda que había visto a los pies de cada cama.

La ausencia de las siniestras creaciones de Mason tranquilizó a Catherine, pero solo de manera superficial, porque recordó la impresión que había tenido la noche anterior de que unas figuras pequeñas la seguían por la escalera y poblaban los espacios tenebrosos de la planta baja.

«¡No!»

Alguien se había llevado las marionetas para utilizarlas en algún horripilante espectáculo en el festival, se dijo Catherine, paralizada en el hueco de la puerta de la habitación. Y se lo repitió. Esa segunda vez sus labios se movieron.

Sacó una foto, cerró la puerta y siguió caminando hacia el final del pasillo, donde se veía un hueco al lado de la ventana en arco que daba al jardín. En el interior del hueco había cuatro estrechos escalones que subían a una puerta de palisandro. La manilla de hierro tenía forma de anillo. Seguramente llevaba a la buhardilla que había debajo de los tejados puntiagudos, con los estrechos marcos en arco de las ventanas que había visto desde fuera. Estaba cerrada con llave. Se pegó a la puerta y escuchó.

¿Eran golpes lo que oía detrás? Lejanos. Tal vez. Sí, una especie de palmadas muy débiles. Golpes de madera en madera. Rítmicos. Debía de ser algo zarandeado por el viento. O un mecanismo. Podía ser cualquier cosa. Se apartó de la puerta cuando le cruzó la mente la imagen de las manos de madera desportilladas del maestro de ceremonias aplaudiendo.

En la primera planta, Catherine se movió con titubeos. Evitó la sala de estar de Edith Mason por un miedo irracional a que los animales disecados se chivaran a su dueña de que había entrado en la estancia sin su permiso.

Echó un vistazo a la sala de juegos, contigua a la sala de estar. Había una mesa de billar que

no se usaba desde hacía mucho tiempo y una chimenea de hierro. La Catherine que calculaba el valor de una casa y su contenido parecía enterrada en un lugar muy profundo, pero intentó salir a la superficie mientras inspeccionaba la biblioteca.

Estaba segura de que cada una de las librerías de estilo Eastlake que alojaban los libros de M. H. Mason podría valer entre quinientas y mil libras. En cuanto a las primeras ediciones que ocupaban los estantes, Catherine no se veía siquiera capaz de comenzar a tasarlas. Había por lo menos un millar de volúmenes.

Deslizó el dedo por los lomos de la estantería más cercana a la puerta: *Preparación de especímenes científicos de mamíferos en el campo*, 1931, Museo de Zoología, Universidad de Michigan. *Instrucciones para preservar especímenes de grandes mamíferos*, 1911, Museo de Zoología Vertebrada, Berkeley.

Al abrir la puerta que había al lado de la biblioteca, Catherine fue recibida por la luz de dos lámparas de escritorio idénticas que estaban encendidas, como si hubiera alguien utilizando la habitación. Era el despacho. Allí había muerto M. H. Mason.

Catherine casi esperaba ver a alguien levantándose de la silla que había detrás de la mesa, o volviéndose desde las librerías que estaban atiborradas de más libros encuadernados en piel y fajos de papeles atados con bramante. Delante de una de las ventanas había una mesa de dibujo orientada para aprovechar toda la luz que entraba a través del cristal.

Olfateó el aire y advirtió un rastro de tabaco de pipa. Leonard impregnaba el aire de la oficina con el mismo olor. Pero ¿cómo era posible que aquella habitación conservara el vestigio del humo de la pipa de M. H. Mason?

Percibió una presencia persistente, la de un hombre severo e intransigente que no toleraría la menor intrusión ni intromisión en un trabajo que había sido enciclopédico y escrupuloso, con objetivos inalcanzables. Un trabajo que al final lo había matado.

Fuera lo que fuera lo que había logrado dentro de aquella casa, Catherine solo veía meros residuos. Una película grotesca, vieja y deteriorada, fotografías mal iluminadas en pasillos penumbrosos, una habitación poblada de mamíferos disecados, colmenas invadidas por moscas verdes, un dormitorio infantil de marionetas que pertenecían a una tradición de la que Edith Mason afirmaba absurdamente que tenía varios siglos de antigüedad. Pero la visión de M. H. Mason era mucho más vasta. Catherine lo percibía, aunque no era capaz de definirlo; se le escapaba cuál había sido el objetivo final de Mason. Todo lo que salía de la boca de su sobrina eran observaciones crípticas, seductoras, engañosas. Y la mitad de lo que decía era pura fantasía. Sin embargo, el objetivo último de Mason parecía empeñado en insinuarle a Catherine de una manera que impedía ser entendido con la lógica.

Sus instintos irracionales le sugerían que sus sueños recientes ofrecían un camino más adecuado para desentrañar el misterio. ¿Era posible que estuviera encerrada en una casa de muñecas gigante? Incluso la habían vestido acorde a ello. O quizá la Casa Roja era un ininterrumpido espectáculo de marionetas en un enorme teatro, en el que los personajes representaban escenas absurdas y abstractas de obras creadas por una mente que había sido brillante, pero que hacía mucho tiempo que había sucumbido a la locura y se había obsesionado con lo surreal.

Cortó de cuajo todas esas sugerencias de su imaginación cuando se dio cuenta de que así debía de ser como los locos consideraban el mundo.

Edith afirmaba que no se había tocado nada en las estancias de la casa desde la muerte de su tío. De ser eso cierto, la pipa, el tarro de barro abierto del tabaco y los lápices pulcramente

ordenados junto a los cuadernos abiertos encima del gran escritorio llevaban en la misma posición cincuenta años. También el vaso de cristal y el contenido que se había evaporado, dejando una mancha marrón en el fondo. Quizá solo el plumero de Maude había tocado algo en aquella cápsula, donde el tiempo se había detenido en el momento en el que su propietario se había quitado la vida.

«Zorras piradas.» Catherine confirmó sus peores miedos cuando vio la mancha oscura que se extendía por la superficie de piel de la mesa. Mason debía de haberse cortado el cuello encima del escritorio. Y la madre de Edith había dejado que la sangre se secara. Catherine tomó una foto y miró a otro lado.

No obstante, había otra cosa que ponía en duda la integridad como conservadora de Edith Mason. Faltaba la navaja de afeitar. Debería haber estado encima del escritorio, o junto a la silla, donde haría ido a parar cuando cayó de los dedos fríos y blancos del suicida. Quizá incluso a Violet Mason se le había hecho insoportable verla y también a Edith.

Su propia familia había fomentado los delirios y la locura perversa de M. H. Mason. Y cuando él murió, los habían mantenido. ¿Por qué? El pueblo agonizante lo recordaba con un festival. ¿Por qué? Resultaba increíble, e increíblemente enfermizo. ¿Dónde residía su poder de atracción? Si la devoción que generaba su legado no nacía de un encanto carismático que ella fuese capaz de determinar o se sustentaba en el empeño del creador en mantener en secreto lo que era claramente retorcido y malsano, y si no se recompensaba la lealtad con riquezas materiales, entonces, ¿cómo era posible que un antiguo capellán del ejército, perturbado, pudiera mantener su dominio sobre toda una región y su único pariente vivo?

Catherine se acercó con cautela al primer armario de madera del despacho. La idea de tocar cualquier cosa del despacho de M. H. Mason le provocaba mareos y la llenaba de una emoción pueril. El armario era similar a los muebles que almacenaban fichas bibliográficas en las bibliotecas antiguas de las universidades. Los cajones no estaban rotulados, pero el superior contenía centenares de cartas. También los tres de abajo. Recorrió con los dedos la superficie de los viejos papeles y sacó unos cuantos sobres al azar.

La mayoría era correspondencia que había recibido de un tal Felix Hessen. El nombre no le decía nada. Eliot Oldwell también aparecía como remitente habitual en el cajón superior. Tampoco había oído nunca ese nombre. Buena parte de las cartas de Coldwell parecían más recientes. Había escrito a Mason hasta una fecha tan avanzada como los primeros años de la década de 1960. Las fichas estaban ordenadas alfabéticamente y las misivas de Coldwell y Hessen ocupaban la mayor parte de los dos cajones superiores. También había un número considerable de cartas enviadas por alguien llamado Samuel Mathers, junto a cuyo nombre estaban escritas las siglas S. R. I. A. Mason había mantenido una correspondencia extensa con un reducido número de personas, pero Catherine no tenía ni idea de quién era ninguno de aquellos hombres.

El armario que había junto al primero estaba lleno de fotografías envejecidas dentro de unas carpetas de cartulina marrón. Catherine sacó una al azar y echó una ojeada a las imágenes. Mostraban la construcción del teatro de marionetas en el jardín trasero, cuando conocía tiempos mejores. Mason debía de estar detrás de la cámara. En todas las fotografías en las que aparecía, Violet Mason estaba vestida como un hombre con un mono de trabajo oscuro y traba-jaba sin mirar a la cámara. La construcción parecía estar meticulosamente organizada, aunque no daba la impresión de que fuera una tarea metódica, y los materiales se amontonaban al lado de unos grandes planos.

Otro fajo de fotografías quebradizas mostraban momentos de las representaciones en el escenario del teatro. Mason y su hermana no aparecían en las oscuras imágenes, así que debían de estar entre bambalinas manejando los títeres. Todas las fotografías estaban tomadas frontalmente, quizá con un temporizador. De la actividad que tenía lugar en el escenario apenas se apreciaban detalles. Los objetos en movimiento siempre estaban borrosos, como si las travesuras de los títeres sucedieran demasiado rápido para la velocidad del obturador.

También había muchas fotografías amarilleadas de la iglesia abandonada que Catherine había visto en el pueblo. Y aún más de los alrededores, con las antiquísimas lápidas y sus indescifrables inscripciones. Se había prestado una atención especial a un rincón sombrío y poco iluminado del cementerio.

En otra carpeta había centenares de fotografías de alguna clase de excavación, o de terraplén, en la ladera de una pequeña colina rodeada de campo, aunque no fue capaz de ubicarla; solo estaba marcada con alguna clase de código que parecía griego antiguo salpicado de números romanos. Sin embargo, daba la impresión de que estaban desenterrando algo. Junto a una cinta métrica, había lo que parecían pequeños huesos y fragmentos de ropa.

El siguiente cajón redundaba en el carácter obsesivo de la colección, aunque las fotografías que se encontraban allí eran de senderos y caminos, capturados desde todos los ángulos, que se extendían por un vasto terreno salvaje. Los caminos se habían marcado con tinta sobre una fotografía tomada desde la cima de una colina, como si fueran surcos en la tierra.

Desesperada por encontrar algo bonito, o una explicación, Catherine hurgó en el siguiente cajón, situado en la parte más baja del mueble. Únicamente encontró carpetas con fotografías del cielo nocturno y la luna en sus distintas fases, como si Mason hubiera escogido la astronomía como una de sus obsesiones durante un enigmático viaje que incluía un teatro de marionetas y el exterminio de miles de mamíferos pequeños. Su manera de abordar cualquier asunto que le interesara siempre era escrupulosa, incluso científica, pero sus objetivos todavía resultaban completamente desconcertantes para Catherine. Nada de todo aquello le servía, no le ayudaba a averiguar lo que quería saber. Cerró con el pie el último cajón.

Entonces centró su atención en el siguiente armario. Su contenido encajaba mejor con lo que esperaba de Mason, pero pronto regresó a una depravación creativa que impresionó tanto a Catherine que dudaba que algún día se recuperara de lo que había visto.

Imágenes de la disección, la extracción de los órganos internos y la eliminación de todo resto de carne de las pieles de lo que sin duda eran animales pequeños atestaban el cajón superior. Catherine había mirado no más de siete fotografías —de cuatro ratas, una ardilla y lo que parecía un tejón desollado encima de una losa— cuando tuvo que apartar la mirada y apretar los nudillos contra los labios. Sin embargo, la última imagen fue la que más le afectó.

En un primer momento estuvo convencida de que Mason estaba disecando a un niño de piel oscura. Pero un examen más detenido, menos condicionado por el horror, reveló que se trataba de un simio al que Mason había fotografiado después de realizarle una larga incisión en la espalda. En ese momento del proceso, de las manos del mono caían unas largas y negras colgaduras de pellejo peludo y los brazos desollados parecían unos largos guantes de carne.

En el reverso, Mason había escrito: «Gibón hoolock de Felix Hessen, del Zoo de Regent Park.» Por lo tanto, quizá se trataba de un encargo privado para disecar un simio.

La conmoción por creer que Mason estaba disecando un niño obligó a Catherine a cerrar el cajón bruscamente.

La colección de imágenes que albergaba el siguiente cajón era igual de perturbadora. Las

fotografías meticulosamente ordenadas mostraban huesos todavía articulados de restos animales, junto con bocetos de extremidades de madera que replicaban el movimiento natural de las articulaciones. También encontró varios álbumes voluminosos, cada uno de ellos dedicado a una parte del cuerpo de las muñecas, todas ellas fotografiadas sobre una tela negra. Dichas partes habían sido separadas del resto del cuerpo de una serie de muñecas caras y realistas de J. D. Kestner y de Simon y Halbig: extremidades articuladas, pelucas de mohair, manos rotatorias, cabezas de cerámica de muñecas sin bizcochar y torsos de porcelana realizados con moldes que semejabán cuerpos de niños. Los clásicos ojos azules y las bocas abiertas con hileras de dienteitos delataban su origen alemán. Después de abrir miles de animales, Mason parecía haber volcado su interés en desmontar las muñecas más sofisticadas de su época.

Las carpetas llenas de fotografías que abrió después de ver las imágenes de las partes de muñecas obligaron a Catherine a proferir un «Dios mío» en la atmósfera ahora asfixiante del despacho, donde el aire estaba impregnado del olor del tabaco de pipa, del papel quebradizo y de la madera pulida.

Una extensa colección de fotografías de hombres amputados de la Guerra de los Bóer, la Primera Guerra Mundial e incluso la Guerra de Secesión norteamericana estaba esperándola, así como bocetos y fotografías de prótesis de hojalata y de madera, junto a sus correas de cuero y los complejos sistemas hidráulicos que replicaban las articulaciones humanas. Catálogos de hacía cien años en los que se mostraban las prótesis más sofisticadas de la época, desde los diseños de Gustav Hermann hasta los de Giuliano Vanghetti se habían colado entre las viejas fotografías médicas.

Mason había alcanzado un dominio de la taxidermia sin parangón en su época, o que nadie había conseguido igualar después, pero era evidente que solo había sido el paso previo a su obsesión con la cirugía real, con la investigación de prótesis para extremidades amputadas y la sutura de heridas en el cuerpo humano.

Catherine ojeó media docena de fotografías médicas al azar y vio todas las muestras de zonas del cuerpo llenas de costuras que quiso. Cerró el cajón con las escasas fuerzas que le quedaban en los brazos.

Incapacitados. Inválidos. Deformados. Amputados. Los horrores del frente. Su propia desfiguración facial. Aparatos ortopédicos, muletas y sillas de ruedas. Todo eso daba vueltas como un espantoso carrusel dentro de la cabeza de Catherine y aumentaba la intensidad de sus náuseas. Mason estaba traumatizado por su experiencia en la guerra y sus pérdidas personales hasta tal punto que ya debía de haber perdido la cordura cuando regresó del frente. Aquí había incubado su enfermedad, había cultivado su visión regresiva a través del arte. Aquí había evolucionado. Pero ¿en qué dirección?

El contenido del penúltimo cajón pareció confirmar su teoría y sacó a la luz pruebas de experimentos de una naturaleza tan íntima y fue tanta la impresión que causaron a Catherine que la convencieron de que cuando abandonara la casa esa misma noche nunca más regresaría.

Entre la abundante colección de fotografías victorianas dedicadas a la mortalidad del ser humano, en la que aparecían familias apesadumbradas vestidas con sus mejores galas, sentadas alrededor del cadáver elegantemente vestido y con el rostro ceroso de sus hijos pequeños, la extraña obsesión de Mason se había vuelto hacia su hermana.

En la década de 1940, de acuerdo con la fecha escrita en el dorso de las imágenes, donde también había textos en griego intercalados con números romanos, Mason había fotografiado a su propia hermana ataviada con toda una variedad de incómodos corsés y corpiños sobre un

fondo negro. A pesar de la expresión seria en el fino rostro masculino de Violet Mason, las fotografías tenían una incómoda carga erótica. No obstante, la composición y el estilo de las fotografías sugerían un propósito artístico.

En ningún momento se mostraba el cuerpo desnudo de Violet Mason, que estaba cubierto desde el cuello por una especie de segunda piel hecha de retales de una tela parduzca que se había utilizado anteriormente para crear los cuerpos de las muñecas, cuando solo las cabezas y las manos de las muñecas se hacían de cerámica o porcelana. Encima de esa ceñida piel de arpillera había varias capas de enaguas que acababan constriñendo y enfundando el cuerpo. La cintura de Violet siempre aparecía estrangulada para realzar la forma del torso.

La hermana de Mason llevaba unos aparatos ortopédicos alrededor de las piernas y unas gruesas botas, como si sufriera alguna clase de invalidez. El conjunto también transmitía la sensación de que era una forma de castigo. Y quizá lo fuera. Edith debía de haber sido una hija ilegítima. Por lo tanto, ¿era esa la reacción de M. H. Mason al hecho de que su hermana hubiera tenido un amante?

En dos fotografías se veía la entrepierna de Violet antes de que su escuálido cuerpo recibiera las innumerables capas de ropa interior y corsés, y ajustados a su abdomen se veían unos pantalones cortos de cuero marrón que daban la aterradora impresión de que no podían sacarse.

Colocados encima de una capa de la tela que semejava piel, los calzones de cuero estaban cosidos a lo largo de la parte interior de los muslos de Violet, de la misma manera que Mason había cosido la piel de un animal alrededor de un cuerpo artificial de madera, o de yeso, como se veía en otras fotografías. Parecía un primitivo artilugio de castidad.

Después de cada sesión debían de cortar o descoser los calzones y la segunda piel. Al menos eso esperaba Catherine.

Lo que Mason le hacía a la cabeza de su hermana era igualmente extraño y siniestro. Siempre aparecía maquillada hasta lo grotesco y su cabello estaba recogido en la intrincada hogaza que Edith había copiado. Catherine sabía, por otras fotografías que había visto de Violet, que tenía el cabello negro y lacio, así que el aparentemente infinito número de fotografías de la cabeza de su hermana demostraba que el elaborado estilo de peinado que empequeñecía su cara huesuda se había creado con pelo artificial y tiras de tela.

Conforme progresaban los estudios de la sección de la cabeza del archivo fotográfico, el rostro de Violet aparecía cubierto por una serie de velos que caían desde las alas anchas de los sombreros Watteau. Debajo del tul, la familia Mason había comenzado a experimentar con unas rudimentarias máscaras que combinaban con maquillaje. La cara de Violet a menudo estaba ceñida por tantas capas de tul que sus facciones se desdibujaban en un estrecho mohín, con la boca formando el pequeño círculo propio de las muñecas.

Sus ojos también estaban cada vez más maquillados, sobre los párpados cerrados, con unas enormes pestañas negras que destacaban bajo las capas de tul. En algunas imágenes llevaba puestas unas máscaras de porcelana que, o bien se habían decorado con cosméticos, o bien eran auténticas caras de muñecas de tamaño real, pero en todo caso siempre estaban ocultas bajo varias capas de velos.

Era como si M. H. Mason, en su obsesión por las muñecas, utilizara a su hermana como un fetiche, o como si tratara de perfeccionar sobre un modelo vivo algo que Catherine prefería no considerar.

Antes de abrir el último cajón, Catherine se preguntó si sería capaz de soportar más. Lo que había comenzado como un registro frenético del despacho se había convertido en una

permanente fuente de consternación.

Hizo acopio de fuerzas, se arrodilló y abrió el último compartimento al mismo tiempo que rezaba mentalmente para que no hubiera más que una colección de patrones de vestidos de costurera.

Catherine se agarró al armario para no caerse de culo y esperó a que se le pasaran los temblores.

Había reconocido inmediatamente los edificios en las fotografías en blanco y negro que se amontonaban en la parte delantera del cajón: el colegio de educación especial Magnis Burrow. El hogar. El colegio especial para los niños especiales de Ellyll Fields.

Era una versión de la institución anterior a la que había conocido ella, con los jardines cuidados y el césped recortado en torno a los caminos, ventanas oscuras alargadas y coches antiguos aparcados enfrente. Pero ¿qué relación tenía Mason con ese colegio, un lugar que estaba a unos pocos centenares de metros de donde vivía Catherine? Rebuscó entre las fotos tratando de encontrar fechas. 1951, 1952, 1957, en números romanos. Mucho antes de que ella naciera. Eso la alivió un poco, aunque no mucho.

En otra carpeta encontró la imagen de un rostro que conocía desde su infancia, la cara de una niña inocente y sonriente, con unos ojos ciegos que siempre la habían aterrado: la pequeña Angela Prescott, la niña ciega de las historias de su yaya, que había sido raptada de Magnis Burrow antes de que Catherine naciera. Ése era el rostro representativo de Ellyll Field, el mismo que la mayoría de sus habitantes habían intentado olvidar.

La fotografía de Angela estaba recortada de un periódico. Como también lo estaban los retratos de Margaret Reid y Helen Teme, sus compañeras en la tragedia, que estaban archivados juntos. Los recortes estaban guardados en un sobre transparente de los que solían utilizar los coleccionistas de sellos. Eran las mismas fotos que su yaya guardaba en una caja metálica de galletas.

La conexión de Mason con las niñas raptadas produjo una explosión de confusión dentro de la cabeza de Catherine, apuntalada por un terror tan helador que se puso a temblar. La conmoción le provocó una sensación de náuseas y suscitó un miedo por su propia seguridad que hizo que se le erizara el vello. Cerró los ojos y respiró hondo para tranquilizarse.

Mason era un anciano cuando las niñas desaparecieron y ya le quedaba poco tiempo en este mundo. Se había suicidado a principios de los años sesenta. Se había cortado el cuello. ¿Era ésta la razón? ¿Se mató por lo que había hecho a las niñas? De los animales había pasado a las marionetas y luego a los niños...

Le vinieron a la mente los gatitos tan monos con sus vestidos. Y el disparatado, pero grotescamente hermoso, mundo de animales disecados y muñecas que había creado dentro de su casa. Su conexión con las niñas desaparecidas de repente le pareció verosímil. En los años cincuenta, ¿quién habría prestado atención a un anciano con porte sacerdotal que tomara fotografías de un colegio?

¿O no era más que un archivero, o un historiador de los acontecimientos locales más curiosos y menos conocidos? «Por favor, que sea eso.»

En las dos carpetas dedicadas a Magnis Burrow no había nada más que pudiera usarse para condenarlo por secuestrador y asesino de niños. Solo los recortes de los periódicos y varias decenas de fotografías del colegio y sus jardines.

Catherine ni siquiera debería estar en ese despacho, había entrado allí sin permiso, pero de repente sintió el deseo de pedir explicaciones a Edith Mason por las fotografías.

Su horror menguó y cedió su sitio a la confusión cuando examinó concienzudamente el

siguiente archivo. Las fotografías estaban montadas en unos marcos de papel con relieves y todas mostraban a otro niño que Catherine no identificó. A juzgar por la calidad del papel y los tonos de las fotografías, supuso que se habían revelado en los años cuarenta. Las fechas escritas en los dorsos lo confirmaron.

La primera imagen era un retrato de un niño sentado en una silla de ruedas, delante de una casita de piedra. Tenía las piernas atrofiadas. El mismo niño aparecía en otras dos fotos sacadas en el césped perfectamente recortado de un vasto y cuidadísimo jardín. En la primera de esas imágenes tomadas en el jardín, el niño estaba solo y sonreía a la cámara. En la segunda estaba sentado y miraba la desdibujada actividad que se desarrollaba en el escenario del teatro de Mason. Por lo tanto, ambas fotografías debieron de tomarse en el jardín trasero de la Casa Roja. Más o menos en los años de la Segunda Guerra Mundial había habido un niño discapacitado en la Casa Roja.

Catherine entrecerró los ojos y escudriñó la borrosa y frenética actividad que tenía lugar en el escenario del teatro de marionetas. Pero los únicos detalles que consiguió distinguir fueron una vieja gorra sobre un rostro impreciso y lo que parecían dos brazos delgados levantados en el aire, por encima de la cabeza de la figura con la gorra. Apartó la mirada, aturdida por una intensa sensación de *déjà vu*.

Las preguntas se apelotonaban en su cabeza sin recibir una respuesta coherente. ¿Sería un hijo de Edith? Quizá había seguido el ejemplo de su madre y había tenido un hijo ilegítimo. No había indicios del padre de Edith en la casa y Catherine, por educación, no se había atrevido a preguntarle por él.

Si Edith era la madre del niño, éste podría haber heredado la deformidad congénita que sufría ella. Pero Edith había vivido para cumplir los noventa años, así pues, ¿dónde estaba su hijo?

En otra fotografía, el niño discapacitado estaba sentado entre Violet y la que supuso que era una joven Edith Mason. Violet llevaba puesto un largo vestido negro que ocultaba sus pies en un extremo y le apretaba el cuello en el otro. Edith estaba vestida casi de manera idéntica; la expresión severa en el rostro de Edith era un calco de la de su madre. Solo el niño sonreía y cogía de la mano pálida a Edith.

Los dedos de Catherine, cuyos temblores era incapaz de controlar, sacaron otra fotografía de la carpeta. En ella aparecían el niño en la silla de ruedas y M. H. Mason, el patriarca, sentado en una silla de jardín. Mason vestía un traje de lino blanco y llevaba puesto un sombrero que no ocultaba del todo el lado devastado de su rostro, ni siquiera con la cabeza ladeada.

Detrás de la silla del niño, Edith, enfundada en su vestido de luto, estaba de pie y envarada. La ausencia de la silla de ruedas daba a entender que de joven no había sido inválida. Su rostro estaba tan pálido y consumido por la desdicha como parecía haberla acompañado sus más de nueve décadas de vida. Catherine se preguntó si la fotografía la habría tomado Violet.

Su fascinación rápidamente se tornó en pánico.

En un sobre separado encontró otras dos fotografías del niño inválido. Esta vez no aparecía ningún miembro de la familia Mason, aunque el niño no estaba solo. Porque al parecer un miembro de la compañía de marionetas de Mason se había unido a él para la fotografía.

«No.» Catherine deseó no haber visto la figura sentada en el regazo del niño como si fuera el ajado muñeco de un ventrilocuo.

El títere era casi del mismo tamaño que el chico, con unas piernas con aparatos ortopédicos tan largas y delgadas como las suyas. Sin embargo, lo más llamativo de la marioneta vestida con un ceñido traje negro era su cara de madera y su cabello largo y negro.

Había visto esa cosa extraña y desaliñada antes, durante los episodios de trance que había sufrido de niña, una vez en el colegio, en el patio, y la otra, cerca de la guarida, al otro lado de la valla verde que Alice había traspasado... ¿Eso significaba que sus trances eran recuerdos? ¿Reprimidos, pero recuerdos reales?

Catherine dejó caer la cabeza entre los hombros e inspiró hondo varias veces para detener los temblores que se habían extendido a sus brazos.

Pero Mason llevaba mucho tiempo muerto cuando ella era niña, unos veinte años. Para entonces Violet también debía de haber muerto o era extremadamente vieja. Entonces, ¿Edith, Maude o sus colaboradores habían llevado aquella compañía de títeres al edificio en ruinas del colegio Magnis Burrow y la habían introducido en su vida cuando ella era una niña de seis años?

Y si la figura con la cara de madera y los aparatos ortopédicos en las piernas, la misma que Catherine había visto de niña, no era una alucinación (porque no podía haberlo sido), tampoco podría haber sido una marioneta, ya que cuando ella la vio no había ningún titiritero.

Por lo tanto, tenía que haber sido un niño de verdad, con una máscara de madera y vestido como una de las marionetas de Mason.

Pero si había habido un niño disfrazado en la Casa Roja en los años cuarenta que se había fotografiado con el chico inválido en la silla de ruedas, ¿quién había llevado el mismo disfraz a principios de los años ochenta, cuando ella lo había visto con sus ojos inmaduros de seis años?

¿También había atisbado una figura similar allí mismo, en el dormitorio infantil? En una de las camas había visto una cabeza, casi completamente oculta bajo las sábanas, con la misma clase de peluca. Se preguntó si habría aparecido en la grabación de la BBC de la obra sobre la ejecución de Henry Strader; no podía saberlo con certeza, ya que los personajes vestían trajes de época y había visto la película tapándose continuamente los ojos.

«Estáis todos locos, locos de atar.» Una terrible sugerencia se apoderó de su mente, que todavía parecía aturdida por las drogas y, con un esfuerzo que incluso le causaba dolor físico, trataba de procesar todas aquellas desagradables imágenes y la información que proporcionaban: ¿La familia Mason había raptado a todos los niños inválidos del colegio Magnis Burrow de Ellyll Fields en los años cincuenta y sesenta? ¿La familia Mason había entablado amistad con los niños abandonados y discapacitados del colegio valiéndose de un intermediario disfrazado y enmascarado? Quizá habían utilizado a otros niños disfrazados de los personajes de la querida compañía de marionetas de Mason para que actuaran como títeres, como salvadores de los indefensos y los vulnerables. El chico de la silla de ruedas a lo mejor solo era uno de esos niños robados, quizá uno de los primeros que raptaron en los años cuarenta.

En sus estados de trance, Catherine había visto lo que había considerado unos niños extraños dentro de los edificios de Magnis Burrow mientras Alice ascendía en dirección al colegio por la ladera cubierta de hierba. No lo había imaginado. No estaba loca. Tenía la prueba en sus manos. Y sus trances podrían ser traumas escondidos en su mente. Su contacto, o su reencuentro, con la Casa Roja debía de haber desenterrado violentamente esos recuerdos. Había una conexión.

Si dos generaciones de la familia Mason habían estado frecuentando el colegio durante décadas, ellos se habían llevado a Alice. Y habían pretendido hacer lo mismo con ella.

Pero entonces, ¿quiénes eran los niños disfrazados de marionetas? ¿Otros niños raptados? ¿Niños vulnerables cuya confianza se habían ganado, reclutados y luego obligados a participar en las enfermizas obras de la familia Mason, en el jardín, durante años? ¿Y utilizados para atraer a otros niños a las fiestas en la Casa Roja? ¿También a Alice?

«Alice...»

Si sus sospechas eran ciertas, no era de extrañar que la familia Mason todavía se escondiera del mundo. Lo cual suscitaba otra pregunta para la que también quería una respuesta: ¿Edith Mason estaba arruinada y necesitaba vender sus pertenencias o estaba ofreciendo una confesión a Catherine? ¿O se trataba de algo mucho peor? Catherine ahora era una mujer adulta, pero había sido una niña que se les había escapado de las manos porque no siguió a Alice a través de la valla. ¿Edith Mason esperaba resolver un asunto pendiente? Era posible.

«Ay, Dios mío. Ay, Dios mío.» ¿Esas dos horrendas viejas habían vuelto a por ella para terminar el trabajo que M. H. Mason, ese secuestrador de niños, había comenzado décadas antes de que Catherine naciera?

¿Acaso ella no había visto también con sus propios ojos a un niño en la Casa Roja, en la ventana, en su primera visita? ¿O había sido una marioneta? Y alguien había apretado la cara de una muñeca contra el cristal de una ventana cuando ella volvía de las colmenas. Quizá no había sido una muñeca y había uno o varios niños en la casa.

¡La buhardilla cerrada con llave! ¡Un sótano! ¿Qué había en realidad en las camitas? Los movimientos por las noches. Una pequeña figura al final de un pasillo oscuro... Lo que había tomado por un truco o un animal.

Catherine se agarró la cara con las dos manos. Se sentía débil, mareada, y quiso vomitar por todo el espantoso despacho de Mason. Era absurdo. No sabía qué pensar. Quizá era ella la que estaba loca en realidad, devorada viva por la paranoia, y solo estaba racionalizando su presencia entre aquellas paredes, así como la conexión de la casa con lo que siempre se habían considerado alucinaciones infantiles. Lo peor de estar loco era no darse cuenta de estarlo.

Más pruebas, necesitaba más pruebas.

Los rollos de pergamino que aún tuvo el estómago para sacar del laberinto de cajas del despacho y desenrollar. Todos estaban escritos en lo que dedujo que sería griego antiguo. Lo mismo ocurría con los cuadernos de notas con las tapas negras de Mason que llenaban una pequeña estantería. Y con los cuatro que había encima del escritorio y en los que había escrito hasta el día de su muerte. El texto, pulcro pero incomprensible, estaba intercalado con fórmulas químicas y lo que parecía trigonometría.

El legado de M. H. Mason no necesitaba un tasador ni una subasta, sino un psiquiatra, y un archivo seguro dentro de un hospital privado, donde la monomanía que su sobrina había confundido con genialidad pudiera ser estudiada en profundidad por especialistas acostumbrados a las sofisticadas expresiones de enfermos incurables.

Catherine regresó corriendo a su habitación y cogió sus maletas. Después volvió a bajar a la planta baja con las llaves del coche entre los dientes apretados.

Antes de alejarse en coche, Catherine intentó identificar el origen de la débil iluminación cobriza que veía en las calles de Magbar Wood. Daba la impresión de que luz salía del interior de las casas, de las que apenas se intuía su silueta, que bordeaban las dos calles que conformaban todo el pueblo. El tenue resplandor parecía irradiar de bombillas poco potentes, encendidas detrás de los visillos, y los cristales sucios de las ventanas que había visto en su última visita al pueblo.

La luz a duras penas tocaba a la gente reunida para el festival y solo muy de vez en cuando un movimiento brusco sugería la presencia de una muchedumbre. El ajetreo era evidente, pues se veía una multitud de figuras, aunque no se oían gritos ni voces exaltadas.

Catherine calculó que habría una veintena de personas diseminadas por las zonas visibles de las dos calles, moviéndose entre las anodinas fachadas de las mismas casas que en su última incursión en el pueblo habría jurado que estaban vacías.

Era un misterio de dónde había llegado toda aquella gente. Teniendo en cuenta su estado de abandono, parecía imposible que todas aquellas personas fueran vecinos del pueblo. Si habían venido desde las localidades vecinas para homenajear a M. H. Mason, Catherine no tenía más remedio que suponer que estaban al tanto de una tradición secreta, y, por tanto, también locos.

Un travesaño metálico pintado de blanco y rojo como un bastón de caramelo bloqueaba el acceso a la estrecha calle que se adentraba en el pueblo. Oculta entre los setos que había a cada lado de la calzada, sus manos desesperadas acababan de pasar por encima de la pareja de bolardos de piedra a los cuales el poste estaba encadenado. En coche no podría seguir avanzando.

Era como si alguien se hubiera anticipado a sus movimientos.

Maude incluso se había llevado sus zapatos, porque Edith no estaba dispuesta a permitir que se marchara. Las piedras se le clavaban en las plantas de los pies descalzos y la obligaron a cambiar de sitio. Mientras se movía por el suelo con los pies desprotegidos, se dio cuenta de que sus probabilidades de llegar a la carretera nacional más cercana eran muy pocas. Apenas si veía sus propios pies, así que mucho menos las señales de tráfico.

Encima de ella, en la gran cúpula de cielo negro, las nubes dejaron a la vista un puñado de estrellas. Catherine se quedó mirando un momento el cielo y se sintió como si estuviera en la cima de una montaña y le faltara oxígeno.

El interminable manto negro le recordó el cielo nocturno que había visto en una ocasión en el norte de España, extraño en un primer momento y demasiado vasto. Un firmamento que le inspiraba una terrorífica sensación de pequeñez, seguida inmediatamente por la repentina conciencia de la insignificancia del propio ser, anulado por un vacío infinito y envolvente.

Como había hecho en su habitación la primera noche, Catherine apartó los ojos del cielo antes de que la revelación la aplastara por completo.

No sabía qué hacer mientras observaba con nerviosismo el pueblo desde la distancia, sin separarse del coche. Había necesitado hacer acopio de toda su fuerza de voluntad solo para

bajarse de él.

Las corrientes de aire frío atravesaban la fina tela del vestido blanco que le habían dejado. Tiritaba mientras se estrujaba el cerebro buscando una ruta de escape. Porque a eso se había visto reducida: tenía que escapar. La pesadilla en la que se había metido en Green Willow, cuando entrara en la descuidada habitación de una pensión atestada de muñecas, nunca terminaría.

No le quedó otra opción que pasar por encima de la barrera y entrar en el pueblo.

Las primeras cabezas que vio estaban coronadas por grandes sombreros. Poco más se veía de las figuras. La gente cambiaba de dirección al acercarse a las ventanas iluminadas y se alejaba.

Catherine quería creer que la multitud se movía por las estrechas calles alrededor de puestos donde se vendía comida y recuerdos. Pero el movimiento de la muchedumbre sugería que estaban interpretando alguna clase de baile, ya que el movimiento de los cuerpos parcialmente iluminados parecía repetirse de acuerdo con una coreografía.

También podía ser que la poca luz, a la que se sumaban sus mermados sentidos, estuvieran distorsionando su visión, pues las personas parecían demasiado pequeñas para ser adultas. «¿Niños?» Cuanto más observaba a la muchedumbre, más intensa era la impresión de que la energía de la gente congregada se parecía mucho a la de los niños que están aprendiendo a andar cuando los sueltan fuera de casa para que jueguen.

Deseó no ir vestida de blanco. Un deseo que crecía con cada paso que se adentraba en el pueblo. ¿Y dónde se habían metido Edith, Maude, Mike y Tara, los únicos invitados que sabía que conocía? Los únicos edificios adecuados para celebraciones populares eran el local de los exploradores y la iglesia.

El deseo de escabullirse hasta el otro extremo del pueblo y continuar caminando hasta donde aguantaran sus pies descalzos era lo suficientemente perentorio para calificarlo de desesperado. Pero tenía que encontrar a Mike. Si sus sospechas sobre el legado de raptos de la familia Mason eran ciertas, tenía que avisar a Mike. Tara podía irse al infierno.

¿Sería capaz de sobreponerse al dolor y la rabia cuando viera a Mike? No le quedaría más remedio, porque Mike había ido allí en coche; en el de Tara, porque él no tenía. Para largarse de allí tendría que encontrar a Mike y a la zorra que lo había acompañado. El coche de Tara debía de estar aparcado junto a la carretera que entraba en Magbar Wood desde el otro extremo de la calle principal del pueblo.

Catherine se dijo, y se repitió, que Edith y Maude no representaban una amenaza, desde el punto de vista físico, siempre y cuando no se tragara nada de lo que le ofrecieran. Pero ¿trabajaban solas las dos ancianas? Eso era lo que debía averiguar. Pensó en el apicultor que la había saludado desde el jardín cuando la vio en la ventana. ¿Y todavía utilizarían a un niño?

«Pero ¿qué les pasó a los niños de la Casa Roja cuando crecieron?»

Tenía que alejarse lo suficiente del pueblo para conseguir cobertura y llamar a la policía. Su historia sonaría absurda, pero ¿qué otra cosa era la casa de la que intentaba escapar? Lo que quiera que ocurriera en la Casa Roja en el pasado, ahora correspondía a las autoridades desentrañarlo.

La dispersa multitud retrocedía a medida que Catherine se adentraba en el pueblo, sonriendo con nerviosismo a las imprecisas cabezas cubiertas con sombreros de, ahora estaba completamente segura de ello, adultos ancianos. En su visita anterior había hablado por lo menos con una mujer mayor. Y era demasiado tarde para que los niños estuvieran en la calle solos. Todas las personas eran menudas porque la edad había encogido sus cuerpos. No obstante, las dos figuras envueltas en capas que pasaron por delante de una ventana iluminada que había a su

izquierda, como si la siguieran, la pusieron nerviosa. Su grosería, incluso en la oscuridad, sugería un acto realizado sin super-visión ni control. Su esfuerzo para esbozar sonrisas cordiales le producía la misma tensión en la cara que cuando tenía que mantener una sonrisa falsa ante un chiste malo.

Al llegar al cruce de las dos calles volvió la mirada hacia la iglesia y el espacio de los exploradores, pero no veía más allá de las últimas viviendas de la segunda calle. De las casas solo se atisbaban sucios muros de piedra y luces cobrizas detrás de visillos tiesos. En el interior, cuando las puertas estaban abiertas, solo había oscuridad.

Se cruzó con dos mujeres que caminaban con paso rápido, con los rostros tapados por un velo, una máscara o maquillados, porque una tez no podía ser tan pálida de manera natural.

Sus esfuerzos para ocultar el rostro no conseguían transmitir la sensación de fantasía ni del comportamiento ilícito asociado con las mascaradas. Lo que inspiraba el atuendo de las dos mujeres era un profundo desasosiego sobre la intención y el fin de la tradición que se celebraba en ese pueblo miserable. Fue inevitable, por mucho que hubiera deseado que no ocurriera, que le vinieran a la cabeza imágenes del rostro huesudo de Violet Mason semioculto debajo del tul.

«No puedes conocerlos a menos que seas uno de ellos.»

Pero ¿qué daño podían hacerle aquellos frágiles vejestorios aunque quisieran?

Dejó atrás la intersección y se dirigió hacia el otro extremo de la calle principal, mirando a un lado y al otro en busca de Mike. Pero su avance se veía constantemente obstaculizado, de una manera que le parecía intencionada, por los cambios de dirección de las figuras encorvadas que se movían más cerca de las casas.

La gente que le impedía progresar parecía cruzarse en su camino cojeando, como si llevara unos zapatos demasiado pequeños para sus escondidos pies. Una observación que oyó, y de vez en cuando vio, aumentada por el repiqueteo de las conteras metálicas de los bastones en el asfalto y el cemento.

Por un horrible momento se le pasó por la cabeza la idea de que era un animal que trataba de esconderse de sus perseguidores, cada vez más agotada frente a la paciente manada que la acorralaba. ¿O estaban ellos tan sorprendidos por ella como lo estaba ella por ellos?

No veía otra razón que explicara la gran agitación de la multitud. ¿O era entusiasmo? Sus esperanzas de que hubiera puestos de venta de comida y recuerdos a ambos lados de la calle no se cumplieron. Por lo tanto, ¿adónde se dirigía toda esa gente?

Al observarla de cerca, Catherine se dio cuenta de que la energía que transmitía la muchedumbre se parecía a la impaciencia que se asociaba con el público en los festivales en la oscuridad de la noche, justo antes de que diera comienzo la actuación estelar en el escenario, lo cual sugería que la gente estaba esperando algo que todavía no había sucedido.

Una mujer cuyos pasos Catherine intentaba seguir entró brevemente en un charco de luz que dejó a la vista una capa de tres cuartos y un cuello alto de estilo Medici. La diminuta cabeza de la mujer quedaba oculta por un peinado Pompadour realizado con el que en el pasado debía de haber sido el cabello de otra persona. Ahora se sostenía mediante una estructura de alambres invisible y se mantenía en su sitio con unas peinetas de carey y lo que parecían unas largas agujas de hierro. Apoyado sobre la elaborada peluca llevaba un tocado de estilo Julieta confeccionado con perlas.

A Catherine de repente se le antojó preguntar quién tenía la autoridad para levantar la barrera para que ella pudiera atravesar el pueblo con el coche y tocó el codo de la mujer.

La anciana menuda cambió de dirección y cruzó la calle. Pero Catherine tuvo tiempo de ver

media cara surcada de profundas arrugas debajo de varias capas de tul negro. A la luz cobriza de la calle, la tez de la mujer estaba tan blanca como la cara maquillada de un payaso.

Catherine se dio la vuelta, porque las tres figuras a las que miró muda de estupefacción también se habían detenido a la vez que ella. Estaba segura de que les había oído cuchichear.

Las figuras se dispersaron a su alrededor, como si temieran perderse algo que había calle arriba. Mientras huían, Catherine vislumbró cuellos de canesú y faldas plisadas que rozaban el suelo. También vio la parte de atrás de una levita con los faldones cortos y una capa corta de punto. Todas prendas que habían estado de moda hacía un siglo.

Toda la gente iba tapada desde la barbilla hasta los pies. Y lo único que distinguía a través de sus velos con dibujos eran manchas blancas. Sus rostros debían de estar embadurnados de maquillaje u ocultos debajo de máscaras incoloras.

En su estela dejaban un intenso aroma a lavanda que no lograba tapar el olor a alcanfor y a humedad propio de la ropa que se pasa demasiado tiempo en un lugar cerrado y húmedo.

—¿Qué...? ¡Hola, esperen! Busco a...

Nadie prestó atención a su súplica. Desde otro lado llegó una risita de burla por su arrebato. Otra persona chistó y quien había reído se quedó callado, pero el que le había reprendido se puso a reír también antes de salir disparado en otra dirección.

«Si se ríen de mí tendrían que mirarse en un espejo.»

Al final de la calle descubrió otra barrera formada por un travesaño rojo y blanco que bloqueaba la entrada al pueblo. Catherine quiso gritar.

Al otro lado del obstáculo se extendía una oscuridad que ni siquiera truncaban árboles, setos o campos bañados por la luz plateada de la luna. Su imaginación le sugirió la idea de que el mundo terminaba en la barrera. Y más allá del travesaño estaba demasiado oscuro para ver indicio alguno del coche en el que Mike y Tara debían de haber venido a Magbar Wood.

Un pequeño grupo de figuras silenciosas que se había reunido junto a la luz ámbar como la cerveza de la última ventana de la calle atrajo la atención de Catherine.

Un anciano que estaba colocado en el centro del grupo daba una serie de curiosos saltos sobre la estrecha calzada. Catherine veía parte de sus cabriolas entre los grandes sombreros de los espectadores. El baile había pasado de moda hacía mucho tiempo, o quizá nunca se había popularizado fuera de los límites del pueblo, y lo poco que podía ver de la cabeza del bailarín estaba en gran medida oculto bajo una peluca negra. Cuando los mechones de pelo se separaban dejaban a la vista unas facciones cubiertas de maquillaje: tenía colorete en las mejillas y unas largas pestañas que le daban un aspecto de anciano travestido. Alrededor del cuello llevaba una gorguera de volantes de estilo isabelino y tenía los ojos cerrados en señal de concentración. Su sonrisa parecía extraída de una farsa de teatro de variedades. Sus zapatos de claqué repiqueteaban rítmicamente en la calzada.

Después de ver más de lo que le habría gustado, Catherine dio media vuelta para volver a su coche. Había decidido que se sentaría detrás del volante y tocaría el claxon. Seguro que Mike lo oiría. Y si quienquiera que dirigiera la organización del festival también oía la bocina, le pediría que levantara las barreras que bloqueaban la calle. Además, dentro del coche cerrado con llave estaría segura.

Sin embargo, su decisión se vio truncada por un repentino ruido de interferencias procedente de otra calle, seguidas por un crujido como del casco de hierro de un barco triturando piedras.

Catherine se tapó los oídos. A continuación se produjo un estallido de música que parecía datar de los albores de la grabación de sonido y daba la impresión de que estaba reproduciéndose

a una velocidad equivocada a través de unos altavoces muy antiguos. Era una fanfarria con un timbre metálico y disonante. A pesar de que los instrumentos sonaban como si estuvieran desafinados, Catherine reconoció la canción *Greensleeves* como si saliera de una camioneta de venta de helados de hacía varias décadas.

La multitud se quedó inmóvil alrededor de Catherine, quien lo achacó a la sorpresa por la irrupción de la música y luego todos se dirigieron hacia la intersección de las dos calles.

La conmoción que le causó la reaparición de *Greensleeves* en su vida hizo que sintiera ganas de sentarse en el suelo y ponerse a llorar. Era obvio que la música ejercía una función de llamada para la gente que había acudido al festival, que se dirigía con sus pies repicando en las piedras del pavimento hacia el cruce a través de la oscuridad del callejón flanqueado por las casas.

—¿Puede decirme qué está pasando? —gritó a punto de romper a llorar a una figura que la rebasó caminando apresuradamente con la ayuda de dos bastones. Le dio la impresión de que la anciana le sonreía detrás del tul que caía desde el ala ancha de su sombrero, pero no le respondió.

Dos hombres encorvados por la edad que se movían sobre sus frágiles piernas pasaron junto a ella.

—Por favor, señor, ¿podría...?

Sus cadavéricos rostros estaban blancos debajo de las alas de unos sombreros de fieltro de un tamaño inadecuado para sus cabezas, y que no conseguían contener la mata de pelo greñudo que caía sobre los cuellos de sus ropas.

Catherine alargó la mano para agarrar del brazo a uno de los hombres, pero rápidamente lo soltó, no solo porque era tan delgado como una flauta de madera debajo de la manga negra, también porque el desconocido chilló y cayó al suelo.

—Ay, lo siento. Yo no quería... Espere, deje que le ayude...

El hombre se puso en pie inmediatamente, ayudado por otro hombre que vestía una levita de tres botones y otra persona cuyo sexo no fue capaz de determinar porque iba embozada en una capa de tweed. Entre los dos levantaron al anciano, que prácticamente había desaparecido en la superficie tenebrosa de la calzada.

—Lo siento mucho —gritó Catherine a la parte de atrás de sus sombreros. Luego se sumó a la corriente de gente, si es que podía definirse así, con la intención de volver a su coche, que se encontraba en la otra punta de la calle. La distancia no era mucha, pero, o bien la multitud tapaba la poca luz que salía de las ventanas de las casas, o bien todas las luces se habían atenuado simultáneamente, lo cual era imposible y solo podría ser producto de su imaginación.

Quizá todavía tenía en la sangre un efecto residual de la medicina de Maude porque, durante unos momentos aterradores, tuvo la impresión de que estaba flotando en un vacío que se movía. La noche no tenía bordes ni límites, no había horizonte y sintió la necesidad de agacharse y pegar las manos al suelo hasta que cesara el sonido que producían los brazos y las piernas de los ancianos al rozar sus ropas anticuadas.

Solo cuando se redujeron los restos de la aglomeración y los más débiles la adelantaron, algunos guiando a sus compañeros para que no chocaran con el obstáculo que representaba su cuerpo, una luz teñida del color del whiskey volvió a iluminar la calle con la intensidad suficiente para que Catherine pudiera moverse sin tener la sensación de que iba a caerse de espaldas.

El mundo que la rodeaba había vuelto a adquirir un carácter espectral e irreal. La medicina de Maude debía de haberse combinado con el frío y la oscuridad, a lo que se sumaban que estaba enferma y que había estado inmersa en un mundo de muñecas antiguas, antigüedades y

taxidermia. Todo eso se había mezclado para contribuir a su desorientación. También se preguntó cuándo empezaría a ver las cosas tal como eran y no transformadas.

Necesitaba tranquilizarse, mantenerse erguida y alejada de las pequeñas sombras que se movían su alrededor. Y tenía que marcharse de Magbar Wood porque la histeria ya se cernía sobre ella.

Cuando llegó al cruce de las dos calles, vio que las puertas de la iglesia abandonada estaban abiertas. Una música de organillo que parecía sacada de un parque de atracciones resonaba en las paredes de piedra del templo y salía a la calle, acompañada por una tenue luz rojiza.

Delante de la entrada del cementerio, a esa luz se sumaba un resplandor bermellón que salía de las puertas del local de los exploradores, como si en ese momento las celebraciones del festival se concentraran allí. Catherine continuó hacia el coche.

Una mano la agarró del codo.

—Esto no sale en la *Guía del The Guardian*.

Catherine chilló.

¡Mike!

—¿Qué demonios haces tú aquí? —soltó antes de pensar lo que decía, cuando lo único que quería era dejarse caer sobre él y llorar.

Mike le soltó el brazo y retrocedió. La sonrisa se borró de sus labios y de sus ojos. Miró primero a otro lado y luego agachó la cabeza.

—Leonard me llamó. Me dijo que estarías aquí, que necesitabas ayuda. Me pidió que viniera y te llevara a casa.

—¿Leonard?

—Lo siento. Lo siento, Cath, no sabes cuánto. Siento... Bueno, olvídalo. Tenemos que irnos de aquí. El coche de Tara está... ¡Te sangra la nariz!

Sus oídos y sus ojos dejaron de percibir el mundo que la rodeaba y la intensidad con la que miraba el rostro pálido y desdichado de Mike la sorprendió. Era como si hubiera despertado de uno de sus estados de trance, uno que había durado tanto tiempo que había comenzado a considerarlo su estado natural y de repente redescubriera su voluntad una vez que el soporífero encanto se había roto. Tenía el mentón y los labios húmedos.

—¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido hacerlo, con ella?

—Lo siento. Lo siento.

—¡Vete a la mierda!

—Escucha, cuando me contaste lo de esa chica a la que atacaste en Londres... Solo contesté sus mensajes porque... quería que me lo explicara. Y me lo explicó. Antes de que lo nuestro fuera a más, quería oír su versión.

—¡Y entonces quedaste con ella!

—Ojalá nunca lo hubiera hecho. Tenías razón. Esa mujer es veneno. Me ha utilizado. Ahora me doy cuenta. Y yo soy un idiota. No sé en qué estaba pensando.

—¡Yo sí lo sé!

—Lo nuestro no iba bien, Cath. Desde... ya sabes. ¡Mierda! No sabía qué hacer. —Tragó saliva para deshacer el nudo de dolor que se le había hecho en la garganta. Pero ¿también era un nudo de tristeza por la traición de Tara o de remordimientos por haber traicionado a Catherine?

—Te has acostado con esa zorra con cara de caballo.

—Yo... Escucha...

Y por segunda vez en su vida Catherine golpeó a alguien en la cara. Pero esta vez no fue un

puñetazo, sino una bofetada.

Catherine se volvió hacia la iglesia como si le ofreciera una esperanza de refugio. Con la visión borrosa y temblando de la emoción que agitaba su cuerpo, tuvo la certeza de que los avejentados y menguados participantes de la tétrica reunión se habían congregado al final de la calle y se habían vuelto en su dirección para observar la discusión de dos desconocidos en los límites de su pueblo.

—Cath, aquí pasa algo raro. Te lo digo muy en serio.

Catherine desvió la mirada de la iglesia. Mike se había acercado tanto a ella que los dos se estremecieron.

—¡No me digas! Tú no sabes ni la mitad.

—Puedes odiarme el resto de tu vida. No espero que me perdones o que vuelvas a hablarme siquiera. Pero vuelve a casa conmigo, ¿vale? Esta noche. Por favor.

—¿Dónde está el coche de esa zorra?

—En la carretera. Al otro lado de esa barrera. Pero no la encuentro. Ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

—Nos separamos. Fuimos juntos hasta la iglesia. Ella entró. Yo no... no quise entrar. No me gustaba lo que veía. Pero aún no ha salido. No la encuentro por ninguna parte. Ella tiene las llaves del coche. Debemos irnos todos de aquí.

—¿Sigue dentro?

—No lo sé. Sí. Tal vez. Vi... No sé. Vi algo muy raro en la iglesia. Horrible. Joder, ¿qué es este sitio? Leonard tuvo que señalarme dónde estaba en un mapa.

—Y aun así la has traído. Me traicionaste con esa zorra y luego la traes. ¿Estabas pensando en su carrera? Porque ella sí lo hacía.

—¿Qué podía hacer? No debería haber dicho nada sobre la casa. Lo sé. Maldita sea, lo sé. Pero le hablé de ella antes de saber lo que estaba haciendo con nosotros. Y entonces ya era tarde. Y quería verla, las antigüedades y esas cosas. Ese tío, Mason, sus animales... Lo conocía.

—Cabrón idiota.

Mike le agarró el brazo.

—De todas maneras, Tara habría venido. Estaba buscando la casa desde que le hablé de los animales. Pero no daba con el pueblo. Aún no me explico cómo lo hemos encontrado. Supongo que por casualidad. Pero necesitaba que me trajera en su coche. Cuando Leonard me dijo que estabas en apuros no tuve elección. No tenía dinero para pagar un taxi desde Worcester. Le dije que necesitaba encontrarte, que lo único que me importaba eras tú.

—¡Mentiroso!

—Todo esto es demasiado complicado.

—Tú lo has complicado.

—A Tara le daba igual. Solo quería llegar aquí para ver la casa. Está loca. Está chiflada. A pesar de lo que nos ha hecho, no le importaba enfrentarse contigo siempre y cuando pudiera ver la casa. —Mike apretó los puños como si fuera a darse un puñetazo—. Mierda. Mierda. Mierda.

Catherine volvió a mirar la iglesia. Los giros acelerados del disco que reproducía *Greensleeves* la envolvían, cada vez más fuerte. Incluso las estrellas se movían en círculo encima de su atormentada cabeza, o eso le parecía.

—¿Esa zorra está ahí dentro?

Le dolía el pecho como si se lo hubiera atravesado un objeto frío y su respiración era entrecortada. Esa noche era la culminación de lo que había comenzado en las cámaras de tortura

del patio asfaltado del colegio de primaria. ¡Por supuesto! Pero por lo menos por fin podía ver el final. A la mierda la terapia. ¿Qué podían hacer un consejero o un médico para detener el destino? Ella había tenido razón desde el principio. Lo sabía. Debajo de todos los momentos de tregua, siempre había sabido que otras fuerzas la guiaban por la trágica espiral de la vida como campos magnéticos que absorbieran agua a través de un conducto, en un descenso circular pero inevitable. Y todo aquel que no lo aguantara y lo sufriera tenía que hacer lo impensable a sus enemigos y por lo menos derrumbarse con la sensación de que se había hecho justicia.

La voz de Mike la arrancó de ese miserable hilo de pensamientos.

—Estaban realizando alguna clase de servicio religioso. Cantaban. Alrededor de una especie de urna de cristal o algo así. Era bastante siniestro. Yo me largué, pero Tara se quedó porque quería encontrar a la vieja loca con la que hablamos en la casa, la de la silla de ruedas. Quería pedirle que le dejara ver lo que había en la casa.

—Edith Mason.

—Eso es, Edith Mason. Tara quería comentarle algo sobre una película. La señora Mason le dijo que estaría aquí, contigo. Pero no la hemos visto y Tara no ha salido de la iglesia. Todo esto es muy raro, Dios mío, este lugar. Deberíamos irnos ahora mismo.

—Las llaves. ¡Las llaves del coche! Tenemos que encontrar a tu zorrita.

—Oye, ya te he dicho que la cagué. Me equivoqué.

—Ya es tarde para eso, ¿no te parece?

—No entres ahí. Yo no pienso hacerlo. Otra vez no. Es... creo que es un funeral, o algo así. No puedo volver a ver a la mujer de la urna.

—¿Qué mujer?

—No sé quién es. Estaba dentro de una especie de sarcófago. Estaba todo iluminado con luces rojas. La vi desde la puerta. Luego las luces se apagaron y la puerta se cerró. Pero Tara aún estaba dentro. ¿Qué pueden estar haciendo a oscuras?

—Dios mío. —Catherine echó a andar hacia la iglesia. Conseguiría las llaves, pero no pensaba mirar a la mujer de la urna. Estaba casi segura de que sería otra de las creaciones de Mason y ya había visto suficientes para el resto de su vida.

—No entres.

—¿Y qué pasa con las llaves del coche, idiota?

Mike se mordió la parte interior de la mejilla. Catherine nunca había visto sus ojos tan desorbitados ni a él tan aterrorizado.

—A la mierda las llaves. Vayámonos caminando. Yo no pienso volver ahí dentro. Me largo.

—¡No tengo zapatos! ¿Cómo quieres que camine?

—¡Joder! Escucha, si nos separamos, te esperaré junto al coche, ¿vale? Está aparcado en aquella carretera, al lado de la barrera. No me iré de aquí sin ti. Este lugar es muy raro. Te esperaré, ¿de acuerdo? ¡Cath! ¡Cath!

—¡Mi héroe!

—Me da igual lo que pienses de mí, pero no te abandonaré aquí. Si vuelves a aquella casa, iré a buscarte, ¿de acuerdo?

Catherine había acertado. Tara había venido. Seguro que embotada por el olor del documental sobre antigüedades de la década, entornando sus ojos reptilianos a la vista de una venganza perfectamente tramada: robarle a Mike y romper su relación. Se presentaría en la Casa Roja y se ganaría la confianza de Edith Mason, como solo ella era capaz de hacer, para frustrar la tasación y la subasta con la promesa de un lucrativo contrato televisivo, todo ello enriquecido con las

mentiras sobre lo que Catherine había hecho en *Handle With Care*. El subterfugio y el escándalo llenarían de júbilo a Edith Mason, cuya existencia solitaria y marcada por la locura se nutriría de otra serie de desdichas de Catherine y de nuevas ilusiones de grandes riquezas que tendría a su disposición a través de Tara.

—La mataré... —El intento de hablar de Catherine se transformó en un sollozo de rabia que parecía capaz de herirla.

Pero entonces sonrió y sintió como si se hubiera liberado de una terrible presión que le oprimía el corazón.

«Déjala. Deja que pierda el tiempo.»

Incluso en el caso de que Edith estuviera en posesión de los tesoros de Rothman perdidos con el hundimiento del *Titanic*, Catherine prefería morir antes que tasar los bienes de la familia Mason. Dejaba vía libre a Tara para que entrara en la Casa Roja. Y para que se quedara con Edith. Pronto todo se convertiría en las pruebas de una investigación policial. Habría cinta amarilla rodeando el porche de la Casa Roja en cuanto encontrara cobertura para el móvil y enviara allí a las autoridades.

—¡Cath! ¡Cath! ¡Cath! —oyó que gritaba Mike a su espalda.

Catherine se apretó la nariz para detener el fuerte sangrado, ahora más intenso, y continuó caminando hacia la iglesia. Sin detenerse, buscó las toallitas húmedas en su bolso y sacó una para limpiarse la cara.

Cuando llegó a la altura de la puerta roja del desvencijado local de los exploradores, en el interior de la iglesia se oyó el ruido de la aguja que se levantaba de un surco del disco. La espantosa melodía metálica de *Greensleeves* cesó de golpe.

En el repentino silencio sonó un portazo a la espalda de Catherine, calle abajo.

Catherine se dio la vuelta para comprobar si su cobarde exnovio la había seguido.

La luz carmesí que salía de la iglesia y del local de los exploradores perdía intensidad a medida que se extendía por la angosta y tenebrosa calle. Pero Mike ya no estaba donde lo había dejado solo unos segundos antes. De hecho, detrás de ella no había nadie, tampoco en toda la calle.

Todo pensamiento relacionado con su exnovio se desvaneció en cuanto vio la urna, y a su oscuro ocupante, que se movía pesada-mente por la sacristía de la iglesia. Una agitada multitud vestida con ropa anticuada lo precedía.

El ataúd fue bajado para pasar por debajo del arco, pero de nuevo se elevó, agitándose, como si sus portadores se hubieran erguido de repente.

A Catherine la urna le pareció un ataúd antiguo, hecho de paneles rectangulares de cristal transparente unidos mediante unas escuadras de hierro. Se trataba de alguna clase de sarcófago, tal como había sugerido Mike.

Lo poco que veía de su ocupante le hizo pensar en un maniquí. Era una figura femenina ataviada con un espléndido vestido negro, sentada en una silla con un respaldo alto; era diminuta y permanecía inmóvil, salvo por los cabeceos que daba cuando la transportaban con cierta torpeza por el camino de la iglesia. No se veía nada de su cara a través del velo negro, aparte de un pequeño óvalo blancuzco.

En Catherine comenzó a cundir el temor de que se hallara en presencia del cuerpo embalsamado de una personalidad local. Otra vez le vinieron a la cabeza imágenes de la madre de Edith Mason, tan poco deseadas como en la ocasión anterior. ¿Habían preservado a Violet

Mason como si fuera una santa y la habían guardado en la desvencijada iglesia? Pero, si había muerto después de su hermano, ¿quién se había encargado de embalsamar su cuerpo?

Entonces se dio cuenta de que no podía ser Violet Mason porque el cuerpo era demasiado pequeño.

Se preguntó si algo de todo lo que había visto desde su primera visita a la Casa Roja le había producido tanto rechazo como la extraña urna de cristal y su marchito ocupante. Intentó convencerse con desesperación de que la figura que estaba viendo era un muñeco de papel maché al que se había puesto un vestido funerario. A menos que se hubiera utilizado a un niño para representar un personaje femenino importante en la tradición del pueblo.

Una especie de carro forrado de seda negra salió a continuación de la iglesia para transportar la espantosa carga.

La muchedumbre hablaba animadamente con unas voces demasiado débiles para que Catherine oyera lo que decían y formó una desordenada columna en la oscuridad, delante de la entrada del local de los exploradores.

Catherine lanzó una mirada a la calle. Mike había desaparecido. Pero aquello era lo que había visto él y que tanta impresión le había causado. Y lo entendía.

Catherine se alejó un par de pasos del local de los exploradores. Pero mientras observaba con una horrorizada fascinación la reliquia, la multitud y su imagen habían formado un círculo alrededor del local y de la iglesia, de manera que cerraban por completo la calle. La muchedumbre transportó el sarcófago directamente hacia ella.

De nuevo, con una horrible sensación de inevitabilidad, Catherine estaba atrapada. Retrocedió para salir del estrecho camino y se metió en el local. No había otro lugar a donde ir. Y nada habría conseguido tentarla para que se quedara donde estaba y la obligaran a mirar lo que había en el interior de aquella urna de cristal. Si no se hubiera movido rápidamente, no habría tenido más remedio que ver con todo lujo de detalles al ocupante del sarcófago. Se habría encontrado cara a cara con él.

Dentro del local encontró varias filas de sillas de madera plegables, más viejas aún que el estrecho edificio que las contenía. La única luz que había era débil y se filtraba a través de los cristales sucios de tres pequeños focos de teatro instalados encima de un escenario tapado con cortinas que había en el fondo.

Catherine avanzó por la última fila de sillas y se sentó en una silla diminuta e incómoda a cierta distancia del pasillo y todo lo lejos que pudo del pequeño escenario de madera cubierto con unas cortinas de terciopelo.

Se mordió el labio inferior y se limpió con una toallita húmeda la sangre que se acumulaba en su nariz. Debía de tener un aspecto horrible: descalza, con el vestido blanco y la sangre deslizándose por la boca. Por alguna razón tenía la impresión de que su espantosa apariencia era la adecuada para el momento.

Tara aún debía de estar allí. Seguramente había estado dentro de la iglesia observando el rito que acababa de celebrarse. No la había visto salir de la iglesia, pero quizá estaba al final de la procesión. Tal vez acompañando a Edith Mason. Si entraba en el local de los exploradores con la multitud, Catherine conseguiría las llaves, iría al coche y se marcharía. Pero ¿cómo haría para que le entregara las llaves?

Cuando se dio cuenta de que le temblaban las manos, las juntó encima del regazo. Quizá la idea de volver a verla contribuía a su parálisis, o tal vez por fin había perdido completamente la cordura.

Todo lo que había visto esa noche parecía excéntrico, pero no suponía una amenaza para una mente menos perturbada que la suya. Era posible que su cordura se hubiera desmoronado y que ahora estuviera atrapada en un círculo de fantasías grotescas que brotaba de su subconsciente. De hecho, sumida en una oscuridad casi total en un lugar desconocido, debía recordar que cualquier cosa podría parecer ser exactamente eso: posible.

Rezó para que solo fueran delirios, que estuviera enferma o drogada, cualquier cosa menos completamente lúcida. Porque si estaba loca, por lo menos lo que estaba experimentando era imaginado y no real.

Y entraron en el local de los exploradores. Avanzaron tambaleándose y correteando furtivamente y arrastrando los pies. Pero se dieron prisa en sentarse en las sillas.

Algunas de las pequeñas figuras se sentaron en el suelo delante del escenario, como los niños en un espectáculo de títeres, hasta que el local resonó con los gruñidos y los chillidos de los pequeños cuerpos que se revolvían en las sillas de madera, todos ellos con la mirada fija al frente, en el escenario.

Catherine sospechaba que se habían dado cuenta de su presencia y que fingían no prestarle atención.

Todos los miembros del público estaban tan hundidos dentro de sus capas que Catherine dudaba que alguno de ellos tuviera menos de noventa años. Pero ¿cómo era posible que algunos se hubieran movido con tanta agilidad en la calle?

Catherine también vio a la luz rojiza suficientes sombreros y vestidos de noche antiguos como para llenar un pequeño museo. Los sombreros Watteau y los grandes tocados adornados con hojas y rosas trazaban una línea irregular de montoncitos oscuros hasta el mismo escenario.

Los velos de los espectadores que le quedaban más cerca en su fila eran negros, algunos con lunares, otros con dibujos, pero todos cubrían rostros muy blancos. Rápidamente se desplegaron abanicos de tul y lentejuelas. Todos los hombres necesitaban un corte de pelo. Se sentía como si estuviera atrapada en una gran fotografía surrealista de tema funerario.

«El pelo y las uñas siguen creciendo después de morir.»

Cortó ese hilo de pensamientos porque conducía a unas suposiciones que serían insoportables mientras estuviera atrapada en la oscuridad rodeada de aquellas «personas».

Seguía sin ver por ninguna parte a Tara, Edith o Maude.

Un olor a ropa húmeda comenzó a envolverla procedente de los asientos que tenía delante, como si las prendas hubieran sido sacadas recientemente del lugar húmedo y cerrado donde habían estado guardadas mucho tiempo. En habitaciones sin calefacción de casas viejas. Conocía el olor porque había vaciado muchas casas. Eran olores embotellados similares al perfume que Edith Mason había empleado con profusión para tapar el olor a viejo o para esconder algo más: el rastro acre de los productos químicos en la Casa Roja. Había hecho que vomitara en el taller de M. H. Mason y ahora volvía a revolverle el estómago.

Hurgó en su bolso buscando más toallitas perfumadas para pegarse unas cuantas a la nariz y la boca. Era demasiado tarde para levantarse y salir de allí. Llamaría la atención mientras pasaba junto a los pequeños regazos en la oscuridad.

Estaba obligada a permanecer sentada en medio de aquel hedor. No había ventilación. Las ventanas estaban cerradas. Si también cerraban la puerta, probablemente se desmayaría.

¿Dónde estaba Tara si no había entrado con la multitud? ¿Y Mike? Estaba en la calle, detrás de ella, y luego... ¿Era posible que hubiera desaparecido tan rápido? ¿Y si Tara había salido de la iglesia y había encontrado a Mike? ¿Se marcharían sin ella? Reprimió un gemido.

A pesar de que la diminuta mujer que tenía a su lado se había tapado la cara con un abanico, las pantorrillas que dejaba a la vista desviaron los pensamientos de Catherine. Sus polainas de lana estaban abotonadas sobre sus botines, pero por encima de los tobillos se veían unas piernas pálidas.

Como si se hubiera percatado de su examen, la mujer encogió las piernas y las escondió debajo del asiento de la silla. Pero a Catherine le dio tiempo a atisbar lo que le parecieron unas piernas de marfil tallado rodeadas de unos aparatos ortopédicos de hierro. Al flexionarlas la mujer, Catherine creyó ver que asomaban unas correas de piel alrededor de las rodillas.

Catherine hizo el ademán de levantarse para marcharse, pero la puerta ya estaba cerrada.

El sarcófago de cristal se alzaba delante de la entrada cerrada a cal y canto, como si la figura que contenía estuviera allí para asistir a una representación. El trono de madera en el que se sentaba estaba decorado con zarzas y flores enrolladas a las patas. Su diminuto ocupante permanecía inmóvil, con el rostro cubierto por un velo. Antes de que las luces se atenuaran un poco más, Catherine reparó en una manita apoyada en el reposabrazos. Era blanca como el hueso.

Reprimió un grito.

Los susurros, los murmullos y los ruidos cesaron a su alrededor y se instaló un silencio de expectación en el tenebroso salón. Ahora solo se veía el escenario.

Al apagarse las luces, Catherine perdió la noción de dónde estaban las paredes, el techo y el suelo. Todo eso fue arrancado del mundo y un público invisible flotaba en la oscuridad delante del escenario. Catherine temió perder las referencias del espacio y del tiempo donde se hallaba.

Las cortinas se deslizaron chirriando por los raíles y dejaron a la vista el escenario.

En la tensa oscuridad, el estruendo de los aplausos se apagó.

Catherine estaba segura de que el público había estado taconeando en el entarimado. Pero los aplausos, un ruido de golpes de madera contra madera, habían sonado más arriba y no había notado las vibraciones en las plantas de los pies. De manera que tenían que haber aporreado las sillas con objetos duros. Porque la idea de que hubieran aplaudido con unas manos de madera era una posibilidad que su paranoia nutría encantada.

Concluida la representación, las luces rojas volvieron a encenderse lentamente, pero apenas iluminaban lo que quedaba más allá de la parte anterior de la sala. Cuando las cansadas bombillas emitieron toda la luz que eran capaces, Catherine vio con alivio que las cortinas del escenario se habían cerrado. La representación había consumido todas sus fuerzas y, si intentaba levantarse, no sería capaz de mantenerse en pie.

El viejo y cansado mundo había regresado en torno a ella; sus polvorientas ruinas no podían competir con la vitalidad de la obra, cuya brevedad era intencionada, ya que nadie podría soportar que durara más.

Lo que había entrevisto a través de los dedos que le tapaban los ojos había sido más de lo que era capaz de aguantar en las pestilentes tinieblas del salón. Se había hecho unos tapones para los oídos con trozos de una toallita húmeda para no oír las que debían haber sido las voces grabadas de M. H. Mason y su hermana Violet.

No quería ni imaginarse el hecho en que debía de basarse la obra. Lo poco que había oído de la narración que acompañaba a las acciones de las marionetas había sido tan extraordinario y demencial como sus hallazgos en el despacho de Mason.

Catherine había estado a punto de vomitar con la muerte en la horca del mártir Barnaby Pettigrew y en la hoguera del mártir Wesley Spettyl. El público había llorado y gimoteado como si asistiera a un funeral.

Durante las escenas de las ejecuciones, la mayoría de las marionetas representaban niños, harapientos y aterrorizados, que contemplaba la espeluznante ejecución pública de sus maestros, perpetradas, respectivamente, por un tribunal y una muchedumbre. Habían sido condenados a muerte por brujería y nigromancia, o eso había anunciado la voz crepitante del narrador desde detrás del escenario. Todo ello se describía con un detallismo que los dramaturgos de la época de Jacobo I de Inglaterra solo se habrían atrevido a soñar.

Antes de cada escena, el maestro de ceremonias había entrado en el escenario con sus patas caninas y su rostro de yeso, sonriendo a pesar de que le faltaba la nariz, y había declamado unos soliloquios en lo que Catherine supuso que era el inglés, en su mayor parte indescifrable, del periodo Tudor.

En una ocasión había oído la voz de Tennyson recitando su propia poesía, grabada en unos cilindros de fonógrafo que se habían conservado, y la narración de la obra de M. H. Mason había sonado con una claridad muy parecida. Le repugnaba la idea que le sugería su mente sobre que la

obra se habría compuesto mucho antes de que Mason naciera y había ido transmitiéndose de generación en generación desde tiempos inmemoriales. No era de extrañar que la BBC hubiera cogido sus bártulos y huido de la Casa Roja en los años cincuenta.

La obra en sí era una especie de drama moralizante. Por lo poco que había visto, la marioneta con la cabeza de liebre y la niña con la gorra y el largo cabello castaño presidían lo que parecía un tribunal o alguna clase de autoridad municipal que condenaba a Pettigrew y Spettyl. Eran los mismos papeles que interpretaban en el despedazamiento de Henry Strader sobre la rueda de la película de la BBC.

Pero en venganza por las sentencias que habían dictado contra las marionetas acusadas de brujería, el elenco de títeres visitaba a los jueces mientras dormían plácidamente, los sacaba de la cama y los llevaba aún en camisón a un bosque representado por un telón de fondo, donde se consumaba una horripilante venganza y se decidían destinos.

Lo más perturbador de los fragmentos que había ido entreviendo de la obra habían sido los episodios en los que los jueces se elevaban del suelo y salían disparados hacia las tinieblas de arriba, pataleando en el aire, al mismo tiempo que de los altavoces salían chillidos animales. En ese momento la multitud se había revuelto en sus asientos cuchicheando con entusiasmo.

A juzgar por los gritos que, si bien cada vez más débiles, continuaron profiriendo los jueces mientras se alzaban por el aire, su ascenso no significaba el final de sus vidas sino el comienzo de unos tormentos más crueles. Todo ello en venganza por lo que habían hecho a los Mártires.

En el desfile con el que concluía la obra, los intérpretes aparecían caracterizados como golfillos harapientos e inválidos renqueantes que iban desapareciendo de uno en uno por un hueco que había en los telones tendidos a ambos lados del escenario, por el que se escabullían movidos por unos hilos que Catherine no había sido capaz de distinguir en ningún momento durante la representación.

También había examinado el elenco buscando al niño con la cara de madera de las fotografías de Mason, de sus episodios de trance infantiles y de sus recuerdos. Todas las marionetas cambiaban de vestuario en cada escena, pero en las escenas multitudinarias Catherine se había fijado en una figura sobre cuya cabeza pequeña se agitaban unos tirabuzones de niña. Desde su posición en la última fila, y por lo que había visto las pocas veces que había soportado mirar la acción que se desarrollaba sobre el escenario, había tenido la impresión de que ese personaje hacía todo lo posible para no mostrar su cara al público. Catherine estaba lo suficientemente paranoica para creer que la figura sabía que ella se encontraba sentada entre los espectadores y había hecho intencionadamente todo lo posible por ocultarle el rostro.

Cuando la representación por fin terminó, Catherine estaba respirando agitadamente y se cubría la cara con las manos. Se había abierto la puerta del local y se había sacado la imagen encerrada en la urna de cristal. El público que quedaba en el salón se abría paso a empujones con una determinación fatigada. La mayoría de los asistentes ya había salido en una oscuridad total mientras ella seguía petrificada en la silla, rezando mentalmente para que no hubiera otra representación.

Por fin los espantosos y ruidosos movimientos de una multitud de extremidades diminutas en torno a ella cesaron. Aquello para lo que el pueblo se había engalanado y reunido había terminado, quizá hasta el año siguiente.

«Pero ¿por qué mantienen la tradición?»

A su lado, en una silla vacía, su bolso estaba abierto. Durante la representación lo había dejado en el suelo, junto a sus pies, pero ahora estaba en la silla que había a continuación de la

suya.

El bolso estaba vacío, desvalijado. Lo único que había en su interior era un trozo de papel amarilleado y doblado que le había dejado el ladrón. ¿Había sido la anciana del vestido anticuado?

Catherine cogió el papel y lo desplegó. Trató de no llorar.

ESTÁS TAN GUAPA QUE DEBERÍAS COSERTE EL COÑO PARA QUE NO TE META LA PULLA Y TE ROMPA EL CORAZÓN.

Dejó caer el papel y salió disparada hacia la puerta del local ya vacío. Mientras corría derribó algunas sillas de ambos lados de la fila. Se sentía como si corriera por una casa de juegos gigante.

En su atolondrada huida lanzó una mirada a las lejanas cortinas del escenario, aterrada por la posibilidad de que volvieran a abrirse. Su único objetivo mientras caminaba con determinación era el penumbroso camino que salía de Magbar Wood y el coche que debía estar esperándola allí, porque Mike nunca permitiría que Tara se marchara sin ella. Y, a pesar de que Mike era culpable, quería aferrarse a él como si fuera un trozo de madera en mitad de un océano negro y gélido.

Como parte de la incongruente intrascendencia que puede acompañar el terror extremo, se preguntó si sería posible enviar por correo el antiguo vestido de premamá de Violet Mason para devolvérselo a Edith. Eso suscitó otra pregunta dentro de su cabeza: ¿el servicio postal entregaba la correspondencia en la Casa Roja? Sí, porque Edith había comentado que habían recibido consultas sobre su tío. También tenían comida, así que para que Maude cocinara debían de enviarles los productos de algún lugar. Esos retazos de pruebas de que Magbar Wood y la Casa Roja eran reales, mientras que las horribles insinuaciones de las cosas que había vislumbrado en esos lugares no, eran lo único a lo que se aferraba mientras caminaba todo lo rápido que podía sin llegar a correr para alejarse de la iglesia. Ésta parecía vacía de nuevo. Las luces estaban apagadas y las puertas cerradas.

Sin embargo, la multitud que había llenado el pequeño teatro no se había dispersado y se concentraba a lo lejos, en la calle contigua que Catherine debería atravesar para llegar a la barrera y el camino que partía del pueblo. La gente se había reunido en torno a su imagen; la tenue luz iluminaba la urna de cristal situada en el centro.

Según se acercaba a ella, tuvo la impresión de que la multitud estaba menos exaltada y más organizada. La actitud de la masa de gente sugería que estaban esperándola, como las niñas que la habían esperado en su infancia delante de la puerta del colegio después de las clases. Reconoció la fingida indiferencia de los cuerpecitos antes de que empezaran a rodearla. El pánico hizo que se le erizara el vello.

Catherine se dijo que no corría peligro. Solo eran unos ancianos, aislados en un pueblo perdido, que celebraban rutinariamente una tradición resucitada por la chiflada familia Mason, que todavía ejercía una fuerte influencia sobre la población local. Había estado enferma, Maude la había drogado y habían pedido a alguien que le robara el contenido del bolso y le dejara un mensaje obsceno.

Los horripilantes disparates de la Casa Roja y de M. H. Mason habían prevalecido durante mucho tiempo como una especie de realidad alternativa. Y Catherine tenía que luchar contra su influjo con todas las fuerzas de su mente y de su cuerpo.

Sin embargo, persistía en ella la horrible idea de que formaba parte de una representación teatral que todavía no había concluido.

Echó a correr.

Estaba sufriendo una crisis nerviosa. Creía que su estado había mejorado al mudarse a Worcester. «Pero solo estás mejor siempre y cuando no pase nada malo.» Mike era algo malo que le había pasado. Tara había vuelto, atraída por la Casa Roja. Sentía que estaban arrastrándola de vuelta al estado que la había acompañado en su infancia. La voluntad y los destinos del mundo se habían reafirmado en su vida.

Varias veces a lo largo de sus treinta y ocho años de vida había llegado a creer que el mundo era un lugar insidioso. Esta noche lo confirmaba. Y ahora tenía que largarse de allí, muy lejos, y seguir corriendo hasta donde sus pies descalzos la llevaran. Tal vez llegaría al mar y seguiría la costa hasta que encontrara un rincón donde la dejaran vivir en paz.

A la altura de la intersección de las dos calles, tres figuras entraron por una puerta y desaparecieron en el interior de una casa. Desde su posición, Catherine tuvo la impresión de que los desconocidos ascendían y se perdían en un pliegue de vacío en vez de simplemente pasar a una estancia oscura.

Alzó la vista al cielo para limpiar de alucinaciones sus ojos. Pero el cielo parecía estar más cerca que lo que habría sido de esperar en cualquier parte del mundo. Volvió a bajar la mirada y vio los rostros de la multitud vueltos hacia ella.

Le llegó el sonido de unas pequeñas figuras que caminaban arrastrando los pies en dirección a ella. Catherine evitó mirarlas directamente, porque temía que si les reconocía que las había visto se sentirían con derecho a abordarla. Pero no necesitaban su permiso.

Pasó corriendo junto al grupo que avanzaba hacia ella y oyó que decían unas palabras que sabía que iban dirigidas a ella, aunque de manera indirecta, como si quienes las pronunciaban fingieran estar manteniendo unas conversaciones que ella oía por casualidad en la calle.

—Pronto habrá carne fresca, cariño.

—Ajá, que la porcelana se funda con la carne. La una suave, la otra húmeda.

—Hay... que cojean con piernas de madera.

—... botitas...

—Se cose, ¿eh? Se cose para asegurarse.

—Hay que usar agujas.

—Sujetar el cuello y arrancar los ojos fríos.

—Tratar la piel con sal. Eliminar la carne. Rellenar con serrín para que se seque.

—Va a venir, no escapará, ¿verdad?

—¡Basta! —gritó Catherine antes de llegar a la miserable colección de edificios y correr por la oscuridad hacia donde recordaba haber visto la barrera pintada como un bastoncito de caramelo en los límites de Magbar Wood.

—¡Escuchadla! —gritó alguien, y luego rio a carcajadas.

* * *

Al otro lado de la barrera, Catherine avanzaba con los brazos extendidos y tanteando la oscuridad.

Sus manos se agitaban en vano en el aire.

Era como si la existencia y la materia hubieran desaparecido del mundo. Cuando bajó la

mirada no vio sus propios pies caminando por la superficie accidentada del camino.

Se preguntó si no estaría en otro lugar, perdida y ciega bajo las estrellas de una noche diferente.

¿Dónde estaban el coche de Tara y los setos? El camino parecía más largo de lo que era posible.

Había caminado varios centenares de metros por una oscuridad impenetrable y fría sin encontrar nada. No veía nada, mucho menos un coche aparcado, y no podía saber si ya había pasado junto a él sin darse cuenta.

Quizá el coche ya no estaba allí. Pero habría visto los faros o una luz interior si hubiera habido alguien dentro de él. ¿Mike y Tara ya habían huido y la habían abandonado allí?

Su imaginación sustituyó a la lógica. Los coches no eran bien recibidos y los habían erradicado y nunca habían llegado otros coches al pueblo porque éste seguía igual que hacía cien años, quizá más. De alguna manera Mason había conseguido preservar el lugar y a sus habitantes como lo había hecho con las ratas de sus dioramas. La gente que había visto no iba disfrazada; era su ropa de diario. Toda la región era una obra de crueldad que repetía su artificio como un juguete mecánico, año tras año.

Un pánico repentino aplastó la poca cordura que le quedaba y que le había permitido llegar hasta la carretera.

—Ay, Dios mío. Ay, Dios mío. Ay, Dios mío —repitió como un mantra mientras respiraba entrecortadamente—. ¿Por qué me haces esto?

Intentó no gritar. En un rincón profundo de su mente habían comenzado a formarse unos chillidos inútiles. Sentía una ligereza repentina, como si toda la sangre que corriera por sus venas de repente se hubiera evaporado a través de su piel.

Tardaría toda la noche en recorrer a pie un puñado de kilómetros a través de aquel vacío insondable. Las piedras afiladas del camino rural que se clavaban en las plantas blandas de sus pies ya hacían que diera pequeños brincos y que se estremeciera. Incluso el pálido resplandor ambarino de las casas del pueblo le resultaba tranquilizador en comparación con la impenetrable oscuridad de la carretera.

Se agarró la cara con las dos manos para detener todo lo que se movía dentro de su cabeza. «Mike.» Mike le había prometido que iría a la casa a buscarla si ella no volvía al coche. Mike nunca la abandonaría allí.

Quizá ya había salido hacia la Casa Roja mientras ella estaba atrapada en el local de los exploradores. Había sido una idiota y una testaruda y debería haberse quedado con él cuando tuvo la oportunidad. Si Mike estaba en la casa, juntos encontrarían una manera de marcharse de allí. Solo era un atisbo de consuelo, pero le proporcionó un endeble propósito.

No obstante, para averiguar si ya estaba allí o no tendría que regresar a la Casa Roja. Ahí fuera moriría de frío. El pueblo era hostil. Por lo menos la Casa Roja era un sitio que ya conocía. Allí había luz, o un pretexto más razonable para encender las luces que en Magbar Wood, donde la idea de permanecer le resultaba insoportable.

Catherine dio media vuelta y regresó caminando a tientas por la oscuridad al pueblo. En el otro lado del pueblo, en la carretera que la llevaría de vuelta a la Casa Roja, Catherine solo dejó de dar vueltas renqueando cuando llegó a los setos que invadían el camino.

Supo de inmediato que el coche no estaba donde lo había dejado.

Se lo habían robado con la misma intención despreciable con la que le habían vaciado el bolso. Pero ¿cuándo lo habían hecho? ¿Y cómo? ¿Y por qué? En ningún momento había oído el

motor de un coche cerca del pueblo. Además, la población era demasiado mayor para dedicarse a robar coches.

¿También se habrían llevado el coche de Tara?

No querían que ninguno de ellos se fuera.

«¡Para!»

Catherine lanzó una mirada hacia Magbar Wood. Lo había atravesado a toda prisa, con la cabeza gacha, demasiado asustada para mirar a su alrededor, pero se había dado cuenta de que la celebración estaba lejos de haber acabado.

Había cruzado el pueblo corriendo con la esperanza de que la imagen de la urna de cristal hubiera sido devuelta a la iglesia y que la multitud que asistía al festival hubiera comenzado a dispersarse. Pero le había parecido que la gente estaba reagrupándose. Quizá para el siguiente acto del festival. Este pensamiento se reforzó cuando vio cómo se formaba con aire decidido una masa de gente en la calle principal y lo que ahora parecía una procesión acompañando a la reliquia, que habían colocado encima del carro.

Catherine contempló horrorizada cómo destellaba la urna de cristal en medio de una heterogénea concentración de velas en la intersección de las dos calles, a no más de veinte metros de donde ella estaba paralizada, temblando.

Estaba convencida de que la cara cubierta por el rostro del interior la observaba.

Catherine dio media vuelta y echó a correr.

Cada paso que se alejaba de Magbar Wood la acercaba al que suponía que era el destino de la horripilante procesión: la Casa Roja.

A su espalda, la interpretación disonante de *Greensleeves* sonaba estridentemente y su horrible melodía se retorció en el aire.

Bajo las hojas transparentes de plástico del álbum, los recortes estaban amarilleando o desintegrándose. La grasa de sus dedos y el roce del escritorio deterioraban un poco más el papel cada vez que los sacaba para su deleite.

Leonard levantó un poco la pantalla metálica de la lámpara de la mesa para desviar la luz del álbum. Era un experto en la conservación de objetos antiguos valiosos, así que no dejaba de extrañarle el poco cuidado con el que trataba esos recortes de periódico. Sin embargo, también se recordó que si alguna vez las investigaciones policiales ponían el foco en él, tal vez debería deshacerse de los objetos relacionados con su interés en ciertos asuntos locales.

Quizá los artículos originales de los periódicos estaban archivados en algún lugar. O habían sido... ¿cómo lo había llamado Catherine? ¿Digitados? ¿Digitalizados? No lo recordaba, pero era indudable que algún día tendría que sustituir sus copias. Aunque su interés aún podría entrañar un riesgo.

Leonard lanzó una mirada fugaz hacia la ventana de la oficina con la persiana subida. En la calle reinaba el silencio. Hacía más de veinte minutos que no oía un coche.

A pesar de que podía recitar de memoria extensos fragmentos de los artículos, se inclinó para leerlos. Y comenzó el álbum por el primero de los ridículos artículos sobre un Flautista de Hamelin y los rumores iniciales de «la camioneta verde». Esos artículos habían comenzado en 1959 y duraron hasta 1965.

Leonard se secó una lágrima de la mejilla cuando vio las fotografías de Margaret Reid y Angela Prescott sonriéndole. Los retratos se habían tomado en el centro de acogida de menores donde residían las dos niñas, hasta que desaparecieron de él en 1959 y en 1962 respectivamente. Sus fotografías se habían publicado en todos los periódicos nacionales hacía muchos años.

Margaret tenía espina bífida, mielomeningocele. La pobre Angela nació ciega. Las dos habían sido abandonadas siendo muy pequeñas. El Colegio de Educación Especial Magnis Burrow era lo más parecido a un hogar que ambas habían conocido. Era el lugar donde habían forjado una amistad para toda la vida. Y donde encontraron el camino a la salvación.

No hubo detenciones por la desaparición de Margaret Reid. Pero dos trabajadores del centro, dos hombres que eran amantes, fueron interrogados tras el rapto de Angela Prescott, y posteriormente puestos en libertad. En el momento de la desaparición de Angela, el vehículo verde fue descrito como una camioneta Morris Minor sin rótulos; luego, durante un breve tiempo, en algunos artículos periodísticos el vehículo incluso se convirtió en una camioneta de venta de helados.

Leonard pasó al siguiente recorte: el artículo en la primera página de un periódico desaparecido hacía ya mucho tiempo sobre la clausura en 1965 del Colegio de Educación Especial Magnis Burrow. Luego siguió pasando las hojas del álbum hasta que llegó a los recortes sobre Helen Teme, una niña de Ellyll Fields con síndrome de Down que desapareció del reformado y reabierto Colegio de Educación Especial Magnis Burrow en 1973.

Leonard se entretuvo en los recortes dedicados a Helen Teme para mirar detenidamente cada una de las fotos de las vacaciones del desdichado Kenneth White, muy querido por aquellos lejanos tabloides dominicales. En las imágenes, la brisa que soplaba del mar picado en Rhyl levantaba los mechones de cabello que White se peinaba de una determinada manera para disimular su calvicie. Las tres fotografías idénticas desvaídas ilustraban todos los artículos sobre el delincuente sexual detenido como sospechoso del rapto y del asesinato de la pequeña Helen Teme. Había páginas enteras dedicadas a su puesta en libertad, su nueva detención, su nueva puesta en libertad y su posterior suicidio por asfixia en su Austin Princess blanco delante de su piso de protección oficial en 1975. Caso cerrado.

Kenneth White había sido un trabajador voluntario con niños discapacitados, entre quienes elegía a sus víctimas. Y Ken tenía debilidad por las niñas con síndrome de Down, motivo por el que lo investigaron cuando Helen Teme desapareció. Pero White nunca había trabajado en Magnis Burrow ni había tenido ninguna relación con la institución, y probablemente nunca había puesto sus ojos en ella mientras estuvo activo en Leominster durante los años sesenta y principios de los setenta. Tenía antecedentes penales.

Un periódico incluso había intentado resucitar la historia del Flautista de Hamelin de los años sesenta al hablar de White. Leonard se asombraba de la ignorancia de la prensa. El Flautista se llevaba a los niños sanos y dejaba a los lisiados. Pero en este caso ocurría justamente lo contrario.

El único que escribió con un nivel de calidad constante sobre los casos de las desapariciones de Magnis Burrow fue un periodista norteamericano llamado Irvine Levine, que redactó una serie de artículos para el *News of the World*, del que era corresponsal en Inglaterra cuando el rapto de Helen Teme saltó a los titulares de los periódicos. Levine era una persona tenaz y fue el primer periodista que defendió la conexión de Helen Teme con los dos casos anteriores de niñas desaparecidas, las completamente olvidadas Margaret Reid y Angela Prescott. Tres raptos del mismo centro en dos épocas distintas.

Leonard recordaba aquel verano como uno de los más angustiosos de su vida. Pero la prensa de aquella época no parecía tener demasiado aguante para la historia del rapto de una niña discapacitada. Y al poco tiempo de sugerir la conexión de los casos, Levine volcó toda su energía en un libro superventas sobre un tema completamente distinto. Caso olvidado.

Como antes había ocurrido con Margaret Reid y Angela Prescott, nunca se encontró a Helen Teme. El colegio del que habían sido raptadas las tres niñas fue clausurado por segunda vez en 1975.

Cuando se comentó que Alice Galloway había sido raptada en los jardines del abandonado colegio Magnis Burrow en 1981, después de que traspasara la valla que cercaba el centro por un agujero, la noticia estuvo apareciendo en los medios nacionales durante una semana, y en los locales todos los días durante tres meses. «ALICE NO ESTÁ EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS.»

La policía interrogó a mucha gente, pero no se detuvo a nadie. Leonard leyó sobre las esperanzas y luego sobre la pérdida de esas esperanzas con renovado placer. Los padres de Alice Galloway hicieron campaña para pedir que la policía dedicara más medios a la búsqueda de la niña desaparecida.

La siguiente ocasión en la que el colegio Magnis Burrow aparecía en los titulares de los recortes de Leonard, pero solo en la prensa local, era a propósito de la decisión que se había

tomado de demoler los edificios abandonados de la institución, en 1988, junto con buena parte de la zona residencial de viviendas de protección oficial de Ellyll Fields.

La última parte del álbum estaba dedicada a los restos humanos que habían encontrado los operarios en 1989, al remover la tierra durante los trabajos de nivelación de los terrenos que había ocupado Magnis Burrow para construir una autovía. Los rostros de Margaret Reid, Angela Prescott, Helen Teme y Alice Galloway reaparecieron en la prensa durante una semana, así como el Flautista de Hamelin, el nombre que se le había dado al raptor de niños que nunca había sido capturado. Pero esta vez no se mencionó la camioneta verde, ni la camioneta de venta de helados.

Cuando se descubrió que los restos humanos pertenecían a unos niños que habían estado internos en la institución más de cien años antes de la desaparición de Margaret Reid y Angela Prescott, la historia perdió interés. Los arqueólogos y la policía llegaron a la conclusión de que los restos humanos encontrados eran de niños que habían sido enterrados en tumbas sin nombre por los trabajadores del orfanato. Nadie lo investigó a fondo.

Leonard comparaba la sensación de leer todos los artículos juntos, ahora que el tiempo los había mejorado y enriquecido, con emborracharse después de un funeral.

Por fin sacó las fotos que siempre reservaba para el final. El lugar de honor de su preciada colección lo ocupaba la única fotografía que tenía de sí mismo de niño, una imagen desvaída que ya había adquirido un color parduzco. Sin embargo, no necesitaba verla para recordarse como un muchacho delgaducho y pálido en una vieja silla de ruedas; sus piernas atrofiadas caídas, las pequeñas botas negras apoyadas en el reposapiés. Se había tomado delante de una casita de piedra en Magbar Wood, donde había nacido.

Recordaba que le habían sacado otras fotos con aquella edad, en la gran casa del Último Mártir, sobre un césped tan fresco y radiante a la luz del sol que cuando vio el jardín por primera vez pensó que estaba en el cielo. Pero esas otras imágenes de él se guardaban en un lugar que nadie podía ver, a menos que recibiera una invitación.

Las últimas cuatro fotografías de su álbum eran de otros niños. Tres de esas imágenes eran en color. La primera era una fotografía desvaída de una niña pecosa con el uniforme del colegio, con unos preciosos ojos verdes condenados detrás de las gruesas gafas que la obligaban a llevar. Otra era una fotografía de la niña de bebé, sentada en su cochecito cubierto de banderas del Reino Unido en suelo sagrado. Y en la tercera imagen aparecía vestida con un pichi de color rosa, mirando a la cámara, sonriente, con un polo de colores con la forma de un cohete en la mano.

La última fotografía de la niña era en blanco y negro, cuando era mucho más pequeña. Y en ella aparecía su joven madre en una habitación tan oscura, pequeña y deprimente que podría haber sido la sala donde otra mujer pobre había parido en su casa un siglo antes. La mujer sostenía a la recién nacida contra su pecho durante esos escasos y preciosos minutos previos a que se la llevaran.

Leonard se estremeció cuando la emoción le sacudió el corazón como si fuera una descarga eléctrica. Y lloró en silencio un rato. Luego se limpió la cara.

—Te entregaron. —Pestañeó para contener las lágrimas—. Te repudiaron porque naciste con un don. Pero los que te querían nunca te olvidaron. —Leonard besó la fotografía de la niña que sujetaba el polo—. Ha llegado el momento de volver a casa, gatita.

Leonard se dio la vuelta en la silla de ruedas y gritó hacia la ventana para dirigirse con tono acusador al mundo que había al otro lado, con la voz rota por la emoción pero llena de rabia:

—¡Nunca hay que olvidar el encanto y el terror de la infancia! ¡Para algunos siempre será

dolorosa! ¡Su camino está mucho más cerca del nuestro! ¡Nosotros apreciamos lo que vosotros desecháis!

Leonard volvió a colocar las fotografías en el álbum, cerró los ojos y respiró hondo. Luego cerró el álbum y miró la caja fuerte abierta.

Sacó unos guantes de algodón blancos del primer cajón del escritorio e introdujo sus finos dedos en ellos. A continuación, sacó un casete sin ninguna información de su contenido del mismo cajón. Empujó la silla de ruedas para ir desde el escritorio hasta la pared y bloqueó los frenos, apoyó las manos en el reposabrazos de la silla y se puso en pie. Estiró la espalda y alzó las manos enguantadas hacia el techo. Le crujieron las rodillas entumecidas.

Caminó con pasos inseguros hasta el pequeño equipo de música que tenía en la oficina para escuchar el parte meteorológico cuando Catherine se marchaba. Una vez Catherine había intentado reproducir un CD, pero descubrió que el reproductor de discos compactos estaba roto y ella no tenía casetes.

Leonard abrió la platina, introdujo la cinta sin rotular y volvió a cerrarla. Un temblor le recorrió el dedo índice. Apretó el botón del PLAY.

Acompañada por los ruidos de desgaste de la cinta, la voz profunda del Último Mártir, Mason, empezó recitar:

—Salva un gatito, deshazte del resto...

Leonard entrecerró los ojos un momento para regodearse en el sonido de la voz del Mártir antes de moverse hasta el borde de la gran alfombra que se extendía entre los dos escritorios. Se puso de rodillas y enrolló la alfombra hacia la pared de enfrente, hasta que un desvaído círculo blanco quedó completamente a la vista.

—El ahogamiento es el método preferido... Sostenlo de las patas traseras. Un golpe rápido en la parte posterior de la cabeza...

Leonard se quitó los zapatos sobre el entarimado. Se desabrochó los pantalones y los dejó caer. Se quitó el jersey, la corbata, la camisa, los calcetines y los calzoncillos. Dobló la ropa y la depositó encima de su escritorio.

Desnudo, se quitó el peluquín. Al arrancarse la cinta adhesiva del cuero cabelludo tuvo una sensación de desgarrar, pero no le resultó molesta. Dejó la peluca cana encima de la ropa. A continuación, se quitó las cejas con dos rápidos tirones y regresó al círculo del suelo.

—Ablanda la piel seca para devolverle su flexibilidad. Sumérgela en agua caliente, amoníaco, aceite de pata de buey sulfatado. Deja el espécimen toda la noche en remojo. Luego rasca la piel... lava la piel...

Leonard movió los brazos en el aire y estudió sus cicatrices con la única luz de la lámpara de su mesa. Se acarició las arrugas de los costados, donde le habían realizado unas grandes hendiduras. Se pasó la mano por la larga incisión ventral que llegaba hasta su pelvis sin pelo y tembló. Puso los ojos en blanco. Se presionó suavemente el abdomen pálido y delgado y cerró los ojos para recrearse en la bolsa de serrín situada dentro del abdomen.

—Una vez tratadas con sal, las pieles de los grandes mamíferos pueden lavarse con jabón Ivory. Hay que aclararlas tres veces y luego retirarles la grasa con petróleo...

Leonard estaba tan emocionado que un hilito de orina caliente descendió por la parte interior de su muslo desde el orificio rosado de su entrepierna lisa.

—Rellena las aberturas con algodón, aplica harina de maíz y lava la sangre...

El hombre al que algunas personas llamaban Leonard inspiró hondo. Le temblaron las piernas. Las partes de sus brazos sin pelo que aún conservaban la capacidad de sentir fueron bendecidas

por unos temblores que no tenían nada que ver con el hecho de estar desnudo.

Dejó de prestar atención a la grabación por un momento y fijó la mirada en la caja fuerte. Era demasiado sencillo esconderse y entregarse a los placeres.

—Limpia el cráneo con agua y jabón mezclados con amoníaco y sulfato de sodio...

Sacó de la caja fuerte la caja de madera cuyo cuidado le había encomendado el Último Mártir. Intentó no rememorar con detalle el momento de la sucesión porque todavía le resultaba demasiado doloroso. Aún era una época gris en su memoria cuando su maestro no había podido soportar por más tiempo la carga del Gran Arte y lo que su compañía teatral le exigía. Mason, el hombre que lo había encontrado cuando todavía era un niño y le había mostrado milagros. El hombre que le había nombrado su sucesor al servicio de la importante tradición.

Llevó la caja hasta la mesa de Catherine, el altar detrás del que ella se había sentado durante doce meses, recibiendo la adoración de Leonard. La abrió.

—*La cara de cera realizada con el molde debería añadirse al maniquí en este momento...* — retumbó la voz del Último Mártir. Leonard estaba tan extasiado en ese momento que ya no oyó nada de lo que dijo la grabación.

Cuando extrajo una pequeña mano dorada del compartimento de terciopelo que había dentro de la caja de madera, unas lágrimas que hacían que le ardieran los ojos nublaron su visión.

Representaba la mano bendita de Henry Strader, el primero de los Mártires conocidos. Los duros dedos pulidos de la reliquia estaban relajados sobre la palma, como si la mano estuviera saludando a una multitud desde el extremo de un brazo levantado.

Las manos enguantadas de Leonard temblaban alrededor de la pulida y resplandeciente caja y sus dedos adquirieron la ligereza de una pluma. Lloró.

—Santo mentor —dijo entre sollozos—, difunde tu influencia a través de este recipiente.

Quiso decir a gritos su plegaria, pero no elevó la voz por si acaso el contable de la oficina de al lado se había quedado a trabajar hasta tarde o alguien pasaba por la calle en ese momento.

—Abre este camino hacia el conocimiento supremo para que podamos llevar la verdadera cruz.

Leonard sorbió por la nariz y parpadeó para secarse las lágrimas calientes.

Era de lo poco que se había salvado después de que los mendigos hurgaran en los restos de Henry Strader en aquella calle llena de basura la mañana del 6 de junio de 1649. El poder de la revelación, que nunca disminuía con el tiempo, lo golpeó con fuerza: en sus humildes manos sostenía una de las pocas partes que se conservaban del cuerpo del primero de los Mártires conocidos. Nada menos que uno de sus dedos, devuelto al lugar de nacimiento de Strader después de su asesinato. Leonard siempre se quedaba estupefacto al pensar en ello.

—Concede que estos tesoros celestiales bendigan el peregrinaje de tu custodio. —Leonard besó la mano—. Y que otros desdichados se salven como me salvé yo.

Leonard desenroscó una tapa dorada que había en la muñeca de la Mano de Strader y sacó con sumo cuidado un paquetito de su interior.

Desplegó con mucho mimo el fragmento de la tela que lo protegía. Estaba rígida y marrón: era un glorioso jirón de la camisa del rey que había perdido la cabeza. Del interior del envoltorio, Leonard sacó el arrugado dedo corazón de la mano derecha de Strader. La reliquia estaba negra como el regaliz y no pesaba nada.

Cuando sostuvo el dedo en la palma de su mano, todo su cuerpo se agitó con convulsiones y sintió el impulso de clavarse algo afilado en su cuerpo delgado.

Antes de desmayarse ante el contacto y la bendición, depositó el trozo de lino manchado en el

altar de Catherine y colocó el dedo del mártir encima.

Leonard recuperó el aliento y se limpió el sudor de la frente y de la nariz con el dorso de la mano enguantada. Suavemente, sujetando con los dedos el mentón envejecido de la máscara de piel, sacó el *Mandylion del Campo Llano* de la caja de madera, que salió acompañado de un olor rancio a incienso y sudor.

Unos largos mechones de cabello rizado cayeron de la reliquia y le hicieron cosquillas en las rodillas. Leonard a duras penas podía tenerse en pie al contemplar el fragmento de cráneo con manchas de Henry Strader cosido al cuero cabelludo descolorido. Tan intensa era la sensación que le producía sostener la cabeza del Mártir que temió volver a orinarse encima.

Conteniendo la respiración, los finos tendones de sus piernas temblaban como hilos de catgut, colocó el Mandylion del Campo Llano sobre su vieja cabeza calva. Cuando el fragmento del cráneo se apoyó en su piel, Leonard se puso de rodillas, con las manos en el suelo, y comenzó a hablar en susurros debajo de la máscara de piel, caliente y apretada contra su cara.

—Vive a través de mí, Señor. Para que pueda cumplir tus órdenes. Yo seré tu resurrección. Igual que tú los levantaste, también nosotros nos salvamos.

—Su religión no lo entendía. Su ciencia no podía explicarlo. Pero mi tío encontró algo. Y ha recorrido una distancia que tú ni siquiera eres capaz de imaginar. A menos que alguien te guíe. Como ha sucedido, mi pequeña Catherine.

En cuanto los pies de Catherine se deslizaron por el suelo pulido del vestíbulo, la voz áspera de Edith Mason había caído sobre ella desde el espacio abovedado de arriba para interrumpir bruscamente sus gritos de llamada a Mike.

La señora de la casa le hablaba tuteándola desde la barandilla de la primera planta, donde la esperaba sentada en su silla de ruedas, que parecía haber absorbido su frágil cuerpo. Un cuerpo que ahora parecía un conjunto de huesos envueltos en un vestido largo negro de seda. La cara de Edith no era más que una mancha pálida suspendida en el aire, en los márgenes del charco de luz roja de las lámparas de las paredes de la entrada.

Catherine no había encontrado a Mike delante de la Casa Roja, el gran monolito puntiagudo con tejados, chimeneas y pináculos cuya visión ya no soportaba, que se alzaba hacia la noche con el contorno y los bordes difuminados. Lo había llamado y luego había gritado su nombre en el camino frío y tenebroso que hacía cada vez más angosto a medida que se acercaba a la oscura entrada principal. No había recibido respuesta.

La puerta de la casa estaba esperándola abierta y vomitaba la desagradable luz roja del interior. Esa noche, todas las puertas en arco de la entrada principal estaban abiertas, como para facilitar el acceso de un grupo numeroso de invitados.

A lo lejos todavía sonaba la melodía amplificadora de *Greensleeves*, como si la reprodujeran desde una siniestra camioneta de venta de helados que recogía niños pasada la medianoche. La envolvente música había dado el último empujón a Catherine para entrar en la casa.

Pero ¿estaba Mike allí? De ser así, esa idea inquietaba a Catherine más de lo que le habría gustado reconocer. ¿Y de qué hablaba Edith? La irrupción inesperada de su voz desde el primer piso había estado a punto de pararle el corazón. Como siempre, las palabras de la anciana no eran claras ni sinceras.

—¿Qué quiere decir? —gritó a la diminuta figura de arriba—. ¿De qué habla? ¡Yo no quiero que nadie me guíe!

Edith fingió que no la oía. La cabeza de la anciana estaba vuelta hacia el tragaluz.

—Mi tío encontró su lugar de reposo. Estaban enterrados con los restos de sus maestros asesinados. Se escondieron en lugares sin marcar y esperaron. Estaban ansiosos por actuar. Ya conoces el destino de Henry Strader. Y ahora también conoces el del resto de los Mártires. Los benditos Spettyl y Pettigrew. Ellos también oyeron la llamada desde el suelo sagrado.

—¡No quiero tener nada que ver con todo esto! —gritó Catherine—. ¿Dónde está mi coche? ¡Joder, no tiene ningún derecho!

Edith hizo oídos sordos a sus súplicas y continuó hablando como si se dirigiera a un público mientras miraba el cielo a través del tragaluz:

—Mi tío dedicó años a la búsqueda de sus restos, de lo que había regresado a nuestra tierra después de que el Último Mártir muriera. Pero quizá fue mi tío el que fue encontrado, el elegido. Tal vez los otros Mártires también lo fueron en su época. ¿Quién puede saberlo a ciencia cierta?

—No quiero saber ni ver nada más. Nada de lo que quiera enseñarme.

—Pero lo que convocaba a los Mártires era una vida extraordinariamente valiosa y sagrada. No es una vida que muchos admitirían o en la que creerían, a menos que fueran jóvenes. Pero esa vida regresaba a ciertas cosas cuando se la invocaba, querida, en los lugares adecuados. Se arreglaban pequeñas cosas. Se producían resurrecciones, benditas resurrecciones, para ellos y para los que los reverenciaban.

—¡Basta! Mike. Mi amigo Mike, ¿está aquí? ¡Mi coche ha desaparecido! ¡Mi bolso...!

—¡Silencio! Estás histérica. No pienso mantener una conversación desde una escalera. Es indecoroso.

La silla de Edith Mason retrocedió y salió de la zona bañada por la luz de color burdeos. Las ruedas se deslizaron con un chirrido regular por el descansillo de la primera planta en dirección a la sala de estar. La silla de ruedas se movía como lo había hecho durante su primera visita a la casa, que ahora parecía un sueño raro y muy lejano en el tiempo. Uno al que preferiría haber prestado más atención.

Si no se había vuelto loca dentro de la casa, solo el regreso a un mundo reconocible suspendería la manipulación que la casa estaba llevando a cabo con su mente, su memoria, sus sueños y su imaginación. El edificio y el aire viciado impregnado de productos químicos actuaban como una potente droga psicotrópica que tenía el efecto de impedir que pensara con claridad.

Catherine subió por la escalera. El sudor que había brotado de su piel al regresar corriendo a la Casa Roja se enfriaba debajo del fino vestido y estaba tiritando. Le sangraban los pies.

Tal vez nunca había estado tan enferma, mentalmente enferma. Pero si tenía que agarrar a Edith Mason por el cuello huesudo para arrancarle respuestas, lo haría. Edith no la había invitado al festival, la había enviado allí. Y la anciana no había asistido porque la habría visto entrar en el desvencijado local. Entonces, ¿quién había manejado los títeres? ¿Maude?

«Por favor, que haya sido Maude.»

Cuando se detuvo delante de la puerta de la sala de estar, un centenar de ojos de cristal destellaron en la penumbrosa habitación alrededor de Edith Mason, que sonreía detrás de un vaporoso velo. Como una pieza de museo que se hubiera devuelto a la sala para su exposición pública, su silla de ruedas estaba de nuevo junto a la chimenea, con Horatio enroscado alrededor del reposapiés de hierro.

—Solo quiero que me devuelvan el coche y mis cosas. Y luego me iré.

—¿Te irás? ¿Adónde, querida? ¿Al lugar del que vienes? Eso sería absurdo. ¿Por qué querría alguien volver allí? Soportar ese lugar, aunque solo fuera un rato, ha sido una experiencia de lo más terrible, te lo aseguro.

Catherine se acercó a la anciana.

—Tengo una vida...

—¿Una vida? ¿En serio?

—Una familia.

—Que no es tu verdadera familia, querida.

Catherine alargó un brazo para agarrarse al respaldo de la silla de ruedas. La cabeza le daba vueltas. Estaba en el centro de una cruel conspiración. Estaba dormida y todo esto no era más

que una pesadilla en la que la perseguían sin tregua.

—¿Qué sabe sobre mí?

Edith sonrió y su voz se suavizó para adquirir el tono comprensivo y paciente de quien habla con una niña desconcertada:

—Te entregaron, querida. Y luego te recogieron. Fue un acto muy tierno. Pero no has llegado muy lejos porque naciste en Magbar Wood. El último nacimiento, nada menos, prácticamente a la sombra de la tumba del primer Mártir conocido. Así que nunca te has sentido a gusto en ningún sitio, ¿verdad? Ninguno de los nuestros lo consiguió. Nunca has sido importante, aun así hay personas para las que nunca has dejado de ser especial. Y, puesto que mi tío devolvió el encanto a nuestro pequeño rincón del mundo, hay algunas oportunidades que están reservadas para muy pocos. No se pueden desaprovechar las oportunidades, querida. ¿No estás de acuerdo conmigo? Tu amiguita, Alice, ha vivido experiencias maravillosas desde que se unió a nosotros en tu lugar.

Catherine se dejó caer de rodillas. Necesitaba estar cerca del suelo antes de desmayarse. Estaba tan cansada que respiraba entrecortadamente y le temblaban las piernas. Cuando se recobrara volvería a marcharse de la casa, con o sin Mike. Saldría por la puerta del jardín y huiría campo a través. En algún momento llegaría a una carretera. Y por ella pasarían coches con personas dentro. Personas que pertenecían al mundo que ella conocía. Se dio cuenta de que estaba mirando fijamente el dobladillo del vestido largo y antiguo de Edith.

—Intenta entenderlo, querida. Lo único que quería mi tío era que todos despertáramos. Para que contempláramos maravillados lo que había más allá de nosotros. Después de nuestra existencia. Todos nos convertimos en cómplices de aquello que nos había elegido para disfrutar de esa visión. Cosas que no habían actuado en esta parte del mundo en muchos años.

—Por favor, no quiero oírlo. ¡Está loca! ¡Su tío estaba chalado...!

—Quizá perdió la cordura al final. Y el valor, querida. Estaba viejo y cansado. Pero había sido un hombre de Dios, no lo olvidemos. Era perfectamente natural que recuperara la fe en el último momento. Debes comprender, como todos nosotros tuvimos que aceptarlo, que no era sencillo traer de vuelta lo que salió de aquellas colinas, y de la iglesia, querida... Era demasiado tarde para eso.

—¿De qué habla? No entiendo lo que dice. Mi coche. Mi amigo Mike...

—Cuando mi tío se cortó el cuello —continuó Edith con la mirada perdida—, dio la impresión de que estrechaba su relación con ello. Podría decirse que incluso fortaleció la relación de toda la familia. Fue el primero en ser salvado. Mi madre fue la siguiente. Ya ni siquiera recuerdo cuándo sucedió. Y luego llegó mi turno. —Edith sonrió y dejó a la vista los dientes amarillos—. Y todos hemos hecho un gran esfuerzo para recibirte como mereces, querida. Ha sido agotador y largo.

—Dígame, por favor, ¿qué pasa aquí?

—¿A cuántas niñas se les ha ofrecido un regalo así? Eso es lo deberías considerar.

Catherine se aferró a la silla de ruedas, como si la cercanía con la anciana añadiera fuerza a su súplica.

—¿Un regalo? No me encuentro bien. Por favor. Necesito ayuda ya. Edith, por favor.

—Habría sido mejor que hubieras venido con tu amiga Alice. Salvamos a ese polizón porque tú no estabas preparada. Aún intentabas encajar en algún sitio ahí fuera, en un mundo que te despreciaba, que te rechazaba. ¡Pero todos esos disgustos se podrían haber evitado si no fueras tan testaruda! Sus brazos siempre están abiertos para los lisiados y para los repudiados. Por

supuesto, al principio podría parecerle extraño. A todos nos lo pareció. Para los pequeños es mucho más fácil.

Al otro lado de las lágrimas calientes de Catherine, la figura borrosa de Edith osciló y se fundió con la oscura chimenea y su repisa. Las ruedas de la silla chirriaron. Catherine oyó un chasquido encima de su cabeza y le vino fugazmente a la cabeza la imagen de unas agujas de tejer cuando unos pequeños dedos, fríos como la porcelana, se deslizaron por su cabello enredado y le acariciaron el cuero cabelludo.

—Quiero irme. ¿Dónde está Mike?

—Chsss. —Edith añadió con un susurro—: Yo intenté irme una vez. Cuando tenía doce años me escapé. Pero no llegué lejos; más o menos hasta donde llegó mi pobre padre antes que yo, aunque nunca lo conocí. Cuando mi madre me alcanzó, me dejó muy claro que había seguido los pasos de mi padre por la pradera que nunca termina. Luego me encerró en una habitación con Grizell Killigrew todo un día y nunca más intenté escaparme. Te lo aseguro.

Catherine levantó la cabeza con el ceño tan fruncido que le dolían los músculos alrededor de los ojos. Se impulsó para ponerse en pie y tragó saliva para deshacer el nudo de la garganta que parecía decidido a impedir que hablara.

—¿Qué está haciendo... qué... me está haciendo?

—Basta ya de mis viejas historias. Su joven amigo, su pretendiente, está esperándola.

—¿Mike?

—Vino con esa chica que no paraba de hablar. Maude era igual. Viendo ahora a su amiga, diría que la pobre Maude se libró de una buena, aunque dudo que Maude esté de acuerdo conmigo. —Edith rio tontamente.

—¿Mike está aquí? ¿Con Tara? —Lo que salió de la boca de Catherine era más una intención de hablar que el sonido de su voz.

—Los desconocidos nunca han sido bienvenidos. Ellos nunca nos comprenderían, Catherine. —Edith miró a Catherine de una manera que daba a entender que la incluía en el «nos»—. Hemos hecho un esfuerzo excepcional para satisfacer tus necesidades.

—¿Mis necesidades? Yo no...

—Todo el mundo tiene que aprender que sus deseos tienen consecuencias.

Catherine se estrujó las manos hasta que le dolieron los dedos. Retrocedió para alejarse de la vieja loca de la silla de ruedas.

—¡Pare! ¡Pare de una vez! ¡No quiero seguir oyendo sus disparates!

—¿Es que no comprendiste mejor nuestra historia cuando estuviste fisgoneando en el despacho de mi tío? Esperábamos que lo hicieras. Por eso te permitimos entrar en él. Queríamos que vieras cómo mi tío fue instruido en el Gran Arte.

—Las niñas. Esas niñas de Ellyll Fields. ¿Qué les hizo?

Edith continuó recordando el pasado, como si Catherine no hubiera hablado. Nada había cambiado entre ellas, ni siquiera ahora.

—Creo que para mi tío regresaron cambiados, muy cambiados. No eran tan amables. No, querida. Verás, en sus comienzos, la compañía se escondía mientras el salvajismo de este mundo campaba a sus anchas. Ay, veían la injusticia y la tragedia que asolaban a sus seres queridos, y a los que los querían. Unas tragedias que no puedes ni imaginarte. Por eso crearon las obras de crueldad, para homenajear a aquellos que fueron asesinados. Pero mi tío encontró a la compañía herida. Como los niños cuando se los regaña. Como la adversidad nos cambia a todos cuando

somos sensibles e inocentes. El terror. La crueldad. Esas cosas nos transforman, querida. Nos forjan.

Edith estiró sus dedos largos, finos y blancos. Volvían a estar enguantados. Catherine se alegró de ello, porque los había notado muy fríos en su cabeza. Ya ni siquiera estaba segura de a quién se dirigía Edith, pero no paraba de hablar y su voz quebradiza retumbaba en la cabeza de Catherine. Por un momento se imaginó atrapada en la Casa Roja, escuchando a la anciana hasta la eternidad. Quiso gritar.

—Reconocieron el sufrimiento de mi tío. Se parecía mucho al suyo. Y mi tío volvió a reunir a la compañía de esas sombras desdichadas como habían hecho otros antes que él. A través de él continuaron la tradición. Y están ansiosos por juntarse también contigo, desde donde lo dejaron... hace mucho tiempo. Aunque no es tanto para ellos, querida. O para Alice.

—¡Pare! ¡Pare! ¡Pare! Usted no me conoce. No sabe quién soy. No sabe nada sobre mí. Quiere asustarme. Por favor. Solo quiero irme a mi casa. —Se volvió hacia la ventana cuando reparó en que la melodía de *Greensleeves* sonaba cada vez más cerca de la Casa Roja—. Está enferma. Su tío estaba enfermo. Esta casa está enferma. Se llevaron a aquellas niñas. Y a Alice.

—¡Enfermos! Qué poco sabes. ¿Es que el mundo que los acosaba no estaba enfermo? ¿No estaba enfermo el mundo que quemó, descuartizó y ahorcó a sus padres? Solo quieren salvarte. Como salvaron a los otros pobres desdichados que habían sido repudiados. Lo único que han ofrecido siempre es refugio a los que son tan desgraciados como ellos.

Edith Mason pareció perder el interés en Catherine tras su exabrupto y miraba con cariño a los gatitos que estaban en su vitrina. Sus diminutos rostros peludos, con los ojos muy abiertos mientras hacían una reverencia, parecían escandalizados detrás de los abanicos desplegados.

Catherine había entrado en aquella habitación llevada por la desesperación. Y había regresado corriendo a la Casa Roja porque no tenía otro lugar al que ir. «¡Ni se te ocurra pensar eso!» Pero ahora que reflexionaba sobre ello, deseó haber continuado caminando a oscuras por la carretera que salía del pueblo o haber cruzado una de las zanjales y haber huido campo a través. Incluso si aquellos vejestorios, aquella gente del pueblo, la hubieran seguido y rodeado, susurrando en la oscuridad, eso habría sido mejor que esto.

Catherine fue hacia la puerta de la sala. Luchó con todas sus fuerzas contra los instintos que trataban de obligarla a aceptar algo que era imposible. Luchó contra los pensamientos que querían convencerla para que se volviera tan loca como la familia Mason y la casa que sus miembros habían llenado de confusión y horror.

Cuando llegó a la puerta consideró sus opciones, que todavía se reducían a escapar por la pradera de la parte de atrás de la casa en completa oscuridad y sola.

—Mis padres deben de estar buscándome. Es consciente de ello, ¿verdad? Mi colega, Leonard, se lo contará todo.

—¿Estás segura?

—¡Sí! ¡La policía vendrá!

—Espero que no. Sería una gran pérdida de tiempo porque no nos encontrará. Ésta es una de esas casas para las que es necesaria una invitación.

—¡Basta! Mike. ¿Dónde está Mike? Ha dicho que ha venido. Él no estaba invitado...

—¿Estás segura? Ellos no dejarán que se marchen aquellos a los que aman. Otra vez no. Nunca más. Somos los objetos expuestos de unos pequeños tiranos. Tú nunca fuiste nuestra invitada, sino la suya. Nadie es otra cosa aquí.

—Dígame dónde está. ¡Dígamelo!

—Y ellos transformarán a los guardianes a su imagen y semejanza como siempre han hecho los ángeles.

—¡Cállese, bruja horrible!

Para Catherine fue una bendición que el rostro que Edith Mason volvió hacia ella estuviera cubierto por un velo.

—¿El simio lascivo que siguió tu olor? ¿Eso es todo en lo que puedes pensar en un momento como éste, cuando estás presenciando milagros? Tus anfitriones se llevarán una gran decepción, Catherine.

—¿Dónde está Mike?

—Tu pretendiente recibió una invitación para que te esperara dentro y eso es lo que está haciendo, esperarte. Lo encontrarás en el taller de mi tío. Con su amante. Los que te quieren siempre se ocuparán de los que te hacen daño. Así sucedió con tu madre cuando te entregó.

—Mi madre...

—Ha conocido grandes tormentos por lo que hizo. Ellos vieron cuánto sufrías. Compartieron el dolor de tu corazoncito. Ahora que estás aquí, se puede poner fin a su sufrimiento.

—¿De qué está hablando?

Edith sonrió.

—Aquí eres querida. Eres amada.

—¡No quiero ser amada por nada de lo que hay aquí!

—Pero eso no puedes evitarlo. Es lo que siempre has deseado. Tu corazón sangró en el lugar y el momento correctos. Ellos acudieron a ti, como habían acudido a mi tío. Fueron a buscarte para traerte a casa. Donde las maravillas no tienen fin. Donde siempre serás amada.

Por un momento Catherine no reparó en lo que sugerían las palabras de Edith. Se encontraba en un estado de seminconsciencia en el que su mente era un espacio en blanco en el que oía el ruido de su sangre corriendo por las venas mezclado con el jaleo del festival que llegaba desde la puerta de la casa.

Sufría uno de esos raros episodios en que su conciencia se separaba en tres mentes divisibles. Una estaba absorta en una actividad frenética por el miedo y el pánico a un terrible desenlace. Debajo de ese torbellino, Catherine era consciente de una extraña sensación de aceptación que casi exigía a gritos calma. Y en un lugar aún más recóndito había un incipiente reconocimiento de la comprensión parcial de algo que era imposible; y siempre había estado allí, aunque nunca había transformado esa comprensión en una creencia duradera o en un conocimiento que pudiera emplear.

Llegó a la conclusión de que estaba dentro de la pesadilla de otra persona, como si estuviera atrapada en un residuo de la conciencia de M. H. Mason, o de Edith y de lo que quiera que fuera lo que consumía aquella casa. Esa idea retrocedió en el mismo instante en el que surgió y volvió a sumergirse. Solo quedaron el miedo y la desesperación.

La habían empujado hacia lo que presentía que eran los límites de su mente. La situación incluso había dejado de parecerle peculiar. Y durante apenas un momento se acercó al borde de un precipicio de comprensión de algo que era mucho más grande que nada de lo que había conocido. Estaba pasando, rozándolo, por algo tan enorme que sentía un terror puro. Pero tenía que superar ese terror y encontrar la paz o se desmoronaría.

Encontró las fuerzas para correr. Salió de la sala de estar y continuó por el pasillo en penumbra. Mientras bajaba por la escalera a la planta baja oyó las últimas palabras de Edith:

—Ahora son ellos los que imparten justicia, querida. Y su justicia puede ser terrible... Lo que

le hicieron a tu pobre madre...

Cuando llegó a la planta baja y se detuvo en el vestíbulo de la entrada oyó otra voz. ¿Le hablaba a ella? No podía saberlo con seguridad. Pero bajaba como un gruñido por la escalera, como si viniera del otro lado del tejado de la Casa Roja. Era como si una boca gigante e invisible hubiera sustituido el tragaluz de cristal rojo.

Reconoció la voz. Era una voz masculina. La misma que había narrado la obra representada en el pueblo. Y sonaba tan poco clara y con tantas interferencias que daba la impresión de que la emitían por un aparato de radio de mala calidad desde un lugar muy alejado en el tiempo. Debía de tratarse de otra grabación antigua, porque en el presente no había ninguna voz capaz de declamar con un tono tan solemne y adusto, con un timbre tan degradado por la edad.

—Salva un gatito, deshazte del resto...

Catherine no entendía casi nada de lo que decía porque las palabras se confundían con el ruido de interferencias. Pero habría querido taparse los oídos para no entender lo demás.

—El ahogamiento es el método preferido... Sostenlo de las patas traseras. Un golpe rápido en la parte posterior de la cabeza...

Catherine avanzó por el vestíbulo.

—Ata la estopa con hilo de algodón... Introduce los alambres en el cuerpo falso... Presiona el relleno alrededor de los alambres...

Se volvió hacia las puertas abiertas. La música había cesado en el camino. No veía nada aparte de las hierbas bañadas por la luz roja al otro lado del porche y la larga fila de llamas de vela.

—Trata a los grandes mamíferos en el campo... depende de las circunstancias... la trampa... el lugar, la temperatura... antes de llevarlos a un sitio cerrado... nunca les cortes el cuello...

—¡Mike!

La voz que llegaba de arriba colmaba todos los rincones de la Casa Roja para empujarla la mismo tiempo que la perseguía por el pasillo.

—Una incisión ventral en el estómago, o una apertura dorsal en la espalda... Desde el esternón hasta el coxis... desnúdalo desde la incisión... tijeras para separar los brazos y las piernas. Tira de la piel hasta los dedos de los pies... corta por los pies...

A oscuras, porque los manotazos que lanzaba a tientas no encontraban los interruptores, Catherine chocó y salió rebotada de una pared. El golpe la obligó a moverse mucho más despacio, a casi detenerse.

Ya no veía lo que había en torno a sus pies. ¿Se había movido algo junto a sus pies? ¿Eso que oía era una serie de golpes, de pasos que se acercaban? «Maude.» ¿Era Maude una asesina de niños? Catherine se imaginó la cabeza de la mujer, con su mata de pelo gris, cerca de ella, esperándola con uno de los cuchillos de desollar de Mason en su vieja mano furiosa. Debía de ser una trampa. Edith le había mentido cuando le había dicho que Mike estaba esperándola abajo. Le habían robado el coche, el contenido del bolso y el teléfono. La habían aislado y estaban torturándola. ¿Era así como hacían las cosas en la casa?

¿Cómo sabían que era adoptada? ¿Habían matado ellos a su madre biológica? ¿No era eso lo que había insinuado Edith? Por repudiarla. No, Edith había dicho que el sufrimiento de su madre terminaría ahora que ella estaba allí, lo que implicaba que su madre seguía viva. Pero ¿dónde estaba?

Mentiras. Medias verdades y manipulación. Eso era todo lo que había recibido en esa casa. ¿Pero y Alice? La conocían.

«Pasa, Alice. Pasa, Alice. Ve tú primera. Ve tú primera. No pasa nada... ¡No! Alice, Alice, vuelve. No es seguro. Alice. Por favor, Alice. No nos dejan. Vuelve.»

Se tapó los oídos con las manos para no oír sus propios recuerdos y el zumbido de la voz grabada, que hacían chillar sus terminaciones nerviosas. La voz metálica de la grabación estaba dentro de su cabeza. Se sentía tan desorientada que temía caerse en la oscuridad y no ser capaz de volver a levantarse. Agitó las manos a su alrededor para espantar lo que pensaba que era Maude.

—Corta cerca del cráneo. Separa los párpados alrededor del globo ocular. Saca los ojos. Hay que ajustar los párpados debajo de una lente de aumento como se miran los microbios por un microscopio. Las más sutiles modificaciones crean el efecto de pánico y terror.

—¡Basta! ¡Basta!

Corrió hacia la puerta abierta del taller y la luz pálida y sucia que salía de él. Era la única luz que había. La casa era un lugar donde tenías que moverte con los ojos entrecerrados, arrastrándote, tambaleándote, rozando cosas que no eras capaz de identificar en la oscuridad.

—Corta la oreja hasta la base, separa la piel del cartílago... luego pon del revés la oreja... saca la piel de la cabeza como si fuera un guante, con fuertes tirones.

—¡Mike! ¡Mike! ¡Mike! —gritó al llegar a la puerta abierta del taller de Mason.

—Limpia la carne de la piel... Elimina la grasa de la piel. Aclara en agua limpia.

Paseó la mirada por el interior del taller durante un momento que se le hizo eterno. Luego se sentó en el suelo junto a la puerta y apoyó la espalda contra la pared. Ésta aguantaba el peso de su cuerpo, que sus piernas ya no eran capaces de sostener.

—Una piel sin grasa puede curtirse durante varios meses sin que sufra ningún daño...

Los cuerpos de los amantes estaban pálidos. Solo lo que parecía una boca torcida, que recorría la espalda de Mike de arriba abajo, tenía un tono distinto del gris apagado del resto de su piel.

Enfrente de él estaba sentada una mujer cuya identidad Catherine supo sin necesidad de verle la cara. Sabía que era una mujer porque entre el codo y las costillas de Mike veía uno de sus pesados pechos, tan blanco como el vientre de un pez, con un pezón que parecía un cardenal.

Sus cabezas oscuras y húmedas se apoyaban la una en la otra, frente con frente, como si fueran unos novios susurrándose un secreto mientras se dan un baño con sales perfumadas. Un líquido negro llenaba la bañera hasta la parte superior de sus brazos.

Catherine los observó un rato sin moverse, con la sensación absurda de que era una intrusa en un momento de gran intimidad de la pareja. También sentía la conmoción fría de la traición carnal. Y repugnancia hacia la muerte. Y aceptó el horrible y sencillo hecho de que alguien podía estar vivo, ir al lugar equivocado y morir.

Pasaron algunos minutos hasta que se dio cuenta de que el ruido extraño que oía en la habitación salía de la boca de su estómago, rítmicamente, como jadeos. Era el sonido de un extraño en una habitación oscura.

* * *

Catherine dejó a los amantes y se dirigió a la puerta trasera de la casa. El sonido seguía saliendo de su boca como si estuviera pariendo. Resultaba extrañamente tranquilizador porque era una prueba de que aún estaba viva y era real, «de momento».

La puerta trasera estaba cerrada con llave. «Claro que está cerrada con llave.» Miró a través de los cristales de la mitad superior de la puerta y vio las estrellas. Abajo también vio estrellas, ¿o era un efecto de la luz en el cristal? «¿Qué luz?» Pero el pensamiento mismo de que fuera ya no había nada, ni tierra, ni árboles, ni cielo, no le sorprendió. No tenía ni la más remota idea de qué era ese lugar; solo estaba segura de una cosa: estaba cansada de correr. Nunca parecía llegar a ninguna parte. Se sentía como si hubiera cruzado a nado y vestida el canal de la Mancha. Por lo tanto, si ya no podía seguir corriendo, ni tenía sentido hacerlo, lo único que le quedaba era la casa. Y deambular por ella sin pensar demasiado durante un rato, como si hubiera llegado al final de algo importante: ella.

En la mano derecha apretaba el mango de palisandro del escalpelo que había cogido en el taller. Se preguntó si sería capaz de usarlo si alguien la abordaba en el oscuro pasillo o intentaba impedir que saliera de la casa. O quizá podría utilizarlo contra sí para asustarlo. Eso sería más fácil. En el colegio pisoteaba sus gafas o se abofeteaba hasta que aparecía un maestro. Una de las niñas calladas con los calcetines blancos subidos hasta las rodillas y que nunca sería su amiga siempre corría a buscar un maestro cuando se volvía loca. La locura, había aprendido cuando

todavía era muy joven, era una estrategia tan buena como cualquier otra cuando querías que te dejaran en paz. La Casa Roja, pensó, había jugado la misma carta.

De arriba llegaba el sonido crepitante y lleno de ruido de interferencias de la vieja grabación. El gran M. H. Mason, por el que ella estaba allí, continuaba hablando desde el pasado en un lugar que él mismo había convertido en un elegante infierno, que olía a lo que se usaba para ocultar el olor de la muerte. Había grabado para la posteridad su locura apócrifa con la esperanza de inspirar a otros.

—Son ilusión y engaño.

Catherine captaba entre el ruido de interferencias fragmentos de las atroces declaraciones y no les prestaba atención cuando la voz sonaba más clara.

—Se han invocado. Su historia es oscura y...

No se encontró con nadie en el pasillo de servicio. Probó a abrir todas las puertas porque en esas habitaciones había ventanas que daban al exterior lo suficientemente grandes para salir por ellas. Si al otro lado de los cristales no había nada, la nada seguía siendo mejor que aquello.

Todas las puertas estaban cerradas con llave. El pasillo parecía un embudo; la había llevado hasta el taller y ahora le pedía que regresara.

La puerta principal también estaba cerrada para impedir que entrara lo que había fuera, o lo que había habido. Porque ya no se oía la música, *Greensleeves* ya no sonaba, y la gente con las velas no la había seguido al interior de la casa.

«¿De verdad estaban ahí?»

Las puertas se habían cerrado desde dentro y se habían sacado las llaves de las cerraduras de latón. ¿Eso significaba que había alguien más en la casa, cerrando con llave las puertas detrás de ella? Alguien que veía en la oscuridad y que tenía un plan especial para ella. «Maude. Bruja silenciosa.» Catherine dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera.

—La presencia de las ratas inmóviles me resulta más satisfactoria y reconfortante que la compañía de mi propia especie.

Catherine no debía salirse de los límites cada vez más imprecisos de la razón. A pesar de que las corrientes de miedo y confusión desviaban sus pensamientos formados y a medio formar y sus especulaciones, había una explicación, una explicación racional para esa situación.

Edith no era una asesina. Era demasiado débil. ¿Y Maude? Tal vez. M. H. Mason y Violet Mason habían sido personas reales; estaban locos pero existieron. Sin embargo, tanto Maude como Edith estaba detrás de aquello. Ellas continuaban lo que M. H. Mason y Violet Mason habían empezado.

«Piensa. Piensa. Piensa.»

Edith y Maude debieron de secuestrar a Alice. Con ayuda. El rapto de Alice y de todas aquellas niñas desamparadas que desaparecieron de Magnis Burrow, sobre las que le habló su abuela, debía de ser un trabajo en equipo. M. H. Mason y Violet habían empezado algo aquí y otros habían continuado la tradición. ¿No era eso lo que había insinuado Edith?

Y los descendientes de M. H. Mason habían continuado representando sus fantasías en la Casa Roja, sus delirios psicopáticos sobre un legado absurdo y horripilante de un teatro de marionetas, y relacionado con ella también, a quien codiciaban porque su madre la había repudiado en 1981.

Edith estaba intentando convencerla para que aceptara los ritos surreales de su familia, intentaba introducirlos en sus pensamientos como si fueran alguna clase de realidad alternativa, una degeneración de la ley natural.

Era absurdo y la teoría de Edith Mason no la convencía, pero era lo único que tenía para seguir adelante.

Pero ¿iban a matarla? ¿Estaban jugando con ella como si fuera un ratón antes de darle el golpe de gracia?

El hecho de reconocer que todo lo que estaba viviendo era real le procuró una cruel sensación de alivio. Porque, por encima de todo lo demás, tenía que negarse a aceptar la cosas imposibles que la Casa Roja y sus residentes le sugerían. De lo contrario estaría perdida.

Catherine estaba parada en medio de los animalitos elegantemente vestidos. Horatio la observaba con un ojo perpetuamente húmedo mientras ella miraba la silla de ruedas vacía. La sobrina de M. H. Mason, su leal sacerdotisa, no se hallaba en la sala de estar.

La ausencia de Edith se mezcló con recuerdos recientes que deseaba olvidar de las figuras marchitas que bailaban en el festival y de un ruido que llegaba desde el otro lado de una puerta. Su coma de atontamiento, su fugaz encanto de racionalidad, se había roto. Comenzó a temblar. Más que inspirar, absorbió el aire. Se sentó en la alfombra para combatir las náuseas que sobrevolaban su frío cuero cabelludo.

Un pequeño alud de polvo en la chimenea le arrancó un chillido. Se puso en cuclillas y clavó la mirada en la gran chimenea que dominaba la habitación. Otro reguero de polvo cayó sobre la impecable rejilla negra. Esta vez Catherine solo se estremeció. Lo único que oía era el zumbido de la grabación, que ahora también parecía salir del hogar.

Catherine salió al pasillo y rodeó la escalera buscando a tientas los interruptores que se fundían con los paneles de madera de las paredes. Encendió de un manotazo todos los que encontró para bañar la escalera de la pálida luz de color rubí. «Hay luz. Tienen que pagar facturas. Hay gente que sabe que viven aquí.»

En los dos pasillos contiguos de la primera planta reinaba la oscuridad. La idea de introducirse en la boca tenebrosa de cualquiera de ellos para buscar un interruptor le resultaba insoportable. Querían que subiera.

—Los niños deben bailar para alguien...

Tal vez tendría que empezar a usar el cuchillo allí arriba.

Aunque ninguno de los dos estaba en condiciones de hacer algo más que permanecer recostados como meros maniqués en sus asientos, Catherine estaba convencida de que se desmayaría si alguno de los ocupantes del desván se movía.

Tenía la sensación de que se encontraba en el desván de una casa de muñecas, acompañada por dos muñecas y el ruido amplificado de una radio con el dial detenido entre dos emisoras. Debajo del tejado, el ruido de las interferencias y la voz metálica sonaba tan fuerte que tuvo que mirar arriba para asegurarse de que no se había puesto debajo de la boca de un gigante asmático con un micrófono pegado a los labios.

Tendido delante de ella, levantado a la altura de sus hombros, el escalpelo temblaba de lo fuerte que lo aferraba. Con la otra mano se apretaba la boca para contener unos gemidos que la mayoría de la gente no oye salir de sus labios en toda su vida.

Las paredes del desván estaban tapadas por una multitud de viejos estuches de madera para bolsitas del té, varias sillas de comedor cubiertas con fundas para preservarlas del polvo y un caballo balancín del tamaño de un poni, pintado. Catherine paseó rápidamente la mirada por todos esos objetos y otros en los que no se fijó buscando algún movimiento entre los muebles. No se movió nada.

Mientras la espantosa voz seguía declamando, Catherine advirtió el zumbido de un juguete mecánico. Eran las partes mecánicas de lo que parecía un Frenophone en perfecto estado. Una vez había visto uno en un museo, pero no estaba tan limpio ni reluciente como el que descansaba sobre una pequeña mesa plegable. El aparato era semejante a un gramófono, pero no reproducía discos. Estaba diseñado para captar señales de radio débiles. Y se operaba de manera manual. De uno de los costados de la caja de madera sobresalía una manivela negra.

«Pero ¿quién lo ha encendido?»

Catherine devolvió su atención a los dos cuerpos que había en el desván. Era obvio que la figura arrugada derrumbada sobre la silla que estaba detrás de la mesa no había sido capaz de encender el Freno-phone. Iba cubierto de los pies a la cabeza con un traje blanco y un delantal y tenía las manos escondidas dentro de unos guantes de protección de ante. Era el criador de moscas que había visto en el descuidado jardín.

Catherine, con el escalpelo por delante, se acercó a la mesa detrás de la cual el hombre debía de haberse sentado erguido en otro tiempo, y se detuvo lo más cerca que se atrevió de él por si acaso se movía. A través de la vaporosa rejilla de la careta se entreveía una cabeza indistinguible.

Catherine retiró la careta y contempló lo que quedaba de un rostro amarillento, seco como el pergamino de un faraón exhibido en un museo. Faltaba una parte de la cara, justo encima de una cuenca ocular. La boca sin labios estaba abierta y tan seca como los huesos de dentro. El brillo y el lustre de los ojos abiertos y fijos no dejaban lugar a dudas de que eran de cristal. Los tendones secos del cuello estaban impecablemente cosidos. Era una obra de M. H. Mason.

El traje de protección parecía haberse anquilosado en el cuerpo esquelético y derrumbado que

contenía. Pero podía moverse; ella lo había visto moverse. «¿Cómo?» El repentino recuerdo de verlo moverse entre los árboles del jardín hizo que Catherine se apartara de la mesa.

Se prometió que lo que había visto en el jardín, el vestigio de humanidad con el traje blanco, no era alguna clase de juguete antiguo al que alguien, como un niño travieso que quisiera llamar su atención, había dado cuerda para que se paseara traqueteando mientras realizaba una vieja rutina. No había espantajos de restos humanos mal conservados que ocuparan temporalmente otra vida que existiera allí, o detrás de allí, o cerca de allí, a los que hubiera aludido Edith. Una fuerza que Catherine creía haber percibido, aunque no la había visto. Porque pensar eso, y creer esas cosas, era justo lo que Edith quería que hiciera y no debía aceptar las mentiras de Edith.

Por lo tanto había otro residente en la Casa Roja que se había puesto aquel traje el primer día que había pasado allí. Un tercer morador. Estaban Maude, Edith y otra persona que la había saludado desde el jardín. Además había visto caras en las ventanas, disfrazadas. De manera que esa otra persona que todavía no había conocido quizá era el asesino de Mike y de Tara, y de la pequeña Alice. Tal vez era el niño discapacitado de las viejas fotografías del despacho de Mason, el que ella había tomado por el hijo de Edith. Ya debía de ser muy viejo, un septuagenario.

Tutelado por Edith, su hijo incluso podría haber sido el encargado de embalsamar a su abuela y a su tío abuelo. La locura estaba tan arraigada en la casa que cualquier cosa parecía posible. Y ese otro también podría haber sido al que oyó deambulando por la casa de noche, arrastrándose por el suelo delante de su habitación.

Catherine se volvió hacia la segunda ocupante del desván, que estaba sentada y sonreía dentro de la urna como una versión satánica de la Virgen María. Era la reliquia que había visto en el festival. Catherine pensó con fundamento que el cuerpo que estaba encerrado en la caja de cristal seguramente era la madre de Edith, Violet Mason: una mujer que ahora era reverenciada como si fuera una santa por los vestigios de vida local, si es que se les podía considerar vivos.

Al mirarla de cerca, la piel de la cara de los restos de Violet Mason estaba pálida como un gusano desenterrado y tan arrugada como una sábana de algodón mojada. Tan menguado estaba su cuerpo, que las facciones marchitas que se veían debajo del amplio sombrero negro y detrás del velo con un dibujo no habrían desentonado en la cabeza de un niño. Tenía los ojos abiertos y brillantes, y Catherine estuvo casi segura de que también eran de cristal. Alemanes. El vestido estaba confeccionado con una seda negra bordada de una calidad extraordinaria y cubría los brazos de la figura. Solo sus manos quedaban a la vista. Eran tan blancas como la masilla, con unos dedos delgados como lápices, pero parecían inquietantemente blandas. Las flores de las guirnaldas que decoraban el interior de la urna eran frescas, como si se recogieran todos los días en las praderas.

Alguien había embalsamado a Violet y había guardado sus restos y los de su hermano allí arriba. Era truculento, pero Catherine sabía que debía permanecer en el lado de la razón, si no estaría perdida, se volvería completamente loca. Estaba delante de unos cadáveres embalsamados, no de unas criaturas vivas.

Pero ¿cómo habían subido el cuerpo de Violet hasta allí? Había visto el cadáver en el pueblo, y luego en el camino de entrada de la casa. «¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo?»

Mientras ella estaba paralizada por la conmoción en el taller, los emisarios de Edith debían de haber transportado la urna al desván. Quizá mientras Maude levantaba a Edith de la silla de ruedas y se la llevaba de la sala de estar. Todavía podía encontrarse una explicación razonable a todo eso. «Precaria, pero aférrate a ella.»

La urna de cristal había sido depositada delante de un telescopio antiguo de latón montado

sobre un trípode de madera. La lente estaba orientada hacia una ventana con un arco. Catherine había visto la ventana desde fuera, cuando recorría el camino de entrada. Recordó los mapas de estrellas y las fotografías de cielos estrellados que había encontrado en el despacho de M. H. Mason; la obsesión de un aficionado con talento que no llegaba a ser un científico. Ése era el lugar desde el que Mason había observado el universo e implorado al cielo un significado que no había encontrado en su propio mundo.

«Mientras enloquecía.»

Catherine se fijó en el baúl de piel con el monograma, pero no perdió la ocasión para pasear la mirada por las sombras que se extendían entre los montones de muebles cubiertos con fundas, si bien no sabía muy bien qué temía que se moviera en aquellos rincones oscuros. El baúl de piel era el mismo que había visto en la habitación vacía de la pensión de Green Willow después de que Edith Mason se pusiera en contacto con ellos por primera vez. Y había vuelto a verlo en el dormitorio infantil.

Los cierres de latón estaban levantados y la cerradura estaba abierta.

Catherine retiró la mano de la boca y puso los dedos en los cierres. Contuvo la respiración y tiró hacia arriba de la tapa del baúl con todas sus fuerzas. La tapa se levantó con un chirrido y golpeó el panel trasero cuando cayó hacia atrás.

Catherine retrocedió y se agachó con el escarpelo levantado ante sí.

La parte superior del baúl estaba forrada de lo que parecía una tela de hule. De sus húmedos confines no salió nada.

Catherine se inclinó hacia delante para echar un vistazo dentro.

Cuando el ruido del Frenophone cesó de golpe, el repentino silencio del desván se hizo añicos con sus gritos.

Catherine no podía parar de temblar. Tardó un rato en darse cuenta de que también estaba dando pequeños saltos apoyándose alternativamente en un pie y en el otro, como si se hubiera mojado y tratara de secarse y entrar en calor. Con la poca cordura que le quedaba llegó a la conclusión de que estaba a punto de sufrir un ataque causado por la conmoción.

Porque el cuerpo sin vida de Edith Mason yacía en el interior del baúl. Descoyuntado como una muñeca, con la boca abierta y los ojos en blanco en su diminuta cabeza. Y Catherine supo nada más verla que no quedaba ni un hálito de vida en la anciana. Daba la impresión de que acababan de dejarla allí. Quizá después de que hubiera terminado alguna clase de función indescriptible.

El borde desarreglado del vestido que la cubría dejaba a la vista los piecitos de Edith Mason embutidos en unos botines que se abrochaban a los lados. Fijados a los tacones de los zapatos había unos feos aparatos ortopédicos que desaparecían en la multitud de enaguas y faldas que llevaba debajo del vestido negro.

Catherine no sabía adónde ir, pero se dirigió a la escalera por la que había subido al desván. Solo era capaz de pensar en salir de la repugnante habitación que ocupaba la parte más alta de la casa, paso a paso.

Mientras descendía por la escalera reparó en la brillante luz roja que había abajo. El pasillo del segundo piso donde estaba la entrada del desván estaba mejor iluminado de lo que creía posible.

Las pantallas de cristal de las lámparas que había en las paredes revestidas de madera a ambos lados del pasillo brillaban con intensidad y la luz que emitían ya no era la luminosidad turbia de luz diurna atrapada en jarabe. Más bien poseían una incandescencia que estimulaba un estado en

el interior de Catherine al que estaba tan poco acostumbrada que tardó un rato en identificar su reacción a la nueva visibilidad: confianza y seguridad.

Esa nueva luz debía de ser otro truco de la Casa Roja, de Maude o del asesino, o de ambos.

O de quienquiera que vivía también allí y nunca había visto.

«¡Para!»

Se apoyó en una pared para calmarse antes de continuar. La estaban dirigiendo hacia algo que no era capaz de predecir.

«Síguelos el juego y averígualo.»

Un repentino alud de recuerdos le arrancaron unos gimoteos: el cuerpo sin vida de Edith; la espalda abierta de Mike, la escisión negra; un pecho frío y exangüe sobre la superficie oscura del líquido de la bañera; la cara arrugada de la madre de Edith y sus manos rígidas pero suaves. Catherine intentó sofocar esos chispazos de recuerdos recientes antes de que prendieran el fuego del pánico.

No era que no quisiera reflexionar sobre lo absurdo y lo horripilante de lo que había tenido que ver tanto en el taller como en el desván, sino que era incapaz de pensar en ello. Sabía que si lo intentaba su cabeza saltaría por los aires y jamás se recuperaría.

Alzó la cabeza para olisquear el aire, que ahora estaba impregnado de un aroma floral. Un olor a rosas flotaba en el pasillo y el aire era lo suficientemente caliente para devolverle el color a su piel.

Tal vez fuera otro truco o un gesto de bienvenida tardío de la casa al que debía resistirse. Sin embargo no fue capaz de sofocar la gratitud que sentía por el regreso de la claridad, por un olor que no era el hedor acre de los productos químicos y por la sensación del contacto en la piel de algo que no estaba frío.

La Casa Roja estaba silenciosa.

Catherine avanzó empuñando el escalpelo delante de ella. Cada vez que pasaba junto a una de las puertas del pasillo la observaba detenidamente y sentía una tensión en la nuca cuando la dejaba atrás. La casa le generaba tanto recelo como un matón violento que le sonriera de vez en cuando.

Al llegar a la escalera lanzó una mirada por encima del hombro. El pasillo continuaba vacío y bien iluminado.

La fragancia de las flores era más intensa en el rellano, como si el aroma colmara la gran escalera hasta el techo. El suelo y las paredes de madera del pasillo contiguo también estaban iluminadas por el acogedor resplandor carmesí de unas lámparas que antes habían emitido una luz mortecina.

Catherine se asomó por encima de la barandilla. El entarimado del vestíbulo parecía recién pulido. Se acercó a la ventana con arco del descansillo, que se encontraba enfrente del pasillo donde estaban la habitación de Edith Mason y el dormitorio infantil. Descorrió las tupidas cortinas, abrió las contraventanas y miró a través del cristal.

No vio nada más que el reflejo de su rostro pálido y demacrado. El vidrio estaba tan limpio y el mundo del otro lado era tan negro que el cristal de la ventana era un espejo. Encima de sus hombros vio reflejada la segunda planta de la Casa Roja como si fuera un túnel que había a su espalda.

Una ventana abatible. Dejó el escalpelo encima del banco acolchado que había debajo de la ventana y agarró el pestillo. Lo giró y empujó con cautela las hojas de la ventana para abrirla al aire frío y a una noche tan serena, oscura y silenciosa que podría haber estado contemplando un

vacío. Las ventanas de la planta baja también debían de estar ocultas detrás de cortinas y pestillos porque ni un rayo de luz escapaba de abajo para iluminar las impenetrables tinieblas.

¿Adónde había ido la gente con las velas? ¿Eran como Edith y Mason, el criador de moscas? ¿Habían venido vivos y caído después como muñecos? Interrumpió esos pensamientos porque habían empezado a temblarle las manos.

Se sentó en el banco de la ventana y juntó los tobillos, introdujo las manos entre las rodillas y comenzó a balancearse adelante y atrás. Tenía la costumbre de hacer eso en momentos de mucha angustia y Dios sabía que había tenido muchos de esos.

«¿Y ahora qué?»

Las puertas de las habitaciones de abajo estaban cerradas con llave, así que no podía acceder a sus ventanas para escapar. Y nunca tendría el valor para saltar desde una ventana del primer piso, a menos que hubiera un incendio en la casa.

¿De verdad había desaparecido el mundo fuera de aquellas gruesas paredes?

«¡Para! ¡Para! ¡Para!»

¿Dónde estaba Maude? Ella debía de haber encendido las luces y cerrado con llave la puerta principal y la trasera. Catherine se puso en pie. Las lágrimas calientes empañaban su visión.

—¡Maude! ¡Maude!

Nadie respondió.

Apretó los dientes y miró el escalpelo como buscando que le insuflara un poco de arrojo irracional antes de volver corriendo al pasillo donde estaban la habitación de Edith y el dormitorio infantil. Giró el picaporte de la puerta del dormitorio de los niños. Estaba cerrada con llave. Fue corriendo hasta la puerta de enfrente y probó. También cerrada. Regresó por el pasillo probando los picaportes de todas las puertas. Cerrada. Cerrada. Cerrada. Cerrada.

Otra vez quiso gritar, pero hacer algo, cualquier cosa, mantenía su mente alejada de asuntos que su caótica cabeza debía evitar.

Regresó al punto de partida y se detuvo delante de la puerta de la habitación de Edith Mason. Con el poco vigor que le quedaba en el brazo giró el picaporte. Sonó un clic y la puerta se abrió.

Entró, cerró la puerta a su espalda y giró la llave. En esa habitación le permitían entrar. También le permitían visitar el desván y el taller de M. H. Mason. Había algo, sin hablar, quizá incluso sin lengua, contándole una historia. Se sentía como si se paseara por las viñetas de un cómic horroroso con las páginas rojas y con olor a flores. Y en esa página le dejaban entrar en el dormitorio de Edith Mason.

Decenas de muñecas la observaban con sus caras perfectas y plácidas. La luz escarlata se reflejaba en sus ojos de cristal. Las lámparas de las mesitas de noche, la lámpara de pie y la del techo arrojaban una luz brillante. Las cortinas estaban descorridas y al otro lado de las ventanas solo había vacío.

Catherine levantó las faldas del edredón y echó un vistazo debajo de la cama, aunque se negaba a mirar lo que estaba buscando. No vio nada, salvo un orinal de cerámica.

A continuación abrió los grandes armarios. Con una mano fue tirando a un lado y a otro la ropa que colgaba de las perchas mientras empuñaba en la otra el escalpelo, listo para atacar. Luego abrió los cajones y levantó los tapetes de las mesitas de noche. Miró también detrás del gran espejo del tocador. Llenó la chimenea con ropa de cama apretujada y la cerró con la tapa de hierro.

Se sentó en el centro de la cama, con la mirada fija en la puerta. Bajó la mano con la que empuñaba el escalpelo para apoyarlo en la cama junto a su muslo y esperó.

Cuando se despertó con un grito ahogado, Catherine aún estaba en la cama de Edith Mason, con la espalda apoyada en una hilera de almohadones mullidos.

Notaba los ojos hinchados y tenía náuseas. Tenía molestias en todos los músculos de las piernas y le dolían a rabiar los pies. Estaba enferma, exhausta, extenuada de ir de conmoción en conmoción, y todavía drogada. Se había quedado dormida de puro agotamiento. Pero solo durante unos breves segundos, hasta que una alarma interior la había despertado de una sacudida.

Las luces aún brillaban intensamente en la habitación y el aroma dulce de rosas seguía perfumando el aire de la casa. Sin embargo, se había producido un cambio en el aspecto del dormitorio. Las dimensiones y los muebles eran como los recordaba de antes de dormirse, pero la atmósfera era distinta. Se había vuelto más delicada.

La variación le habría pasado desapercibida si no hubiera estado en una situación tan desesperada, pero notaba un descenso en la densidad y la presión de la atmósfera de la habitación. Ya tampoco hacía calor ni transmitía la sensación de lugar cerrado. El espacio donde estaba parecía más apacible y ligero, más fresco. Tal vez solo fuera su imaginación, pero, a pesar de su malestar físico, encima de la cama ya no se sentía tan pesada, sino una pizca más ligera, incluso incorpórea.

Bajó de la cama y se acercó a la puerta. Lanzó una mirada a las muñecas y rechazó la impresión de que parecían más contentas. En el entarimado había aparecido el indicio de una luz blanca que entraba por la ranura que quedaba entre el suelo y la puerta.

Giró la llave en la magnífica cerradura haciendo el menor ruido posible. La llave giró y sonó un clic casi imperceptible. Catherine abrió una minúscula fracción la puerta y entrecerró los ojos deslumbrada por la luz del sol.

En el rellano y al final del pasillo las cortinas y los postigos estaban abiertos, y la luz del sol, con una intensidad más propia de otra estación, inundaba el corredor. Catherine también tuvo la impresión de que abajo se había abierto la pesada puerta principal de la casa mientras ella dormía y de que todas las ventanas de la planta baja estaban abiertas de par en par para recibir con los brazos abiertos la luz, así como el aire tibio y vigorizante y sus olores: a hierba recién cortada y a parterres atestados de flores llenas de dulce polen.

Desde arriba, la luz de color escarlata del vidrio tintado había sido sustituida por otra de un tono rosado que teñía el aire de una manera que Catherine encontró encantadora. Estaba segura de que no había dormido más que unos segundos, pero de alguna manera se había despertado en pleno día.

La gran mansión perfumada parecía alegrarse de que se hubiera despertado y se moría de ganas de enseñarle que era el sitio suntuoso y de buen gusto que Catherine había esperado: un espléndido y tranquilo lugar que custodiaba la belleza y el arte de una época que había estudiado y admirado durante toda su vida adulta. Ya no era una casa iluminada por un asesino. El hedor de la muerte había desaparecido de sus habitaciones. La Casa Roja estaba realizando una nueva

declaración de intenciones: Ésta es una casa de la que no desearás irte y solo en sueños podrás regresar a una casa en el límite de las maravillas.

Catherine se imaginó el polvoriento camino que debería recorrer para marcharse. Controló su deseo de correr hasta la puerta principal y bajó por la escalera despacio, mirando a todas partes, sobre todo arriba, buscando pequeños rostros que estuvieran observándola. No vio ninguno. Continuó examinando en la planta baja, donde una figura rechoncha y con el pelo blanco podría estar esperándola para recibirla con un cuchillo de desollar en la mano, o algo mucho peor. Pero no vio a Maude.

Catherine se quedó parada en el vestíbulo mientras sus nervios le gritaban que no siguiera retrasándolo y corriera hacia la puerta antes de que se cerrara como la noche anterior.

Fuera de la Casa Roja la claridad era casi cegadora. Parecía el primer día de verano, radiante y despejado, pero los rayos del sol quemaban como en ningún día de verano que ella hubiera conocido.

El hueco con el arco de la puerta principal parecía un eclipse planetario, como si una gran estrella se moviera por el firmamento. La luz que entraba en la casa la invadía e hizo germinar en su interior una receptividad a la belleza y la esperanza que antes solo había atisbado. Era irresistible. Un entusiasmo infantil burbujeaba dentro de ella y contagiaba hasta la última célula de su cuerpo. Una comprensión absoluta de algo importante que permanecía sin definir y que intentaba extenderse a través ella mediante el calor y la luz. Tenía al alcance de la mano el significado verdadero y la cercanía de la revelación le cortaba la respiración. Era algo a lo que su mente oponía resistencia intentando desentrañarlo y comprenderlo.

Mientras miraba directamente la luz, nunca había tenido la mente tan clara, tan despierta, tan vital. Todos sus sentidos y sus terminaciones nerviosas se estiraban para alcanzar el punto culminante de su euforia.

Se protegió los ojos con las manos mientras daba unos pasos en dirección a la puerta. A través del resplandor vio el jardín cuidado y, al otro lado del muro, un vasto océano de prados que se extendía hasta las lejanas y sinuosas colinas que rielaban con el nutritivo calor.

«Puedes caminar hasta que te canses en esa dirección, pero volverás.»

Se detuvo en el umbral. El mundo exterior estaba iluminado por un gran sol blanco que completaba la escena como si tuviera unos suaves filtros fotográficos en los ojos. Se sentía como si estuviera a la vez en la misma casa que el día anterior y en otro sitio completamente distinto. Si echaba a andar por el camino llegaría al pueblo y a la iglesia. Si luego seguía más allá, todo lo que encontrara sería irreconocible. Lo presentía, aunque no sabía por qué.

Se dio la vuelta y miró hacia el pasillo de servicio que partía del vestíbulo. La puerta trasera de la Casa Roja estaba abierta. El hueco de la puerta era un rectángulo que bañaba de una luz aún más intensa el interior de la casa. Una luz que inundaba el pasillo antes tenebroso.

Se produjo una oscilación en la luz deslumbrante de la puerta trasera, como si alguien la hubiera cruzado. Desde allí le llegó a Catherine el tintineo lejano de cubiertos en la porcelana. Por encima de la fragancia de las flores flotaba el aroma de pasteles y pan recién hechos. Catherine distinguió el olor dulce del té caliente y el refrescante de los vinos de verano enfriados. Se le hizo la boca agua. Aspiró profundamente la brisa que refrescaba su rostro como si se hubiera zambullido en el agua transparente del mar un día sofocante.

Le corrían lágrimas por las mejillas.

Cruzó el vestíbulo y se dirigió hacia la puerta trasera. Allí estaban las respuestas que necesitaba. El nudo en la garganta era la parte más sólida y tangible de su cuerpo ingrátido

mientras se deslizaba como si la llevaran en volandas hacia aquel rectángulo de luz.

Recorrió la distancia que la separaba de la puerta rápidamente, entre las paredes teñidas de color rosa. Las orgullosas puertas cerradas bloqueaban el paso a maravillas que seguramente destruirían a Catherine si entraba en cualquiera de aquellas habitaciones. Se acercó a la luz del jardín sin miedo y casi atravesó el portal que la invitaba a pasar con un apremio sorprendente.

Tan exuberante era el jardín que la luz del sol reflejada en el césped la obligó a protegerse los ojos. Nunca había visto una tierra tan fértil. El verde intenso del follaje y la hierba, salpicados de flores de color naranja, amarillo y morado, la dejó sin respiración, tal era la belleza que contemplaba.

Al otro lado de las resplandecientes paredes del invernadero se intuía la presencia de grandes plantas tropicales con las hojas cerosas. Los muebles de jardín eran tan blancos como un pabellón de cricket en un sueño. La madera del teatro brillaba entre las cortinas de terciopelo y debajo de un telón de fondo que podría haber pintado Monet. Más allá de los árboles que bordeaban el jardín, Catherine vislumbró una pradera inglesa que reverberaba por el calor.

El apicultor levantó la mano enguantada y la saludó desde detrás de una celosía en la que se enredaban rosales con flores rojas, blancas y rosadas. Catherine no distinguió la cara que había detrás de la rejilla que le cubría la cabeza porque estaba demasiado lejos, pero los delicados movimientos de abuelito ágil con los que trajinaba entre las desdibujadas colmenas borró de su memoria la repugnante figura que había visto dentro de ese mismo traje con anterioridad.

Sentadas a la sombra de un árbol, alrededor de una la mesa con el pie de hierro forjado cuya pintura blanca brillaba tanto que la deslumbró, estaban la dos mujeres vestidas de negro desde el cuello hasta los pies. Los velos desenrollados que caían de las alas anchas de sus sombreros cubrían sus rostros blanquecinos, que habían vuelto hacia ella. Sus manos pálidas hacían juego con las tazas de porcelana que sostenían. Había una tercera silla separada de la mesa.

El porte de las tres personas que estaban en el jardín no denotaba sorpresa ni tensión. Estaban pasando el rato mientras esperaban a que Catherine se uniera a ellas.

Catherine se dio la vuelta para ponerse de frente a la presencia que notaba detrás de ella, en las profundidades de la Casa Roja. Y se sobresaltó cuando vio tres figuras de pie al final del pasillo de servicio, justo antes del vestíbulo.

Los brazos gruesos y el torso rollizo de Maude eran inconfundibles. A pesar de la distancia, su rostro masculino debajo de la densa mata de pelo, cortado toscamente y sin estilo, expresaba tantos años de insatisfacción con el destino de un ama de llaves que su resignación paciente parecía haber dado paso al cansancio. ¿Cómo era eso posible en un día así?

El interés de Catherine se trasladó a sus dos pequeños acompañantes. Los niños estaban uno a cada lado de Maude y rodeaban con la mano uno de sus gruesos dedos.

El niño lisiado con la cara de madera y la peluca de espeso pelo negro vestía el mismo traje anticuado que la última vez que Catherine lo había visto de una manera tan real cuando era niña y sus delgadas piernas seguían aprisionadas en los aparatos ortopédicos. Levantó la mano libre en el aire, como había hecho cuando Catherine solo era una niña que miraba a través de una valla las ruinas del abandonado colegio para niños especiales. La manita levantada con sus dedos estaba cerrada, parecía elaborada con un molde o bien tallada. La cara en la cabecita de madera que la miraba desde la distancia que los separaba estaba pintada y esbozaba una sonrisa triste debajo de los mechones de pelo rebelde.

Al otro lado de Maude, la luz se reflejaba en los gruesos cristales de las monturas de plástico de las gafas de la niña. Uno de sus ojos parecía extraño desde lejos y Catherine supuso que la

cuenca ocular estaba rellena con una gasa y que la lente de las gafas aún estaba tapada con esparadrapo, como cuando Alice tenía seis años, la última vez que había visto a su amiga de la infancia. La otra cosa que le llamó la atención, y de una manera tan inesperada que se le pusieron los pelos de punta, fueron los dientes de Alice. Y deseó con todas sus fuerzas que estuviera mostrándoselos porque esbozaba una sonrisa amistosa.

Catherine se despertó y se incorporó en el lecho de Edith Mason. Se había movido mientras dormía y había dispersado los almohadones por la cama.

Sus ojos se habían abierto sin que ella fuera consciente de que lo hacían y le escocían. Tenía la barbilla húmeda y la boca seca; la había tenido abierta... «¿Cuánto tiempo?» La luz blanca del sol había desaparecido de la ranura de la puerta. Catherine había vuelto a la noche.

La puerta de la habitación aún estaba cerrada con llave. El escalpelo estaba sobre la cama, donde lo había dejado.

Había sufrido un episodio de trance como nunca antes. Se llevó las manos a la cara y estuvo a punto de llorar cuando pensó que había salido de la visión en la que se había sumergido y en la que todavía estaba atrapada.

Pero lo que había visto parecía demasiado real para haber sido un trance. La percepción de los olores y la temperatura era muy intensa. Había despertado con una sensación clara, aunque ahora cada vez más débil, de ser inmensamente feliz.

Desde su infancia no había despertado tan imposibilitada y extenuada de un episodio. No había sido capaz de retener adecuada-mente en su memoria la fuerza y los acontecimientos que veía, pero sabía que los episodios más llamativos que había tenido en su infancia habían durado horas. Su madre se refería a ellos como «una de tus siestas», pero las dos sabían que no eran siestas. Lo que acababa de experimentar superaba con creces el episodio de trance más intenso de su infancia.

Estaba en la Casa Roja. Alice también aparecía y el niño de sus otros episodios infantiles. Era como si lo que había en la casa, o quizá la Casa Roja misma, estuviera intentando mostrarle su conexión con la infancia de Catherine, un vínculo invisible que siempre había existido. Eso era lo que le decía el instinto. Pero la idea ya no la aterraba como antes. Gracias a Alice y al extraño niño con la cara de madera. Era el mismo chico que había imaginado de niña y que había creído real, incluso un salvador. Era como si el regreso de la presencia del niño hubiera añadido una atmósfera diferente a la Casa Roja.

En la intensa visión era por la mañana y el sol brillaba. Hacía un día hermoso. Su luz era la salvación. La luz de sus episodios de trance infantiles. Había vuelto a sentir la felicidad de salir de sí misma, de abandonar un mundo que la atormentaba.

En el sueño ya no la perseguían, ya no la aterrorizaban. En el sueño la recibían con los brazos abiertos. De eso estaba segura. La familia Mason también estaba presente, pero viva y real, en el hermoso jardín, un lugar que ella solo había conocido como un depósito de maleza, moscas y putrefacción. Y se había despertado con la sensación de que el sueño le había concedido una muy necesitada esperanza de libertad.

A menudo se recuperaba de un estado de trance con unos ánimos renovados para intentar reintegrarse en el mundo físico. Porque con los años había aceptado que ése era el único mundo, un mundo del que se había evadido con demasiada facilidad desde su llegada a la casa.

Se levantó de la cama y fue tambaleándose hasta la puerta. Pero entonces se dio cuenta de que le faltaba el valor necesario para abrirla. Dudó, hecha un manojo de nervios, y trató de contener las lágrimas.

La lógica intentaba regresar, tosca y torpemente. ¿Por qué Maude, y posiblemente una segunda persona a la que todavía no había visto, matarían a Edith y arrojarían sus restos a un baúl del desván? ¿Y por qué encenderían el Frenophone para asustarla?

Se tapó la cara con las manos y murmuró para sí, intentando encontrar una explicación que la sacara de una confusión tan atroz que estaba temiendo que le provocara un ataque. Quizá el cuerpo de Edith que había visto en el baúl solo era una figura y Edith seguía atormentándola con sus retorcidos trucos. Procedía de una familia de intérpretes. ¿O no sería que Edith se había hecho la muerta? Y tal vez las luces se regulaban con un mecanismo. Tenía que ser eso, porque ahora no eran tan brillantes. El interior de la casa había recuperado su habitual y horrible tenebrosidad cercana a la oscuridad.

¿El olor? El olor de las rosas se podría haber creado con alguna clase de infusión.

¿Mike y Tara? Se estrujó el cerebro intentando encontrar de qué manera encajaban en todo aquello. Pensó que la gente de la casa y la del pueblo parecían pertenecer a una especie de clan que protegía horribles secretos. Eso era lo que le decía el instinto. Y si Edith se había enterado de que Catherine había vuelto a Worcester, la había buscado y la había invitado a ir a la casa, Mike y Tara podrían haberse visto enredados sin querer en alguna clase de ritual interminable. Un ritual que solo tenía sentido para una pareja de ancianas chifladas que vivían aisladas y para la gente que estaba a su servicio.

No lo sabía. Catherine ya no sabía nada. Quería saber y quería una explicación natural. Habría dado cualquier cosa para que su situación tuviera una explicación lógica, por muy repugnante que fuera la verdad.

Las explicaciones que se le ocurrían en su desesperación seguían siendo inconsistentes, como si estuviera repitiéndose una y otra vez lo que deseaba creer aun a sabiendas de que era falso.

Edith había hecho la absurda afirmación de que ella y su madre biológica eran del pueblo. Catherine no sabía nada sobre sus padres biológicos, solo que su madre era pobre y no pudo hacerse cargo de ella.

¿De verdad era posible que las dos hubieran nacido en Magbar Wood? En aquel entonces la influencia en el pueblo de la familia Mason debía de ser atroz. A juzgar por el aspecto y el estado de los negocios cerrados, ella debió de nacer más o menos en la época en la que el pueblo empezó a degradarse. Quizá su madre la había entregado en adopción para tratar de salvarla de lo que estaba sucediendo allí.

Si había un gramo de verdad en sus conjeturas, todo lo que le había ocurrido desde que llegara por primera vez a Green Willow le pareció inevitable, una especie de destino; incluso una parte de algo místico que había iniciado M. H. Mason y que la reclamaba. ¿No era eso lo que Edith quería que creyera?

«No.» No podía permitirse aceptar lo que le Edith sugería acerca de lo que Mason había desenterrado y metido en la horripilante Casa Roja. Algo del pasado. Algo que había transformado, si no subyugado, a la familia Mason y a la gente que tenía cerca. Se negaba a aceptar los disparates de Edith. Porque eso era a todas luces imposible. Absurdo e irracional. Una superstición sin pies ni cabeza.

Pero ¿qué querían de ella Edith, Maude y la otra persona que había en la casa? ¿Y qué querían que pensara en ese preciso momento? ¿Que la Casa Roja estaba viva? ¿Que la existencia podía

detenerse al otro lado de sus ventanas como si la casa fuera una especie de casa de muñecas que cambiaba y ponía en práctica sus estratagemas con ocupantes vivos? Edith había comentado algo sobre que era necesario hacer un gran esfuerzo para permanecer allí. ¿Qué había querido decir con eso?

Volvió a repasar mentalmente todo lo que sabía. Mason había pasado toda su vida interesado en cosas que databan de antes de los romanos. La casa y el terreno donde se había construido tenían una importancia especial para él por algún motivo. Y Catherine se sentía infectada por aquel lugar como lo había estado él. Por lo tanto, quizá el veneno que había intoxicado a M. H. Mason seguía allí y permitía ver otras cosas, otros aspectos de la realidad. Se había llevado a Alice.

«¡Para!»

Maude la había drogado, así que ahora estaba susceptible para creer cualquier cosa. Podría estar hasta las cejas de LSD porque no tenía ni idea de qué le habían hecho beber. Pero en la casa había muerto gente. Asesinada. ¿O no?

Tenía que salir de allí.

Catherine giró la llave de la puerta de su habitación. Pero esperó con la oreja pegada al panel de madera y apretando tan fuerte el escalpelo en su mano que le dolía. No oyó nada al otro lado. Con todos los músculos de su cuerpo tensos, giró la manilla y retrocedió al mismo tiempo que abría la puerta.

Y se quedó mirando la puerta cerrada que tenía enfrente, al otro lado del pasillo oscuro. Salió de su habitación y trató de detectar algún ruido en el pasillo impenetrable: un crujido de madera, un paso, una respiración...

Nada.

Miró a la derecha. A un par de pasos de ella, la oscuridad era casi absoluta, solo atenuada por la escasa luz que salía de su habitación. Echó un vistazo a su izquierda y descubrió que la escalera estaba iluminada, pero solo muy débilmente. Todo estaba exactamente igual que cuando había bajado del desván, se había encerrado en el dormitorio de Edith y se había sumido en un coma plagado de sueños. Por lo tanto eso, la casa en su estado físico, era real.

Estaba temblando. Solo llevaba puesto el fino vestido blanco del festival y había una corriente de aire, cada vez más fuerte, como si cerca hubiera una ventana abierta. La corriente no salía de su habitación. No, el viento frío entraba por otro sitio, venía de fuera.

Sí, tenía que haber una ventana abierta en alguna de aquellas habitaciones cerradas con llave, porque el aire olía a... hojas húmedas, a hojas marrones resbaladizas, a capas y más capas de hojas podridas y madera putrefacta. A tierra fértil. A hierba alta y húmeda. A aire frío en un día nublado con un leve aroma de humo de hoguera. Por imposible que fuera, sus sentidos le decían que en ese momento estaba al aire libre en un día de invierno.

La corriente de aire fragante recorría el pasillo desde la ventana del fondo. Si estaba abierta, podría salir al tejado por ella, buscar la manera de bajar al suelo y correr.

Catherine avanzó a través de la oscuridad con el escalpelo delante, hacia el origen de la corriente, como si fuera una salida recién descubierta en una tumba antigua. Iba trazando arcos en el aire con el cuchillo, así que si alguien se interponía en su camino, la hoja de acero lo encontraría antes que ella.

Y si los ojos no la engañaban, según se acercaba a la ventana abatible, advirtió un halo de luz cenicienta alrededor de las cortinas. Debía de estar abierta. Quizá siempre lo había estado. ¿O querían que la encontrara abierta?

Tal vez estaba amaneciendo. La tan anhelada mañana podría haber llegado por fin.

Descorrió las cortinas, abrió las contraventanas y ante ella apareció lo que parecía un anochecer. Quizá su estado de trance había durado tanto que había vuelto a despertar de él a última hora de la tarde. «Pero ¿en invierno?»

Y era posible que todavía no hubiera despertado del trance porque, ¿cómo se explicaría si no aquello que veía entre las hierbas altas que invadían el descuidado jardín?

Se apoyó el filo del escalpelo en el antebrazo y lo deslizó rápidamente por la piel para hacerse un pequeño corte y comprobar si estaba despierta. Dio un brinco al sentir el dolor y vio brotar a la luz cenicienta una línea oscura y húmeda en su brazo.

Gimoteó. Tenía que estar sufriendo alucinaciones, pero ya no se sentía drogada, ni siquiera ligeramente somnolienta. El episodio de trance había terminado. Tal vez la hubiera dejado mentalmente exhausta y físicamente agotada, pero ya no estaba soñando.

«Hay otros lugares.»

Cerró los ojos, temblando delante de la ventana. El hilito de sangre corría por su brazo izquierdo y le hacía cosquillas en la muñeca. Abrió los ojos. Seguían allí.

Un grupo de niños harapientos y con unas cabezas con formas extrañas permanecían inmóviles a la luz crepuscular. La miraban en silencio, como la habían mirado muchos años antes.

Ahora comprendía que la silueta irregular de sus cabezas se debía en buena medida a orejas de animales y pelucas puestas de cualquier manera. La más alta de ellos era una niña con un sombrero. El niño con la cara de madera pintada y el pelo revuelto estaba más cerca de la casa y levantó un brazo como si la saludara. Se la otra mano le agarraba una niña pequeña que tenía un cristal de las gafas tapado con esparadrapo.

De alguna manera Catherine encontró fuerzas para darse la vuelta con unos pies que parecían de plomo y huir a la habitación de Edith restregándose los ojos con las manos.

Nada de todo aquello era real. Aún debía de estar atrapada en el trance, que era tan poderoso que había tomado consciencia de él estando dentro. O la habían drogado. Unas potentes sustancias químicas estaban haciendo que viera cosas.

Dentro de su cabeza vio la boca sin labios de Edith y sus finos dientes amarillos. «Una de las fórmulas de mi tío.»

¿O solo había visto niños disfrazados con máscaras? Había oído niños en la casa y visto caritas en las ventanas. ¿Y si la familia Mason había disfrazado a niños en la casa? Pero Alice... Alice era imposible. Aunque estuviera viva, Alice tendría la misma edad que Catherine.

Catherine se dejó caer en la cama y se puso a gritar para despertarse. Pero el sonido de su propia histeria pareció alertar a los ocupantes de la casa, ya que oyó un alboroto en la planta baja, luego en la escalera y finalmente en el pasillo donde estaba su habitación. Y oyó con toda claridad el ruido de unos pies que pasaban corriendo por delante de su puerta. Pies pequeños. Una multitud de piecitos.

Se despertó aferrando con las dos manos el frío metal que había junto a sus caderas. Los gruñidos y los chirridos de los muelles de acero del viejo colchón apenas le dejaban oír sus propios gimoteos.

—Dios mío.

La luz del sol se colaba por las grietas de las tablas de madera clavadas al marco de la ventana. Una brisa que olía a tierra y a rocío le acariciaba la cara.

Recordaba haber estado delante de una ventana, mirando a los niños que había en el jardín. Luego había regresado al dormitorio de Edith y se había dejado caer en la cama, donde debía haberse quedado dormida... pero no era la misma cama.

Solo recordaba vagamente, o en flashes, lo que había sucedido desde su vuelta a la habitación. Por mucho que hurgaba en su memoria, parecía haberlo olvidado casi todo. Quizá fuera mejor así. Porque recordaba un alboroto. Un ruido de pies pequeños que corrían hacia su habitación. Y luego la habitación se había convertido en el escenario de una gran agitación. Había notado una actividad frenética alrededor de su cara, acompañada por el olor de ropa vieja, de suciedad, de tierra fresca, de aire invernal. Recordaba los sonidos y los olores... ¿Se había acercado mucho a su cara una cabeza de madera? Y luego...

Nada.

Restos de otra pesadilla entre pesadillas.

Debía de haber soñado que veía a los niños en el jardín, enmascarados, mirando hacia la ventana desde la que ella los observaba. Antes de ése había tenido otro sueño en el que la luz del sol y el perfume de las flores inundaban la Casa Roja y había gente esperándola en el jardín.

Suponía que todo eso debía de haber formado parte de un episodio de trance. Entonces había sufrido dos episodios. ¿O tres? O uno tan intenso que le habían parecido varios. No lo sabía porque el paso de un lugar a otro, y a este otro donde se hallaba ahora, no era como despertar de un sueño profundo lleno de sueños reales e insistentes; más bien podría describirse como despertar por la mañana después de dormir toda la noche, con la sensación de que los recuerdos reales de la última vez que había estado consciente se borran rápidamente de su memoria.

No era posible que percibiera unas alucinaciones como ésas si no habían sido recuerdos reales. Sus visiones eran delirios. Tenía que evitar engañarse con eso.

En la hedionda penumbra de la extraña habitación, Catherine estaba demasiado asustada para moverse, así que se quedó inmóvil como una muñeca aterrorizada. Hasta que el miedo remitió y pensó que habían anulado su capacidad de sentir.

Tenía la piel fría, como si hubiera pasado a la intemperie toda la noche, o quizá más tiempo. A pesar de tener frío, la sensación no era desagradable.

La conmoción también había anulado su capacidad de hablar, o incluso de chillar. Se sentía tan atontada que le dio por pensar que no había dormido en semanas o quizá que había dormido durante semanas enteras y solo se había despertado a medias.

Se pellizcó la muñeca. Al hacer ese pequeño gesto notó los brazos entumecidos, pesados, fríos y los dedos rígidos, casi paralizados. Pero estaba despierta. Aquello era real.

Debajo de la manga, en el antebrazo, tenía un corte muy fino que ya empezaba a cubrir una costra.

No vio por ninguna parte el escalpelo ni la ropa de cama. ¿Sobre qué estaba acostada? Sobre unos muelles, porque ya no era un colchón.

A la luz tenue que se filtraba por la ventana entablada también descubrió que su ropa había cambiado y ahora llevaba puesto lo que al contacto con su piel parecía un vestido largo. Incluso su garganta estaba ceñida por algo rígido: un cuello duro. El vestido le llegaba a los tobillos y notaba que le apretaba en las caderas. Era una prenda vieja, pues lo que veía de ella era una tela mugrienta que había sido blanca.

La luz era muy débil, pero Catherine también comprobó que no había muñecas en la pared de enfrente ni muebles en la habitación. Los haces de luz blanca se reflejaban en paredes sucias.

¿La habían drogado y lo había imaginado todo? No podía aceptar esa explicación porque sus recuerdos de la casa y de todo lo que había ocurrido eran demasiado intensos, demasiado vivos.

Debían de haberla cambiado de ropa mientras estaba inconsciente y alguien la había dejado sentada sobre los muelles, recostada contra el cabecero metálico. Pero en otro lugar, en otra casa o quizá en una parte de la Casa Roja que nunca había visto. O tal vez el mundo tangible había vuelto a transformarse, de una manera más radical que nunca.

La idea de que aún se encontraba en la Casa Roja y en el dormitorio de Edith Mason, acostada en su cama, se abrió paso a través de su perplejidad y se acercaba a la espantosa aceptación de lo imposible. Y si necesitaba una confirmación urgente, junto a la cama estaba la gran silla de ruedas negra, volcada sobre el suelo de madera.

Sus ojos se adaptaron gradualmente a la oscuridad. El moho ennegrecía las paredes que veía iluminadas por los pálidos haces de luz que entraban de fuera. Y ése era el olor que percibía. Recordó haber reparado en ese mismo olor en otras ocasiones en la oscuridad de su habitación, en el pasillo y en el comedor.

El papel pintado de las paredes tenía las manchas del abandono. En el entarimado había hojas y ladrillos que se habían desprendido de la estructura de la casa. Una parte del techo también se había derrumbado, porque se veían listones de madera. Los cables de la instalación eléctrica estaban arrancados de las paredes. Había un colchón podrido tirado donde Catherine recordaba que había habido un espejo y pedazos del relleno y de la tela formaban unos montoncitos putrefactos en el suelo.

Se tapó la cara con unas manos tan frías y pesadas que pensó que eran de otra persona, o que por lo menos estaban casi paralizadas. Tenía la tez resbaladiza por alguna clase de crema o pomada. Se miró la manga del ajado vestido de noche blanco, que despedía un perfume que no reconocía. Se tocó con cautela la cabeza. Su cabello estaba recogido dentro de un gorro que palpó con los dedos entumecidos.

En el suelo, junto a la cama, estaban los pedazos de un espejo roto y desprendido del marco hacía muchísimo tiempo, que ahora destellaban entre los escombros. Catherine extendió lentamente y con torpeza un brazo, cogió uno de los fragmentos más cercanos a la cama y dejó un rastro de polvo y de insectos plateados en el aire cuando lo levantó. Frotó la superficie sucia y apagada del espejo con el dedo pulgar y lo volvió hacia su cara. Se quedó mirando la imagen que reflejaba, tan pálida que era casi azul. Una piel blanquecina. Su piel.

Desde fuera llegó un sonido que creía que nunca volvería a oír: el ruido del motor de un coche

y el chirrido de neumáticos en una superficie accidentada. Más allá del sonido del coche, los pájaros arrojaban su canto lacónico al aire frío.

Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para bajar de la cama, hasta el punto de que por un momento pensó que estaba atada a ella. Pero una vez que se irguió sobre los entumecidos pies, descubrió que le resultaba más fácil caminar que el sencillo gesto de pellizcarse o de recoger un pedazo de espejo. Ahora que estaba de pie, incluso se sentía ágil, ligera.

Sus piernas la llevaron rápidamente por la penumbrosa habitación llena de basura y escombros mohosos hasta la ventana entablada. Movié frenéticamente la cabeza frente a las tablas oscurecidas por la humedad hasta que encontró un hueco por el que mirar.

Ante sus ojos apareció un vehículo. Era una camioneta verde, un modelo viejo, casi clásico, que su conductor conducía con cuidado. Se detuvo al final del jardín delantero abandonado, que ahora era una zona cercada por una valla metálica que nunca antes había visto. Buena parte del muro de ladrillo que recordaba había desaparecido.

Al ver al hombre que bajaba del vehículo se sintió mareada, luego aliviada y después se quedó en un estado cercano a la parálisis.

Sin la ayuda de su silla de ruedas, Leonard Osberne se erguía al lado de la puerta abierta del conductor. Luego caminó con rigidez para rodear el capó de aquel vehículo que Catherine nunca había visto y se detuvo delante de la valla.

En las manos llevaba algo, un objeto negro y peludo que depositó con mucho cuidado encima del techo de la camioneta. Luego se dio la vuelta para ponerse de cara a la casa. Se quitó lentamente la chaqueta, los pantalones que cubrían sus delgadas piernas y la camisa. Todo ello poniendo mucha atención en lo que hacía, como si sus acciones estuvieran ensayadas o fueran el prelude de un acto especial. Para cuando estaba pasándose los calzoncillos por debajo de un pie descalzo, Catherine había cerrado los ojos para no ver el torso pálido y arrugado, surcado de unas gruesas líneas desvaídas de color morado y blanco: cicatrices.

Cuando volvió a abrir los ojos, metió los dedos entre dos tablas de madera clavadas al marco de la ventana y se agarró a ellas para no caerse, porque la cara de Leonard Osberne ya no estaba visible.

Leonard tenía la cabeza alzada hacia la fachada de la casa, cubierta por una oscura máscara de piel. Era una máscara sin facciones. Y para Catherine ése fue el único elemento misericordioso en lo que estaban obligándola a soportar.

Una exuberante melena de pelo negro y rizado caía en cascada sobre los hombros huesudos de Leonard desde la máscara. Los mechones, espantosamente femeninos, llegaban hasta sus costillas marcadas.

El resto de su cuerpo estaba desnudo, salvo por un sucio vendaje alrededor de un muslo, visible cuando abrió la puerta cerrada con llave que había en la valla de seguridad. Leonard se dirigió entonces al camino de entrada de la casa, cargado con un saco gris, y Catherine lo perdió de vista cuando entró en el porche.

Catherine se dio cuenta de que estaba jadeando sobre las toscas tablas de madera, pero su respiración era débil y silenciosa porque la madera le tapaba la boca.

Cegada por el pánico tanto como por la oscuridad de los espacios en los que los rayos de luz blanca dividía la habitación, Catherine se movió tanteando las desconchadas paredes mohosas para llegar a la puerta. Sus pasos vacilantes encontraron pocos obstáculos. Donde antes giraba una manilla en la puerta, ahora solo había un agujero.

Salió de la habitación y se encontró rodeada de ruinas. La puerta se cerró sola a su espalda.

La Casa Roja estaba en un estado decrepito. El aire en su interior era frío y la abundancia de luz sugería que el gran tragaluz de vidrio carmesí ya no existía.

No había alfombras, tapetes, cuadros ni lámparas. Un fuerte hedor a madera húmeda y orina le invadieron las fosas nasales.

Buena parte de la barandilla de la escalera había desaparecido. Los extremos de los dos pasillos estaban sumidos en tinieblas. Algunos listones del entarimado estaban deformados o incluso ausentes encima de lo que parecían unos insondables agujeros negros alrededor de sus pies. El viento había introducido hojas de fuera que, mezcladas con trozos de enlucido desprendidos, formaban pequeños monton-citos contra las paredes.

Pero abajo había movimiento. Y desde allí llegaba un sonido que Catherine había oído antes. Estaba demasiado paralizada por el miedo para investigar aquel sonido de pies arrastrados por la casa abandonada y tenebrosa que se producía dos pisos más abajo, fuera de su vista. Pasos. El inconfundible renqueo de una mujer entrada en carnes coja. Maude. Desde las entrañas de la casa, el ama de llaves había salido al vestíbulo justo debajo de la escalera, como lo había hecho para recibir a Catherine hacía ya una eternidad.

Una cadena enrollada. Abajo. El metal tintineaba y la madera crujía, resistiéndose a que la movieran. Las grandes puertas de la entrada principal se abrieron y la luz inundó la escalera. Y luego volvieron a cerrarse con el mismo proceso lento. La luz que bañaba el vestíbulo se atenuó.

Los pies de dos personas se arrastraban por lo que quedaba del suelo del vestíbulo acompañados por los crujidos de la madera. Sin embargo no se oyeron voces; el ama de llaves y el visitante no intercambiaron saludos, lo cual era aún peor que el sonido de sus ruidosos pasos cuando empezaron a subir por la escalera.

Catherine retrocedió sigilosamente y con cautela por el suelo lleno de irregularidades hasta la entrada del pasillo del que había salido. De nuevo sumida en la oscuridad, se agachó y todo su cuerpo se puso en tensión. Con la mejilla pegada al yeso húmedo y desconchado de la pared, estiró el cuello para echar un vistazo a la escalera.

Como en un desfile grotesco e informal, Leonard apareció seguido por Maude. El cuerpo desnudo y lleno de cicatrices del hombre en el que había llegado a depositar todo su cariño y su confianza subía despreocupadamente por la escalera, con la espalda demasiado recta para un hombre de su edad y la cabeza y la parte superior del cuerpo cubiertos por los horribles mechones que se agitaban con su movimiento. Su rostro estaba tapado por la vieja máscara de piel y en el espacio húmedo y penumbroso en el que apareció su cabeza greñuda no se atisbaba indicio alguno de ojos, boca o nariz.

Detrás de Leonard, con su habitual gesto de adusta indiferencia, Maude subía de uno en uno los escalones arrastrando el pie vendado.

Catherine no quería que la cara de piel mirara en su dirección, así que retrocedió sin hacer ruido para adentrarse en el pasillo mientras sus captores llegaban al rellano del segundo piso. Trató de pensar a toda prisa adónde huir si iban hacia ella.

Pero el miedo se transformó en alivio cuando oyó que el roce de los pies en el suelo, los golpes de la cojera y los crujidos de la madera del entarimado continuaban por el pasillo contiguo, donde estaba la habitación de invitados que ella había ocupado.

A su espalda, y junto al dormitorio en desuso de Edith, Catherine vio el contorno borroso de la puerta del dormitorio infantil. Estaba abierta.

Se deslizó sigilosamente hasta la puerta abierta y echó un vistazo dentro. A la luz neblinosa que se filtraba alrededor de las tablas de madera que tapaban la ventana del fondo, cuyas

esquinas superiores se habían soltado del marco al que estaban clavadas, Catherine vio que el sombrío espacio estaba vacío. Las paredes estaban reblandecidas por la humedad y el moho, como lo estaban todas las paredes de esa casa en la que se había despertado tan desconcertada y asustada.

Regresó al rellano y escuchó. Desde el pasillo contiguo le llegó el ruido lejano y amortiguado de algo que era arrastrado por el suelo y daba golpes en una habitación.

Catherine huyó por el rellano y comenzó a bajar por la escalera con la intención de llegar a la planta baja, con el único consuelo de su capacidad para moverse con tanta rapidez y tanto sigilo.

En el primer piso, el revestimiento de madera de las paredes estaba aplastado o negro y abombado por la humedad. Un vistazo rápido a la habitación que había sido la sala de estar de Edith Mason le bastó para descubrir que se había convertido en un espacio vacío que apestaba a orines y a algo peor. De alguna manera, la barra de la cortina que había encima de la ventana entablada había sobrevivido. Catherine se apresuró a bajar a la planta baja.

En el entarimado del vestíbulo faltaban algunas lamas de madera que dejaban a la vista agujeros llenos de basura y de cemento desmenuzado entre los listones transversales. Varios clavos oxidados sobresalían del suelo como serpientes a la luz pálida, y Catherine avanzó con cuidado, rodeándolos para no clavárselos en las plantas de los pies descalzos.

Las puertas de la entrada principal se habían cerrado tras la entrada del visitante y el tenue destello de la cadena enrollada en las manillas le sugería que no sería capaz de abrirlas.

Catherine dio media vuelta y huyó por el pasillo de servicio, ansiosa por llegar a la puerta trasera mientras Maude y Leonard estaban arriba.

Debían de haber salido al pasillo de la segunda planta porque oía los crujidos y los golpes de sus pasos recorriendo las plantas superiores. Debían de estar buscándola y seguramente se dirigían al dormitorio de Edith. Ese pensamiento aumentó su necesidad de escapar.

Ya tendría tiempo para tratar de desentrañar lo que había pasado allí, cómo había acabado convertida en una prisionera, hipnotizada o drogada. O lo que quiera que le hubieran hecho para que sus sentidos percibieran un edificio en ruinas como era en su momento de esplendor, una ilusión generada por su propia imaginación.

«La magia de Mason ha hecho efecto.»

«Hechizada.»

«Imposible.»

«¡Para!»

«Ya tendrás tiempo. Ya tendrás tiempo.»

Ya tendría tiempo, el resto de su vida, pero ahora solo rezaba para salir de allí.

El pasillo de servicio estaba oscuro y no siempre veía dónde pisaban sus pálidos pies. Pero por los huecos de las puertas entraba una pizca de la luz de fuera que se colaba por las grietas de las tablas que tapaban todas las ventanas.

Echó un vistazo rápido a todas las habitaciones según iba avanzando por el pasillo y ya no había ningún gran retablo. Todas las habitaciones estaban vacías. En un cuarto diminuto encontró los restos de un saco de dormir con manchas de humedad en el suelo, entre botellas de plástico, arrinconado contra una pared sucia.

Quedaban los vestigios de una cocina vieja, con un puñado de cajas de cartón y bolsas de plástico en los armarios de madera que todavía no habían sido arrancados de las paredes mugrientas. Las bolsas de supermercado y las latas y los tarros de cristal que había tirados por todas partes eran modernos y nuevos. Había unas rebanadas cortadas de una hogaza de pan

blanco encima de una mesa asquerosa. Eso significaba que alguien había estado comiendo y cocinando cosas básicas. ¿Maude? «Ay, Dios mío.» ¿Qué había estado comiendo durante su estancia en la casa? No daba la impresión de que fuera faisán.

Catherine fue aminorando el paso a medida que se acercaba al taller, no solo por lo que recordaba haber visto en aquella horripilante habitación, también porque era la única en todo el pasillo con la puerta en su sitio. Y no era una puerta antigua, sino una provisional, una de esas que había visto en las paredes de madera conglomerada rodeadas de andamios en los edificios en construcción. La puerta estaba cerrada, con un candado.

También lo estaba la puerta trasera hasta la que había corrido. No solo estaba cerrada con un candado y cadenas, también estaba tapiada con unas tablas de madera maciza clavadas al marco recientemente. El olor acre a madera nueva húmeda aún se percibía en la superficie mientras la recorría con las manos.

Desesperada, Catherine se puso a llorar, a musitar y a gimotear mientras sus manos tanteaban las tablas de la puerta trasera, las arañaban y las empujaban. Hasta que perturbó a lo que había comenzado a moverse en el interior del taller cerrado. Lo que había dentro del taller de repente empezó a arañar la parte interior de la puerta provisional. Sus pasos y sus gruñidos incoherentes sugerían que lo que había encerrado en la habitación era un animal o una persona borracha como una cuba.

Catherine retrocedió por el pasillo hacia la puerta de la nauseabunda cocina.

La criatura que estaba en el taller se puso a gemir y luego a ladrar como un perro que tuviera algo atravesado en la garganta. Los arañazos en la puerta se transformaron en un furioso aporreamiento. Catherine se dio cuenta de que no la asustaba tanto quién pudiera estar al otro lado de la puerta como el motivo de que lo mantuvieran encerrado.

Porque en aquel lugar tenían a gente encerrada, la drogaban y la mataban. Leonard estaba metido en el asunto. Era cómplice de la familia Mason. Él la había engatusado. La tasación, todo su trabajo en la empresa solo eran una farsa, un preludio de aquello. Y Maude era su aliada. Debían de llevar años haciendo aquello. Desde que ella era una niña en el deprimente Ellyll Fields. Volvió a recordar a Alice trepando hasta el agujero en la alambrada verde, las caras en blanco y negro de las niñas discapacitadas en el despacho de Mason: Margaret Reid, Angela Prescott y Helen Teme. A todas ellas debían de haberlas llevado allí.

¿Cómo habían raptado a las tres primeras niñas? ¿Habrían utilizado a otros niños, como los que había visto en el colegio especial, disfrazados de marionetas de Mason? ¿Siguiendo las órdenes de M. H. Mason? ¿Con la intención de drogar y matar a niñas discapacitadas y vulnerables? ¿Seguirían haciéndolo?

Leonard y sus compinches habían esperado para capturar a Catherine todos esos años, décadas. ¿Porque había sido testigo del rapto de Alice?

Eso era absurdo porque Alice aún era una niña allí, ¿o eso había sido una alucinación? ¿Y dónde estaba y qué era Edith Mason?

La casa... la casa no podía haber cambiado de un modo tan radical. No existía ninguna droga que pudiera hacer que la viera tal como había sido, como una casa tenebrosa, opresiva, pero perfectamente conservada y recuperada. Era imposible.

Catherine se dijo que su situación también era imposible, como el argumento de una película de miedo, y sus explicaciones no servían. Pero allí estaba ahora, en un lugar tan real como todos los que había conocido a lo largo de su vida.

Desde el otro extremo del pasillo le llegó el sonido de los pasos de dos personas que bajaban

por la escalera al vestíbulo y Catherine se introdujo en la cocina y pegó la espalda contra la pared mohosa del fondo.

Examinó las ventanas de la cocina por si podía sacar alguna de las tablas haciendo palanca. La tabla inferior de una de ellas parecía haber sido arrancada de una patada y vuelta a colocar sin demasiada maña. La madera tenía el aspecto de cartón mojado. Intentó arrancar la tabla de los clavos sin hacer ruido. Oyó el tintineo lejano de una cadena deslizándose por las manillas de unas puertas.

¿Significaba eso que se iban? ¿Se marchaban?

Se deslizó hasta el hueco de la puerta de la cocina y reparó en un catre pegado a la pared opuesta a la de la ventana. Encima de una manta de cuadros escoceses había una almohada sucia sin funda, aplastada donde había reposado la cabeza. ¿Quién dormía ahí? ¿Maude?

«¿Cuando tenían una víctima a la que torturar y asesinar?»

Catherine se metió los dedos en la boca para sofocar los gemidos y detener la mandíbula que había empezado a temblarle de manera descontrolada por el miedo y la conmoción.

Echó un vistazo al pasillo de servicio.

En la lejana penumbra, Maude arrastraba el baúl de piel de M. H. Mason por el vestíbulo y el pequeño pasillo que desembocaba en las puertas de la entrada principal. Leonard transportaba en los brazos unas piezas de ropa de cama dobladas. ¿Era la ropa de la cama en la que había dormido ella? En ese caso, ¿querían deshacerse de las pruebas de su estancia en la casa abandonada? Tal vez por eso habían entrado en su habitación, para eliminar todo rastro de ella ahora que había llegado el momento de matarla y poner el punto final al demencial ritual que había comenzado cuando la enviaron a tasar unas antigüedades.

«Ay, Dios mío. Ay, Dios mío. Ay, Dios mío.»

¿Quién era esa gente? ¿Edith todavía estaba en ese baúl que debían de haber bajado del desván? De ser así, ¿Edith Mason estaba dentro?

La imposibilidad de todo lo que la rodeaba, el continuo torbellino de confusión y de terror del que la casa no le daba respiro, estaba volviéndola loca.

Oyó unos pasos que se acercaban. Alguien caminaba por el pasillo de servicio. Catherine paseó la mirada por la cocina y divisó un cuchillo para el pan en una tarrina de margarina por la que trepaban las hormigas. Agarró el cuchillo, se pegó a la pared junto a la ventana, donde no podían verla desde el pasillo y esperó. Permaneció callada, temblando, mientras escuchaba los pasos de dos personas que recorrían el pasillo de servicio arrastrando los pies y cojeando.

Nadie entró en la cocina, pero a Catherine le costaba creer que no hubieran advertido su presencia.

Oyó que Leonard y Maude abrían la puerta del taller.

Lo que sacaron de allí no forcejeó con ellos; salió gruñendo y tosiendo y parecía dejarse llevar por sus silenciosos captores por el pasillo en dirección al vestíbulo.

Catherine, agachada contra la pared en la pestilente oscuridad, esperó con el oído aguzado hasta que estuvo segura de que los pasos de las tres personas se alejaban de la puerta de la cocina en dirección a la entrada. Cuando tuvo la certeza de que estaban regresando al vestíbulo, se asomó por el hueco de la puerta y vio un bulto formado por varias figuras que se movían lentamente y bloqueaban la luz que se filtraba al pasillo.

Cuando el grupo salió del pasillo y entró en el vestíbulo, la luz que caía a través del hueco del tragaluz destrozado y la que entraba por las puertas abiertas de la entrada principal lo iluminó. Y

lo que vio fundió su continuo terror con una incomprensión aún mayor, de una forma tan brusca que pensó que iba a desmayarse.

Entre el cuerpo escuálido y desnudo de Leonard y el achaparrado y rollizo de Maude se dibujaba la silueta de una mujer que llevaba puesto lo que parecía un vestido largo gris y un delantal blanco: el mismo uniforme que vestía el ama de llaves. En la cabeza llevaba una bolsa, o quizá fuera una especie de capucha.

La mujer apenas podía tenerse en pie y, mientras la arrastraban por el vestíbulo, de vez en cuando soltaba un gruñido o un grito lastimero. Cuando Leonard y Maude le soltaron los brazos, la prisionera extendió unas manos pálidas como si de repente descubriera que estaba de pie en un suelo helado.

Catherine se tapó los oídos y trató de detener el torbellino que tenía dentro de su cabeza y que le pedía que saliera corriendo de allí, gritando, para que todo acabara de una vez. Solo quería que terminaran con ella y con ese enrevesado teatro de crueldad en el que iba dando tumbos de un lado a otro como un personaje involuntario.

Ella había estado en el centro del escenario; todo había girado a su alrededor. Pero desde que se había despertado en la casa en ruinas parecía que la habían dejado de lado. Esa idea debería haberla aliviado, sin embargo, el misterio más grande y siniestro que el día había traído consigo estaba empujándola hacia un punto en el que la muerte podría ser considerada incluso una bendición. Tenía la impresión de que había estado antes en ese punto, en el colegio, de niña; en Londres; cuando Mike la dejó; incluso en esa casa. Pero nada de todo eso la había preparado para esa mañana.

Mientras seguía observando boquiabierta el grotesco espectáculo que se desarrollaba en el desvencijado vestíbulo, Catherine sintió una mirada que le produjo un escalofrío que le recorrió el cuerpo desde los pies hasta la cabeza. Pasó de mirar a la figura encapuchada alta y erguida, que gruñía y daba manotazos en el aire alrededor de su cabeza, para fijarla en el esquelético y desnudo Leonard, y estuvo casi segura de que su jefe había vuelto su imprecisa máscara de piel hacia ella.

Se metió de nuevo en la cocina, convencida de que si oía un solo paso en dirección a ella su corazón simplemente se detendría.

Lo siguiente que oyó, desde el vestíbulo de la casa, fue que se cerraban las puertas y se encadenaban desde fuera.

Catherine volvió a asomarse. Vio la esbelta figura encapuchada con el uniforme de ama de llaves sola, de pie en el vasto rectángulo de luz que caía desde el techo. Entonces comenzaron los movimientos lentos, dolorosos y torpes de la desdichada desconocida, que gruñía de dolor mientras tanteaba el espacio que no podía ver.

Leonard y Maude ya no estaban en el amplio vestíbulo. Habían salido de la casa, se habían marchado. La Casa Roja volvía a estar cerrada a cal y canto. «¿Por qué?» ¿Por qué habían dejado a la prisionera encapuchada en el vestíbulo, como si quisieran que la encontrara?

Catherine salió de la cocina.

Se dirigió con indecisión hacia la espantosa ocupante encapuchada de la entrada. Era una mujer alta y delgada. Y según se acercaba a ella le dio la impresión de que alguien que saliera tambaleándose de un coche justo después de un accidente. La mujer estaba traumatizada después de lo que le habían hecho, lo que explicaría los sonidos que salían de su boca.

Catherine recorrió con la mirada el vestíbulo y el tramo de escalera que subía a la primera

planta. Vacíos. Maude y Leonard se habían ido de verdad y habían dejado viva y sola a aquella extraña representación de la impotencia vestida con un uniforme de ama de llaves sacado de otra época.

Lo que cubría la cabeza de la mujer alta no era una capucha sino un saco, uno viejo y sucio que le caía hasta las clavículas.

Catherine se aclaró la garganta al llegar al vestíbulo.

—No tengas miedo.

La mujer dejó salir un gruñido de sorpresa. Levantó los brazos y manoteó en el aire como si intentara ahuyentar a Catherine, o tocar a quien acababa de hablar y había roto el silencio.

—No te muevas. El suelo es peligroso. ¿Se han ido? ¿Me oyes? ¿Se han ido?

La mujer orientó el frágil cuerpo hacia donde sonaba la voz de Catherine y estuvo a punto de caerse al darse la vuelta.

Catherine se acercó a ella y la sujetó por el codo. Con la otra mano le quitó el saco de la cabeza.

Ni el uniforme y ni el delantal que la transformaban, ni los sonidos impropios de un ser humano que profería, ni el hecho de que hubiera sido objeto de unas torturas que la habían dejado ciega de dolor conseguían disfrazar a Tara. Ni siquiera los ojos de vidrio encajados en las cuencas, ni el hecho de que dentro de su boca no se moviera una lengua podían proteger la identidad de la horrorosa criatura.

El sonido de los susurros de Catherine en el espacioso vestíbulo hizo perder el equilibrio a Tara, que se soltó de Catherine y se chocó contra la pared mugrienta. Se acurrucó pegada al zócalo, con los ojos ciegos completamente abiertos y estrujándose las mejillas con las manos exangües. Tenía la boca abierta, pero de la desfigurada criatura no salía más que un estertor ronco, como si estuviera agonizando. Y quizá eso fuera lo que desearía que estuviera pasando.

—Ay, Dios mío —se oyó decir Catherine—. ¿Qué te han hecho?

Cuando la asaltó el pensamiento de que lo que le habían hecho a Tara lo habían hecho por ella, Catherine se sintió como si todo se detuviera dentro de su cuerpo. Por ella. Recordó las palabras de Edith Mason y se puso a temblar. «Ahora son ellos los que imparten justicia, querida. Y su justicia puede ser terrible.»

Lo habían hecho era por ella. Pero eso no era posible. Habían matado a Tara con Mike. Los habían asesinado y habían vaciado sus cuerpos de sangre. Había visto con sus propios ojos la sutura morada en la espalda de Mike en la bañera metálica, la misma en la que también había visto a Edith con su cabeza casi calva temblando como un potro empapado recién salido de un horripilante útero. Pero si Tara estaba viva, ¿y Mike? ¿Dónde estaba Mike? ¿Y qué le habían hecho a él?

«Salva un gatito, deshazte del resto.»

Catherine pensó en las colmenas putrefactas repletas de gordas moscas y comenzó a gimotear.

Había dado por supuesto que Tara también estaba muerta dentro de la bañera de etanol. ¿Había estado viva pero inconsciente? Pero ¿cómo había conseguido sobrevivir a las espantosas heridas que habían infligido a su cabeza?

Catherine lanzó una mirada a la escalera. Volvió a pensar en Edith, muerta dentro del baúl que acababa de ver cómo sacaban de la casa, y pensó en la madre de Edith y en su tío, sentados como maniqués en el desván. Supo que toda la esperanza que abandonó su cuerpo durante ese momento de reflexión no regresaría en mucho tiempo.

—No, no, por favor. Dios mío, no. Ay, Dios mío...

Corrió por el entarimado destrozado hasta la escalera y, aparentemente sin respirar, subió saltando más que corriendo, con la horrible falda del vestido cosida a los muslos, al primer piso, cruzó el rellano y continuó ascendiendo por la escalera hasta el descansillo de la segunda planta. Salió disparada por el pasillo y se detuvo al llegar a la habitación en la que se había despertado: el dormitorio de Edith, la habitación de las muñecas.

No tuvo las fuerzas para entrar inmediatamente.

—¿Quién eres? ¿Quién eres? —gritó a la figura sentada en la estructura de la cama, rodeada de escombros y putrefacción—. ¿Quién eres, joder? —Se dejó caer sobre las rodillas—. Por favor. Por favor, dímelo. Dímelo, por favor. Por favor.

Los haces de luz que la habían despertado en aquella habitación ahora caían sobre la figura sentada en la cama. Catherine reconocía su rostro en el de ella. Era la misma cara pálida que había visto parcialmente reflejada en el fragmento de espejo.

—No eres real. No eres la real. No, no lo eres. No lo eres. ¡No lo eres, joder!

Según se acercaba a la cama, reparó en que la figura sentada en ella tenía abierta la boca, y en torno a ella la piel estaba morada, como si hubieran querido introducirle algo a la fuerza y ella se hubiera resistido. Tenía los dientes de delante rotos.

Los brazos caían sin fuerzas a ambos lados de su oscuro cuerpo, que parecía haber perdido toda su vitalidad y su rigidez. Después de que se hubiera producido un intenso forcejeo encima de la vieja estructura oxidada de la cama, las manos descansaban abiertas sobre los muelles, con las muñecas hacia arriba, y en una de ellas se veía un corte vertical realizado con el escalpelo.

Cuando Catherine se detuvo a los pies de la cama, una fuerza magnética irrumpió de una manera tan repentina que pareció sacudir a Catherine y lanzó hacia atrás su cabeza. Pensó que se desmayaría mientras la fuerza de atracción tiraba de ella hacia la espantosa figura sentada en la cama. Hasta que un nuevo e indeseado instinto le hizo sospechar que si terminaba tirada en la cama se produciría alguna clase de unión sobrenatural con la figura sin vida, y para separarse de ella tendría que volver a empezar desde el principio.

Unas imágenes cruzaron su cabeza: el apicultor que levantaba la cabeza en un jardín invadido de maleza, la figura detrás del mostrador de una tienda en un pueblo abandonado, los escurridizos ancianos del festival.

Catherine se alejó a trompicones de la cama y se dejó caer de culo en el suelo. Recordó el ruido de piecitos corriendo por la casa hasta llegar a la puerta de su habitación y la sensación de una actividad frenética alrededor de la cara... antes de que se hubiera despertado en aquella misma habitación, en la casa en ruinas. «Su verdadera versión.»

Entonces, ¿dónde había estado todo el tiempo cuando la casa tenía un aspecto tan diferente? ¿También existía esa versión de la casa... en otro lugar? ¿En otros lugares? Y si ése de la cama era su cuerpo...

En sus pensamientos se coló un recuerdo de la boca sin labios de Edith declamando sus disparates: «Se arreglaban pequeñas cosas. Se producían resurrecciones, benditas resurrecciones, para ellos y para los que los reverenciaban.» Había dicho algo acerca de que transformaban a sus guardianes «a su imagen y semejanza», como habían hecho los ángeles. Habían aleccionado a Mason en el Gran Arte...

«Dios mío, ¿qué has traído a esta casa?»

No, lo que había en la cama no era real, no era ella. Aún estaba soñando, aún estaba atrapada en su trance. Toda su conciencia era ahora un trance.

Sentada en el suelo advirtió que el motor del vehículo se encendía en el camino de entrada.

Catherine gateó hasta la ventana y se levantó pegada a la pared. Golpeó las tablas de madera con las manos. Ella era real, no estaba muerta, no era un fantasma; lo que había en la cama era una figura sin vida. Oía el ruido de sus manos contra la madera. Sí, lo oía. Solo habían hecho un cuerpo igual que el de ella. Tenía que ser eso, porque podía pensar y sentir, y moverse. Edith también había podido moverse y hablar. Y Catherine todavía podía moverse y con bastante agilidad... Prácticamente había subido y bajado volando las escaleras... había caminado por el entarimado destrozado y entre clavos oxidados sin hacerse el menor rasguño. El frío no le resultaba desagradable.

Se tiró del pelo y gritó:

—¡Para! ¡Para! ¡Para!

Pero abajo, entre la valla de seguridad y las paredes de ladrillo de la Casa Roja, Maude estaba de perfil y ni siquiera se volvió hacia los gritos de Catherine. Maude había levantado el mentón, pero el habitual gesto de adusta desaprobación en su rostro esculpido por el sufrimiento prolongado no traslucía ninguna emoción. También había levantado los brazos, como si fuera su turno para que le tomaran las medidas y le arreglaran el vestido.

Desnudo pero enmascarado, Leonard estaba de pie delante de Maude. En una de sus huesudas manos empuñaba una navaja de barbero abierta y con la otra agarraba el cuello de Maude como si fuera una cabeza de ganado.

El acero plateado destelló a luz cenicienta de aquel horrible amanecer. Su rostro de piel estaba vuelto hacia Catherine, hacia el lugar desde donde miraba a través de las grietas de las tablas de madera, y Catherine supo que los ojos que había debajo de aquella máscara sin facciones estaban fijos en la ventana. Porque Leonard quería que mirara. Había esperado a que ella se asomara y presenciara lo que iba a hacer.

Con un rápido movimiento del brazo huesudo y recubierto de tejido cicatricial, Leonard rebanó con la navaja el voluminoso vientre de Maude e introdujo toda la mano en la abertura. Y hundida en el rollizo cuerpo de la mujer, sin que ésta opusiera resistencia, su mano comenzó a trabajar.

Leonard tiró hacia arriba con la navaja como si intentara cortar una cremallera trabada en la ropa de la sumisa ama de llaves. Con tirones rápidos y enérgicos, y a veces haciendo el movimiento de serrar, Leonard se abrió paso con la navaja por el interior de Maude hasta que llegó a su pesado busto.

Catherine oyó a través de las tablas de madera el ruido de la tela rasgada y cosas aún peores, y con una estupefacción paralizante observó cómo Leonard sujetaba al ama de llaves por el cuello mientras con la otra mano vaciaba su cuerpo y arrojaba lo que sacaba a la hierba alta.

Los gruñidos apagados que salieron a través de los dedos que Catherine se había metido en la boca no taparon el sonido que hizo el contenido de Maude al caer pesadamente sobre la maleza.

Su cuerpo achaparrado pareció desinflarse y arrugarse encima de su ejecutor, como un saco de harina que se vaciara al rajarlo. Leonard, sin ningún miramiento, tiraba del montón de trapos, cuerdas, estopa, serrín y unos bultos duros y marrones para extraerlos del interior del cuerpo menguante del ama de llaves, que enseguida se desmoronó sobre su hombro, con la cabeza todavía pesada balanceándose como una pelota de fútbol empapada.

El golpe de gracia consistió en arrancarle la peluca blanca del cuero cabelludo, que resultó estar cosida a él como un zapato. Y el cuello que sostenía la pálida cabeza ya no recuperó su posición. A continuación, Leonard metió de cualquier manera el montón de ropa y miembros sin vida que habían sido Maude en un saco gris que esperaba sobre la hierba húmeda.

Catherine observó a su jefe mientras llevaba el saco a rastras desde la entrada de la casa hasta la parte trasera de la camioneta verde.

Catherine estaba tan horrorizada que permaneció inmóvil y muda. Vacía y paralizada. Hasta que la parte final de la verdad se presentó ante ella en la forma de un recuerdo; rememoró las descabelladas palabras que habían salido como un graznido de la horrenda boca de Edith Mason. Sobre su madre. Y su sufrimiento. Y los tormentos que había padecido por haberla entregado al nacer. Y que sería libre cuando...

«Los que te quieren siempre se ocuparán de los que te hacen daño. Así sucedió con tu madre cuando te entregó...»

Maude.

«NO VUELVA NUNCA.»

Los ojos del ama de llaves humedecidos por las lágrimas mientras acostaba a Catherine cuando empezó a encontrarse mal.

El sonido de sus sollozos en una habitación oscura mientras bañaba a Edith...

Porque ella sabía lo que estaba pasando. Y no podía detenerlo. Una terrible secuencia de sucesos en la que estaba obligada a participar. Nunca había estado viva ni muerta. En aquel lugar habían eliminado esa clase de distinciones.

Maude.

«Madre.»

Cuando la puerta del vehículo se cerró con un golpe, aquel anciano con una fuerza sobrehumana del que no sabía nada quedó solo junto a la camioneta, en el camino de entrada de la casa. Leonard se volvió para contemplar la Casa Roja como si le inspirara un temor reverencial y levantó los dos brazos esqueléticos y plagados de cicatrices en el aire a modo de saludo, o como si diera una orden que Catherine no oía y que de todos modos no habría entendido de haberla oído. Y solo durante unos segundos, o eso le pareció a Catherine, aunque no podía estar segura, el aire alrededor de su cabeza con la peluca negra reverberó como la superficie de una pradera en un caluroso día de verano.

Cuando ya hacía un rato que se había marchado la camioneta verde, Catherine se levantó del suelo, donde había permanecido derrumbada, dejó atrás su cuerpo sentado en la cama y bajó con aire ausente por la escalera de la Casa Roja.

En el vestíbulo, Tara continuaba apoyada en la pared, pero se había levantado y tanteaba con cautela el suelo a su alrededor con los pies sucios. Su cuerpo temblaba dentro del uniforme de ama de llaves. Catherine sabía que si desnudaba a su antigua enemiga encontraría una larga cicatriz en su cuerpo.

Las manos de la nueva ama de llaves estaban levantadas, pero no hacían nada. Por lo menos ya no emitía ningún ruido por la boca, no porque hubiera aceptado su situación, más bien por lo que precedía a la aceptación.

Tara se estremeció cuando notó la presencia muda de Catherine en la escalera.

Cuando llegó al vestíbulo, Catherine ya no tenía ninguna curiosidad por saber qué sería lo siguiente que pasaría, pero por alguna razón inexplicable, a pesar de su conmoción, sabía que lo peor ya había terminado. Sin embargo, volvió a preguntarse, de un modo vago y carente de emoción, qué sucedería si se tumbaba en la cama con su viejo yo. Sabía que todavía no tenía permiso para hacerlo y que tendría que hacer un gran esfuerzo para volver a levantarse de esa cama. Pero cuando lo hiciera por lo menos habría una silla de ruedas y alguien en la casa para empujarla.

En cuanto a los especímenes de arriba, había trabajo que hacer. Lo comprendió en cuanto miró a Tara y pensó en Maude y en Edith, y en el viejo criador de moscas que era M. H. Mason, y en Violet Mason, y en la población de Magbar Wood. Y también comprendió con un poso de amargura que las cosas que había visto en el desván, y lo que había encontrado sentado en la cama, se habían dejado allí como una explicación de algo para lo que no existían las palabras.

Y Catherine no iba a quedarse allí mucho tiempo; no en la casa tal como estaba en ese momento, sino en cómo era en otro lugar, en otros lugares y en otras formas que ella ya había visto. Ahora que había dejado de gritar, de sollozar, de aporrear las mohosas tablas de madera de las ventanas, la revelación le llegó con más naturalidad que nunca. Porque la vieja casa estaba hablándole y ella tenía que escuchar. Y cuando ese conocimiento profundo penetró en ella atravesando la conmoción, la resistencia, el miedo, el arrepentimiento y la confusión a la que todas esas cosas la habían reducido, se había levantado y había bajado las escaleras.

Tal vez Tara se quedaría para siempre convertida en un desecho humano cojo en la mansión, como lo había sido su madre, en el estado en que la casa eligiera presentarse. Tal vez Tara estaba allí para servir a su nueva señora, hasta que llegara el momento de que el hombre enmascarado rajara al ama de llaves, la vaciara en el jardín y la metiera en un saco. Como le había pasado a su predecesora, a la madre biológica de Catherine, delante mismo de sus ojos. Quizá algún día también se libraría a la nueva ama de llaves de su sufrimiento. Al menos así era como parecía que se hacían las cosas. Lo ignoraba, pero sabía que algo la sacaría de dudas muy pronto.

El sonido de la puerta trasera al abrirse y el calor y el brillo repentinos de la luz que entraba por ella, hicieron que Catherine y su compañera ciega se volvieran hacia esa parte de la casa. Una mujer se volvió hacia el sonido, la otra para ver la luz que penetraba en la casa, que teñía de rojo la madera y barnizaba los suelos pulidos.

Y desde fuera, de un jardín precioso, llegaba un jaleo de voces. Eran las voces de muchos niños, estridentes y confusas por la diversión del juego, mientras corrían en círculo como una bandada de pájaros.

Aquel lugar putrefacto comenzó a desmoronarse con la embestida de la ola de luz transformadora, que se precipitaba por el interior de la casa alterando hasta el último ladrillo que tocaba el fulgor de un mundo más antiguo que el que Catherine estaba a punto de abandonar para siempre.

Recortadas en el lejano hueco de la puerta, como si un sol nuevo de un mundo nuevo estuviera brillando en la parte de atrás de la Casa Roja, otras figuras se movieron y proyectaron sus sombras en las cada vez más visibles paredes interiores de la mansión; unas paredes del color rojo vivo de la sangre que alcanzaron el vestíbulo rápidamente, inundado de la gloriosa luz. Una luz que recordaba de su infancia, una luz reconfortante, de confirmación, de seguridad y de amor que desaparecía siempre que se despertaba de uno de sus estados de trance.

Todos los visitantes parecían ansiosos por adelantar a Alice y a las tres niñas que había a su lado, que caminaban muy despacio y con torpeza. Porque esos otros que entraban en la Casa Roja detrás de las niñas lisiadas se morían de ganas de saludar a la señora que habían elegido y a la sirvienta que le habían asignado.

Así pues, todos los miembros deshilachados y desportillados de la compañía entraron desde el maravilloso jardín para estar con ella y quedarse a su lado una temporada.

Catherine se puso de rodillas en el suelo y abrió los brazos.

The House of Small Shadows

Adam Nevill

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Copyright © Adam Nevill, 2013

Copyright © 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro, 2023

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-450-1542-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



MONSTRUOS

J.M. MIRO



1

ORDINARIOS

minotauro

Monstruos ordinarios (Edición española)

Miro, J.M.

9788445015247

624 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

A pesar de haber sobrevivido a una infancia llena de brutalidad en Mississippi, Charlie Ovid no tiene ni una cicatriz. Su cuerpo se cura a sí mismo, lo quiera o no. Marlowe, un expósito de un vagón de mercancías, brilla con una extraña luz azulada. Puede derretir o reparar la carne. Cuando Alice Quicke, una detective cansada con un pasado problemático, es reclutada para escoltarlos a un lugar seguro, los tres comienzan un viaje hacia la naturaleza de la diferencia y la pertenencia, y los bordes sombríos de lo monstruoso.

Lo que sigue es una historia de asombro y traición. Desde las calles iluminadas con gas de Londres y los teatros de madera del Tokyo de la era Meiji, hasta llegar a una fantasmagórica propiedad en las afueras de Edimburgo, donde otros niños con dones, como Komako, una niña bruja o Ribs, una chica que se cubre de invisibilidad, se ven obligados a combatir las fuerzas que amenazan su seguridad.

Allí, el mundo de los muertos y el mundo de los vivos amenazan con chocar. Con esta nueva familia, Komako, Marlowe, Charlie, Ribs y el resto de los Talentos descubren la verdad sobre sus habilidades. Y a medida que se revelan los secretos, surge una nueva pregunta: ¿Qué define verdaderamente a un monstruo?

Fascinante en su alcance, exquisitamente escrito, Ordinary Monsters presenta una visión catastrófica del mundo victoriano y de los niños superdotados y destrozados que deben salvarlo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El culto a la Reina Araña

Sidor, S. A.
9788445015544
336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una novela basada en Arkham Horror.

Un puñado de valientes lucha contra las entidades antiguas que acechan al filo de nuestra realidad y cuyos poderes devastarían nuestro mundo...

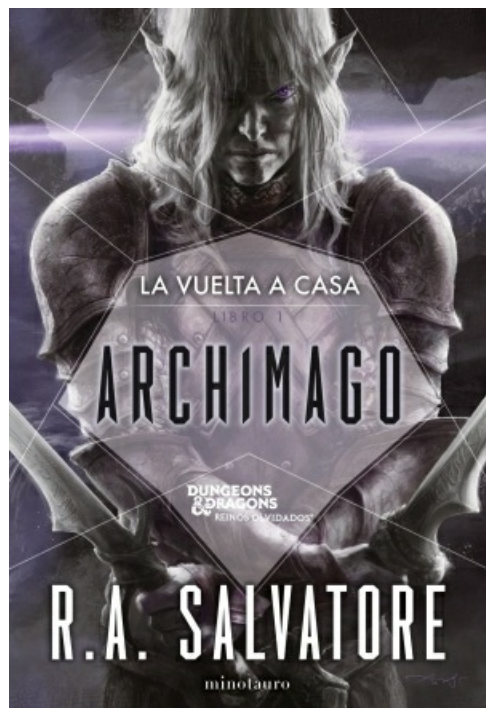
Cuando Andy van Nortwick, el reportero del Arkham Advertiser, recibe un misterioso rollo de película por correo con una simple nota («¡Maude Brion está más viva que nunca!»), emprende un camino que le llevará al borde de la locura.

Brion, la famosa actriz y directora de cine, desapareció hace un año durante una fatídica expedición a la selva amazónica para indagar acerca de la leyenda de la Reina Araña. Emocionado por las posibilidades de esta gran oportunidad, Nortwick consigue financiar una misión de rescate y reúne a un equipo de exploradores y a una entusiasta del folclore para traer de vuelta a Brion y consolidar así su reputación.

Pero en lo más profundo de la selva amazónica, los límites entre los aventureros intrépidos, los soñadores y los fanáticos dementes se difuminan en una red de terror...

Vuelve al mundo de los exitosos juegos de Arkham Horror con esta escalofriante aventura de terror cósmico.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La vuelta a casa nº 01/03 Archimago

Salvatore, R. A.
9788445015483
435 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

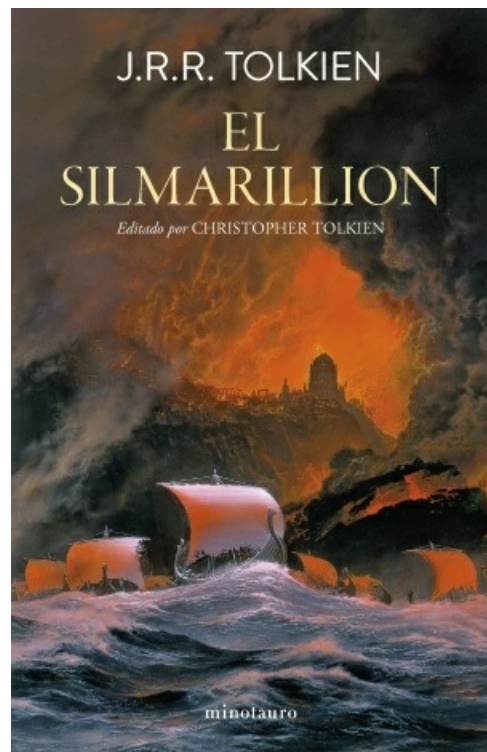
Una novela Reinos Olvidados

Acabada la Guerra de la Marca Argénte, los combatiente se toman un respiro mientras una nueva historia comienza en la serie de la Leyenda de Drizzt

La oscuridad que había descendido sobre le Norte ha desaparecido, y un nuevo día amanece sobre un Mithril Hall victorioso. Pero por brillante que todo parezca en la superficie, Drizzt y sus compañeros saben que lo que acecha bajo sus pies continúa sumido en la maldad y cargado de un poder inimaginable.

Los elfos oscuros de Menzoberranzan, y el poderoso archimago Gromph entre ellos, no han acabado aún con Drizzt. Consumidos por sus propias peleas por el poder y sintiéndose acorralados, los drow podían estar lo suficientemente desesperados para invocar a las fuerzas demoníacas que habitan en lo más profundo del Abismo, y causar un desastre tal que ni siquiera la Infraoscuridad podría estar nunca preparada para ello.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El Silmarillion (edición revisada)

Tolkien, J. R. R.

9788445077955

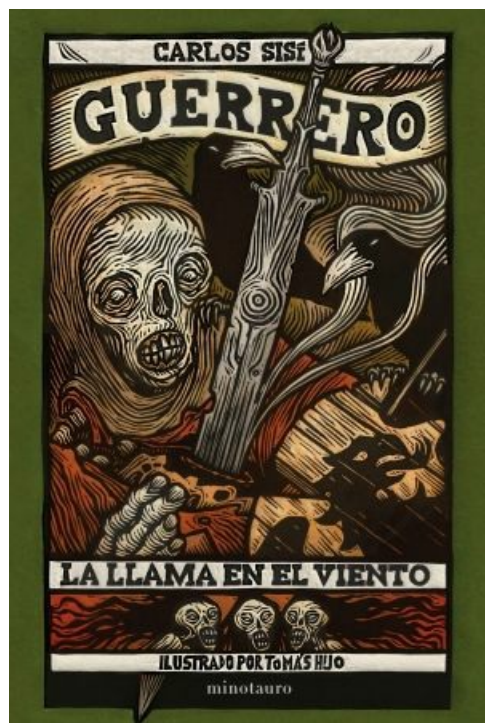
552 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Silmarillion cuenta la historia de la Primera Edad, el antiguo drama del que hablan los personajes de El Señor de los Anillos, y en cuyos acontecimientos algunos de ellos tomaron parte, como Elrond y Galadriel... Una obra de auténtica imaginación, una visión inspirada, legendaria o mítica, del interminable conflicto entre el deseo de poder y la capacidad de crear.

EDICIÓN REVISADA

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Guerrero (Nigromante 3)

Sisí, Carlos
9788445015773
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una novela ambientada en el mundo de Nigromante y Hechicero.

Los Necronautas, auténticos Hijos de Mor Nasur, son una raza de guerreros legendarios e invictos, pues nunca han perdido un solo combate. Su líder, Morgo Palis, es el custodio de la Hoja Negra, una espada sobre la que pesa una terrible maldición: Debe bañarse de manera regular en sangre para mantener encerrado al demonio que está atrapado en su interior. Sin embargo, una serie de argucias y conspiraciones de sus enemigos provocan que la espada se pierda, imposibilitando que sea alimentada.

La amenaza de la liberación del demonio inicia una serie de acontecimientos en cadena que involucrarán a un par de valientes de Umbralia, a la joven pastora de ovejas Salvia Túneles, y al imposible hombre falso, el Impostor Masta Zhul. Sus caminos acaban convergiendo en la búsqueda de la Hoja Negra, en una carrera contrarreloj llena de peligros y situaciones tan desesperadas como desesperantes, con cita en un destino funesto, enloquecedor, a caballo entre éste y el mundo más allá.

Con láminas ilustradas por Tomás Hijo, un artista ya consolidado en España y a nivel internacional gracias a proyectos como El Tarot de El Señor de los Anillos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)